MARIE-CLAIRE BLAIS
Un corazón habitado por mil voces
RANDOM HOUSE

MARIE-CLAIRE BLAIS

Un corazón habitado por mil voces

Traducción de Lydia Vázquez

RANDOM HOUSE

PRIMERA PARTE

LOS ÁNGELES DE LA SOLEDAD

Eso es, no se mueva, le subo las almohadas, así cerca de la ventana verá la nieve que cae, que caiga hasta enterrarnos a todos, dijo René con voz lejana y algo chirriante, Olga, Natacha, Tania, sea cual sea su nombre, que caiga la nieve, puesto que es la época, en cuanto a mí, me queda bien poco, unos días, unas noches como mucho, mi querida niña, podría quitarme este pijama sucio, seguramente tendré visita hoy y quiero estar guapo, elegante incluso, como antes cuando era el pianista de los cabarets, de los bares frecuentados únicamente por mujeres, algunos hombres de cuando en cuando, pero rara vez, tocaba valses, muy bien vestido, y eso les encantaba a todas, puedo asegurárselo, Tania, esta nieve es como en Moscú, dijo la enfermera rusa, sí, como en Moscú, nunca para, los niños vuelven de la escuela recitando a Pushkin, todos, desde los doce años, me acuerdo, dijo Olga, era así, y este batín, quítemelo también, ordenó René, dónde están mi camisa tan blanca, la chaqueta negra, la corbata azul, sáqueme todo eso del armario, quiero vestirme como para salir, puede que mis amantes vengan de nuevo a verme, quién sabe, Olga, qué amantes, señora, de qué está hablando, no me llame señora, dijo René, y no olvide que soy un hombre, se diría que soy una mujer, sobre todo para usted que lo sabe todo de mí, demasiado quizá, esos cuidados higiénicos, querría encargarme personalmente, pero qué debilidad en mis brazos, en mis piernas, no me acostumbro, si Dios ha creado el nacimiento que es un acto alegre, por qué no ha suavizado el fin de la vida para sus criaturas, eh, dígame, Olga, por qué ha hecho de mí una mujer cuando en realidad soy un hombre, qué opina, por naturraleza es usted una mujer y yo lo sé, dijo Olga, pronuncie mejor, dijo René, naturaleza, no naturraleza, tengo que enseñarle a pronunciar mejor las palabras, la desgracia de la vida de mis padres, dijo Olga, fue vivir bajo una dictadurra, sí, ahí donde Dios

no reina, de puro celosos que son los dictadorres, dijo Olga, se siente usted un poco mejor, verdad, señora René, o puede que sea ya la hora de escuchar su música, la gran música de cada mañana, ya lo sé, le traigo su teléfono y la escuchará mientras cae la nieve, usted me leerá lo que ponga en la pantalla, dijo René, estoy perdiendo la vista, ya no puedo leer, ayer mismo bailaba del brazo de las muchachas, mi alma estaba llena de alegría, adónde iremos a parar, si se pierde la alegría, qué le queda a uno, a quién se lo dice usted, señora René, cuando vuelvo a casa por la noche para preparar la cena de mi marido, el búlgaro, él me pega porque no quiere que esté con usted, señora, no quiere, pronuncia palabras feas como si no fuera usted la mejor paciente que conozco, déjelo, querida niña, déjelo, dijo René, y véngase a vivir conmigo, la trataré bien, salvo que yo me voy, ay, no llore, ya sé que los hombres tienen un corazón de acero, malditos ellos que tienen un corazón de acero, yo no soy igual, siempre he respetado a las mujeres, las conocía bien, su marido es un ignorante, querida Olga, cómo puede vivir con un hombre semejante, y un sádico además, sí, cómo puede, véngase a vivir conmigo, salvo que ya estoy en la puerta de salida, y sin retorno, qué feo es todo, odioso, le regalaré mi casa, y el paisaje nevado, fuera, no sé si hace frío aquí dentro o es mi salud que se deteriora por horas, hace frío, dijo Olga, voy a encender la chimenea, así se caldeará el piso, señora René, igual es que estaba algo fría el agua con la que se ha lavado la cara, el cuello, los pechos, eh, yo no tengo pechos, dijo René, lo sabe perfectamente, de qué habla, Olga, tengo la constitución de un hombre, una buena complexión, nada de pechos, por favor no me describa así, solo me falta el órgano viril, pero basta con tenerlo en la cabeza, y así nació un hombre especial más bien atractivo que era yo, las mujeres creían en mi virilidad y, debo decirle, me querían mucho, no digo que no hubiera desengaños por parte de las mujeres con las que me veía, ya se imaginaban que el ornamento viril solo estaba en mi cabeza, digamos que a veces las vidas son solo teatro, representaciones, aunque todo sea verdad, se lo explicaré un día, cuando deje a ese marido búlgaro que le pega, vaya una vida ficticia, dejarse pegar por un hombre, uno de verdad, y no avergonzarse,

todavía es una niña, afirmó René, y eso me duele por usted, venga, tráigame esa ropa de gala, y mi teléfono del que no consigo leer una sola palabra en la pantalla, puede decirme, Olga, Tania, Natacha, por qué Dios ha creado el mundo en unas condiciones tan lamentables para la humanidad, eso es que Él no lo ha pensado bien, así de sencillo, confirmó René, si lo hubiera pensado un poco mejor, no nos veríamos así. Ni usted ni yo, ni el marido búlgaro que le pega, nada se vería igual, ni siquiera un guijarro, por no pensar las cosas bien mire lo que pasa, catástrofes, eso es lo que pasa, Olga, se lo digo yo. Puede, se decía René, que mi enfermera rusa no sea rusa, que mienta, que no conozca Moscú ni a Pushkin, porque no nos queda otra, hay que mentir, teatro, representaciones, eso es lo que somos muchas veces, mentir es tener más imaginación que los demás, es otorgarse un título glorioso, pensaba René, acercando la cara hacia la pantalla del teléfono que le tendía su enfermera, preparándose para escuchar música, dígame lo que está escrito en la pantalla, reconozco al compositor, es un compositor italiano, dijo René como si le asombrara lo que oía, pues sí, señora, es verdad que es un compositorr italiano, compositor, la corrigió René, compositor, no maltrate las palabras así, me pone nervioso, ya lo sabe, será verdad que es usted una inmigrante rusa, ya me lo contará en otra ocasión, léame lo que sigue, murió a los veintiséis años en la más abyecta pobreza, señora, es muy triste la historia de todos esos músicos, la orquesta la dirige una mujer vestida de hombre, con traje de gala, como a usted le gusta, señora René, podría parecerse a usted en más joven, debía de ser usted irresistible, dijo la enfermera, con esa ropa de sastres buenos, sí lo era, dijo René, pero la vida de un seductor no puede ser demasiado larga, aunque yo la haya prolongado bastante y míreme ahora, viejo y moribundo, prácticamente solo en este mundo, oh, no es verdad, dijo la enfermera, me tiene a mí, y el teléfono no para de sonar, tiene muchos amigos, señora René, y vienen de todas partes para verla y escucharla, porque les habla tan bien de música, de amor, sobre todo de amor, dijo René, siempre he hecho soñar a las mujeres con las que he estado, no se puede vivir sin soñar, el resto no son más que banalidades, trivialidades, se lo digo yo,

acérqueme el teléfono, despacio, mientras escuchaba la gran música de sus mañanas de dolores, porque le parecía que su cuerpo estaba extenuado por un dolor físico pernicioso y constante, como si todos sus miembros ardieran, pensaba ella, como si nada en ella estuviera en paz, salvo su oído atento, su escucha de una música que la envolvía entera con una suavidad algodonosa, atravesando el padecimiento que sentía, una música que venía del paraíso, aunque el paraíso no existiera, pensaba ella, esa unión de las voces del contratenor y de la contralto, la imperfección, lo inacabado de aquella unión de las dos voces era su belleza, donde se mezclaban lo masculino, lo femenino en sorprendentes cruces de sonidos, de gritos de júbilo, y de repente de profundos quejidos, pensaba René, a veces el hombre que cantaba tenía la voz de una mujer, a veces la cantante contralto adoptaba la voz de un hombre, con sus sonidos más subterráneos y sostenidos, René escuchaba, su alma se exaltaba, dejaba de tener cuerpo hasta que Olga se ponía a murmurar que la señora René escuchaba música religiosa, y que era aburrido, que si no podían cambiar, pero René solo oía la voz del contratenor y su fascinante súplica a Dios, era sin embargo tan carnal que se le llenaban los ojos de lágrimas, diciéndose que escuchaba las voces de sus amores, las voces mismas de irreconciliables amores de todos esos pobres humanos tan incomprendidos los unos por los otros, los unos con los otros, y, se quiera o no, acaso no formaban todos, como en esa música de dueto de Pergolesi, un solo coro de una infinita disparidad, y eso es lo que expresaban en todo su esplendor aquel hombre, aquella mujer, esos virtuosos de la voz que estaba escuchando, pensaba René. Pero a ese coro lo torturaban, lo desgarraban, lo castigaban en cuanto reivindicaba la diferencia de sus individuos, y es lo que sucedió aquella noche de junio, en Nueva York, o quizá fuera en las primeras horas de la mañana cuando se abrían o se cerraban los bares a cuyas puertas remoloneaban jóvenes homosexuales junto a la calle que iba iluminando el sol, y había entre ellos muchos jóvenes negros y jovencísimos latinos, algunos blancos, todos tan jóvenes, y qué se vio aquella mañana, aquel día, aquella noche, una redada de la policía para detenerlos a todos, eran los tiempos de las

revueltas de Stonewall, René no podía olvidarlo porque estaba allí, sí, pensaba ella, estaba allí donde hubiera resistencia, era su lucha, ocurrió en el barrio de Greenwich Village, un 28 de junio por la noche, los policías decían que solo era una redada rutinaria pero la violencia se abatía sobre nosotros, nos pusieron contra la pared y nos maltrataron, luego nos expulsaron del bar, cuando nos echaron a la calle se prendió la llama de nuestra revolución que nunca se apagaría, íbamos a borrar el oprobio de aquel año 1969 y de aquella noche de junio, afuera nos armamos con ladrillos y todo lo que encontrábamos por las calles, palas, palos, los policías se refugiaron en el interior del bar, nosotros los esperamos, una vez reunidos en la calle éramos los más fuertes, les tocaba a los policías ponerse a temblar de miedo entre las cuatro paredes del local al que habían ido a perseguirnos, sí, por fin les tocaba a ellos, estábamos hartos de que hasta los médicos inteligentes, los psiquiatras nos tildaran de enfermos mentales, entonces éramos víctimas de todos los prejuicios religiosos y no parecía haber nadie para defendernos así que por supuesto íbamos a defendernos solos, en San Francisco, en Los Ángeles, habíamos empezado desde hacía tiempo nuestra militancia para la protección de nuestros derechos, esa fecha del 28 de junio, seguimos celebrándola, fue el principio de nuestra libertad, aquella noche aprendimos a defendernos contra los golpes, fue el día de una revolución memorable, pensaba René, desde aquel día icónico hubo marchas, manifestaciones incesantes, ah, el mundo iba a cambiar, pensaba René escuchando la gran música de la mañana, yo estaba con Lali en Nueva York todo el tiempo, Little Brother y yo éramos inseparables en la lucha, era mi hermano, Lali, ya que solo nos hablamos por teléfono ahora, aunque el tiempo de las grandes luchas aún no ha terminado, ahora que René escuchaba su música, Olga, la enfermera rusa, limpiaba un poco el cuarto, es que lo tiene todo desordenado, señora René, decía Olga, no puede mejorar rodeada de semejante desorden, rodeada por todas partes de libros que no puede leer, eso se va acumulando con el tiempo, quién le ha dicho que quería curarme, gritó René, eh, quién le ha dicho eso, en vez de participar en las marchas de la calle como hacía en otro tiempo, yo tan militante,

aquí estoy clavada en una cama de la que no puedo levantarme, así es como ese Dios Ogro humilla el espíritu de los hombres, hubo tantas marchas conmemorativas, eso me hacía tan feliz, pensaba René, y yo siempre estaba a la cabeza entre los transexuales, me sentía obligado a estar ahí, el primero, deje el desorden como está, mi niña, ordenó René, su voz le parecía tan masculina como la voz del cantante contratenor cuyo canto oía brotar de la pantalla de su teléfono, pero era una voz que no cantaba tan bien, aunque René también fuera capaz de cantar, pero eso fue en la época de las canciones alegres, provocadoras o ligeramente románticas en los bares, los cabarets, cuando las mujeres bailaban juntas al ritmo de su voz. Cuándo vendrá Lali, Little Brother, a visitarme, pensaba René, yo te quería, hermano extranjero, de lengua extranjera, y hermano sin embargo, a ti bello andrógino, te quería, mi bello camarada, siempre tan erguido en tu pelliza militar, saliendo en pleno invierno con zapatos ligeros, sin guantes ni gorro, con tu pelo corto al viento, tu pelo tan corto como el mío, entonces, o bien con un mechón cayéndote por la oreja y otro sobre la frente, siempre tenías pacientes que visitar, lo recuerdo, me cuentan que sigues yendo por los bares en la ciudad donde estás, tu ciudad anglófona donde hace tanto frío como aquí, cerca del río, pronto se oirá el roce de las olas bajo el hielo, aunque estaba jubilada, Lali, pensaba René, seguía recibiendo a algunos pacientes en su consulta, sobre todo a jóvenes sidosos de los barrios populares víctimas de su ingenuidad, acaso no era el sida la enfermedad que había afectado a otras generaciones, ellos, jóvenes de diecisiete, dieciocho años, no querían restricción a su libertad, y sobre todo que no vinieran a hablarles del pasado, los hombres, las mujeres cadavéricos, durante un desfile en San Francisco, no despertaban ni su compasión ni su temor frente a un futuro sin protección ni preservativos, no querían saber nada, decía Lali, y se ocupaba de ellos cuando a menudo era demasiado tarde, ellos también morían repentinamente de una neumonía, se quedaban ciegos, y llevaban tiempo propagando el virus, René conocía la bondad de Lali, que era severa, intransigente, en cambio los actos de caridad, de bondad, de indulgencia con René se teñían de exuberancia, y siempre de algo de

locura, pensaba René. Así perdió su herencia con Nathalie, no fue por bondad por lo que acogió en su casa a Nathalie, joven desconsolada, sufriendo de la crueldad de los hombres a los que atraía, fue más bien, sí, por amor por supuesto, pero tras la palabra *amor* se esconde a menudo un despotismo sexual que en aquella época en que se frecuentaban René y Nathalie, dominaba René, ya se lo decía Lali que en vez de andar malcriando a las mujeres, tú buscar trabajo, René, tú acabar pobre como las ratas, hermano, René le dio todo a Nathalie, esas reticencias, imperfecciones lingüísticas de Lali, tenían toda la razón, pensaba René, el hechizo sexual de Nathalie, ese encanto tan duro que René nunca lograría conquistar, lo que se llama una pasión que no se puede resistir, conduciría a René a su ruina, pero acaso se arrepentía, no, aún no. Tú, hermano, un poco loco con tus historias de pasión, diría Lali, cuando en su miseria posterior a Nathalie, René se encontraría tan sola, sin salir de la cama, con esa chaqueta de pijama y su bóxer de hombre, Lali queriendo hacerla reaccionar le decía, y tú tan deprimida que Petit Loup, Billy, Vénus no han comido nada desde esta mañana, escucha cómo ladran, eres una mala padre, René, entonces René se levantaba enseguida para alimentar a sus queridos perros, como pasaba por aquí, voy a lavarte el pelo, decía Lali con tono brusco, impaciente, sosteniendo la cabeza de René debajo del grifo del lavabo. Brother, no exagero, decía René, acaso no ves que tengo el corazón hecho trizas, te voy a reparar a base de agua fría, decía Lali, *Brother, it is bad, very bad, you and your women*. Era una vida de gran lujo, y por qué no, la que le gustaba a Nathalie, pensaba René, como buen contrincante de sus amantes, le ofrecía lo que ella esperaba de los hombres ricos cuando yo no lo era pero a veces así es como se ama, sin saber demasiado adónde se va, me encantaba cubierta de abrigos de pieles, con collares brillantes y caros, sobre todo cuando pasábamos temporadas en París, en Roma, era una excitación de ensueño, sí, pensaba René, aunque un ensueño algo caro, yo notaba cómo se me iban vaciando los bolsillos día a día, pero quizá sintiera aún más pasión por el riesgo, por la magnitud del riesgo que suponía mi desafío. Si Lali hubiera sabido cómo despertar a René de su languidez, sacarla de su sombría

depresión, del post-Nathalie, como lo llamaba René, es cierto que Louise la había salvado gracias a sus cuidados y su cariño pero estudiaba demasiado, pensaba René, pasaba demasiadas horas en la universidad, estudiaba música, matemáticas, filosofía, hoy era doctora, profesora, una filósofa que escribía libros, era muy complicado convivir con una intelectual, una superdotada, decía René a Lali, brother, es tan inteligente que me mata, y el sexo, preguntaba Lali, bien, como siempre, decía René algo enfadada, pero no piensa más que en sus libros esa chica, tienes que creerme. Pero Louise había amado a René, era verdad, se ofendía porque René la llamaba su jirafa, su antílope, acaso no es insultante, decía Louise, formar parte del zoo sentimental de René donde había ya mucha gente, demasiados bichos de todo tipo, acaso no se merecía que René la llamara dignamente Louise, pero René, que tenía mucha imaginación, explicaba a Louise que a menudo cuando alguien la amaba tenía la impresión de vivir en una selva junto a animales cariñosos como el Antílope, la Abeja, el Lobo que era Lali, y eso era reconfortante cuando René tenía que sobrevivir a la tremenda desesperación de ver a Nathalie yéndose con un hombre, sin duda era rico y poderoso, ay, Dios, blasfemaba René como en otros tiempos, por qué me ha sucedido esto a mí, con lo bien que conozco a las mujeres, eh, Louise, ¿por qué? Contente, decía Louise, eso nos ha sucedido a todos, ponte guapo, te invito a salir esta noche, hace meses que no se te ve por los bares. Louise llegaba al final del día, cuando la enfermera rusa se iba a preparar la cena de su marido, deleitando a René, que seguía encamado, con sus horas de lectura, era tan sublime como la gran música de la mañana escuchada en el teléfono, la voz de Louise era un filtro de seda, decía René, mi jirafa, tendría que haberte querido mejor entonces, qué tonto era, solo pensaba en Nathalie, qué equivocado estaba, ¿qué me leerás esta noche? La nueva Louise, la que no era estudiante sino una distinguida profesora, le gustaba a René, pero por qué desconfiaba ella tanto de Olga, que no es rusa ni nada, vete a saber si tiene el título de enfermera, decía Louise con autoridad, no deberías tener a esa chica en tu casa, no es de fiar. Que no, que no, decía René, la encontré en un sitio de citas, me pareció guapa, la llamé,

vino, no te preocupes, antílope mío, me cuida de maravilla. Preferiría que tuvieras a tu lado a una persona más profesional, decía Louise. Pero como Louise previno a René que llegaría tarde, René dejó el teléfono sobre la manta de su cama y ordenó de repente a Olga que le leyera ella, ya sé que cometerá faltas al leer, faltas gordas, pero léame de todos modos, es el capítulo de Combray, espero que sepa leer, Olga, es una frase que empieza aunque no haya que captar precisamente una frase sino todo un libro a la vez, como diría Louise, continúa de la siguiente manera, no había dejado de reflexionar sobre lo que acababa de leer mientras dormía, no encuentro la página, dijo Olga, no sé a qué libro se refiere, hay tantos encima de su cama, y como la señora no ve nada, puede que no vea nada, dijo René, pero es usted testigo de que lo oigo todo, oh señora, no encuentro la página ni el libro, dijo Olga en tono lastimero, y además es muy aburrido y largo, igual podemos cambiar, señora, no se olvide de que mis padres vivieron bajo una dictadura y que tuvimos que huir en plena noche, tuve que dejarr de irr a la escuela, cállese, dijo René, esperaré a Louise, a que vuelva de su conferencia, deme el teléfono para que pueda escuchar esas voces celestiales que me están destinadas, me ha dicho usted que en la imagen el director de orquesta que es también la voz contralto es una mujer, sí, una mujer con un traje de gala de esos que le gustan a usted que tiene tanto gusto para la ropa, puede dirigir la orquesta y cantar, dijo Olga, es un milagro, dijo René, en el pasado, en los tiempos de mi gloriosa juventud, cuando galanteaba tanto, las mujeres no podían ser ni químicas ni directoras de orquesta, tenían que ocuparse de su familia, eso era todo, es que usted es ya bastante mayor, señora, en los tiempos de mis abuelos tampoco había nada de eso, nada en Rusia ni en ninguna parte, siempre ha habido mujeres innovadoras, dijo René, no hable sin saber, quizá su abuela era una de esas y usted lo ignora, no la conocí mucho, dijo Olga, tuvimos que huir en plena noche, se oían los disparos de lejos, yo estaba envuelta en el chal de mi madre, tenía miedo, dijo Olga, René oía el relato de Olga a través de la orquestación sublime de las voces que seguía escuchando en su teléfono, sería verdad, sería mentira lo que contaba Olga, por qué Louise se mostraba

tan desconfiada con Olga, un señor mayor como yo no puede fiarse solo de sus extravíos, de sus errores, pensaba René, debo creer en la honradez de las mujeres, de los hombres, cómo hacer si no, se lo diré a Louise esta noche, así comienza la frase tan tranquilizadora, no había dejado de reflexionar sobre lo que acababa de leer mientras dormía, mientras dormía no había dejado de abrir el libro del pasado, de volver a verlas a todas, diciéndome, qué habrá sido de ellas, si las primeras horas de la pasión son virulentas como un veneno, las últimas solo aspiran a la tranquilidad, y eso es lo que me aporta Louise con sus horas de lectura, la tranquilidad antes del fin, la tranquilidad de Combray y de la música de Pergolesi, luego René se enfadaba y ordenaba a Olga que dejara de limpiar su habitación, qué tarea más monótona cuando la vida de uno pende de un hilo, en fin, mi vida, dijo René, no la suya, deje todo eso, estoy ordenando sus zapatos, señora, dijo Olga, inútil, dijo René, no volveré a ponérmelos, acaso no se da cuenta de que estoy postrado en la cama, si no, estaría de pie, preparándome para salir, siempre me ha gustado salir, con Nathalie del brazo, u otra chica, sobre todo por la noche, cuando las estrellas brillan en la nieve, nos vamos juntos, con paso ligero, los cabarets, los bares se abren bajo las arcadas de neón, ah, la divina vida de las noches demasiado cortas bailando, cantando, si estoy tocando el piano, acuden todas corriendo junto a mí, siento el calor de sus brazos alrededor del cuello, en esa época yo llevaba fulares de colores discretos, fumaba mucho mientras tocaba, el whisky sin hielo era mi bebida preferida, a veces un puro, tocaba toda la noche, señora, vamos a poner el piano en venta, no, gritó René desde su cama, jamás, me oye, jamás, no se altere, señora, lo he entendido, dijo Olga, seguiremos conservándolo un tiempo más, el piano no saldrá de aquí, dijo René, le ha quedado claro lo que he dicho o no, no, dijo Olga, testaruda, ya estoy harta de su música, no oigo nada, esta música es tan litúrgica, podríamos cambiar, a René le parecía que la enfermera la miraba fijamente, cargándola de repente con una vergüenza culpable, pero cómo podía sentir algo semejante cuando con los ojos entreabiertos René no veía ya más que sombras, sombras fugitivas en su cuarto, y esa sombra de Olga que

pesaba sobre ella, no siempre, pensaba, solo era por momentos, cuando la inmovilidad de sus miembros le parecía insoportable, yo, tan activo, militante en todas partes, todavía me veo ahí, en Nueva York, esa noche de junio bajo las injurias de los policías, de la gente en la calle, afrontando la hostilidad, el estado de sitio, estábamos todos juntos, ellos y yo, encendiendo la llama de nuestra revolución, dónde están ellas, dónde están todos, era un mundo mágico, querían partirnos la espalda a golpes de culata de fusil, querían vernos vencidos, expulsados, querían, y aquella noche iba a nacer el movimiento de la resistencia, barriendo todos los prejuicios, calumnias y maledicencias, ay qué de injusticias había que afrontar, poco a poco la música calmaba la ira reivindicativa de René, esos prejuicios inextirpables, pensaba René, Lali tuvo que luchar para hacerse médico, Louise se vio despreciada en ese tiempo lejano pero que aún le parecía muy cercano a René, entre los profesores que por entonces eran a menudo curas en la universidad, hoy las felicitaban, admiraban la fortaleza de Lali y de Louise, y de tantas otras de sus amigas que de repente se habían convertido en el centro de atención, en estrellas de una militancia durante largo tiempo secreta pero tenaz, no envejezcas como los demás, había dicho Louise, no cedas a la pereza, levántate y anda, René, te necesitamos, te has vuelto tan perezoso como en el periodo post-Nathalie, ah, contestaba tristemente René, no estoy atravesando el post-Nathalie en esta cama, con desgana como entonces, esto se llama la contemplación del más allá, es otra cosa, mi querida Louise, nadie sabe qué hay del otro lado del río, hay de qué preocuparse, ¿no? Sobre todo si, como yo, no sabes nadar, pues bien, prepárate para una reencarnación rápida, mi querido René, en condiciones mejores para ti, por fin serás un hombre y uno de verdad, esta vez no te faltará nada, y tus conquistas se multiplicarán, espero que tú estés ahí, mi buena amiga, decía René, claro, decía Louise en tono reconfortante, puesto que nos conocemos, tú y yo, desde hace varias reencarnaciones, todo estaba dicho, escrito y predicho, pensaba René, solo había que saltar por encima del cercado del más allá y relajarse a la espera de la siguiente reencarnación, pero adónde iría René que tuvo varias veces

las sensación de haber vivido varias vidas y todas tan complicadas, cuando el momento triunfal de un perfecto nacimiento, en un cuerpo que se adaptara perfectamente, cuando eso, sí, sucediera, pensaba René, tráigame a la cama a mi perro Saturne, ordenó René a la enfermera, está demasiado gordo, señora, y además falleció, se fue hace años, no se acuerda o qué, es que sigo echándolo de menos, dijo René, y a Billy, y a Petit Loup, en la eternidad, ya, oh qué desgracia, abra la puerta cuando oiga a Comtesse, sus arañazos en la puerta, mi Comtesse es tan casquivana, lleva ausente más de una semana, explicaba Olga, no se le ha ocurrido, señora, que podría no volver nunca, le aseguro que volverá, decía enseguida René, y quién sabe, igual que la otra vez, con el vientre lleno de cachorrillos, eso no, señora, usted la hizo operar, así que eso es imposible, lo que sí es seguro es que mi Comtesse va a volver, dijo René, espero que no sea demasiado tarrde, señora, demasiado tarde, le he dicho que pronuncie mejor las palabras, dijo severamente René, y créame, tengo la certeza de que volveré a ver a Comtesse, siento sobre mí como una caricia la mirada de sus ojos amarillos, después de ese salto fatal por encima del cercado del más allá, un paso a pie en las aguas gélidas del río, me enviarán al paraíso donde habitan todos mis animales, pensaba René, diciéndose que no podía confiar ese pensamiento a una mujer que no entendía nada del amor que puede sentirse por los animales, ese será mi primer consuelo, pensaba René, no sé siquiera si habrá otros, esa será una compensación por la nada que me espera, volver a verlos a todos, añadiendo a todos los animales muertos del planeta entero que también estarán ahí, yo seré el pastor del rebaño, eso me tendrá ocupado sin necesidad de empezar a soñar con la reencarnación perfecta en un cuerpo perfecto, eso es, pensaba René, no se puede decir nada a esa mujer que no entiende nada, estrictamente nada, habría podido decirle a Louise que se quedara conmigo, pensaba René, o a Lali, pero Louise todavía da clases en la universidad, y Lali está a menudo en el hospital, consagrada a sus nuevos jóvenes enfermos de sida, esos adolescentes que aún no creen en el virus, que pueden sentirse mal, que se niegan a entender en qué era vivimos, así, eso siento yo, el virus pestilente irá en

aumento y de repente todo el mundo exclamará pero qué pasa en la sanidad pública, igual ha vuelto otra forma de sida más fuerte, Lali tiene razón cuando dice que nos encontraremos de repente en plena epidemia capaz de diezmar miles de vidas, sí, lo que más teme Lali podría suceder de repente sin que estemos preparados, pensaba René mientras escuchaba su gran música de la mañana, nada era más hermoso que el cielo donde cantaban los ángeles, y estos ángeles que cantaban eran de carne y hueso y estaban bien vivos, con sus voces equitativamente unidas para deleitar nuestros sentidos, elevar nuestras esperanzas, pensaba René mientras escuchaba aquellas voces turbadoras tan puras, pensaba René, nos alejábamos del creciente número de delitos de odio en aumento que asolaba todos los países, había un odio general progresivo alentado por los jefes de Estado, sus ministros, sus diputados, la discriminación, tras algunos progresos de los activistas, quizá se convirtiera en una empresa legítima, legal incluso, los ataques homófobos se normalizarían, se aceptarían, se suele creer que todo pasa en otra parte, no en casa de uno, pero eso es falso, en tu propia puerta, en tu ciudad se legitima la homofobia, los ataques homófobos se multiplicaban, se filmaban las agresiones más monstruosas y se colgaban libremente en las redes sociales, en su espantosa inmovilidad, René se habría echado a llorar pero sus ojos casi ciegos estaban secos, era la ausencia de sus lágrimas lo que más lo espantaba, acaso no era así como, en ese letargo a la hora de moverse, de sentir, acababa uno insensible a todo, endurecido, más que un muerto viviente, eso es lo que siempre rechazaría René, que sus sentidos que tanto se habían estremecido se adormecieran, que la inmovilidad hiciera de ella un hombre derrotado, una mujer no hecha hombre, poco importaba, que un ser humano combativo y siempre en la lucha de repente ya solo fuera esa persona innombrable e innombrada de forma precisa, él, René, y su orgullosa identidad que todos habían maltratado, que René, sí, desembocara poco a poco en la extinción de su existencia pero de repente René oía la voz de la enfermera rusa que le decía esperaremos para el piano, señora René, entiendo que esté apegada, es el pasado, a que sí, yo también estoy

apegada a mi pasado en Rusia, a los doce años podía recitar un poema de Pushkin, sabe que nació como yo en Moscú, pero no quiero aburrirla, señora, usted está escuchando su música, nieva mucho, espero que Comtesse se haya guarecido, tendrá hambre, dijo René, habrá que darse prisa por alimentarla, mi pobre pequeña Comtesse, dijo René, pero era en Lali en quien pensaba René, Lali dejando Alemania para dirigirse a Canadá al acabar sus estudios, ese pasado opaco de Lali del que no hablaba, tan solo evocaba a veces que, en casa de sus padres, antaño, hace mucho tiempo ya, había una chimenea que iba desmoronándose poco a poco, Lali temía que la chimenea se viniera abajo y se cayera encima de ella y de sus hermanos pequeños, que el edificio se derribara sobre todos ellos, con sus piedras, Lali tenía miedo por su cara, por su espalda, quizá fuera a causa de esa imagen de una fortaleza derrumbándose sobre su espalda su cabeza su cara por lo que Lali se quejaba a menudo de dolores de espalda, igual se cayó la chimenea y le rompió los huesos, pensaba René, René pensaba que aunque nunca había sido el amante de Lali, habían dormido a menudo juntos como hermanos, pegados el uno a la otra, Lali cubriéndose con su pelliza militar, Lali no podía volver al campo en coche, decía René, había bebido demasiada cerveza, dónde la metía, decía René, muerto de risa, para estar siempre tan flaca, tiesa como una estaca, aunque hubiera bebido demasiado, pero esa espalda de Lali se le aparecía a veces a René, durante la noche cuando René encendía la lámpara buscando junto a ella a un perro, un gato, a Comtesse, quizá, de repente la espalda de Lali se le hacía púdicamente visible a René bajo un faldón de la pelliza militar, había en la espalda de Lali marcas, cicatrices, de dónde venía aquello, pensaba René, Lali hablaba poco de sí misma, si evocaba el pasado, era mediante relatos interrumpidos sobre sus padres, esa chimenea que esparcía un olor a azufre, en la ciudad, el agujero en la chimenea que estaba a punto de derrumbarse, sus padres cuyos bienes habían sido embargados por las autoridades alemanas en 1943, René había recogido por la noche los restos de la historia de Lali, de sus padres arruinados y destruidos, cuando Lali gritaba de repente a través de sus pesadillas, *lost lives*, vidas perdidas,

con su mirada dorada como su pelo muy corto, todo su ser se reanimaba en una sonrisa, junto a René, cuando decía, yo tener malos sueños, pero tú estás junto a mí, René, hermano mío, René cubría a Lali con la pelliza militar diciendo duerme bien, Little Brother, duerme bien, solo era un sueño después de todo, también fue en 1943 cuando las autoridades alemanas llevaron a cabo las últimas deportaciones de judíos alemanes a Theresienstadt, pensaba René, Lali nacería poco después de todas aquellas calamidades, de ahí quizá ese destello de espanto en sus ojos marrones dorados, de ahí esa fuerza, pensaba René, Lali podía sobrevivir a todo, nacer y renacer, a pesar de ese rigor suyo en apariencia poco accesible, esa rectitud despiadada, Lali era el frágil fantasma de un superviviente del pasado, a lo mejor también una esfinge, pensaba René, si hubiera nacido antes, ella, tan claramente andrógina, habría sido torturada y asesinada, entre las víctimas del triángulo rosa, habría estado entre los indeseables, le habrían atribuido un comportamiento criminal, de asocial merecedora de condena, de la muerte, con emoción se acercaba pues René a Lali, a Lali que por nacer demasiado tarde escapó a la deportación de los homosexuales por el Reich, que no se habría librado de pertenecer a la categoría de los detenidos como Rosa Winkel, pues seguía sin saberse el número de tantas víctimas desconocidas, un secreto que ha servido para ocultar durante mucho tiempo esas torturas infligidas a hombres, a mujeres, en el universo de la ignominia concentracionaria, René pensaba a menudo en esos hombres, en esas mujeres cuyos nombres habían sido borrados en los subterráneos más bajos de la historia humana, ese vano sacrificio sería vengado, pensaba René, por muchas de las generaciones siguientes, por ella misma, René, en Nueva York, bajo los golpes, pero victoriosa por sus derechos, todavía no, cuánto tendría que esperar aún, él mismo, René, sí, pensaba René, hasta su último suspiro, cuándo saldrían de esa noche de sufrimiento del 28 de junio en Nueva York, bajo las porras de los policías, ¿cuándo acabaría esa época? Lali decía a René durante sus visitas médicas, tú haber tenido pequeña insuficiencia cardiaca y enseguida meterte en la cama, tienes que levantarte, René, voy a enseñarte unos ejercicios para los brazos, las piernas abotagadas,

tú perezoso como antes, tú tan perezoso, René, tú puedes vivir mucho tiempo si tú quieres, tu pereza es un vicio, decía Lali, eso te matará, René contestaba que no, nunca volvería a levantarse a menos que volviera Comtesse y arañara la puerta, lo que para ella sería un día milagroso, su Comtesse querida, su pantera, a menos que volviera Nathalie, con su abrigo de pieles y el cuello adornado de los collares que le había regalado René, a menos que, escucha, decía René, tú, Lali tú puedes vivir sometida a unas reglas férreas, yo no puedo, mi temperamento es más latino, la pereza es la más sabrosa de las decadencias, me gusta mi música, las frases de los libros que Louise mi antílope me lee cada noche, mi cama es mi pasarela hacia el infinito, algo que tú no puedes entender, Lali, eres demasiado materialista, sabes, Louise era igual de severa, implacable incluso, diciéndole a René, tú y tus momentos de éxtasis, René, escuchando una cantata, o mientras te leo por centésima vez la misma frase de un libro, y tú llamas a eso vivir, a esos éxtasis donde eres completamente pasiva, el éxtasis es lo propio de quienes están solos en una cama frente a la muerte y a Dios, se ofendía René, aunque echara de menos otros éxtasis, más sensuales, de los que estaba privada, en brazos de todas esas mujeres que había cortejado desde su juventud, él que haría tambalear tantas vidas, pequeño donjuán desconocido, con su traje de marinero, cultivando como si se tratara del jardín de la insatisfacción a mujeres casadas que tranquilizaría, calmaría, acaso no es esa la función del amor, ser un ángel de paz, de sosiego, hechizar unos sentidos aletargados, y ahí estaba el joven René paseándose por las terrazas, junto al río, quién se habría dado cuenta, cuando los marineros desembarcaban en la ciudad, de que ella era una mujer pues se deslizaba con tanta gracia entre ellos, con su traje blanco, oh, René era entonces tan joven, apreciaba la compañía de los hombres, ya fueran marinos de carrera o simples marineros, qué anónima compañía masculina protegiéndola solidariamente, pensaba René, al ir de bar en bar, entre colegas, las mujeres se acercarían de repente a ella, a su piano, canto para ustedes, señoras, diría ella, fumando sus innumerables cigarrillos y tocando sus aburridas melodías, las que

Louise llamaba hoy sus canciones de los años treinta que entristecen, qué tiempos aquellos, pensaba René, seguro que no volverán, pero cómo cerrar la puerta del pasado, pensaba René, las injurias de aquellos años laceraban a los hombres homosexuales, se les llamaba maricas, sarasas, René no sabía exactamente a qué clan pertenecía, pero todo insulto a los demás la hería directamente en el corazón, las instituciones federales manifestaban una homofobia oficial, en el ejército se llevaban a cabo infames exclusiones, René, por mucho que soñara con llegar a teniente, jefe de grupo, heroína de las fuerzas armadas, piloto de avión militar, o simplemente continuar ahí dentro sus estudios, sabía que la indefinición de su género la excluía definitivamente, los británicos, antaño, castigaban con la horca a los travestidos, a todos aquellos que hubieran sido condenados por actos contra natura, según artículos de guerra, ciertamente hoy ya no se ahorcaba, no se castraba, ya no se hacía la lobotomía, no se practicaban los electroshocks, pero se negaba la legitimidad mediante el silencio o el desprecio, poco a poco las terapias de conversión se abolirían por ley en Norteamérica pero si apareciera un presidente dictador, quién sabe si no se impondrían de nuevo todos esos castigos, pensaba René, todo el sistema judicial estaría dispuesto a aplicar las mismas penas, si René gozó de una juventud más bien libre y frívola, es porque vivió mucho tiempo sus amores en secreto, en medio de intrigas conyugales que seguían divirtiéndole hoy, distrajo a mujeres burguesas que se aburrían con sus maridos, a menudo hombres de negocios que desertaban del hogar, tentativas de seducción que se asemejaban a homenajes corteses para acabar en una cama, cualquiera que fuera la cama, era la época del vagabundeo, de la fiebre, pensaba René, cuando a su alrededor imperaba la más vergonzosa represión, pero, ya, con dieciocho años, exhibiéndose por las terrazas junto al río, recordaba René, expresando alegremente ese orgullo de ser él mismo, René se preparaba para la revolución que empezaría para él en esa noche de rebelión, un 28 de junio en Nueva York, pensaba él, y aquello solo sería el principio, las nuevas generaciones, por desgracia, parecían no saber nada de las proezas de René, en defensa de los suyos, aunque Louise afirmaba lo

contrario a René, te estamos muy agradecidas, decía Louise, nos reuniremos todas junto a ti, y lo entenderás, pero antes tienes que hacer caso a Lali, tienes que acceder a levantarte, hacer ejercicios, un poco de esfuerzo, René, yo te vestiré con tu ropa más elegante, y sentada en tu sillón de terciopelo rojo nos recibirás como antes, con tu triunfante ligereza, porque hay que admitirlo, René, tu conducta fue a menudo ligera, a veces tu conducta fue la de un hombre, descuidando a tus amigas, a tus amantes, sobre todo a ti, mi buena amiga, a ti te descuidé, te abandoné por Nathalie, ay, qué triste es todo esto, qué ceguera, y sobre todo mucha vanidad viril, decía Louise desde su posición privilegiada pero tan cariñosa como siempre, pensaba René, he cometido errores en el camino como muchos hombres, respondía nostálgico René, aunque incluso en ese instante Louise velaba con benevolencia por ella, por él, René, siempre tan atenta y delicada, su cervatilla, su antílope, su fiel Louise, René se veía de nuevo en París saliendo por la noche con Nathalie del brazo, era la hora en la que desfilaban por los bares, los clubes privados, todo tenía que ser muy chic, con una estética risueña, como quería Nathalie, las jóvenes travestidas, las chicas vestidas a lo *garçon*, con sus smokings, sus trajes de noche, y Nathalie brillando entre todas ellas, o ellos, con el abrigo de pieles, los collares al cuello, en medio del humo de los bares, de los clubes, Nathalie solo bailaría, solo valsaría con René, como si estuviera retenida por René con una cadena corta, pegada al pecho plano de René, a la camisa blanca y almidonada de su traje, inseparables, eran inseparables en su unión, pensaba René, inseparables pero mundanas, unión teñida de esnobismo, de experiencia libertina a causa de René, de su aire desenvuelto, conquistador, así describía Louise su pareja, ligera, muy ligera, de un esnobismo intolerable, insoportable, sí, Louise oía ese quejido de René, desde su cama de náufrago, las chicas, todas las chicas, qué ha sido de ellas, Johnie, Gérard, Polydor, Doudouline, la Abeja, seguro que ha habido espacios, desapariciones entre las parejas casadas recientemente, si tenéis por fin derecho al matrimonio es gracias a mí, subrayaba René, mientras vosotras os divertíais, yo luchaba por vuestros derechos, estaba en la calle, manifestándome,

estábamos en las calles, nosotras también, pero fue un poco más tarde que tú, tú decidiste no salir más, vivir en tu cama, me había hecho viejo, dijo René, como un viejo lobo quería regresar a mi cueva e irme dignamente, es demasiado pronto, decía Louise, ponte de pie, la lucha no ha hecho más que empezar, Johnie, Gérard, Polydor, Doudouline, la Abeja, qué ha sido de ellas, preguntaba René, era una súplica en la oscuridad, pensaba Louise, no hacía falta que esa oscuridad de una noche absoluta acudiera a cerrar los ojos de René, habría que deslumbrar a René cuanto antes con la presencia de sus amigas, que se sintiera feliz al volver a verlas, a pesar de lo que René llamaba los espacios, las desapariciones, ellas estaban ahí, vivitas y coleando, al menos casi todas, y Louise era para René la voz de aquellos años pasados, todas reunidas en el salón de la Abeja, seguro que te acuerdas, la esperábamos hasta las cuatro de la mañana, a la Abeja, de nombre Marie-Christine, o Christie, nuestra pintora cuyos misteriosos dibujos, cuadros, no entendíamos ninguna, todos simbolizaban el dolor de vivir con el que cargaba, salía mucho por la noche, las noches de luna llena la agitaban, se iba vestida con esa chaqueta tan corta, sus botas de vaquero que la hacían un poco más alta, sus cascos en las orejas, adónde iba por los parques, allí bajo la espesura de los árboles nevados se quedaba al acecho de Gérard que esnifaba coca, esperaba a Gérard que se metía cada vez más, me hacía rayas mientras la noche se cerraba sobre mí, tan negra como un manto negro, diría más tarde Gérard una vez casada y realizada, nada que ver con la Gérard de antes, Gérard, por fidelidad, por devoción a una amiga muerta de sobredosis, había tomado el nombre de la amiga, Gérard, muerta a los veinte años, y decía a las chicas que ella sería la resurrección del primer Gérard, que se fue a los veinte años, veinte velas en la última tarta, nos acordábamos, veinte velas celebrando su breve vida de florecilla silvestre, decía Louise, pero al segundo Gérard floreciente, que la sustituyó, también le gustaba un poco la coca, todo cambiaría después, para el segundo Gérard que ya se habría convertido en una, la de ayer y la de hoy, así seguía la narración de Louise a René, inmóvil apoyada en sus almohadas, escuchándola con una atención un poco distraída por la

presencia de la enfermera cerca de la habitación, nos reuníamos en el salón de la Abeja, nuestra pintora Christie, cuándo haría su primera exposición, nos preguntábamos, mirábamos, admirándolos, sus cuadros de trazos negros, sus enigmáticos dibujos en las paredes, diciéndonos, cuándo, sí, cuándo hará la primera exposición, era la obra nocturna de una joven, pero ya había dibujado y pintado mucho, y Johnie decía, chicas, no podemos vivir sin hacer nada eternamente, tenemos que producir, ser, decidíos, yo seré astróloga, esa será mi carrera, pero dejad de soñar, avanzad, chicas, pero tú no podrás llamarte Johnie, le decía yo, Johnie era la más inteligente y razonable, había nacido con la iluminación de las demás, una intuición que yo solo podría calificar de celestial, sí, puedo llamarme Johnie, decía Johnie, porque me encanta Radclyffe Hall, no podemos seguir viviendo aquí juntas en un viejo edificio de paredes húmedas en invierno que van a derruir pronto, okupando, porque eso es lo que hacemos aquí, todas juntas, Doudouline que acabaría convirtiéndose en una gran actriz como su madre pero que aún no lo sabía entonces, sentada en las rodillas de Polydor, Polydor ya un poco borracha, antes de que llegara la noche, Doudouline apoyaba su rubia cabeza en el hombro de Polydor, quejándose de que nunca sería tan famosa como su madre, a mi edad mamá ya había actuado en muchas obras, pero tú además compones canciones rock contra la dictadura de Haití, tú eres nuestra actriz comprometida, además autora de canciones, decía Polydor, cariño, no, no digas nunca eso, todavía no sabes quién eres o qué, murmuraba Polydor, Doudouline escuchaba con la cabeza apoyada en el hombro de Polydor, cómo le gustaban la indolencia, la dulzura de Doudouline, era como un planeta redondo de sensualidades, de deseos, somos todas muy jóvenes, decía Polydor, por qué tanto nerviosismo, nos sobra tiempo, decía Polydor, estábamos equivocadas, dijo Louise, el tiempo iba a alcanzarnos enseguida, Louise recolocaba las almohadas bajo la cabeza de René, era irritante, pensaba ella, que la enfermera Olga estuviera siempre ahí observándola, podrías venir a mi casa, René, yo me ocuparía de ti, decía Louise al oído de René, mejor cuéntame la historia de las chicas en aquellos tiempos, respondía secamente René,

acabaron por hacerse mayores o era una época en que os encantaba tener solo dieciocho años, veinte años, yo ya os dominaba con mis experiencias, os daba mil vueltas, seducía, conquistaba, ay, por desgracia fue la época en que me negaron el alistamiento en el ejército, dijo René, muy cansado de repente, no me dijeron claramente por qué me habían rechazado, me rebelé enseguida, dijo René, los muebles aquí son horribles, decía Johnie, hay que evitar la fealdad de los lugares que okupamos, y hay demasiado ruido en el puente, además habéis comprado a plazos las camas de nuestras habitaciones, hay que evitar cualquier atisbo de decadencia, decía Johnie, Johnie era una niña bien, a su padre le habría gustado que fuera arquitecta, ella estudiaba psicología, decía Louise a René, pero aquella noche esperábamos que la Abeja, nuestra pintora Christie, trajera a la casa al primer Gérard, y cuando por fin llegó, la Abeja con sus botas de vaquero a su lado iba la larga Gérard pegada a la larga Johnie, apoyando su estructura ósea en Johnie, igual de hueca, larga y flaca, nos quedamos todas más tranquilas, Gérard decía, qué frío hace aquí, pero el frío que sentía ella era el de la cocaína, la Abeja decía, voy a hacer una sopa para que entres en calor, no te muevas, Gérard parecía haberse desmayado pegada a la espalda de Johnie, Johnie decía, por las cartas puedo saber el futuro de cada una, igual que predije las elecciones girando mi pequeña bola blanca, lo que me perturba, Gérard, es ese halo oscuro que te rodea, tienes que intentar alejarte de la pendiente fatal que veo en las cartas, si no, Gérard, Gérard, te lo suplico, escúchame, Gérard no escuchaba a Johnie sino las fastidiosas canciones de la radio, como si siguiera en la pista de baile de los bares, medio dormida sobre sus largas piernas, con su pelo rizado cayendo sobre sus mejillas glaciales, sabíamos, decía Louise, que esos nombres, Doudouline, la Abeja, Gérard, Polydor, eran ficticias protecciones contra el exterior, contra el ataque del exterior donde de repente nos veríamos tan desnudas como combatientes sin armaduras, eso sí, lo sabíamos, la casa era nuestro retiro, nuestro refugio contra el enemigo, el portador de prejuicios, sí, lo sabíamos, entre nosotras todo estaba permitido, el beso y el abrazo, nos gustaban tanto las cejas rizadas de Gérard como el silencio de

Johnie, la atractiva opulencia de Doudouline, aunque empezara a preocuparnos que Polydor se emborrachara a menudo, parecía estar siempre bebiendo del mismo vaso de vino en el que tintineaban los cubitos de hielo, en el salón se oía la voz dulce de Doudouline explicando que su madre casi la da a luz en el escenario mientras interpretaba una obra de Racine, Doudouline decía, mamá sigue reprochándomelo a día de hoy, Doudouline decía a la Abeja que le traía la sopa a Gérard en un tazón humeante, y tú, Abeja, serás la pintora de nuestra generación, así clamaba la voz melosa de Doudouline, eso serás tú, a veces la Abeja se iba con un hombre, con los cascos en las orejas, era sobre todo las noches de luna llena, cuando se paseaba por los parques esperando a Gérard, le bastaba con encontrar a alguien que fuera amable, atento, ella decía a las chicas, los chicos actúan así, por qué no yo, si la tentación se apodera de mí, hay que obrar tan libremente como hacen los chicos, los hombres, afirmaba la Abeja, Louise se había hecho cargo de ella para que abandonara aquellos indignos paseos por los parques, poniendo de nuevo los pinceles entre las manos de la Abeja, si quieres ser la pintora de tu generación, lo primero es ponerse a trabajar, en aquella época Louise vivía su inextricable relación insensata con René que nunca le era fiel, no sé cómo sobreviví a esa relación contigo, decía de repente Louise como si siguiera herida, eras totalmente insoportable, René, esa obsesión tuya por las mujeres casadas era odiosa, y yo siempre sola, sobre todo por la noche, cómo pude enamorarme de un ser tan marginal como tú, porque el amor es una locura, una enfermedad grave, dijo René, a pesar de todo el amor es una enseñanza, seguro que te enseñé algo, el sexo, por supuesto, dijo Louise, pero yo estudiaba mucho, y lo nuestro me distraía demasiado, no sé realmente qué era lo que me gustaba tanto de ti, René, yo soy una compañía divertida, dijo René, por eso estabas conmigo, yo te enseñaba a vivir para algo más que tus estudios, te inicié en la diversidad del amor, dijo René, ¿no era generoso por mi parte? En aquel tiempo, retomó Louise, Gérard estaba tan enganchada a las drogas que cuando se veía con una mujer era para dormir a su lado, caer adormecida junto a ella, sí, se quedaba también dormida de pie,

ante nosotras mientras hablábamos, charlábamos, Gérard volvía tiritando de sus salidas nocturnas en busca de un poco de cocaína y speed, otra vez te vas a quedar toda la noche escribiendo, Johnie, cuándo acabarás la licenciatura de alemán, no puedes seguir así de dejada, decía Johnie a Gérard, nuestro fin en la vida es el conocimiento, no la pereza, me acuerdo de Gérard con su smoking rojo, de su aparición en el vestíbulo, en casa de la Abeja, de sus mejillas enrojecidas y heladas por el frío, bajo una pátina de lluvia o nieve, cuando asomaba el alba por las ventanas, nosotras nos reuníamos alrededor de Gérard como si tuviéramos miedo a perderla, a lo que pudiera pasar, a lo que pudiera pasar, repetía Louise, había un segundo Gérard que se llamaba todavía Thérèse y que la acechaba en la sombra, diciéndose, si nos hace la faena de desaparecer, adoptaré su nombre para que nunca muera, no, por el momento estábamos todas juntas en nuestro islote, en medio del frío invernal, Gérard con nosotras, en su deriva, la Abeja, la pintora de su generación, pintó un retrato de mí que mirábamos todas, asombradas, se titulaba *Louise en el jardín*, con Rosemonde, Rosemonde era el gato pelirrojo de la casa, era el único cuadro en el que la Abeja había puesto algo de color, un jardín con tonalidades verdes, una pincelada de naranja en la nariz de Rosemonde, si no, solo dibujaba, pintaba en tonos marrones o negros, pero de repente ese jardín reverdecido del cuadro parecía refulgir, cantar por encima de nuestras cabezas, toda la noche, y por la mañana, cuando comíamos nuestro pan tostado, de repente nos sentíamos transportadas en medio de la hierba verde del cuadro, bajo el sol del estío, con Rosemonde sobre nuestras rodillas, cuánta dulzura, suspiraba la Abeja, Polydor que tenía más hambre que las demás se chupaba los dedos empapados en sus tostadas con miel, sí, cuánta dulzura, repetía la Abeja. René recordaba esas cicatrices en la espalda de Lali, los despertares brutales al alba, cuando Lali se iba al hospital envuelta en su pelliza militar, qué rígido era, ese hermano, *the brother*, Lali contestaba a una llamada de urgencia en su teléfono *I will be there in a few minutes*, decía ella, ya voy, su partida era fugaz en medio de la nieve, pensaba René, por qué no llevaba calzado de invierno, las

huellas de los zapatos de Lali en la nieve, descansando sobre sus almohadas, René pensaba en Lali, en esa pesadilla del derrumbamiento de la chimenea que atormentaba las noches de Lali, pues la pesadilla de la chimenea e incluso del olor persistente a fuego en la pesadilla, eso no cesaba nunca, decía Lali, no volvería nunca más a Berlín, decía Lali, y sin embargo Berlín siempre la atraería, pensaba René, se persiguió a los homosexuales en los campos, sobre todo a los hombres, aún seguían persiguiéndolos, pensaba René, es cierto, como decía Louise, que René tendría que levantarse para luchar contra esos ataques a los derechos de las personas, es cierto, sí, pero, pensaba él, no le quedaban fuerzas, tenía los miembros abotagados, sus pies, sus piernas, esa lucha le correspondía a las generaciones futuras, pensaba René, a Louise, a Lali, al segundo Gérard, a la Abeja, ellas no pueden entender mi decadencia, esas chicas siguen viéndome en pie de guerra clamando mi ira, mis rabiosas protestas, con mi ropa masculina, cuando ofenden a una de vosotras, les decía, me ofenden a mí también, quién hablaba de los malos tratos a los homosexuales en Níger, en cuanto a los transexuales, los masacraban casi en la pubertad, me habrían asesinado varias veces en condiciones humillantes, pensaba René, pero míralos, dos hombres cogidos de la mano, dos hombres enamorados, y por eso tres meses de reclusión, o si no los encarcelan tienen que vivir en la clandestinidad, se les confunde con los enfermos sidosos, no pueden salir sin poner en peligro su vida, se les acusa de comportamiento indecente cuando lo único que hacen es soñar con poder abrazarse libremente como cualquier otra pareja legítima, por qué Louise es tan intransigente, el combate ha terminado, yo ya no puedo levantarme a no ser que Olga me sostenga con sus vigorosos brazos, no puedo no puedo, pensaba René, cuando oyó la voz de Louise que la sacaba de su letargo, escucha, podrás levantarte y recibir a las chicas en tu casa, tú eres la voz misma de nuestra resistencia, decía Louise, poniendo la mano sobre la cabeza de René, ese gesto era de consuelo o imperioso, se preguntaba René, velaré por que todas oigan tu voz, decía Louise, me ocuparé de todo, de las copas de vino, organizaré todo para esa reunión, decía Louise que veía de nuevo a René más joven, con Nathalie del brazo, Nathalie u

otra mujer elegante, ella las escogía a todas en los medios sociales privilegiados, pensaba Louise, esa sonrisa insolente de René la seguía mortificando, y esos guiños pícaros, era penoso, acaso no era eso un asalto de coquetería masculina, ese mismo guiño a Olga, la enfermera, incluso si los ojos de René parecían entreabrirse apenas a una luz que la molestaba, bueno, descansa un poco, decía Louise a René, voy a retomar la historia, estábamos hablando de Gérard, nuestra luz, sus pestañas rizadas, sus pálidas mejillas brillando en la sombra, esto se tiene que acabar, decía Johnie, sí, el alcohol, la droga, esto se tiene que acabar, decía Johnie a Gérard que no la escuchaba, cuando salía por la noche ataviada con su smoking rojo, no se sabía si volvería ni cuándo volvería, bajo la seda del smoking estaba ese dibujo de Mickey Mouse impreso en la camiseta de Gérard, me tenéis harta con vuestras cervezas y vuestros cigarrillos, decía Gérard, yo no bebo nunca, ni fumo, no claro tú te haces rayas en los váteres de los bares, eso es lo que haces tú, decía Johnie, esto se tiene que acabar, sí, se tiene que acabar, estoy harta de la cuerda de tender del vecino, de este miserable apartamento en el que nos estamos pudriendo, decía Gérard con una voz que nos parecía venir de lejos, puede que fuera la neutralidad dramática lo que nos molestaba, acaso no sabíamos que Gérard ya no estaba con nosotras, era inevitable que Doudouline hablara con exaltación de su madre a la que tanto quería, te acuerdas, Polydor, decía Doudouline, cuando en París le llevamos un ramo de flores a mamá, aplastamos los ramos de rosas en el pecho de mamá, la Gran Sophie todavía conmocionada por esa escena de Strindberg que acababa de interpretar, todavía metida en la pasión de su papel, al vernos aparecer en su camerino, exclamó al vernos, oh Señor, por qué me has dado hijos, y tú, Doudouline, no podrías salir con chicos como todo el mundo, siempre tienes que fastidiarme, mamá, venimos a felicitarte, querida mamá, y, ya ves, prefiero a Polydor que a los chicos, y esos nombres ridículos que os ponéis entre vosotras, Doudouline, escúchame, se te ha ocurrido pensar en mi reputación, no puedo permitirme tener una hija como tú, y sobre todo a vosotras dos tan desparejadas en mi camerino, vamos, fuera, salid, chicas, entre

lágrimas, le dije a mamá, así que no me quieres, no nos quieres, mamá acabó por darnos las gracias por las rosas, estrechándonos en sus brazos, claro que os quiero, pero no vengáis aquí a atormentar mi corazón de madre, ya hablaremos luego, venga, hasta luego, chicas, al salir del camerino vimos a los numerosos admiradores de mamá, los actores invadieron su camerino, uno de ellos apareció de improviso con una botella de champán en la mano, exclamando, a su salud, resplandeciente Sophie, a su salud, salimos del camerino de mamá, fuera en las aceras de París dormían unos desharrapados, nosotras nos sentíamos como ellos por culpa de mamá que nos había echado de su camerino, humilladas, rechazadas, decía Doudouline, no exageres, Doudouline, decía Polydor, tu madre no nos esperaba, la hemos sorprendido un poco, y además es una gran señora, por qué iba a perder el tiempo con nosotras, ¿eh? Porque soy su hija, dijo Doudouline, si ella es una reina, yo soy una princesa, soy actriz, también yo, dijo Doudouline, pero sobre todo dotada para la comedia, mientras que mamá, ella, se escuchaba el resuello ahogado de Doudouline, en la obra, se sentía su alegría, su pesar por amar a Sophie, todo amor es incierto, suspiraba Doudouline, pobre mamá, aquel invierno ella vivía en una buhardilla donde pasaba frío, pobre mamá, murmuraba Doudouline, ¿no repetía siempre ella que no era fácil para una actriz volver a empezar la vida a los cincuenta años en otro país? Esas afectuosas disputas entre Doudouline y su célebre madre parecían estimular la adoración de Doudouline por aquella que casi la había parido en un escenario, Doudouline notaba en todos sus gestos el efecto teatral de aquello, un día también ella sería espectacular en escena, portadora de una diferencia, decía a Sophie, que sería su marca, la esencia misma de su rebelión contra una sociedad indiferente a la unicidad de cada uno, a su diferencia, pero aquellos inviernos Doudouline estaba sobre todo ocupada escribiendo sus canciones contra la dictadura de Haití, escribía aún textos muy imperfectos, pensaba ella, contra la beligerancia de los hombres, porque las chicas, acurrucadas en sus sillones o tumbadas en la alfombra del salón con Rosemonde pegada a ellas, todas sabían en el

salón exageradamente lleno del humo de sus cigarrillos, con un olor a cerveza flotando en el aire confinado, mientras veían pasar atroces imágenes de guerra en su televisor, todas sabían, decía Doudouline, que la manipulación de la Violencia era cosa de hombres, eran los generales quienes declaraban las guerras, ellos eran los dueños de nuestras vidas, de nuestros destinos, y el silencio de todas las mujeres resonaba, apenas si se oían sus voces desde hacía unos cien años, cuántas mujeres mártires de la lucha habían hecho falta para que pudiéramos votar, porque los generales lo sabían desde hacía tiempo, los beligerantes lo sabían perfectamente, las mujeres nunca habrían votado para que el mundo estuviera constantemente en guerra, nunca habrían consentido esas guerras fratricidas que se habían convertido casi ya en familiares. Escribe todo eso, aconsejaba Johnie a Doudouline, no pierdas un solo instante, hay que defender nuestro futuro, o no tendremos porvenir, aunque ese futuro esté escrito en los astros, como un paisaje catastrófico del que veo las zonas que serán destruidas, otras aún están sanas, pero no debemos perder nuestro tiempo como hacen Gérard y la Abeja, que no ha pintado desde hace días, yo repetía a todas que la Abeja, nuestra pintora Christie, sería la pintora de nuestra generación, y que el mundo nos pertenecía a pesar de todo si así lo deseábamos, a pesar de que fuéramos mujeres, de momento mujeres muy jóvenes poco competentes, pero un día seré profesora de universidad, les decía yo, nadie me lo impediría, era extraño que me hallara en ese sitio haciendo gala de mi necesidad de conocimientos cuando en aquellos inviernos, René, solo pensaba en ti, en tu vida secreta junto a otras mujeres, y es que estaba hechizada por un chico malo que era también una mujer, porque tú apenas si me querías un poco, casi no me besabas, sí, sí, revoloteabas a mi alrededor como una polilla, respondía René, actuabas como un hombre con su esposa, eso es, dijo Louise, nada hay más vergonzoso que esa crueldad viril, por qué tenías que adoptar también sus vicios, todos sus defectos, y a pesar de todo ejercer sobre mí tu seducción, gustarme, se puede amar con contradicciones, decía René displicente, ay, ahora, en mi presente desasosiego es cuando me eres muy querida, ahora que es demasiado tarde, estas palabras, René no las

pronunció, le costó mucho retenerlas, por orgullo, a pesar de todo él dijo tendiendo la mano hacia Louise, mi antílope, no me recuerdes siempre el pasado, qué habrá sido de Gérard, del primer Gérard, eso también es el pasado, dijo Louise, cómo perdimos a Gérard, no sé, igual era responsabilidad de cada una de nosotras no dejar que cayera en la toxicomanía, en qué fallamos, Johnie abría sus cuadernos, jugando con sus lápices, no podemos, no, permitir eso, decía ella a la Abeja, lo que le sucede a Gérard, no podemos permitir eso, las palabras parecían borrar todas nuestras inquietudes, mientras Johnie hablaba con voz melodiosa, nos gustaba ese tono moderado, nos tranquilizaba liberándonos del miedo, de todo shock inminente, ya fuera el estallido repentino de una guerra, por lejana que fuera, el shock nos estremecería hasta los huesos, o que Gérard estuviera en la cárcel, lo que practica Gérard, os lo digo yo, chicas, es una nefasta filosofía de la existencia, muy negativa, una elección desafortunada, enunciaba Johnie, se trata de la existencia disoluta de Gérard, chicas, me oís, esto, no, no puede seguir así, todos los clubes van a cerrar pronto, quién se apunta a salir conmigo, decía la Abeja poniéndose de nuevo los cascos en las orejas, Thérèse decía que iría a escalar la montaña antes de que amaneciera, pero es que no lo visteis ayer, chicas, en el Dernier Club que cierra a las cinco de la mañana, testigo de una infidelidad de su amante, la directora del club, una mujer sólida, grande como un armario, la habéis visto, no, chicas, tirando por las escaleras a su compañera, y oímos todas cómo rodaba y rodaba por las escaleras, acaso debemos conducirnos así, preguntaba Thérèse, prefiero irme a la montaña, respirar el aire puro de este interminable invierno, no vayas a desgastar tus pulmones hasta la mañana en el Dernier Club, está bien para fumar un último cigarrillo con una amiga, decía la Abeja, un cigarrillo entre los labios, solo uno más, el último con un baile, luego nos encontramos en la calle, y tendremos menos frío bajo la nieve que no para de caer sobre nuestras caras, por eso no dejas de toser, decía Thérèse, un día te arrepentirás, seguro que no, seguro que no, no me arrepentiré de nada, decía la Abeja, el arrepentimiento es para los viejos, no para nosotras, y yo me preocupaba ahora, no solo por

Gérard, sino también por la Abeja que en esa época tosía cada vez más, salía sin gorro ni guantes, con su pelo cortado a lo paje al viento, harías mejor en irte a dormir, decía yo a la Abeja, al principio, declaraba Doudouline, los dictadores se hacen notar sobre todo por su insignificancia, solo cuando están en plena posesión del poder se reconoce su tiranía, porque si se les aísla de la muchedumbre, no son nada, de repente hinchan su imagen hasta hacernos creer que son los benefactores de esa gente arrodillada a sus pies, os hablo como doctor capaz de curaros, dicen ellos, yo seré, sí, el que curará todos vuestros males, con vosotros busco el final de toda desigualdad social, fraternidad, humanidad, heme aquí a vuestro servicio, pequeño médico de pueblo o etnólogo que ha comprado el título, helo aquí que reina sobre su pueblo, lo domina y lo crucifica, condena a millares de inocentes a ser arrestados, a muerte, quién habría podido predecir que bajo tanta insignificancia nacería un corruptor, un gran criminal, quién lo habría creído, porque no desconfiamos nunca bastante de la mediocridad, de la insignificancia de los personajes asesinos, nunca bastante, decía Doudouline a Polydor que la escuchaba atentamente, con la mirada ardiente, acaso sentiste todo eso durante esa breve estancia con tu madre en la República de Haití, preguntaba Polydor, mis padres comediantes tienen sentido de la justicia, decía Doudouline, cuando viajo con ellos me enseñan a vivir, aunque mamá se distraiga a menudo con su profesión, Doudouline siempre hablaba con orgullo de sus padres comediantes, de su familia artística, solo temía ser demasiado singular en medio de ellos, decía ella, más bien demasiado única, precisaba Polydor, no te preocupes por su opinión, Polydor sorbía su vino, se oía el tintineo de los cubitos de hielo en su copa, tienes una familia con nosotras, acaso no te basta, decía Polydor, besaba a Doudouline en la frente, te das cuenta de que te queremos, nosotras, eh, luego se iba a la calle con la Abeja al Dernier Club, tambaleándose un poco, cuidado, le decía la Abeja, la directora del club podría tirarte escaleras abajo, bang, bang, no parece que le gusten las jóvenes, es porque somos demasiadas, vamos todas a su club a tomarnos la última copa, cuando todo está cerrado alrededor, es porque

pasan los policías a las cuatro de la mañana para verificar, nos sentamos unas encima de otras para que no nos vean, que no se den cuenta de que hemos superado el aforo, que es de cien personas, pero es de mano dura, esa mujer, no me fío, dijo Polydor, tirar a su amiga, a la mujer de su vida por las escaleras, es brutal, Lali tuvo que llevarla al hospital, me apuesto lo que sea a que está compinchada con la policía y la mafia, me apuesto lo que sea, sí, decía Polydor, nuestros bares no son dignos de nosotras, dijo Johnie, no deberíamos ir ahí, a bares subterráneos, casi sin luz, o a bares en altura, muy escondidos, todo es mentira, secretismo, no está bien, decía Johnie, con los policías acechándonos en la sombra, no, no es justo, pero puedo predeciros que en un futuro no será así, nos protegerán, he visto en las cartas que habrá transformaciones sociales que nos serán favorables, las noches transcurrían así en el aire lleno de humo del salón, con ese tono apaciguante, moderado de la voz de Johnie, intercambiando vagas esperanzas, ciertas noches, Gérard llevaba un peto vaquero, de pie en el umbral, no decía nada, nos escuchaba con aire ausente, tú no debes volver a salir, decía Thérèse a Gérard, porque nunca se sabe cuándo volverás, quítate ese abrigo de piel vuelta y quédate con nosotras, me oyes, Gérard, voy a calentar la sopa, no comes nada, de todas formas pronto serás tan solo un fantasma de ti misma, las guerras estallaban, fulminantes, desesperadas, en la pantalla de la televisión, las epidemias, las hambrunas, mirad lo que está pasando, decía de repente Gérard, ¿no veis como yo lo que está pasando? Es el apocalipsis, decía Gérard, y no veis nada, no sentís nada, decía Gérard, *Beat it, beat it*, escuchaba la Abeja en sus cascos, una última copa y se acabó, decía ella, a las chicas no les gustan los finales solitarios de las noches cuando hay que dejar de bailar y se encuentra una sola para volver a casa, se silban unas a otras, eh, tú, ¿puedo subirme a tu coche y quedarme una hora nada más en tu casa para entrar en calor? Los coches se van por las carreteras nevadas, las parejas de bailarinas se deshacen en una aurora sin color, por qué no puedo subirme contigo a tu coche, acaso no te das cuenta de que está nevando y estoy sola, exclama una de ellas, los coches desaparecen bajo una bóveda nívea, la

chica rechazada camina sola por la calle, siempre hay alguien que no nos gusta lo suficiente, decía la Abeja a Polydor, yo, como vuelvo a pie y por los senderos de los parques, nadie me sigue, tengo suerte, salvo algún hombre de vez en cuando, escondido bajo las ramas, dijo Polydor, se pone a caminar de repente a tu lado, dejas que te bese, que te lisonjee, un desconocido, no tienes vergüenza, a menudo hay un hombre en los parques esperando a otro hombre, decía la Abeja, hablamos un poco, le pregunto a quién espera, dice, de momento no sé a quién pero hace demasiado frío para la aventura y luego se aleja y se dirige hacia la montaña, le digo que allá arriba no hará más calor, un hombre como yo no puede pasar una noche sin sexo, me contesta, adiós, guapa, me dice y se escapa calentándose los dedos con su aliento, de pie en el umbral de la casa, Gérard se tragaba unas cuantas pastillas para que el peso del mundo le resultara más ligero, Johnie oía la respiración rápida de Gérard, mientras escribía en su cuaderno *De Safo a Radcliffe Hall*, las palabras quedaban suspendidas en la página en blanco, sería el título de mi tesis, me decía ella, qué opinas, Louise, si Gérard acababa por derrumbarse de cansancio en el sofá, era para acurrucarse junto al gato, oíamos cómo se aceleraba la respiración de Gérard, esto no puede seguir así, decía Johnie que parecía estar velando el sueño de Gérard, si es que dormía, igual estaba con el mono, qué sucedía, Johnie le ponía una manta sobre los hombros a Gérard, la Abeja, estuviera en una pista de baile o en su cocina, oía en sus cascos a Stevie Wonder, Ray Charles, Michael Jackson, la Abeja parecía estar bailando siempre, decía Doudouline, cuál será mi destino, preguntaba la Abeja a Johnie, el misterio de mi destino, preguntaba la Abeja a Johnie, serás la pintora de nuestra generación, contestaba de lejos Polydor, si te retienes un poco de salir todas las noches, si fueras un poco más disciplinada, los auténticos artistas no salen todas las noches a tomar una última copa, decía Polydor. Ahí es donde se compra la droga, Gérard, estoy segura, decía Polydor, en el Dernier Club, también hay hachís de Sudamérica a precio reducido, decía Polydor, eso ni tocarlo, es de mala calidad, decía Polydor que solo consumía vino con una languidez que se alargaba todo el día, sabíamos todas, decía Louise

a René, que a lo largo de esa desgarradora desesperación suya Gérard buscaba a su madre, sus generosos padres adoptivos, al mimar a Gérard desde su adopción a los diez meses, parecían no darse cuenta de esa obsesión de Gérard que buscaba por todas partes a la que la había parido para abandonarla después en un orfanato, solo podía ser una chica de quince años, o una prostituta, si fuera una prostituta Gérard la saludaría respetuosamente en la calle, pues nacer de una madre prostituta sería la señal de un divino prestigio según Gérard, nacer de una chica de quince años sería la marca de la inocencia, pero de dónde provenía pues esa madre de Gérard, habría que encontrarla para decirle con el debido respeto, mamá, tu hija, soy yo, Gérard, la pregunta se haría sin rabia, mamá, por qué me abandonaste, sería envidiable haber tenido una madre de quince años que siguiera siendo joven mientras Gérard fuera envejeciendo, no se sabría quién era la madre y quién la hija, se querrían tanto, no se separarían nunca más, esos sueños de Gérard crecían a la par que su dependencia de las drogas, Gérard decía a las chicas que ella recordaba todo, la camita con barrotes del orfanato que compartía con dos bebés africanos a quienes nunca cambiaban los pañales, a veces bajaban los barrotes para que los tres pequeños pudieran retozar por el suelo y acabar por aprender a caminar, recordaba el olor a orina y una soledad sin fin en la oscuridad, mientras lloraba sin parar, se sabía que era invierno fuera porque las paredes del orfanato estaban frías, se sentía por todas partes ese frío, sobre todo cuando unas manos humanas te tocaban so pretexto de querer lavarte, había que evitar el contacto con aquellas manos, con aquellos brazos, porque su frialdad lo atravesaba todo, decía Gérard, por qué la habían adoptado, a ella, y no a los dos bebés negros, seguía sintiendo aún esa violación de sus derechos infantiles, cuando la separaron de ellos, porque deberían haber ido juntos a la misma familia, los bebés negros y Gérard, ella nunca entendió la actitud separadora de sus padres, decía Gérard, pero no teníamos los medios suficientes para adoptar a tres niños, decían los padres de Gérard, desconcertados por su hija, y tú nos gustabas, tan larga y tan bonita, un poco flacucha, sí, no muy limpia, tan sola en esa camita de barrotes, yo no estaba sola, ellos dos estaban

conmigo, contestaba Gérard, por qué separarnos, las heridas en sus recuerdos de infancia parecían incurables, decía Louise, fragmentos que habían estallado como minas en su cabecita, y todas pensábamos que seguía siendo así hoy y que no podíamos hacer nada, aparte de Johnie que repetía, esto tiene que acabar, sí, tiene que acabar, mientras Louise evocaba a Gérard y el pasado.

Le parecía chocante que Olga la enfermera rusa hubiera planchado las camisas de René que estaban apiladas en la mesilla, Olga había sacado del guardarropa los trajes de hombre de René recién lavados, había limpiado los zapatos, ese ceremonial de extrema pulcritud parecía el anuncio de los preparativos para el duelo, Louise se estremecía de horror, su amigo René estaba vivito y coleando, qué siniestra era toda esa preparación mortuoria alrededor de él, de René, tan tranquilo en su cama, escuchando los relatos de Louise tan atento, tenemos que saber todos de dónde venimos, decía René, puesto que sabemos con certeza adónde vamos y eso, sin retorno, Gérard tenía razón al rebelarse, a saber por cuántos hogares de acogida había pasado antes de que la adoptara una familia de verdad, a saber, se preguntaba René, a saber si no sufrió rechazo, abandono varias veces, Louise escuchaba aquellas reflexiones de René y a la vez se fijaba en que Olga había abrochado las camisas de René, colocado en un percha sus pañuelos y sus corbatas, el hecho de que abotonara las camisas de René esa mano experta en cierres la irritaba más aún, abotonadas hasta el cuello, esas camisas parecían expresar el internamiento forzado de René bajo la gobernanza de su enfermera rusa, así ella no abría nunca las ventanas, no la sacaba nunca de su cama, y cuando las chicas vengan a verte, sí, todas juntas, dijo de repente Louise, te vestiré con tu batín todo blanco o bien con tu ropa más elegante, a que sí, Rene, así será, puesto que será un día de fiesta, René no contestó, luego preguntó de nuevo, impaciente, y entonces, qué sucedió con Gérard, vas a decírmelo o no, Louise dijo que a veces era duro hablar del pasado, se le hizo un nudo en la garganta, estábamos en un encierro, el enclave de la casa de la Abeja, así creíamos evitar los problemas, pero los problemas venían a nosotras, golpeándonos con más fuerza todavía, dijo Louise, parece que estoy viendo a Gérard tirada en el sofá de terciopelo de la Abeja, vuelvo a verla toda tirada con su smoking rojo, sucede unos días antes de que se enciendan en la tarta fúnebre las veinte velas por el cumpleaños de Gérard que no celebrará con nosotras, habría cumplido veinte años, decíamos, por fin iba a portarse bien, o no, no sabíamos, en la habitación se oían las canciones punk de Doudouline que era punk

también y hacía sus revoluciones en su arte de cantar, Polydor lanzaba a Doudouline miradas tiernas, admirativas, eres tan guapa como tu madre, la Gran Sophie, decía Polydor, Doudouline replicaba, qué va, qué va, ella es delgada y exquisita, mientras que yo soy, Polydor colmaba enseguida ese vacío de Doudouline añadiendo, más guapa aún, diría yo, dices eso porque acabo de imponerme el más severo de los regímenes, y tengo hambre, tengo hambre todo el tiempo, decía Doudouline, estoy harta de sopas y caldos, eso es para Gérard que vive de la trasparencia del aire, yo no puedo, decía Doudouline, yo he crecido en los teatros, entre bambalinas, con un bocadillo en la mano, mamá no tenía tiempo de cocinar ni siquiera de estar con nosotros en casa, papá era quien se ocupaba de nosotros aunque también fuera actor, pero es de mamá de quien he heredado esta voz melodiosa, siempre me viene de mamá lo mejor de mí, decía Doudouline con mucha modestia, recuerdo que no nos gustaba esa humildad excesiva de Doudouline, íbamos a sus recitales de canciones encantadas, rodeándola de un afecto que a ella le parecía generoso, y evitaba nuestras palabras de admiración, ella que era nuestro ídolo, Doudouline presumía de haber aprendido a leer en las rodillas de su padre más que en la escuela, de ahí le venía su autonomía, decía ella, en esa familia eran actores, comediantes de padre, de madre a hija, era así, qué suerte, suspiraba Polydor, yo tuve que ir a la escuela donde no aprendí nada, y no hay nada más triste que volver de la escuela a las cuatro de la tarde cuando ya es de noche en la ciudad y no se sabe adónde vas entre tanta nieve pero se oyen los quitanieves y te dices que podrían triturarnos tal cual, decía Polydor mientras degustaba su vino de la mañana o del amanecer, o bien perpetuo, gruñía Johnie, solo estoy chupando el cubito de hielo, decía Polydor, no podéis dejarme en paz, no, decía Polydor, Doudouline se acercaba al piano y amagaba unas cuantas sublimes variaciones de su voz, todas la escuchaban, a veces cantaban con ella, Gérard tirada en el sofá de terciopelo de la Abeja, mirándonos sin estar ahí, no podíamos saber qué nos ocultaba tras esa mirada, Gérard se juntaba cada vez más con un grupo de chicas y chicos que no conocíamos, vivía a la vez con nosotras y en otra parte,

ahora había noches enteras que no las pasaba con nosotras, la Abeja se había resignado a no esperarla más en los parques, pero ese grupo con el que se juntaba Gérard vivía en uno de los barrios marginales de la ciudad, parecían vivir solo para eso, el trapicheo de cocaína, de heroína, ni siquiera sabíamos dónde se escondían todos, algunos de ellos eran mendigos, no podíamos dejar a nuestra Gérard con esas malas, peligrosas compañías, decía la Abeja, diciéndose que acabaría por encontrar los escondites de Gérard, y que se salvaría si la internáramos a tiempo en un centro de desintoxicación, sí, se salvaría, ese era el plan de la Abeja, no permitir que Gérard saliera más, prevenir, curar, salvar a Gérard, llevábamos varios días, varias noches sin ver a Gérard, y eso a pesar de la vigilancia nocturna de la Abeja en las calles de alrededor, llenas de niebla en invierno, Gérard se fugó, esa evasión sigilosa era lo que nos apenaba, adónde iba, con quién se juntaba, esperábamos, cuando nos enteramos de todo ya era demasiado tarde, Polydor preguntaba si Gérard llevaba puestos esos zapatos suyos de plástico en la pista de patinaje que eran las calles, las aceras, puede que se hubiera caído Gérard, recuerdo las veinte velas en la tarta, dijo Louise, parecía una bonita fiesta para celebrar los veinte años de Gérard que ya no estaría con nosotras, desaparecida, evadida, dónde se había metido, seguíamos viendo a Gérard en la casa llena de humo de la Abeja, no podíamos olvidarnos de su pelo, de sus pestañas rizadas, de sus ojos resplandecientes en la oscuridad de la noche, se podía oír la risa de Gérard, porque se reía mucho con la Abeja, ese tono burlón de su risa, de hecho su intención era interpretar comedias más adelante con Doudouline, ella sería una actriz cómica, una gran actriz cómica como lo era a veces la Gran Sophie, aunque tuviera debilidad por la tragedia donde era grandiosa, decía Doudouline de su madre, la Abeja decía que oía los pasos de Gérard en la cocina, igual estaba dándole de comer a Rosemonde, murmurándole palabras tiernas, diciéndole no salgas por la noche, mala, quédate con nosotras, acaso no temes el frío lacerante del invierno, podríamos perderte, gatita querida, bajo murallas de nieve, perderte y no tenerte ya nunca más con nosotras, cuando nos enteramos de todo, ya era demasiado tarde, decía Louise a

René, las lágrimas mojando sus mejillas, en uno de esos cuchitriles donde vivían esos desgraciados, esos delincuentes, los que le pasaban la droga a Gérard, explotó una estufa, los golfos pudieron salir por la escalera agarrándose a la barandilla de hierro, olvidándose a Gérard arriba, no se sabe si no estaba ya en coma a causa del humo, nadie pensó en Gérard, no se sabe si murió de sobredosis antes o después de la explosión y el rugido de las llamas, pero esos cobardes se olvidaron de Gérard, no la despertaron ni se la llevaron con ellos a rastras por la escalera hasta la calle donde seguía nevando, fue un acontecimiento espantoso, inconcebible, sí, todas nosotras perdimos allí nuestra juventud, en ese abismo donde estaba Gérard, ese pozo de indiferencia de donde no habían podido sacarla con vida, respirando apenas, así podríamos haberla llevado al hospital y Lali la habría curado, de todo, era demasiado tarde, su cuerpo estaba todo negro, calcinado cuando los policías la encontraron, y luego, nosotras, después, la ropa de sus salidas nocturnas deshecha y pegada a su piel, no puedo contar más, dijo de repente Louise a René, así es, dijo René, Lali que sabía más que todas vosotras habría podido salvar a Gérard, qué desgracia, dijo René, qué desgracia, no hay luz en alguna parte, quiero decir, Gérard no os está enviando algún mensaje, porque los muertos son también mensajeros, afirmó con seguridad René, quizá, no sé, dijo Louise, secándose los ojos con su pañuelo, ¿cómo crees que los muertos pueden hablarnos? Lo sé, dijo René, hay signos específicos, mensajes si está uno atento, yo os enviaré varios, dijo René riéndose, y sobre todo a ti, Louise, para explicarte mejor mi conducta, seducir a mujeres casadas era también liberarlas de la coerción y la opresión de sus maridos, enseñarles un placer que desconocían, y como amaba a los maridos por complicidad masculina desviada, les explicaba cómo tratar a sus mujeres, hubo así algunos triángulos amorosos, oh, es espantoso, no tenía ni idea, dijo Louise, aún más infidelidades tuyas conmigo, qué inocente era yo, sin imaginar siquiera todas tus locuras, decía Louise, turbada de repente por la confesión de René, no llores por un viejo amante, hace tiempo que todo aquello terminó, solo sé que les hice mucho bien a aquellas mujeres, sacándolas de su ignorancia de sí

mismas y de su belleza, lo que no impidió que Nathalie se fuera con uno de aquellos hombres, sin darse cuenta de lo superior que soy, qué quieres, mi querida Louise, es así, no se puede ganar siempre, salir vencedor, ni siquiera hay que pensar en aquello, tu conducta es la de un chico malo, dijo Louise, sí, pero que muy malo, lloras pero sonríes, dijo René, no soy tan terrible como crees, cuéntame qué sucedió con Gérard después, qué sucedió con Gérard, pues que nuestra juventud empezó a irse a pique contra aquella roca de la primera desgracia, retomó Louise con la voz todavía alterada por la brutalidad de los recuerdos de esa noche de invierno, la Gran Sophie decía a Doudouline, deberías haberle prohibido salir, deberías haberlo hecho, hija mía, parecía tan apenada como nosotras, y tú, Polydor, por qué no hiciste nada, una chica tan dotada para la comedia, morir así, oh, es demasiado espantoso, decía la madre de Doudouline, no podía consolar a Doudouline porque estaba demasiado enfadada con todas nosotras, parecía que fuéramos nosotras los asesinos de Gérard y no los que le pasaban la droga, esos descarriados amigos suyos sin escrúpulos, al final, el día del funeral, la Gran Sophie se apiadó de nosotras y declaró que nosotras éramos sus pobres niñas, que nos ayudaría, aquel día nevaba, siempre el mismo invierno de nieve y hielo en las aceras, en las calles, Polydor se fijó en una señora aquel día, igual era ella, la madre biológica de Gérard que la había abandonado, seguíamos sin saber por qué, aquella mujer que parecía de origen africano, decía Polydor, lloraba casi en silencio, con los ojos ocultos por unas gafas negras, decía Polydor, no creéis, chicas, que igual era ella, la madre de Gérard, su alargada silueta durante las oraciones a los muertos era tan esbelta como la de Gérard, igual de delgada, el cuello largo, el pelo rizado, nunca la habíamos visto antes, esta señora, qué hacía en aquella comitiva, sin mezclarse con nosotras, no, era una silueta solitaria, vestida toda de negro, arrojó en la tumba de Gérard unas flores blancas, luego la vimos marcharse sin volverse a mirarnos, igual era ella, crees tú que era ella, preguntó Polydor a Doudouline, la madre de Gérard, una mujer muy joven, igual fue madre a los quince años como pensaba Gérard, la Gran Sophie no dejó de llorar escandalosamente,

como si estuviera en un escenario, y Doudouline dijo a su madre, mamá, te lo ruego, es mi pena, no la tuya, te lo ruego, mamá, Thérèse de rodillas dijo a Gérard, yo llevaré tu nombre, así seguirás siempre con nosotras, mi hermoso Gérard, y enseguida exigió que la llamáramos Gérard el segundo, como continuidad del primer Gérard con el fin de que la cadena de la vida no se viera rota por aquel accidente, porque a fin de cuentas era solo eso, un accidente, aunque fuera mortal, qué significaba cuando se tenía veinte años y tantas promesas por delante, Polydor decía a Gérard 2, es justo, no hace más que cambiar de cuerpo, nuestro Gérard, la presencia de la madre de Gérard, si es que era ella, algo que no estaba claro a decir verdad, había borrado la presencia de los verdaderos padres de Gérard, los que la adoptaron hace años, ellos habían sido tan discretos que todas los habíamos olvidado, en ese día tan negro, en esa comitiva tan negra también, en una mañana de viento glacial, allá arriba, en el cementerio, decía Polydor, nos hemos mostrado insensibles, saludando apenas a los padres de Gérard, todo va de repente tan mal tan mal, repetía Polydor, hasta nuestros corazones se han helado, ya no entendemos nada, Gérard 2 seguía viendo a Gérard tumbada en el sillón de terciopelo de la Abeja, ahora iba vestida con la ropa de Gérard, con el peto vaquero, la camiseta de Mickey Mouse, ya no estaban ni el smoking rojo quemado ni los zapatos rojos de plástico pero el abrigo de invierno de piel vuelta, regalo de los padres de Gérard a su hija para que no cogiera frío, tan previsores ellos, tan afables, tan cariñosos con su hija, el abrigo seguía allí encima de la cama de Johnie, calentándola por la noche como si Gérard siguiera junto a ella, aunque los últimos días saliera casi todas las noches, Johnie decía a Polydor, lo único que hacíamos era dormir juntas, era cool, Gérard había dejado de pensar en el sexo hacía mucho tiempo, me gustaba que todo fuera cool entre nosotras, esa palabra, cool, pronunciada por Johnie tan ocupada por sus estudios, al final después de la astrología o a la vez, había escogido psicología, el drama humano nos afecta a todos, decía ella, esa palabra *cool* parecía una regla de vida, por fin, decía Johnie, la razón reinaba en esa casa en desorden, pronto el insoportable vacío dejado por Gérard, decía Johnie, y callaba

porque estaba demasiado afectada como para expresar lo que sentía, como si los cimientos de su ser hubieran sido socavados, para qué seguir durmiendo aquí, alquilaré un apartamento, instalaré allí mi despacho de astróloga, exacto, así será, decía Johnie, Polydor escuchaba a Johnie pensando que aquella separación era el principio de todas las demás, que se separarían las unas de las otras, a causa de Gérard, como un árbol centenario que se deshace de sus ramas en esos torbellinos de viento, en invierno, se oiría ese ruido sordo de su caída, una tras otra, lejos las unas de las otras, Polydor respondía cándidamente a esas extirpaciones decidiendo que nunca abandonaría a Doudouline, incluso cuando se hiciera tan famosa como la Gran Sophie, viviremos juntas cuarenta años por lo menos, pensaba Polydor, y así anunciaba en voz alta a las chicas en el salón cada vez más lleno de humo de la Abeja, escuchadme bien, decía, lo mío con Doudouline es para toda la vida, lo que estáis oyendo, para toda la vida y más, oís lo que os digo, un día nos casaremos, Doudouline y yo, y será la boda más sexi del mundo, os lo prometo, vestida con el abrigo de piel vuelta de Gérard, ese abrigo, regalo de sus verdaderos padres a su hija, con el peto vaquero, la camiseta de Mickey Mouse, unas gruesas botas propiedad de Gérard 2 que se llamaba hasta ayer Thérèse, Gérard 2 subía con los esquís por la montaña, ya fuera invierno o verano el lugar de reposo de Gérard ya no sería una tumba, un sepulcro, sino un jardín adornado con crisantemos, un atractivo jardín que Gérard 2 cuidaría y visitaría todo el año, en bici, a pie o con esquís, tal era la fidelidad de Thérèse a Gérard, una ardiente devoción, un afecto imperecedero, si el poder energético bajaba a cero para Gérard en invierno, Thérèse o Gérard 2 multiplicaba esa misma energía que irradiaba en todo su cuerpo, y ascendía por la montaña cubierta de nieve, hacia los bosques de abetos y pinos cubiertos de escarcha por el frío, de la mañana a la noche, y bajaba con las mejillas coloradas, como si hubiera revitalizado con un aire nuevo las mejillas por fin sonrosadas del primer Gérard, pálidas tanto tiempo, aunque la piel de Gérard tenía tonalidades oscuras, quizá fuera el vástago de la misteriosa señora africana que asistió a la ceremonia, decía Polydor, por qué no tuvimos valor para

hablarle, eh, preguntaba Polydor, ¿por qué somos todas tan poco decididas? Pero para las otras chicas aquella similitud entre madre e hija no parecía probable, o quizá fuera demasiado probable, preguntaba Thérèse, como para evocar ese recuerdo de Gérard abandonada por su madre, recuerdo que mortificaba la memoria de Gérard. ¿Tanto que preferíamos no mencionarlo? Pasábamos ahora las noches en silencio, la Abeja, tan menuda bajo sus cascos y sin parar de fumar, como si a nuestra vez nos dirigiéramos hacia una estufa que incendiaría la casa, en medio de un humo cada vez más denso, Johnie nos dejó, se alquiló un apartamento en la ciudad, trabajando a menudo, como todas nosotras, en los bares de noche, y estudiando de día, nos dirigíamos, nosotras tan cercanas las unas de las otras, hacia múltiples separaciones, aislamientos separados, mientras Polydor prometía a la Abeja que no se iría de su casa, Abeja, decía Polydor, Doudouline y yo no vamos a irnos como Johnie, no, nosotras nos quedaremos aquí toda la vida, contigo y con Rosemonde, toda la vida, decía Polydor, puedes volver a pintar tranquilamente, yo prepararé las comidas, pero aunque se alejara de la pandilla, Johnie sentía esa nostalgia de una sonriente unidad con las chicas, decía Louise a René, no era tan fácil hacerse frente a una misma sin amor y sin dinero, tener que trabajar de noche en locales llenos de humo una vez más hasta horas muy tardías, temblar de frío sola en la cama, decía Johnie, pero lo que no contaba era que echaba tanto de menos al tierno Gérard que siempre parecía indiferente a todo que le dolía el corazón, había acordado consigo misma que Johnie permanecería siempre «cool» frente al dolor, pero creía oír en su interior, desde la partida de Gérard en esa noche suya, el crujido de unas grietas en esa muralla interior que poco a poco cedía a los golpes. Se puso a estudiar con más empeño, diciendo a Polydor una mañana de iluminación que abriría su consulta de astróloga, que estaba harta de esos bares donde se fumaba, se bebía demasiado por la noche, a la vez que seguiría con sus estudios de psicología y así sería autónoma, pero quién se atrevería a consultar a una astróloga tan joven, preguntaba ella a Polydor que respondió, yo la primera, quiero saber qué sucederá con la Luna en capricornio, viernes, Johnie dijo que

precisamente había que desconfiar de esa Luna en capricornio, no era buen augurio si Polydor tenía planes para ese día, yo quería darle una sorpresa a Doudouline, lo dejaré para otra ocasión, creo, añadió Polydor, que este odioso invierno la Luna está en capricornio para la tierra entera, ah, cómo deshacerse de esa carga, ¿volveremos algún día a ser lo alegres que éramos antes?, decía Polydor, era así, dijo Louise a René, íbamos saliendo poco a poco de nuestro mullido caparazón, el de nuestra pandilla que nos mantenía cuando queríamos en un cálido abotagamiento, una especie de soñadora facultad de olvidar, sostenida por el humo de nuestros cigarrillos, el volátil alcohol, acurrucada junto a Rosemonde en el gran sillón de terciopelo rojo, la Abeja decía, ha llegado la hora de acabar con los parques por la noche, con las locuras pasajeras, con los compañeros que van de caza por la noche a la montaña, para calmar su hambre, qué de hermosos lobos entre ellos detrás de los árboles, en la montaña nevada, qué de audacias a pesar del frío que deforma todos sus gestos hasta helar sus manos, petrificar sus cuerpos, ha llegado la hora de acabar con todo eso, con los intensos abrazos por la noche en el coche con las chicas, las caricias, los besos furtivos, ha llegado la hora porque, como dijo Johnie, quizá no sea más que una cuestión de efervescencia hormonal que seamos tan sensibles a todos los deseos, solo una efervescencia hormonal, acaso merece la pena toda esa agitación, eh, chicas, mirad lo que le sucede ahora a Gérard, durante aquel discurso de la Abeja, si era el principio del día en el salón lleno de humo, veíamos a través de la ventana las obras de demolición de las casas en la calle, pronto dejaría de ser habitable esa vieja casona donde vivíamos con la Abeja, se acabó el tiempo de okupar un hermoso e insalubre piso, tendremos que mudarnos, decía la Abeja, pero puede durar aún unos meses, acaso vamos a esperar a que el arañazo de la demolición llegue a nuestra puerta ¿No oís todo el estruendo que hacen ya esos demoledores? De repente René dejó de escuchar a Louise, el relato de la desaparición de Gérard la había afectado, le dijo ella a Louise, a veces es el desprecio social lo que mata a las personas frágiles como Gérard, de pronto René pensó en sí mismo, en las escenas de desprecio que había tenido que sufrir a la vez que

intentaba renegar de ellos, de los que te desprecian, de aquellos y aquellas que lo habían despreciado a él, con una expresión difamadora, con una carcajada maliciosa, desdeñosa, esas escenas volvían a su mente con toda su rapacidad, la esencia del ser humano, dijo de repente René a Louise, es su miserable cobardía, sí, es eso, dijo René, el ser humano es demasiado cruel para ser solidario con aquel al que juzga diferente de él, voy a abandonar este mundo que evoluciona a paso de tortuga, dijo René a Louise, qué va, qué va, dijo Louise, no seas tan pesimista, misógino y pesimista, acaso no formas parte tú también de los hombres, aunque nos defiendas como si fueras una mujer, o porque eres una mujer bajo el frágil caparazón de un hombre, sigues sin tener ese órgano viril que te haría más temible, imponente, implacable incluso, no te hundas en esos pensamientos sombríos, querido René, de repente Louise se puso a pensar en el cuerpo de René, veía bajo el batín que llevaba René en su cama un trozo de camiseta que sobresalía, esa camiseta, a veces de lana, a veces de algodón, cubría siempre el pecho de René. Incluso cuando se vestía con ropa de los mejores sastres, pensaba Louise, era tabú, estaba absolutamente prohibido desvelar esa parte del cuerpo de René, incluso durante el amor que nos desviste, cuando estamos más desnudos, sin que interfiera ningún pudor, René siempre se negó a mostrar su pecho en ese rol masculino que era el suyo con las mujeres, donde se erigía en amo, por eso, pensaba Louise, conocía tan poco el cuerpo de René, sabiendo solo de aquel cuerpo el goce que le había procurado, en su invisible retiro, ese pecho parecía no existir, no estar en ese cuerpo resuelto y desenfrenado, dueño de todos los deseos, Louise pensaba en las palabras de René, antes, decía él, las mujeres que querían ser hombres tenían que sufrir una auténtica carnicería, cuando los cirujanos poco diestros y homófobos les arrancaban el pecho, una auténtica carnicería, cuánto despreciaron, torturaron a aquellas mujeres, René evitaba hablar de sí mismo al tratar de esas crueldades, pero a Louise la emocionaban esas palabras de René, acaso no le dijo entonces a René que conservara su pecho, que no se sometiera a ninguna de esas intervenciones quirúrgicas y cuando René no quiso

escucharla, Louise como tantas otras mujeres jóvenes, auténtica epidemia en medio de la desgracia, pensaba ella, se despertó un día afligida por un cáncer de pecho, de repente su cuerpo de senos opulentos iba a verse desfigurado, afectado por la destrucción, la descomposición de la materia viva, mientras que René iría voluntariamente a ese suplicio de la cirugía, de la desfiguración del cuerpo, con una vanidosa indiferencia, enorgulleciéndose de tal metamorfosis, aunque fuera un fracaso, una desolación, una ruina para su cuerpo, a Louise le parecía estar viendo a Lali llevándola en su coche a hacerse los tratamientos, Louise estaba tan débil, perdía el pelo, toda irradiada, ni se reconocía, cuántas mujeres pasaban por semejante congoja, por esa debilidad, cuántas se sentían nocivas, y de repente tan cerca de la muerte, la anomalía de aquellos días, cómo la vivió Louise, pensaba Louise, lo que aminoró el shock del seno extirpado, arrancado a la vida, decía Louise a René, fue que se puso a escribir sobre esas torturas químicas, mientras se pasaba la mano por su cabeza calva, quizá fue aquello lo que más la hizo sufrir, se decía que nunca más sería amada ni admirada, y terminó su tesis doctoral sobre el porvenir de las comunicaciones tecnológicas, diciendo que al escribir sobre el porvenir ella estaría mañana en esa constelación donde todo puede inventarse, donde se alinearían para ella los reinicios, los descubrimientos de la ciencia, así retrocedía el incendio del cáncer como un insecto asustado, se ubicaría en el hígado, en el cerebro resplandeciente, en el corazón todavía nuevo de la joven, qué sería de Louise, esa noche, el día siguiente, más tarde, mientras, las mujeres morían, desaparecían en gran número, ¿estaría Louise entre ellas dentro de unos meses? Las pérdidas eran a veces lentas, Louise no sabía si tendría esa suerte, algunas decían de sí mismas durante los tratamientos en el hospital, tengo tres hijos y estoy condenada, mire qué cambios, qué delgadez, Louise escribía su tesis día y noche, el porvenir de las comunicaciones, el porvenir, el porvenir cuya semilla contenía ella, ese germen naciente, el símbolo más allá de la carne inmolada, ese pecho izquierdo que ya no era sino una sombra fúnebre, una sima en la carne sana, Lali decía, tú terminar tu tesis, tú curarte, sí,

sería verdad lo que decía Lali, y de repente disminuían los tratamientos, el pelo de Louise volvía a crecer en mechones apretados, Louise se adornaría la cabeza, su cabello en un peinado afroamericano, la tesis de Louise se publicaría y sería un éxito, Louise podría afirmarle a Lali, voy mejor, salgo de mi noche, no tendrás que volver a llevarme en coche al hospital los días de invierno, no, se acabó, Lali, la pandilla de chicas se reunió alrededor de Louise, como bajo el frescor de un árbol en primavera, Polydor decía, vayámonos en autobús hasta Provincetown, en cuanto llegue el mes de junio, sería una huida del salón lleno de humo de la Abeja, esas semanas de reposo en las playas de Nueva Inglaterra, para Louise, dejaríamos de oír el estruendo de las máquinas de demolición pronto ya junto a nuestra entrada, allá fue, en las playas nudistas para las chicas, para los chicos, dijo Louise, prosiguiendo su relato a René, que a su vez estaba inmerso en sus pensamientos con la cabeza gacha aunque siguiera sintiendo la mirada de Olga fija en él, sin saber muy bien cómo definir esa mirada, sí, fue en esas playas en las que estábamos tan a gusto donde Gérard se nos escapó para reunirse con otra pandilla más experimentada que nosotras, menos inocente en cosas de drogas, con esas chicas esnifó por primera vez cocaína, nosotras no sabíamos nada, volvía tarde al hotel, ya no la esperábamos, apoyando con tierna euforia su cabeza sobre el hombro de Johnie, otras noches se acercaba a Polydor, Doudouline, durmiendo como si estuviera en medio de ellas, Polydor le murmuraba al oído, ahora te juntas con unas chicas a las que no conoces, dónde has estado, Gérard, Gérard pedía que la dejaran dormir hasta mediodía, decía, no podéis imaginaros, chicas, hasta qué punto me siento alegre por fin, sí, eso es, decía durmiéndose casi de inmediato con su camiseta de Mickey Mouse, no podéis imaginaros lo que significa para mí, luego oíamos sus suspiros en la noche, nuestras ventanas daban al mar, al aire sofocante y brumoso y a los gritos de las gaviotas, así, sí, así fue como comenzó Gérard, retomó Louise emocionada, el primer encuentro con la cocaína, la heroína vendría después, en otra estancia junto al mar, cuando Gérard ofrecería sus servicios, soñando solo con eso, ser camarera en un bar donde el mar estaría a sus pies, con la gente con

ganas de fiesta, de día o de noche, ella iría casi desnuda con aquel short blanco y la piel bronceada por el sol. Así perdimos a Gérard, durante aquellas vacaciones en las que yo me curaba recuperando fuerzas y la Abeja me decía en medio del océano, ella era tan pequeña, habría podido llevarla a mis espaldas nadando hasta el faro, qué guapa eres, Louise, nuestra giganta a la que tanto queremos, te envidio por ser tan alta, sí, te envidio, entonces recuerdo haberle dicho, tienes que ponerte a pintar de nuevo, Christie, pintora de nuestra generación, ponte a pintar de nuevo, era cuando las olas del mar nos mecían, cuando yo había dejado de sentir vergüenza por mi pecho extirpado, diciéndome que René, no, aunque no me dijera nada al respecto, quizá hubiera sufrido un ultraje a su cuerpo, una inconcebible carnicería de la que no podía hablar, René decía de repente a Louise, me conoces demasiado, querida, como una esposa a su marido, me conoces demasiado y tan poco, tan poco, ella estaba sentada en su cama, con los codos apoyados en las almohadas, sí, me conoces demasiado poco, Louise, decía René, un poeta escribió que descendíamos a la tumba con voluptuosidad, con estremecimientos de placer, puedo asegurarte, Louise, que no es cierto, por desgracia, todo se entumece, se enferma, no hay nada más desagradable que esos entumecimientos graduales de los recuerdos más voluptuosos y felices, todo se borra pues como un dibujo de tiza en una pizarra, qué opinas tú, Louise, ese dibujo es nuestra vida, un punto en el espacio, te aseguro sin embargo que he vivido bien, sin perder un segundo, Louise escuchaba, imaginando la infancia de René, la de un chiquillo imponiendo ya su imagen viril, como le había contado René entre risas, como si René se burlara de aquel niño del pasado, yo era capaz de dar puñetazos a los alumnos, le dijo René, exigía respeto, como me enseñaron mis padres, sangraban por la nariz por los golpes, aquellos alumnos retrasados, nos embutían en nuestra ropa de invierno, nada atractivo para exhibir mi falso sexo a las niñas en covachas de nieve detrás de la casa, después de la escuela, yo era un chico, estaba seguro, decía René, sacaba un dedo de la falsa bragueta de mi ropa para la nieve, me llevaba mucho tiempo desvestirme, las niñas decían, atónitas, no tienes un sexo de niño, eso es tu dedo, las niñas se

cansaban enseguida de mis juegos, así que te acuerdas de todo, decía Louise, sobre todo de las grutas en verano, del olor a matorral en sótanos bajo los cerezos con cerezas demasiado maduras y jugosas, manchaba con ellas las caras de las niñas, las entretenía así, ese olor, recuerdo ese olor a hojas del final del verano, el calor tórrido, un aroma a sudor y a cerezas reventadas, y yo me fabriqué un sexo de chico, un pene de pega, y aquello las divirtió, las excitó aún más, acabaron por echarme de la escuela de niñas, decía René, su estado de ánimo era tranquilo y alegre, pensaba Louise mientras la escuchaba, René estaba siempre muy orgullosa de sí misma, de sus rebeliones infantiles, de sus desafíos, él era René y nadie más, siempre lo fue, mucho antes del desbordamiento de sus conquistas y sus locuras, pensaba Louise, de nuevo la silueta de Gérard destacaba con el cielo azul de las playas de Nueva Inglaterra de fondo, ella volvería allí sola en invierno, cuando las ciudades, los pueblos de playa se volvieran brumosos y fríos, Gérard partiría solitaria con sus zapatos rojos de plástico, su mochila al hombro, me han propuesto un pequeño papel cómico en un teatro local, diría ella, no puedo decir que no, sobre todo la esperaban los camellos, decía Louise a René, y lo que le sería fatal, el día del incendio, su primera experiencia con la heroína, ya en aquellas brumas, bajo un cielo helado, la silueta de Gérard penetraba en el silencio de lugares repentinamente desconocidos, ya no había sol de verano ni tampoco la piel morena de Gérard, era un invierno como el nuestro, con sus vientos y sus tormentas de lluvia y nieve, esa silueta estilizada, flaca de Gérard errando por las calles envueltas en las brumas del Atlántico, se oía la melancólica llamada de un faro, ¿no era esa ausencia de Gérard en las brumas ascendentes un primer espejismo de su desaparición? De repente oíamos a los demoledores que estaban a nuestras puertas, nuestra antigua casa iba a derrumbarse, hay que ir a okupar otro lugar, dijo la Abeja, vayámonos de aquí con Rosemonde antes de que el techo se nos venga encima, he visto en el barrio de los ricos otra casa vieja todavía digna con césped delante, en verano, estaremos en la montaña hasta que el ayuntamiento venga a expulsarnos, pero nos haría falta un inquilino, así fue como, gracias a

los consejos de Christie, la pintora de nuestra generación, fuimos en busca de una nueva morada, esta vez en la montaña, la Abeja que iba a todos los conciertos volvió con un músico, un pianista polaco que viviría con nosotras, habéis visto, chicas, vamos subiendo en la escala social, bajo el ala nevada de la montaña, la Abeja, viendo que Louise era tan desgraciada por los ligues de René, pensaba, quizá vendrá más a menudo a casa, puede que por fin consienta en dejar de sufrir por las infidelidades de un mal marido como René, mi existencia entonces junto a ti, René, era tan difícil que ni siquiera sabía quién era yo, entre la convalecencia y la esperanza, no, ya no sabía, aunque mi pelo hubiera crecido de nuevo, y tú que me agobiabas con caricias y abrazos que yo ya no deseaba, acaso no decías tú que el amor lo cura todo, cuando yo no lo creía en absoluto, tú me abrumabas, entonces iba corriendo a casa de la Abeja donde entraba como al paraíso oyendo la música de Chopin en el salón, con Manfred al piano, y Polydor, Doudouline y Gérard 2 sentadas a lo indio junto al piano, parecían niñas buenas cuando en realidad sus pensamientos eran sombríos, a fuerza de pensar en Gérard y preguntarse si tendría frío en el cementerio y diciéndose que irían a visitarla esquiando antes de que terminara el día, a llevarle flores, eran flores de invierno tan blancas como la nieve pues todo era blanco alrededor, las calles, las casas, y ese cementerio tan florido en verano de repente cubierto de nieve, pero esa vetusta morada de la Abeja, a punto de derrumbarse, era grande, con habitaciones amplias, la Abeja instalaría su estudio allí, decía ella, si se declaró la casa en ruina fue sencillamente porque un terremoto la sacudió un poco, mirad las fisuras, las grietas en las paredes, decía la Abeja, escuchad los ratones, las musarañas entre los tabiques, pero si nos cortan la electricidad, tenemos una chimenea y madera cortada, unos bonitos sillones, nos hemos vuelto tan burgueses como tu amigo René, demasiado viejo para ti, decía la Abeja a Louise, ven a nuestra casa, estarás mejor, yo decía a la chicas que a fuerza de okupar casas inhabitables iban a acabar en la calle, pero de repente con un radiante optimismo la Abeja se puso a pintar de nuevo, empezó pintando un lienzo con caballete y como no tenía más lienzos, se puso a pintar en

las paredes un fresco que iba de su dormitorio al salón, pasando por el cuarto de baño y la cocina, pintaba compulsivamente al son de la música de Manfred en su piano o de la áspera voz de Michael Jackson en sus cascos, no podía parar, pintaba solo en blanco y negro, azotando los muros con sus pinceles, si se le preguntaba por el título de su interminable cuadro, decía, se llama *Los pasos de Gérard en la nieve*, esos pasos, al pintarlos, puedo verlos y oírlos, decía la Abeja, también le he puesto *La alegría en lo efímero* porque los demoledores no andan lejos y pronto van a tirar estos muros abajo, y al mismo tiempo también nos harán papilla a nosotras, decía la Abeja, sonriente. Era una morada donde la felicidad no tardaría en nacer, Johnie se acercaba también por los recitales de Manfred, las sopas de la Abeja, los ensayos de Doudouline que pronto se subiría a un escenario con la Gran Sophie, la madre de Doudouline le recomendó a su hija que se olvidara de ese nombre ridículo de Doudouline, puesto que el nombre de nacimiento de Doudouline no era Doudouline resultaba ridículo llamarla así, Polydor, Johnie, eh, qué significaba todo eso, preguntaba la Gran Sophie a Doudouline que contestaba, querida mamá, no puede haber dos Sophie en la misma familia, papá me puso de nombre Anne-Sophie para que no pudiera haber esa odiosa confusión entre tú y yo, Doudouline es el nombre que me puso Polydor, el de nuestro amor, decía Anne-Sophie a su madre con convicción, esto tiene que pasar, terminará por pasar, sí, decía Sophie, esta relación amorosa entre vosotras dos, ¿has pensado un poco en mí, en mi reputación en el teatro? Luego, viendo que apenaba a su hija, Sophie lo lamentaba inmediatamente y la abrazaba, Doudouline, mi niña, pierdo la cabeza, ya sabes que te quiero como eres, soy madre antes que actriz, ¿no es cierto, tesoro? Dicho esto, deberías adelgazar un poco para el papel, Polydor se pasa el día bebiendo vino tinto y tú comiendo dulces, ay, no te parece demasiado, eh, decía Sophie, Doudouline miraba a su madre pensando que no le hacía falta salir a escena para interpretar un papel con su madre, ella estaba siempre en el teatro interpretando un drama perpetuo con tintes de comedia con esa madre traidora y adorada, sin saber cómo defenderse, a Doudouline le daba pena Sophie, mamá, sé

que es un poco duro para ti, pero el amor es el amor, a que sí, se posa sobre nosotros como el pájaro en la rama de un árbol, ya lo sé, ya lo sé, a quién se lo vas a decir, replicaba la Gran Sophie, aparte de tu padre, acaso no sabes cuántos amantes he tenido, hay que decir que eso era hace años, cuando era joven y guapa, sigues siendo guapa, mi mamá querida, decía Anne-Sophie a su madre, pero eres un poco quejica y eso no te conviene, mamá querida, Polydor escuchaba el diálogo entre madre e hija mientras se abría una botella de vino español que le gustaba particularmente, cuyos efluvios hacían que se estremecieran sus fosas nasales, nada le parecía tan delicioso como servirse un vino en un vaso lleno de hielos, era algo así como celebrar el verano en invierno, celebrarlo todos los días, hasta que Doudouline se acercó a Polydor y le quitó el vaso, no, otro más no, ya es bastante, decía Doudouline muy seria, voy a esconder, a tirar todas las botellas, no voy a compartir mi vida con una borracha, o es que quieres acabar como Gérard, mi buen Polydor, despierta, despierta tú, mi Doudouline, no puedes hablarme así, decía Polydor de repente toda alterada, tú, no, no puedes, es por influencia de tu madre, tú no eres así, Polydor iba a llorar a su nuevo cuarto, su cuarto donde había un colchón encima de una alfombra, en la alfombra dormía Rosemonde a la que Polydor despertó con sus lloros y sus ruidos, Rosemonde, ves, cariño, Rosemonde, cómo me tratan en esta casa, ha dicho que no era más que una borracha, ella, el amor de mi vida, así habla de mí, Rosemonde abría los ojos somnolientos, maullaba un poco, pues si las cosas son así me iré de esta casa, nunca nos casaremos, te lo digo yo, Rosemonde, Rosemonde escuchaba atenta estirando las patas hacia delante sobre la alfombra, no le gustaban las discusiones, los tonos de voz precipitados, los gritos, las lágrimas, pero le gustaba que vinieran a molestarla para una solución pacífica, con sus ojos de un verde brillante, con esa mirada que envolvía dulcemente a Polydor, parecía decir, claro que no, cómo vas a irte, acaso no estás bien aquí con nosotras, ya no estamos en la calle, ya no pasamos frío, tengo mi plato de pienso diario, y tú también, Polydor, que no estaba nada convencida del discreto discurso de Rosemonde, se tumbaba en el colchón llorando, es todo culpa suya,

de la Gran Sophie, del teatro, por eso mi Doudouline ya no es la de antes, Rosemonde seguía contemplando a Polydor con su mirada penetrante, sentada en la alfombra, con las patas delanteras manteniendo la nobleza de su equilibrio, eres tan bonita, decía de repente Polydor, distraída de su pena, con esos colores anaranjados de tu pelaje, la Abeja tiene que pintarte así, sí, se lo diré esta misma noche, dónde andará, no la hemos visto desde esta mañana, crees que estará ya ebria como dicen de todas en esta casa, Rosemonde, ay, no es justo, me iré, al menos por unos días… Rosemonde parecía decir, no te vayas, adónde te irías, o es que quieres vivir en la calle como me pasó a mí durante años, antes de que la Abeja me acogiera, quieres saber lo que es el abandono, el hambre, las noches merodeando por las basuras, hazlo, hazlo, Polydor se levantaba de repente, se ponía el abrigo azul marino con capucha, que era muy fino, era su abrigo para la primavera, pero es que ya no podía soportar ese invierno tan largo, y salía de casa por la puerta de atrás del salón sin que Doudouline la viera marcharse, cuando llegara la noche se iría a los bares que solía frecuentar con Gérard, sin que Gérard, satisfecha con su cocaína, quisiera beber nada, solo agua, y bailaría como solía hacer, sin mirar siquiera a su compañera de baile, en el Dernier Club, el de la última hora, en la parte baja de la ciudad, a Polydor le entró miedo de que la voluminosa encargada del local la tirara escaleras abajo como hacía con la clientela que había bebido demasiado, pero la boss, como la llamaba la gente, dijo a Polydor, ya vienes haciendo eses, hija mía, pues solo te sirvo una copa, no dos, una, ¿entendido? Mientras bailaba y se tambaleaba, Polydor buscó el perfil de Gérard entre las chicas que bailaban en la pista, pero no vio a Gérard ni a ninguna amiga, a ese grupo de chicas más mayores, no, ya no era igual que cuando iba ahí con Gérard, entonces había que desconfiar de la policía que podía llegar de un momento a otro para contar las personas que había en el local, y si había demasiada gente Gérard se sentaba en las rodillas de Polydor, así no me verán, Polydor, estaba claro, pensaba Polydor, que larga como era Gérard, sería a ella a la que verían la primera, mientras bailaba Polydor pensaba que tendría que irse enseguida de ese bar cuyo

ambiente, sin Gérard, la decepcionaba, coger rápidamente un taxi, porque sus ideas eran difusas, cayendo dentro de su cabeza como gotas de un líquido espeso, sí, eso era lo que sentía, de todas formas la encargada había gritado *last call*, chicas, así que había que irse, primero calcular cómo bajar por esa escalera sin caerse, porque Polydor casi no se tenía de pie, y además la calle estaba cubierta de nieve y hielo, Polydor pensó, dónde estoy, dónde están los taxis, no, no tendría que haberse fumado en los baños el porro de hachís que le ofreció una chica, no tendría que haberlo hecho, porque no tenía costumbre, primero debía recordar dónde estaba y por qué el frío, el viento le calaban tanto a través del abrigo, puesto que le costaba demasiado caminar, dar un paso detrás de otro en esas aceras heladas, puesto que no había taxis, se guarecería de la nieve pegándose a un edificio y esperaría, un banco, ahí esperaría, necesitaba sobre todo descansar, recobrar el aliento, se deslizó pues contra el muro de piedra del imponente edificio, un banco, eso era, y ahí Polydor se quedó dormida, fijándose en que había junto a ella unos vagabundos, no era sueño de verdad, sino la sensación de que estaba en una pesadilla de la que no podía salir, tenía los pies congelados dentro de las botas, una mujer que llevaba un abrigo de pieles sobre su pecho desnudo despertó, salvó a Polydor, metiéndola en su coche, vamos, pequeña, que haces ahí con los vagabundos, violan a las chicas como tú, has bebido demasiado, a que sí, ven, sígueme, estoy en plena faena, pero no puedo dejarte en la calle con cualquiera, en el coche, que era espacioso, emanaba una extraña fragancia de abeto, la mujer bajó los cristales, por si pasaba algún hombre solo, porque la prostitución es mi oficio, sabes, me gusta trabajar en el coche, así me veo menos con mi marido que es mi jefe, me llamo Henriette, Madame Henriette para los clientes, pero tú no eres un cliente, y tú, cómo te llamas, chiquilla, Polydor iba a decir Polydor pero dijo Ariane, me llamo Ariane, tengo un empleo los fines de semana en una librería, tengo, tengo, se aguantaba las ganas de llorar, de sollozar, no recordaba por qué se había ido de casa de la Abeja, del salón caldeado por las llamas de la chimenea, ni desde cuándo tenía aquellos pensamientos tan lúgubres como el fondo de un

pozo, dónde vives, preguntó Henriette, te llevaré a tu casa, sabes que necesitaríamos un sindicato y unas leyes para para protegernos, a nosotras, las mujeres de mi oficio, las chicas de tu generación tenéis que ayudarnos, el gobierno no nos respeta, decía Henriette, pero no voy a perder un cliente por tu culpa, chiquilla, dime dónde vives, cuando pensara más tarde en esa maldita noche de borrachera, a la salida del bar, Polydor se preguntaría si no era ella, Henriette, la madre prostituta con la que soñaba Gérard, era sin duda un pensamiento delirante como todo lo que había vivido aquella noche, de la que no hablaría a nadie, ni siquiera a Doudouline, pero habría sido agradable para Gérard enterarse de que Polydor quizá hubiera encontrado esa noche en la mujer salvadora de sus humillaciones nocturnas a ella, la madre de Gérard, con el pecho desnudo debajo de un abrigo de pieles, quizá se hubiera reído, habría recobrado su buen humor, sus sonrisas, quizá, sí, pensaba Polydor. Mientras Louise terminaba su relato sobre Polydor a René, Olga limpiaba el polvo al piano de René preguntándole de nuevo si no habría que venderlo pronto, señora René, no cree usted, ocupa tanto sitio en su comedor, esta vez fue Louise la que contestó a Olga, se lo ruego, deje el piano en paz, nunca lo venderemos, es la decisión de René y la mía, Olga, ofuscada, bajó la cabeza sin contestar, esas amigas de René habían invadido sus dominios, parecía pensar, la señora René era, estaba claro, propiedad de Olga nacida en Moscú como el poeta Pushkin, era molesto que la señora René recibiera tantas visitas, la intimidad entre la señora René y Olga se había enfriado, todos hemos cometido errores de juventud, dijo de repente René, más que errores, muchas errancias, dijo Louise poniendo su mano sobre el brazo de René, con ese gesto que la unía a René, Louise quería alejar esa presencia de Olga que la apesadumbraba, Polydor se convirtió en una librera seria que se puso a leer todos los libros, dijo Louise, así el tiempo nos transforma a cada uno de nosotros, cuando ese arrebato de la delincuencia, de la pura rebelión era quizá lo mejor que llevábamos dentro, sí, lo más sublime, sí, dijo Louise, ese arrebato de pura rebelión, René seguía sintiéndolo al pensar en su repudio de las escuelas, de las de chicas y de las de chicos, en cuanto a su deseo de ser piloto en el

ejército, lo machacaron en nombre de no se sabe qué alusión a la perversidad, la transexualidad todavía no se nombraba ni se podía ni nombrar, vamos, dijo Louise, mira cómo evoluciona el mundo, ahora hay igualdad de géneros en el ejército, tú, René, ahora serías bienvenido, René cabeceaba diciendo, llega demasiado tarde, dijo, pienso en todos los que, como yo, se han visto excluidos, soportando los peores prejuicios, pienso, decía René, y luego se callaba, Louise admiraba que René siguiera siendo tan distinguido con su elegante batín de hombre, solo le faltaban los fulares al cuello, las bufandas de otros tiempos, las corbatas de exquisitos colores de antaño, pero ese estetismo del pasado, Louise no podría revivirlo para René, ahí mismo en su apartamento donde merodeaba Olga, cómo deshacerse de esa mujer, cómo, pensaba Louise, tendría que volver Lali, sí, tendría que volver, y es que vive tan lejos, y sigue recibiendo pacientes, sobre todo esos jovencísimos enfermos de sida que han hecho caso omiso de todas las medidas de protección, Lili dice que cuando se pierden tantas vidas entre los adolescentes, para quienes la sexualidad es un terreno libre y salvaje, es importante educar a esas chicas y chicos de las clases populares, pensaba Louise, René le cogió la mano a Louise y la guardó en la suya, así le parecía estar amarrado en puerto seguro, con una cuerda, en un día soleado, porque Louise siempre la reconfortó mucho, incluso cuando René le era infiel, el progreso del que hablas deja un gusto amargo si se piensa en los olvidados y las olvidadas, decía René a Louise, René pensaba en todas esas mujeres pilotos heroicas cuya valiente historia solo se reconocía ahora, esas mujeres que combatieron en el aire, lucharon en el cielo de la negrura bélica, sí, pensaba René, seguían combatiendo, y qué se sabía de ellas, las de la Segunda Guerra Mundial hacía tiempo que habían sido olvidadas, las mujeres pilotos soviéticas habían sido unas jovencitas llenas de frescura, voluntarias bajo sus cascos, y las medallas del traje militar, más tarde veríamos con la cara endurecida, la mirada apagada, a varias de esas viejas de la escuadrilla femenina destrozadas, qué había después del heroísmo apenas percibido de las aviadoras, a qué banalidad se confinaba de repente su vida, el matrimonio o la maternidad, perdieron toda

exaltación, ese cielo cuyos surcos recorrieron, esas bellezas nocturnas iluminadas de estrellas, ese cielo les pesaba, oprimiéndolas con unas proezas que no podían volver a realizar, ya solo eran madres de familia que criaban a sus hijos, y el cielo tan cautivador, tan conmovedor, tan cambiante había huido de todas partes, encadenándolas a un papel de mujer y de madre, acaso era ese el abismo del heroísmo para tantas mujeres, ese olvido, ese silencio, vamos a prepararte una gran fiesta y volverás a ver a todas a las que quieres, a las que como tú, siguiendo tu ejemplo, continúan luchando, manifestándose por sus derechos, a la Abeja, Polydor, Johnie, dijo Louise, verás cómo esa lucha que te parecía solitaria nos marcó a todas, pero a la vez que decía eso y se aliaba con René, Louise sin decirlo reprochaba a René su prodigalidad, sus pasiones frustradas, y es que había despilfarrado su herencia, ella que tuvo padres previsores y buenos, en seducir a mujeres sin categoría como Nathalie, ay, esos viajes en vuelos de primera clase, esos hoteles lujosos en París, en Roma, oh, esa pareja arrogante, René, Nathalie, y todas esas compras, esas ofrendas para complacer a una mujer caprichosa, Louise seguía escandalizada, apenada, Louise volvía a casa de la Abeja para terminar su tesis, diciéndose que tenía que escribir urgentemente sobre las mujeres y el cáncer, por qué las mujeres eran víctimas tan numerosas, porque las consecuencias del cáncer en todas esas vidas eran nefastas, qué quedaba después de aquellas mutilaciones del cuerpo femenino, en casa de la Abeja, mientras las llamas crepitaban en la chimenea y de la ventana del salón se veían los montones de nieve, las grietas en el techo de la vivienda se multiplicaban con los vientos del invierno, la Abeja, con sus cascos en las orejas, recibía una misiva de Manfred, mi querida Marie-Christine, Christie, la Abeja, mi querida amiga, he tenido que irme corriendo a una gira a Toronto, a Vancouver, le mando mil besos, su amigo del alma Manfred, posdata, aceptaría usted casarse conmigo, se lo agradecería mucho porque así podría convertirme en ciudadano de su bello y querido país, llevo años sin tener en regla mi documentación de concertista de gira, de forma que si a usted le parece bien podríamos divorciarnos poco después para que en un futuro usted pudiera casarse

con quien lo deseara, pues no quiero invadir su vida sentimental, nada más lejos de mi intención, le mando mil besos más, querida amiga mía, su más seguro servidor, Manfred, la Abeja le contestó que sería un gran honor para ella convertirse en la esposa de un gran pianista de corazón humilde, de quien apreciaba su pelo largo, en general despeinado, su aspecto romántico, el paso felino como el de Rosemonde, pegado a las paredes, con los ojos verdes como los de Rosemonde, un hombre felino, nada más encantador en su vivienda, tan discreto que no se le oía ni entrar ni salir, hasta cuando era para dejar el hogar por muchos meses, de suerte que le pedía que en el próximo viaje dejara una nota a la Abeja en el piano cerrado, para que no se pusiera ella a buscarlo por toda la ciudad intentando encontrarlo, porque en su morada ella era la responsable de todas las almas, tanto las perdidas como las recuperables, reinaba como un hada en el orden y el desorden de los suyos, eso escribió a Manfred, seré su esposa unos meses, hasta que se convierta usted en uno de nuestros buenos ciudadanos puesto que, querido Manfred, me honra con ese enlace y ese próximo divorcio con usted, acabo de firmar una petición con la pandilla que hemos entregado al alcalde exigiendo nuestro derecho al matrimonio, también nosotras, las chicas, y también los hombres o la gente de doble género, yo me casaré cuando encuentre el amor de mi vida, que parece lejano aunque Johnie haya predicho según el caos de mis planetas que me casaré con una mujer antes de cumplir los treinta años, es decir, como sabe, dentro de mucho tiempo, lo que significa que cometeré muchos errores sentimentales de aquí a entonces, hace unos días pasé la noche en casa de una monja que había colgado los hábitos y no puedo decir qué significó aquello pero cada vez que no estoy desencantada, vuelvo a creer que un auténtico gran amor me espera como lo ve Johnie para mí en los astros, será bajo el signo luminoso de Cáncer con una mujer nacida bajo el signo de Tauro, una profesional, una persona buena, así que, querido Manfred, tiene tiempo para conservarme como esposa, sobre todo que paga usted el alquiler todos los meses, Polydor, a la vez que trabaja como ayudante en una librería, estudia ahora filosofía, su preferencia es en este momento un café con un chorrito de coñac, así

puede estudiar hasta tarde en la noche, Doudouline y Polydor siguen queriéndose mucho, la Gran Sophie les ha regalado una cama, dice que será más decente que dormir en un colchón en el suelo, Doudouline se enfadó porque la cama era demasiado pequeña, dijo, otra vez mamá, que no quiere que comparta la cama con Polydor, me manda una cama para una persona sola, le pega todo, a mi querida mamá, arrepentida, Sophie encargó una cama mucho más grande, con sábanas rosas y mantas calientes, la felicidad reinaba en la casa, sigue nevando mucho, esparzo cada día sobre la nieve miguitas de pan para todos los pájaros que tienen frío, he visto que le gustaba a usted, que le gusta a Rosemonde, ella también los mira desde la ventana moviendo la mandíbula, lo que produce un pequeño ruido en medio del silencio, me habría gustado casarme con Louise, bajo el cielo de Cape Cod el verano pasado, mientras nadábamos juntas, yo pensaba en ello, es una chica alta y guapa, me gusta mucho, pero está con René, su marido casquivano, lo sentí por primera vez en las aguas del Atlántico mientras nadaba, que un gran amor podría venir hasta mí, esperemos que así sea, de cara al futuro, según las predicciones de Johnie que parecen cumplirse, aunque no siempre de la manera que a una le gustaría más, querido Manfred, le mando mil besos también a usted, tengo tantas ganas de escucharle al piano, todas sentadas alrededor a lo indio, la Abeja, Christie, Marie-Christine, su futura esposa de unos meses, así fue el invierno, dijo Louise retomando el relato a René, la Abeja dibujaba y pintaba, por fin compró lienzos, un regalo de Manfred, decía ella, y no pintó más los muros ya todos cubiertos de sus trazos negros, de sus grafitis, Polydor ganaba un poco de dinero, se diría que era Gérard quien se lo procuraba desde su lugar de descanso, que no debe de ser muy descansado si los gusanos están royéndote los huesos, porque el responsable del cementerio de la montaña, al verla ir tan a menudo a visitar a Gérard, le propuso que se ocupara del jardín en su lugar, limpiando la nieve en invierno, plantando flores junto a las tumbas en verano, Polydor estaba loca de contenta porque así estaría siempre cerca de Gérard, con su abrigo de piel vuelta, sus botas altas, la camiseta de Mickey Mouse, sacando los zapatos rojos de plástico solo

en verano, siempre cerca de Gérard, qué propuesta más generosa, nuestros inviernos despiadados le enrojecían ahora las mejillas, Polydor revivía como si la sangre de Gérard inundara sus venas con fastuosa energía, con una fuerza increíble que acrecentaba la delectación del carajillo que se había convertido en una costumbre. René seguía pensando en las mujeres aviadoras cuyas esperanzas se habían visto truncadas, de qué servía el heroísmo de las mujeres, decía a Louise, a menudo uno puede hasta preguntarse de qué sirve la lucha individual y, sin embargo, cuando era joven yo no dudaba ante la lucha, no, no dudé, hubo la manifestación contra la homofobia en Nueva York, aquel mes de junio sofocante, donde todos arriesgamos nuestras vidas, decía René, porque nos arrojaban piedras, ladrillos, un hombre con un niño a hombros entre las filas de los homófobos gritó, inmorales vuestros deseos, inmorales el sexo, el amor para vosotros, inmorales, inmorales, René seguía oyendo esos gritos en medio de la muchedumbre, por todas partes podían oírse aquellos gritos, aquellos lamentos, en todas las ciudades, en Montreal, en París, en Ontario durante una manifestación pacífica de personas que reclamaban el derecho a vivir sin ser acosadas, René, mientras hablaba a Louise, se sentía de nuevo rabiosa, indignada, por no hablar de las crueldades injustificables en países como Pakistán, Irán, China, donde los homosexuales son encarcelados y a menudo torturados, ahorcados, ¿cuándo terminará esto?, preguntaba René a Louise, inmorales, nosotros que no matamos ni a una mosca, me oyes, Louise, crueldades continuas e injustificables, Louise escuchaba mientras observaba a Olga, qué hacía esa mujer aquí, por qué René la había escogido, decía que era enfermera pero no se sabía si lo era de verdad, por supuesto que tú no harías daño ni a una mosca, iba a decir Louise a René, tú lo que rompes son corazones, pero Louise no dijo nada y prosiguió su relato, como iba diciéndote, René, Polydor estaba entusiasmada en su jardín de invierno, Gérard 2 se unió a ella, las dos estaban dando paladas a la nieve cuando descubrieron que asomaba hierba verde, entre las matas mustias bajo la nieve asomaban unos brotes de un verde rutilante, y de repente el capullo dorado de una margarita, pronto veremos tulipanes, exclamaba Gérard 2, mientras

ellas se maravillaban así, con la pala en la mano frente a un cielo todavía glacial, envalentonadas por la llegada de las primeras flores primaverales, aunque todavía fuera febrero, igual iba a ser una primavera precoz, qué pensamiento tan exaltante, pues pronto se respirarían los aromas de las lilas plegando al viento sus pesadas ramas, ah, qué buena es la vida, decía Gérard 2 cuyo nombre era Thérèse, de repente se posó en la tumba de Gérard la más fascinante y rara de las aves, cómo había sobrevivido al invierno, se preguntó Polydor, era un cardenal de pecho escarlata, el pájaro milagroso, dijo Polydor, porque se lo veía muy poco en invierno, aquel pájaro que apareciendo así, inmóvil, posando delicadamente sus patas en la nieve y quedándose quieto, tenía que ser la afirmación celestial de que el alma de Gérard se había liberado por fin de toda preocupación, de toda pena, Johnie diría más adelante que seguro que Gérard había echado raíces en otro lugar, en una reencarnación donde haría más calor pero que, portadora de reivindicaciones y rebeliones, Gérard sería siempre un elemento perturbador, ahí donde la llevara su vuelo, si es la India no, en la India no, dijo Gérard 2, sería un bebé abandonado por su madre en unos raíles, sin pañales siquiera, llorando y chillando varios días y varias noches hasta que un policía la llevara a una guardería, no ahí no, y peor sería en China donde su madre, toda llorosa, no tendría más opción que envolverla en un periódico, con la esperanza de que un samaritano caritativo adoptara a su hijo que era chica, la madre mortificada volvería al campo, la modesta campesina seguiría oyendo los gritos de su bebé, su vientre, sus entrañas le dolerían, sus lágrimas caerían en la tierra árida, hijita mía, diría ella, mi niña, dónde estás, será esa la próxima reencarnación de nuestra Gérard, preguntaba Polydor a Gérard 2, no, dijo Gérard 2 sin acabar de creerse la aparición del cardenal en una estación tan dura, ahí, tan cerca de ella, sobre la nieve, no, a nuestra Gérard la veo echándose a volar hacia un gran destino de liberadora, la veo, sí, decía Gérard 2, la veo echándose a volar hacia un cielo de verano cantando, por fin soy libre, ella cuya madre quizá fuese de origen africano, esa señora guapa afligida que vimos en el triste funeral, o bien su madre fue esa prostituta con tanta

clase que me cubrió con su abrigo, dijo Polydor, salvándome de los peligros de la calle, la noche, toda mujer solidaria que ofrecía clemencia y protección se convertía en la madre de Gérard, pensaba Polydor, toda mujer solidaria encontrada en plena noche, que te acoge en su coche, se estrecha contra su corazón diciéndote, vamos vamos, qué pasa, preguntaba ella, te da la impresión de que a esa mujer la conoces desde siempre, que es inherente a tu vida, presente o pasada, dijo Polydor, Gérard 2 escuchaba sin comprender, de qué mujer hablas, quién te estrechó contra su corazón cuando estabas en peligro, cuándo te sucedió eso, dijo Gérard 2, nunca me lo habías contado, Polydor se callaba, evitando repentinamente confesarse, en primavera, cuando las lilas empiecen a florecer, dijo Polydor, tendrá lugar la boda precaria, muy precaria, dijo Polydor entre risas, de la Abeja y Manfred, estaremos ahí reunidas, las chicas, para celebrarlo en el patio, luego el guapo músico volverá a irse, dejando una nota encima del piano, adiós mis queridas y bellas amigas, me voy de gira a México, os doy mil besos, vuestro Manfred, hermano y amigo, y esposo de la Abeja, al menos hasta el verano, así será, dijo Polydor, cuando se acerca la primavera, Rosemonde se afila las uñas y la Abeja aguza sus sentidos, preparándose para salir por la noche, aunque la Abeja no dejaba de repetir a la pandilla que ahora era más madura, que se terminaron las aventurillas y los amoríos, ahora, creedme, chicas, pero esa famosa efervescencia hormonal de la que hablaba Johnie era quizá inevitable, decía Polydor, la sensualidad era el territorio de los jóvenes, no de los viejos, ellos se cansaban, la Abeja decía querer vivir varias experiencias antes de que fuera demasiado tarde, decía ella, pero dónde estaba la violenta y ardiente vibración del gran amor en todo eso, las chicas charlaban así, en el cementerio, mientras las escuchaba estremecido el soberbio pájaro, el cardenal escarlata, que de repente desplegó sus alas púrpura, se echó a volar cuando la luz de las cuatro de la tarde iba bajando en el cielo invernal. Será verdad que estoy oyendo a Vénus arañando la puerta, preguntaba René a su enfermera rusa, Olga, vaya a abrir, solo es el viento, contestaba Olga, solo el viento, señora René, sin duda vamos a tener otra tormenta, hace tiempo que murió esa gatita,

señora René, eso no es cierto, contestó René con voz autoritaria, no tiene ni idea, va a comer a casa de los vecinos, lo siento y sé que no me equivoco, volverá enseguida, sí, volverá enseguida, repetía Louise, lo sabemos, Vénus se va y siempre vuelve, a que sí, René, los ojos de Louise se detenían en una foto de Nathalie, en la mesilla de René, así que, pensaba Louise, René no se separaba de ella, por mucho que esa foto estuviera encuadrada entre otras fotos de las mascotas de René, todos sus gatos, todos sus perros, en esos marcos de cristal, el rostro de Nathalie, su pelo rubio, el aspecto sexi de su personalidad parecían desbordar del marco como si estuviera a punto de entrar en el apartamento lujosamente decorado de René, y tumbarse en el sofá de terciopelo, con una copa en la mano, Louise pensaba que ella no se parecía en nada a esa maniquí engorrosa, no, en absoluto, Nathalie era rubia, Louise era de tonalidad oscura, sus ojos, su cabello eran negros, su piel no tenía nada que ver con esa piel rosa, atractiva de Nathalie, Louise se preguntaba incluso si era deseable, en realidad era un error compararse con esa mujer, Louise le dio la vuelta a la foto sin que René lo notara y luego siguió con su relato, era la época de una gran revolución sexual, al menos la Abeja afirmaba que así era, que las chicas, aunque Gérard estuviera ausente de todas sus locuras, cada día, las chicas, sí, rebosaban de vida, de exceso de alegrías de todo tipo, la Abeja decía que incluso si la religión se paseara desnuda por la calle, incluso si se avanzara rápido en esa revolución y esa liberación, las mujeres seguían quedando atrás, como si no hubieran existido, en cuanto a las mujeres del grupo singular del que formaba parte la Abeja, podía decirse con toda franqueza que no existían, por algún tipo de pudor pacato no se las nombraba, se hablaba de los hombres, de sus derechos, pero nunca de las mujeres, porque era deshonroso ese tabú del silencio, o bien si teníamos alguna existencia apenas visible, más valía que no nos vieran, porque nos condenaban, la Abeja, siempre enfadada y con ganas de bronca, denunciaba la apatía social, los juicios hirientes, los discursos vitriólicos contra la diferencia, la Abeja pensaba de repente que Gérard había sido la chispa de libertad que conduce al despertar explosivo, fue ella la que casi sola al ir a trabajar a los bares

de Provincetown en verano descubrió una pequeña ciudad, unos pueblos junto al mar que eran remansos para los olvidados y los despreciados del sexo, decía Louise a René, había que ver el esplendor de esa Roma sobre el agua, aunque fuera en miniatura, o de esa Grecia antigua donde los chicos amaban a los chicos, o esa ciudad de Lesbos trasplantada a una Nueva Inglaterra que renegaba del puritanismo para comprender, decía la Abeja, que la libertad sexual y las preferencias sexuales nunca pueden ser censuradas, porque, ¿no reinaban la armonía de los cuerpos y la justicia gracias a la realización plena de esas libertades? La revelación de Gérard fue que podía tener en esas playas y con total franqueza lo que la Abeja llamaba el derecho a ser uno mismo, y esa fuga en un mundo de libertad que sintió Gérard pudo parecer desmesurada, excesiva, pues de repente la compartían todos los que eran como ella, o los que estaban cerca de ella, todos creían que se les debía aquello desde hacía mucho tiempo, esa superación de todo límite, esa atracción por el riesgo, qué hermoso era, decía la Abeja, todo era tan claro, resplandeciente incluso en el exceso, en todas partes en las playas, esas parejas de chicos, esas parejas de chicas, hoteles, casas abiertas solo para ellos, acaso había una distensión más extraordinaria que esa libertad vivida sin rabia, en su candidez más auténtica, luego de repente, prosiguió Louise, qué sucedió, apareció para cada uno la siniestra sombra de un mal que tendría relación con el sexo, lo cual facilitaría aún más la condena de los unos y no de los otros, propagando la exclusión, las casas pintadas de rosa, de verde en la orilla del mar cerraron, los hoteles en otro tiempo acogedores también cerraron, solo se veían persianas bajadas en las casas, una ciudad pequeña, unos pueblos desiertos, playas vacías, solo se veía eso, dijo Louise. Nosotros seríamos los leprosos de esa lepra generalizada, nosotros seríamos esos rechazados, dijo Louise a René, me acuerdo de un gobernador en Indiana que rehusó distribuir jeringuillas nuevas entre toxicómanos, en nombre de su fe, de su piedad, rehusó someterse a las autoridades sanitarias de su país, y así la epidemia se reavivó y doscientas cuarenta personas murieron a causa de su negligencia, su respuesta ante la crisis de los sidosos fue «rezaré por vosotros» y mira

lo que hizo su maldita piedad, mató a hombres, a mujeres que no debían morir, dijo Louise a René, así los que nos gobiernan pueden ser muy culpables y sorprendentemente no se les guarda ningún rencor, por miedo a desobedecer, la gente se somete a las reglas de la cobardía, de la mojigatería, decía Louise a René, pero tú, René, te conozco, tú dirías que la belleza de la vida es más fuerte que esas cosas feas, sí, lo repito, dijo René, aunque estuviera enfermo y sintiendo hasta qué punto se encontraba mal en su cuerpo, sí te lo repito, mi querida Louise, pensemos lo que pensemos, la belleza de la vida sale siempre ganando, piensa en el valor de los hombres, de las mujeres, de los niños que han sobrevivido, piensa en nuestras playas a las que íbamos, en Nueva Inglaterra u otros lugares, en las casas, los hoteles alineados en la costa otra vez abiertos, con el sol calentando nuevamente la piel de los bañistas en verano, los que se fueron han sido sustituidos por jóvenes vigorosos, una ola desaparece y otra renace, dijo René, tu pesimismo me ha aterrado siempre, tu seriedad, por qué no ser una vividora como yo, ah, me parece oír a Vénus arañando la puerta, Louise dio unos pasos hacia la puerta, ah, dijo a René, todavía no ha vuelto, mañana quizá, o pasado mañana, dijo a René, seguro que volverá, dijo René que dijo con tono abrupto, sé que no te gustaban las canciones que cantaba yo en el bar, me decías, canciones de los años treinta, pero lo cierto es que fue en los bares de mujeres donde conocí mis mayores éxitos, era delgado y guapo, las atraía a todas, la vida era fácil, por supuesto aquello era antes de conocerte, giganta mía, ante de que descubriera tu mente brillante, tus numerosas cualidades, Louise sonrió a René pero ella seguía pensando en Nathalie, en su detestable pelo rubio, en la foto de la mesilla, por ella había malgastado René toda su herencia, y ahora volvía a la carga con esa enfermera rusa que seguramente no era más que una escort escogida en internet, una de esas bellezas rusas que decían estar disponibles, me necesitas, aquí estoy, ese era seguramente el mensaje con poca gracia y oportunista, la mirada de René se habría visto atraída por esa impudicia, y luego Louise se acordó de ese comité que René fundó para ayudar a las jóvenes obreras que sufrían maltrato en las fábricas, a menudo se las

repudiaba por su orientación sexual y se encontraban de patitas en la calle, René, discretamente, fue sacándolas una a una de su miseria, René consiguió entrar en contacto con las abogadas que defendían la causa de las chicas explotadas, había que admitirlo, pensaba Louise, René era un hombre complejo, o quizá esa compasión discreta, en ella, era ante todo una cualidad femenina, cuando los dos géneros se confundían en René era cuando se convertía en esa criatura atractiva que Louise había amado, ni hombre ni mujer, o los dos a la vez, en una armonía llena de dudas, de complejidad, René era entonces para Louise el ser más completo que nunca encontrara en la tierra, pero René interrumpió la ensoñación de Louise, y qué sucedió con Polydor aquella noche, se acordó ella de todo o no, preguntó René a Louise, la memoria de Polydor, dijo Louise, se despertó en una serie de sobresaltos, qué había hecho aquella noche, qué no había hecho, le parecía estar pasando las páginas de un álbum de fotos donde cada imagen reflejaba una acción perversa y penosa, un comportamiento arriesgado y alocado, se acordaba de un café donde se paró, desde la ventana podía verse lo mucho que nevaba fuera, un músico que tocaba estruendosamente su guitarra eléctrica preguntó de repente a su auditorio, que estaba compuesto sobre todo de parejas convencionales, hombres y mujeres bailando agarrados, preguntó con su voz burlona, amigos míos, pueden decirme cuántos de entre ustedes se han drogado alguna vez, todos levantaron la mano, salvo Polydor quien, a la vez que intentaba recuperarse tomándose un café ardiendo sentía náuseas por encontrarse allí, ella, tan diferente a esa reunión de gente tan normal, con qué soltura bailaban todo y bebían sin parar, con qué vulgar complicidad, acaso no fue al salir de aquel local que olía a cerveza cuando cruzó la calle nevada para ir hacia el banco, ese muro de piedra tan alto, donde los vagabundos se arrastraban hacia sus refugios de una noche, unos agujeros debajo de unas galerías, de unos porches de piedra, y ella se cerró los faldones de su abrigo azul marino, se quedó dormida apoyada en aquel muro, recordando de pronto que llevaba las botas llenas de nieve, abrió los ojos en medio de esa bruma invernal preguntándose dónde estaba, junto a ella había dos hombres que

apestaban a alcohol y a vino mal digerido, recordó ella, uno de ellos puso su gruesa garra sobre ella y le preguntó qué haces tú aquí, eh, eres nueva en el clan, el segundo hombre se acercó y se desabrochó el abrigo, y seguramente fue en aquel instante cuando los faros de un coche alumbraron de pronto el lugar e iluminaron también a los dos hombres que la agredían con movimientos tan abotagados que aquello no parecía real ni verdadero, sino una escena de pesadilla enseguida desvanecida de la que Polydor habría sido el testigo indiferente, sí, era ella, Henriette, avanzando en la calle con la esperanza de encontrar algún cliente, se oyeron en la nieve los pasos de un hombre que huía, ella gritó al que se escapaba, no te escapes, aunque soy voraz no voy a comerte, se oyó su risa en la noche, ahora huyen de mí, me estoy haciendo vieja, murmuró, antes acudían a toda prisa a mi coche, Henriette vio de repente a Polydor y a los dos hombres y corrió envuelta en su abrigo de piel, socorriendo a Polydor, cubriéndola con su abrigo como si Polydor hubiera sido un niño pequeño o un pájaro, yo estaba tan avergonzada, recordaba Polydor, tan avergonzada, pero Henriette, sin dejar de ocuparse de mí, estaba sobre todo preocupada por sus clientes, es desolador, dijo Henriette, que a los sesenta años disminuyan las posibilidades, preferiría ser autónoma y no tener un chulo (que era su marido), pensaba en divorciarse, explicó ella a Polydor, serás más prudente en adelante, verdad, preguntó Henriette a Polydor, no vuelvas a juntarte con tipos de esos, son unos pervertidos, aunque deberían tener un techo, es una pena, la verdad, tener que vivir en la calle en pleno invierno, pero no vengas más aquí, no te juntes con ellos, dijo Henriette, esperaba que hubiera algún cliente esta noche pero no, nada, un hombre nada más, me mira y se echa a correr, te acordarás de mis consejos, eh, niña, la vergüenza habría dejado petrificada a Polydor pero a medida que sus pies iban entrando en calor en el coche de Henriette, iba recobrando un poco de confianza, se sentía casi amada por esa extraña, Polydor mostraría a partir de entonces una silenciosa deferencia por las prostitutas que se encontrara en la calle por la noche, adoraría respetuosamente a cada una de ellas, sin la intervención descabellada de Henriette que iba en busca de un

cliente, pasada la medianoche, Polydor pensaba que la habrían violado aquellos dos hombres que solo le dieron asco pero no miedo, pues no sentía nada de tanto frío que tenía y por el extraño estado comatoso en que se encontraba, durante mucho tiempo Polydor no dijo nada a las chicas acerca de su noche salvaje, puede que le comentara algo a Louise, Polydor era la séptima de la prole de una familia obrera y se puso a trabajar desde muy joven en una fábrica, decía con admiración René, que se puso a defender a las jóvenes maltratadas por sus patronos, aunque solo fuera con palabras abyectas, antes de que se les prohibiera presentarse al trabajo, ya era hora, había dicho René, de unirse para denunciar esos prejuicios de los patronos en las fábricas, de manifestarse en la calle, todas juntas, el derecho al trabajo es para todas y para todos, algunos hombres jóvenes también fueron víctimas de esos prejuicios, había que denunciar el salario miserable que cobraban las chicas en las fábricas, el abuso de su juventud y de las horas de trabajo, ese era el René de antaño, porque los patronos son unos corruptos, abusan de los pobres, había dicho René, durante aquellos días de protestas masivas, René incitó a la huelga, a la revuelta, Polydor y Gérard 2 se acordaban de las condiciones de maltrato en el trabajo, de su llegada al amanecer a las fábricas de ruido infernal donde se manufacturaban patines desde la mañana hasta la noche a un ritmo frenético, porque había que acordarse, decía Polydor, no olvidar nunca, la huella de haber formado parte del engranaje de la máquina había infestado las carnes, humillado el alma para siempre, Polydor recordaba cómo se calentaba los muslos descubiertos en un brasero tibio, recordaba al patrono diciéndole en su oficina, tenemos información sobre usted, estamos al corriente, estamos, las palabras habían golpeado sus oídos, qué quería decir con aquello, ella no tenía ni idea, solo que rechazaba las proposiciones de aquel hombre, otras, más frágiles, aceptarían, pero ella, no, vamos, acérquese, no tenga miedo, solo intento conocerla mejor, decía él, qué era eso que sabía cuando no había nada que saber, se refería acaso a su relación con Gérard 2 entonces de nombre Thérèse, para insinuarse así, parecen muy amigas, usted y su amiga Thérèse, las observo hace tiempo, por qué

Polydor se vestía tan ligera en invierno, con una falda, unas medias hasta medio muslo, con el abrigo azul marino demasiado liviano, solo era pobre como tantas otras a su alrededor, aún no conocía el calor humano de las chicas de la pandilla, solo tenía a Thérèse, una amiga encadenada a la fábrica igual que ella, el brasero apenas calentaba, no se sabía si por crueldad u olvido, Polydor, Gérard 2 llevaban a sus familias aquel salario de miseria, pero de repente hubo una revuelta, las revueltas de los obreros, de las obreras, todos en la calle con sus pancartas, negándose a trabajar, Polydor, Gérard 2 participaban en la manifestación, René se unió a su marcha, cuando enviaron a los bomberos y a la policía para apagar la revuelta, todas, todos se doblaban bajo la presión de los chorros de agua helada, se agachaban por miedo a un tiroteo, René decía a Polydor, no os desaniméis, chicas, acabaremos ganando, mientras puedo invitaros a un restaurante, así era René entonces, decía Louise, tan sensual en su vida privada, de un egoísmo descarado en la búsqueda de placeres con mujeres casadas a las que, según él, satisfacía mejor que sus maridos, y la verdad es que era singular que las mujeres insatisfechas en sus casas encontraran consuelo con René, al que en general no conocían de nada o apenas si lo habían entrevisto en una fiesta, y luego estaba el René alejado de aquella vida mundana y caballeresca, llevando a cabo su lucha, y es que era doble en todo, pensaba Louise, y por eso era tan inaccesible, era el final del invierno, aquel año, prosiguió Louise a la vez que recolocaba las almohadas de seda bajo la cabeza de René, Gérard 2 y Polydor iban en bicicleta a poner flores a la tumba de Gérard, y en su estudio lleno de humo, fumando sin parar, la Abeja pintaba lienzos muy grandes, sus colores eran ahora el rojo y el blanco, un punto de pintura roja en un desierto de nieve, sabíamos que ese punto de color rojo, esa mancha estallada rezumaba esperanza en el futuro, al menos en el nuestro, pero de repente la Abeja oyó un crujido, vio que se derrumbaba a su alrededor la pared de yeso de su estudio, la antigua casa de los ricos, su confort se caía a trozos, habría que marcharse de nuevo, mudarse, con las chicas de la pandilla, ir de okupas a otra parte, si la casa se desmoronaba, Manfred que tocaba su adagio de Chopin

parecía no oír nada, con las primeras flores de marzo, el sol rojo que pintaba la Abeja, el adagio que tocaba Manfred en su piano, el mundo pronto reviviría, pensaba la Abeja.

SEGUNDA PARTE

DÍA

Dónde está la ropa de gala, los pañuelos, los zapatos italianos, preguntaba Louise a René, estamos con los preparativos de la fiesta, decía Louise a René que contestaba con indolencia, para qué una fiesta, Louise, ya ves que no me puedo levantar, que no puedo recibir a nadie en mi estado, ya lo ves, Louise, Olga ha puesto todo bajo llave en el armario grande porque todo eso forma parte del pasado, o no lo ves, Louise, olvida esa fiesta, Louise, René se envolvía en su batín mientras observaba a Olga que escuchaba a Louise con desconfianza, he bañado a la señora esta mañana, dijo Olga, la enfermera rusa, me ocupo de la señora desde que se levanta, es verdad, dijo René, Olga es impecable y tan paciente conmigo que soy un viejo huraño, no, una señora encantadora, dijo Olga, que me recuerda a mi anciana mamá que se ha quedado sola en Rusia, oh, qué pena dan las mujeres, suspiraba Olga, Louise estaba a punto de sentir un momento de simpatía hacia Olga cuando cambió de opinión, dónde están las camisas de seda de René, exigió de pronto Louise, por qué guardar todo bajo llave, es absurdo, he vestido a la señora con su ropa interior masculina como me lo pidió, está limpia y fresca, pero no le pida que se levante para ver a sus amistades, es incapaz, la señora es una inválida, nada de eso es cierto a día de hoy, contestó Louise irritada, René va a levantarse, caminar, recibir dignamente a sus amigas, dijo Louise, fijándose en que René la escuchaba con ese pequeño guiño discreto de antaño, esa sonrisa perversa en la mirada, a que sí, René, será tu día de fiesta, a que sí, René no respondió, estaba pensando en cuánto echaba de menos a Lali a la que seguía llamando Little Brother, Lali que parecía ahora exclusivamente concentrada en sus pacientes, los nuevos sidosos cuya suerte quería suavizar, o educarlos en la prudencia, René habría querido que viniera a dormir con ella, como hacía antes después de las

noches en los bares, ese cuerpo, embutido en la pelliza militar que era el cuerpo de Lali, púdico, preocupado por preservar esas horas de sueño antes del alba, su pelo corto a lo chico, esa cabeza de una sensual austeridad sobre la que a René le gustaba poner la mano, puedes hablarme de Berlín, sabes que soy tu amigo, Little Brother, háblame de ti, Brother, sabes que lo entiendo todo, Lali contestaba bajito, yo dormir, estar mañana muy pronto en el hospital, te hablaré otra noche, buenas noches, René, buenas noches, Lali, pensaba René, esa conquistadora tan fría, como si nunca hubiera conocido el amor ni la ternura, o no hubiera sabido expresarlo, abandonaba enseguida a sus amantes después de una noche de placer y recuperaba enseguida el control de sí misma, como si dijera, este cuerpo que creíais vuestro, un instante, no es vuestro, sino mío, René se preguntaba si Lali ejercía esa misma frialdad no exenta de refinamiento, de cierta dulzura luminosa, con sus pacientes, y, ¿qué sentían frente a ella, esperanza de curación o la frialdad de una madre frente a unos hijos a los que no amaba? René sabía qué umbral no había que franquear, ese donde se disimulaba el orgulloso dolor del pasado de Lali. Pasaba una mano consoladora entre el pelo de chico de Lali, por sus mejillas frías en invierno, burlándose de Lali, eh, dime, hermano, Lali, acaso el sexo es para ti solo un deporte para estar sana, sería solo eso para ti, el sexo, eh, Lali, Lali contestaba a René con su severa ironía, sí, solo eso, el sexo *very good for health*, cuando Lali vivía aún en el campo, pensaba René, ella conducía lentamente por las carreteras heladas, por la noche, reteniendo con una mano la mano de una amiga, soñando con las horas siguientes, con el calor del abrazo, sintiendo ya la relajación de la jornada terminada con sus pacientes, decía a la amiga cuya mano apretaba, *it will be warm, and soft, very soft*, en el oscuro confort de su coche algo destartalado, porque también llevaba dentro a sus perros, los domingos, cuando todo estaba negro dentro y fuera, con chubascos de lluvia o nieve, Lali parecía tener junto a ella a la amante de una velada, de una noche, la que sentía el contacto de la mano de Lali en la suya, mientras nevaba o llovía sobre el techo del coche, y los cristales del coche centelleaban con una escarcha blanda, qué encantador refugio, pensaba la elegida

por unas horas para ese banquete de amor tan lejos en el campo, qué delicioso sería besar esos labios de Lali, cogerla como al vuelo antes de que huyera a otro lugar, cómo quebrar ese cuerpo tan duro de Lali, su rigidez, con qué suaves caricias se lograba, por qué fisura se llegaba hasta su corazón para despertarlo un momento al lenguaje amoroso, eres la chica más hermosa, siempre en la barra del bar, tan inaccesible con tu pelliza militar, por qué no llevas botas en invierno, y Lali diría, cállate, cariño, habláis todas demasiado en este país, yo adorar el silencio, yo, Lali, ¿entiendes, querida? Lali iba a ejercitar pronto sus brazos, sus piernas, enlazar a alguna, sería lenta y meditativa entre los brazos de la otra, fumaría en cuanto acabaran de hacer el amor, sus cigarrillos europeos de sabor agrio, *very soft*, diría ella, yo apreciar la calma, la suavidad, entiendes, querida, quieres leer cómics conmigo en la cama, nos queda una hora y luego tengo que irme, *hard times, hard life, my love*, René pensaba en Lali, en su lectura de cómics, evitando toda lectura que pudiera alterarla, aparte de los libros consagrados a la ciencia y a los avances de la medicina, esa sencillez de Lali desarmaba a René, así que nunca lees a los poetas, preguntaba René, no, a mí no gustar lo que hace sufrir y los poetas sufren demasiado, voy a enseñarte a leer a los poetas, Lali, decía René, a veces las palabras curan las heridas, sabes qué, tú, hijo tardío del romanticismo, decía Lali a René, tú realmente un poco loco, René, demasiado viejo para entender a los jóvenes, René, René decía a Lali que ella no era más que un soldado aburrido envuelto en su pelliza militar *how boring you could be, Little Brother, but I love you, I love you*, ¿has entendido, Lali, testaruda? Lali estaba a menudo desconcertada, se habría dicho que escandalizada, pensaba René cuando René cedía a invitaciones para orgías en casas de los burgueses, sí, era chocante, decía Lali, tú poseer a varias mujeres que no conoces, solo por placer, tú, chico libertino, decía Lali ofendida, tú ser un chico malo, actuar como un hombre en un burdel, qué va, decía René, eso era antes, de mucho más joven, y solo era un juego, ¿no te parece, a ti que le das tan poca importancia al sexo? El sexo es el sexo y ya está, no le des tanta importancia, ¿quién ha dicho que soy un modelo de virtud? Eh, Lali, en la vida, se experimenta, se intenta

comprender y aprender, sobre todo uno intenta no aburrirse nunca, acaso no me dijiste un día, Lali, que sin el sexo la vida sería muy aburrida, Lali escuchaba a René, tú, chico malo muy chocante, concluía Lali, tú no parecerte a nadie, tú, Lali se encogía de hombros, decía, algo cansada de sus noches carnales, ya basta, me gusta estar sola, yo adorar la soledad, demasiada agitación de otro modo, con las chicas, Lali intentaba explicar a René que no quería sentirse poseída por nadie, expresaba su desconfianza con respecto a la pareja, y sobre todo de que la privaran de su libertad, aprendió pronto a desenvolverse sola en la vida, sola, siempre había podido avanzar estando sola, así vivían las chicas jóvenes en Berlín, decía Lali, ellas habían visto a sus madres salir victoriosas de los conflictos, de las guerras, remontar valientemente el camino de las ruinas, Lali sacudía la cabeza con un movimiento de orgullo mortificado, sola pero con algunas amigas, contestaba René, eh, Lali, sé que cada noche te vas con alguien a la salida de los bares, decía René, eh, no puedo ignorar eso, Little Brother, y luego René pensaba en Louise que había escrito su ensayo sobre las mujeres y el cáncer, cómo pudo viajar a todo lujo con Nathalie durante aquella convalecencia de Louise, durante la escritura de aquel ensayo, cómo pudo actuar así, despilfarró su fortuna con Nathalie en Europa mientras Louise interrogaba con dificultad a mujeres enfermas de cáncer, qué siente usted, me dejaría escribirlo, soy su hermana, su semejante, conozco el síndrome de la mama fantasma que deja un vacío cáustico, esa necesidad imperiosa de aislarme de los otros, de esa huida al fondo del vacío, ese vértigo de no saber ya cómo servirme de mi cuerpo, de saber si seguiré viva después de los tratamientos o no, y ese cansancio que se apodera de nosotras, no solo de la mente sino también del cuerpo transido de agotamiento, con esa parálisis de los sentidos, René pensaba que tendría que haber tranquilizado a Louise, estar más presente, sensible, fraternal, solo había pensado en su pasión, ahora se acusaba de ser un hombre vanidoso y sin conciencia, y Louise le decía que iban a hacerle una fiesta esa noche, ella no le reprochaba nada salvo su pereza, algo congénito, decía él, perezoso, dejaba que lo vistiera Louise, sus gestos eran menos impetuosos que los de Olga, ella

sabía cómo seducirlo a la vez que lo vestía, es algo que había hecho muy a menudo en otro tiempo, vestir a su viejo marido para la fiesta, una salida imprevista, irían juntos como una pareja de verdad, algo con lo que soñaba Louise, al cine, al teatro de la Gran Sophie donde el dúo incompatible, Doudouline llamada Anne-Sophie, Sophie la madre, provocaría un choque mayor que el de dos planetas contrarios, pero eran unas actrices tan auténticas y talentosas que no se notaba, decía René, el pensamiento de René se perdía por otros parajes, en aquella época de su militancia en que actuó a veces como un héroe, pero héroes, heroínas, había muchos, pensaba René, y los olvidan enseguida, qué ha sido de los que se tumbaban en las calles de Washington para reclamar al gobierno medicamentos para los enfermos de sida, fueron una muchedumbre, entre ellos había enfermos, moribundos, quizá, estaban extenuados por el viaje extremo, todos tumbados unos junto a otros sobre el asfalto delante de la residencia presidencial, reclamando ayuda financiera y médica, René se acordaba de aquellos gritos de ira que nadie parecía oír, un poco más adelante, los que fueron a suplicar una última vez estarían tumbados pero bajo tierra, en una simetría perfecta, como se les vio en las calles de Washington, pancartas dibujadas, tapices, obras exquisitas hechas con acuarela, al óleo cubrirían sus nombres, no te olvidaré, Pierre, amor mío, te quiero, Louis, a ti, mi hijo querido, te amo, el lirismo de las palabras, su poesía serían sus homenajes, sus monumentos escritos, pintados, como paños mortuorios coloreados de un rojo vivo, igual que el de la sangre derramada, esos monumentos móviles atravesarían las ciudades, irían hasta el océano, vastos estandartes ondeando al viento, los nombres serían incontables, diez mil, cien mil, se podía morir más allá de las cifras, de las contabilidades que oprimen, ya no se quería saber esos números, esas cifras, los gobiernos las callaban y se callaban, bajo tierra todos esos manifestantes al final de sus vidas, no se les vería nunca más, los policías pasaban entre los manifestantes indefensos, ellos iban a pie y a veces montados en sus caballos, alguien gritó, lo recuerdo, pensaba René, si no nos ayudáis, seréis culpables de nuestra muerte, otra vez, durante una de aquellas manifestaciones, hirieron a

alguien en la cabeza y aún me acuerdo del ruido cuando cayó al suelo, nos pisoteábamos los unos a los otros en nuestra huida, teníamos gas pimienta en los ojos, lo recuerdo, pensaba René, lo habían herido en la cabeza y no podía levantarse, quién alaba hoy a esos héroes y heroínas, quién, pensaba René, con el retorno de esas reminiscencias, su dureza, René se sintió mal, de pronto no sabía de dónde venía, sentía una opresión en el pecho, le parecía notar un motín de las costillas, porque ese torso de hombre bajo una ropa interior masculina le pertenecía, desde luego, pensaba él, aunque la operación no saliera muy bien, y por qué le costaba tanto respirar, era su propio resuello el que estaba oyendo o no, qué sonido nuevo era ese cuando se le hacía como un nudo en la garganta, acaso era un primer estertor que anunciaba la agonía, Louise, en su esmero por vestirlo, por peinarle el cabello todo revuelto, no parecía darse cuenta de nada ahora, decía como en otro tiempo cuando lo peinaba, tú y Lali, con vuestro pelo de chico, no puede una olvidar la raya, ay, os conozco bien a los dos, mis niños queridos, pero no te muevas tanto, René, solo quiero ponerte guapo para la fiesta, René murmuraba que era inútil, se sentía tan cansado, como para divertirse, dijo al oído de Louise, sabes, Olga ha nacido en Moscú como el poeta Pushkin, René podía oír el esfuerzo de su propia respiración mientras hablaba a Louise, por qué Louise no se daba cuenta, Olga preguntó desde el salón si la señora estaba bien, muy bien, replicó enseguida René, ¿cuándo dejará de hacerme esa pregunta, Olga? Estoy casi a punto de salir, a que sí, Louise, Louise sonrió a René, sí, salías agarrándome del brazo, íbamos juntos al teatro, o a cenar según tus lujosos gustos a los mejores restaurantes, siempre del brazo, aquellas salidas, tú eras entonces, aunque tan alta, mi antílope, mi pequeña esposa, dijo René, su respiración se volvió más regular, pensaba cuánto lo había reconfortado Louise, seguía reconfortándolo aunque él no quisiera, Louise le dijo, irritada, nada de pequeña esposa, una amante engañada constantemente, René decía, muy amable, escucha, cariño, a todo el mundo le sucede en la vida que un día, a veces incluso tan solo unas horas, se convierte en un monstruo, y es lo que fui yo para ti durante unas horas, pero la razón acaba por salvarnos

de nuestras vilezas, la razón y el amor, porque tú me condujiste a la razón y también al amor, ángel mío, pero mientras René apaciguaba a Louise con sus elogios, sentía ese agradecimiento por estar ya en su casa y no en esas residencias adonde había tenido que ingresar involuntariamente durante una convalecencia, nada le parecía tan siniestro como esas cárceles para ancianos o enfermos graves, donde unos enfermeros, enfermeras fantasmas pretendían cuidarte a la vez que te convertían en un prisionero, pensaba René, no, no se podía frecuentar semejantes lugares de desesperante soledad donde entre los otros convalecientes de repente él no fue un paciente masculino sino una mujer, no más joven, dotada de un nombre femenino, ahí ya no se podía mentir, disimular, la traicionaba su cuerpo, su nombre femenino, René se encontraba en la pelea diaria de una población que lo trataba mal, a menudo con brutalidad, que se burlaba de su unicidad, y sobre todo de las mujeres viejas y enfermas, no era nada, pensaba René, qué triste descubrimiento, tener que vivir aquello, que una mujer no era nada, en esas instituciones donde mantenían a los internos, porque nunca saldrían de esas prisiones, en estado de puerilidad y de insulsez. René se levantó de la silla de ruedas, fue entonces cuando llamó a Olga para que acudiera en su ayuda o fue más bien a través del entramado de sus juegos de seducción en internet, o de los de Olga, atractiva joven rusa disponible busca trabajo, qué fue lo que le procuró la liberación, nunca confinarían a René, él era un hombre o un medio hombre libre, fue al levantarse de la silla de ruedas cuando dirigió sus pasos hacia la puerta y huyó, o bien fue Lali la que lo sacó de allí, sí, sin duda había sido Lali, que le dijo, he venido de lejos para curarte, tú curarte rápido, te has caído, nada serio, y René le había contestado, vuelve con tus pacientes, no puedes descuidarlos por mí, Little Brother, yo curarte a ti primero, dijo Lali, René volvía a ver ese rostro de Lali acercándose a su pierna izquierda, a su pie dolorido, tantas veces olvidó que Lali era doctora, que su hermano pequeño de Berlín, gracias Lali, suspiró él, con el corazón invadido por una gratitud casi jubilosa, gracias Little Brother, ahora vuélvete allí lejos con tus pacientes, sí, vete, Lali, antes de que me acostumbre a tu presencia, solo soy un pobre viejo, ahora, y

me gusta estar solo, ¿crees que Vénus volverá pronto, Lali? Si pierdo un perro durante un paseo por el bosque, siempre vuelve, decía Lali, pragmática, vuelve siempre, tú dormir ahora. Lali se iba rápido, a menudo a Toronto, no quería perder el avión, habría una conferencia de médicos esa noche, o a Boston, Lali siempre estaba volando, la llamaban con urgencia de todas partes, a ella que tanto le gustaba la lentitud reflexiva, el silencio del campo, el amor lento también, pensaba René, no, esa rapidez de su existencia no le convenía, René oía a Lali que le decía mediante su lenguaje lleno de imágenes, y a menudo abreviado, que le habría gustado ser investigadora, sobre todo durante esa crisis mundial del sida, habría sido indispensable, seguro, decía que no había bastantes investigadores mujeres, ¿habría perdido quizá demasiado tiempo buscando un lugar donde vivir? Primero exiliándose a los Estados Unidos, luego a Canadá, todos éxodos abrumadores, parecía decir ella, pero de qué huía así, pensaba René, ¿qué pasado la había devastado por completo? René pensaba que esa decepción o insatisfacción de Lali eran inherentes al carácter de muchas mujeres que había conocido o amado, no pensaba en Nathalie ni en Louise, sino en sus aventuras de una noche con desconocidas, mujeres casadas quejándose de insatisfacción crónica, de sentirse insaciables, portadoras de una ociosa inquietud, qué utilidad tenían ellas, estar al servicio de un marido, de una familia, ¿y no se consumían enseguida en esa servidumbre? Cuando eran muy cultivadas, ¿de qué servían sus conocimientos, sus aptitudes, aparte de para quedarse en casa con los niños? Otras ejercían profesiones escogidas pero sentían que no les reconocían bastante sus talentos, su experiencia. Siempre, en sus profesiones, los hombres parecían superiores, apabullándolas sin escrúpulos. René pensaba que era sorprendente que después de una noche sensual esas confidencias pudieran aflorar de pronto hacia él en forma de súplicas, ruegos, como si cada una de ellas le hubiera dicho, explícanos, René, tú que eres casi un hombre, ¿cómo podremos sobrevivir a nuestra condición? Se le atribuía demasiado poder, pensaba René, pero le daba seguridad que unos amores tan breves pudieran servir de consuelo, apaciguar, evitar el retraimiento,

acrecentar un poco la confianza o la fe que sentían en sí mismas, en cuanto a Lali, el desarraigo era tan profundo, tan desencantado también que René solo podía contestar mediante el silencio y una especie de ternura en la mirada que dirigía a Lali. René preguntaba a Lali, cuándo iremos a esquiar a tu campo, cuándo, dime, Lali, hay que ser un poco perezoso en la vida, si no, se muere uno, eh, Little Brother, cuándo iremos a caminar juntos por la montaña, Lali, de qué te sirve trabajar sin parar como haces tú, no salvarás a la humanidad si decide perderse, ¿a que no? Los ojos dorados de Lali, bajo su gorra, que era tan austera como su austera y larga pelliza, se encendían con una rabia voluntaria, escucha, René, nada de pereza, yo querer salvar a la humanidad, decía Lali, mientras esquiaban juntas en la última nieve de la primavera o por las pendientes heladas en invierno. Qué haces tú sola en el campo, Lali, preguntaba René, mientras esquiaban por pendientes de nieve centelleante al sol, la nieve de un blanco inmaculado, el sol en sus primeros albores, la salud de ese paisaje, de esos instantes vividos con René parecían iluminar la mirada de Lali, si se acurrucaba entre sus mantas, por la noche, al paso de los coyotes que aullaban a la luna, en otoño, adónde iba pues esa jauría, hacia qué otros sotos y bosques donde los oirían los cazadores, donde irían sin refugio por las ramas atenazadas, dónde irían el ciervo, la cierva y su cervatillo alimentándose de los manzanos y los cerezos en verano, dónde iría su zorro, dónde irían todos, no poder huir bajo las balas del cazador, especialmente en otoño, cuando caía la noche y la penumbra sobre los campos, en los bosques, ella temblaba de miedo por los animales al acecho de la luz del día, y sobre todo cuando esquiaba con René, diciéndole muerta de risa que no sabía esquiar, siempre luchando con los esquís, un pie delante de otro como un astronauta, René siempre tan gracioso, pero qué paz, qué relajación vivía ella entonces, se habría dicho, pensaba René, que Lali era casi feliz. Pero si oía un disparo de escopeta de caza le parecía que era ella la que recibía el tiro, que el quejido del animal era el suyo, el eco de la detonación la perseguiría, remontando hacia otras detonaciones, otros disparos, todo un clamor de gritos afligidos, dejándola jadeante, con un dolor profundo, anclado

muy lejos, en un pasado recalcitrante, quizá se derrumbara hoy la chimenea en la casa familiar y morirían todos, incluido el hermano pequeño, quizá fuera el día de esas calamidades, Lali era el animal en su carrera tambaleante, con la sangre asomando por sus fosas nasales y moría de la misma manera. Sin embargo, ¿no se le olvidaba todo a Lali al esquiar con su patoso y buen amigo René?, pensaba René, quizá René tuviera que ayudar a Lali a deshacerse del fardo que tanto le pesaba pero qué fardo era ese, pensaba René, pues Lali seguía agobiando a René con su silencio cada vez más hermético y a veces desazonado. René se preguntaba si Lali conservaba ese mismo acercamiento demasiado sensible con sus clientes, o si mantenía las distancias para no sentir nada, con una actitud altiva de consideración a la vez neutra y fría. Y tus bonitas camisas, dónde están tus bonitas camisas, preguntaba Louise a René que permanecía pensativo mientras lo vestía Louise, Olga abrió un gran armario antiguo explicando a Louise que la ropa de René estaba toda lavada, planchada y ordenada, decía Olga, y al acordarse del lamento de Olga que había dicho, oh, qué pena dan las mujeres, refiriéndose a su anciana madre sola en Rusia, en su apartamento de Moscú, Louise pensó, ah, pero por qué Olga no está junto a su madre, qué hace aquí con René, y por qué René no me ha confiado a mí esta tarea de ayudarla, siempre hemos estado tan unidas, es insultante esa elección de una extranjera, o puede que René apartara a sus amigas de él por orgullo, René decía riéndose que de todas formas se moría en tierras foráneas, antes de penetrar en países más extraños aún, pues ya que la muerte era para toda persona una anomalía, un indescriptible terror frente a algún demoniaco Desconocido, más valía afrontar antes cualquier dudosa extrañeza, decía, y en ese momento apareció en la pantalla de su ordenador esa cara de mejillas redondas de Olga, como si hubiera dicho, soy toda suya, busco trabajo, soy toda suya, sí, empléeme, tan fácil esa recolección del amor repentino, asistencia o amor, o enfermera sin trabajo busca compañero, René noble guerrero, combatiente abatido por una enfermedad de los huesos, era eso o la pereza, en su progresiva invasión, pensaba Louise, René no iría nunca a una residencia o al moridero como podría llamarse ese

asilo para ancianas víctimas de abusos, era una decisión categórica, nunca más, había dicho René, no, era una simple caída, una fractura de la pierna, casi nada, había que salvar a todas las mujeres, decía René, de esos abusos generalizados que aceptaba una sociedad muerta para los otros, había que hacerlo, sí, decía René, y de pronto nadie sabía cómo, Olga compartía su casa, su piso de muebles antiguos, su biblioteca, su dormitorio, incluso si la cama solo servía para los cuidados básicos, asear, asistir, curar ese cuerpo de René, Olga actuaba, obraba con ese terco encanto y con esa primitiva manera de gobernar suyos, alejando poco a poco de René a sus parientes y amigos para acabar convirtiéndose en una pareja aislada, peligrosamente solitaria de la que René, inmóvil y acosado, dejaría de ser la voz cantante. Ah, y el piano, no para de decir que hay que vender el piano, pensaba Louise, el dinero, los beneficios, ¿es esa la obsesión de esta chica venida de no se sabe dónde? Louise pensaba también que su actitud era demasiado rigorista, después de todo quizá Olga solo fuera una pobre chica inmigrante, desvalida, que René salvaba de la desesperación, sin René, habría podido ser deportada, encontrarse si techo ni país como tantos otros, oh, por qué Louise sentía tanta hostilidad hacia una mujer inocente, pensaba Louise. A menudo era así entre las mujeres, esa latente enemistad, esa nebulosa desconfianza, sí. Louise se reprochaba esas sospechas, todos esos sentimientos negativos que experimentara en otro tiempo con Nathalie, todo eso tan bajo que puede existir en nosotros, pensaba ella, y le parecía que incluso esa forma un poco infantil de peinarse el pelo que tenía Olga, esa forma lenta de andar a pesar de su juventud le desagradaban. Y, ¿qué sucedió con Gérard?, preguntó René, ¿la has vuelto a ver en sueños? La imagen de Olga se hacía menos frecuente, aunque siguiera ahí, como la intrusa gobernanta de la casa de René, Gérard, murmuró Louise, la pobre Gérard, que solo se aparece en sueños, en fragmentos que se rompen, me dijo con una voz muy clara, vivo tras una puerta de madera pintada de azul, solo tienes que llamar y te abriré, por un dédalo de calles, a veces de senderos de bosque, corro muy deprisa, mis pies apenas tocan un suelo lleno de hojarasca, la puerta pintada de azul, cada vez que me acerco a

ella, se eleva por los aires, el cielo es azul, por la ventana de una granja pintada de rojo veo a Gérard balanceándose como si estuviera en un columpio, yo grito, cuidado Gérard, es mucha altura, no te columpies así, oigo esa risa clara, oh, tan burlona, de Gérard, de aquí ya no puedo caerme, dice Gérard, ahora solo tengo alas, pero tengo hambre, donde están las sopas de la Abeja, me pregunta, de repente todo un grupo de perrillos negros bajan corriendo de las colinas hacia calles saturadas de coches, Gérard me dice, no temas, ellos también tienen alas, quieres o no quieres venir a mi casa, Louise, tras la puerta azul estoy sentada tranquila, pero incluso cuando consigo franquear esa puerta tan móvil, no puedo encontrar a Gérard, aunque sé que no está lejos de mí, tengo la impresión de oír su respiración acelerada, detrás de esa puerta veo el desierto y esa granja suspendida por encima del desierto desde donde, por una ventana abierta a una noche sin estrellas, veo a Gérard columpiándose, reconozco sus piernas largas, el sonido de su voz, parece cantar como un pájaro, estoy aquí, estoy aquí, la voz de Louise se henchía de pena, René dijo bruscamente, me harás el favor de soñar conmigo, Louise, eh, vendré a acapararte con besos irritantes, así me reconocerás, Gérard tiene razón al esconderse tras su puerta pintada de azul, sigue en su nube de cocaína, y quizá se sienta bien así, más vale no enterarse de mucho, no molestarla, dijo René con una voz que iba entristeciéndose, qué podemos hacer nosotros, pero seguro que vendré a fastidiarte, querida, tendré que seguir ocupándome con mis pequeñas fantasías como en vida, ¿eh? ¿Qué opinas? Durante un instante en el dormitorio de René, Gérard parecía haber detenido el tiempo, revoloteando con sus alas de mariposa alrededor de Louise y René, como si dijera, acaso creéis, chicas, que se muere de verdad, voy a decíroslo, no es cierto. René y Louise se callaban, René se dejaba vestir, indolente, por Louise, de pronto René dijo a Louise que pensaba a menudo en ellas, en las sufragistas, las primeras mujeres de la lucha, de las que se burlaban en 1903, sin imaginar en qué heroínas de la liberación iban a convertirse, santas del futuro, ah, decía René, les debemos lo que somos hoy, incluso si como transexual yo no entraba en sus planes, era demasiado pronto, primero había que salir de la

encrucijada de la servidumbre, todas aquellas mujeres habían conocido la servidumbre, sobre todo las más pobres, en las fábricas, más degradadas aún que Polydor o Gérard 2, se las conoció como las sufragistas, la palabra era reduccionista, rompieron con el concepto de decencia de su tiempo, a que sí, Louise, a que eso fue lo más hermoso, lo más glorioso que hicieron, romper con la decencia, bajo ese corsé de la decencia, las mujeres se agotaban, morían en un esclavismo pernicioso. La sofocante decencia británica de la época, una decencia que no era sino la dominación de los hombres sobre las mujeres tanto tiempo aceptada. Una vez roto el corsé de hierro, las mujeres fueron a votar, a adquirir ese derecho mediante la provocación, el discurso indignado, por fin harían uso de la palabra, del derecho a decir. Qué injusticia, a pesar de todo, aquel derecho a voto, no podían votar hasta los treinta años cuando los hombres podían hacerlo desde los veintiuno, resulta extraño que nuestra historia sea una historia tan humillante y que la conozcamos tan poco. Louise escuchaba a René diciéndose que en su pasión por la igualdad, por la justicia, René sentía esa vulnerabilidad de las mujeres, sin darse cuenta, a la vez que declaraba que era un hombre, decía Nosotras sin apartarse de la condición femenina, el recorrido de las mujeres era el suyo, cuántas contradicciones y ambigüedades, pensaba Louise, aunque el carácter dominador de René fuera el de un hombre, su alma contestataria era la de una mujer, y sobre todo de una mujer que rehusaba toda dominación, toda extinción de su vitalidad, acaso no era esa particularidad la que había seducido desde siempre a Louise, desde que pensó, siendo muy joven aún, que René era ante todo un ser, fuera cual fuera su género, un ser innovador que le enseñaría, como Sócrates y Platón a sus discípulos, la más audaz lección de libertad que fuera capaz de asimilar. Louise pensaba también en su ensayo sobre las mujeres y el cáncer y en esos testimonios de mujeres que la conmocionaban, durante mucho tiempo no pudo pronunciarse la palabra «sida», la palabra «AIDS», pensaba Louise, porque esas palabras evocaban vergüenzas virulentas, durante mucho tiempo la palabra «cáncer», si hacía referencia a las mujeres, se ocultaba, no podía decirse

o admitirse que el útero, los pechos de las mujeres, que habían sido fuente de vida, se convirtieran en objeto de maltrato, de fatiga, de desgaste, era inaceptable que el cuerpo de la mujer de pronto pudiera cansarse de dar la vida y de llevarla a cuestas como había hecho durante siglos. Eso era lo que había escuchado entre los testimonios de esas mujeres enfermas de cáncer, quejas, a menudo, palabras de una secular fatiga, Louise pensaba en la Abeja, en su madre, de quien la Abeja contaba que vivió su agonía en un charco de sangre, la pequeña Marie-Christine lo vio todo, como un naufragio, un nacimiento bruscamente interrumpido por la muerte, igual que un ahogado atrapado en los cordajes de su barco, ni la madre ni la criatura sobrevivirían, qué fúnebre sorpresa para la Abeja, perdería a una madre y una hermana, ese charco de sangre en la cama de su madre, ayer su madre seguía viva, una madre que era música y compositora, hecho tan raro y tan poco aceptado que una mujer fuera compositora en un tiempo de opresión para todas las mujeres, esa madre fue la que guio a la Abeja hasta sus primeros cuadernos de dibujo, sus primeras libretas de acuarelas, durante esa relación tan excepcional entre la madre y la hija, la Abeja solo dibujaba y pintaba en colores, en el triunfo de la alegría, estaban unidas por un nexo inquebrantable que reforzaba su amor por el arte, de repente se clausuró el cuarto de la madre, su estudio de música quedó cerrado, el esposo, el padre lloraba de manera incontrolable con su hija pequeña sentada en sus rodillas, qué desgracia, repetía él, qué desgracia, la Abeja rechazó las libretas de acuarelas de colores vivos, los de su esperanza, su alegría, y a partir de entonces solo quería dibujar y pintar en negro, con la densidad de la tinta negra, ya no respiraba, no dormía, pegada a la puerta de la habitación de su madre, se quedó muchas noches esperando a que su madre volviera. La llamaba, mamá, vuelve, vuelve, mamá, en vano. El padre decía, escucha, cariño, no puedes seguir pegada a esta puerta todas las noches, no, tu mamá no volverá, pero yo estoy aquí, y te quiero. Pero la Abeja necesitaba a la madre artista, a ella que le había enseñado tanto, de pronto la Abeja reprochó a su padre ese segundo nacimiento de una hija que no sería viable de una madre que no sería

viable, pues ambas serían inextricables, como si las hubieran cosido juntas, el padre explicaba a la Abeja que una desgracia siempre era incomprensible, solo se podía soportar. La Abeja solía acompañar a su madre a la iglesia, allí, con la exaltada música del órgano de fondo, la Abeja veía a su madre dirigiendo el coro de la iglesia, una coral de adultos o de niños que cantaban la música que ella había compuesto a la vez que se ocupaba de su familia, los domingos, los días de fiesta, la Abeja escuchaba esa música, esos cantos, pegada a su madre, y se sentía proyectada en una catedral donde las voces del coro infantil se mezclaban con la suya. Elena, su madre, era el amor perdido que ella nunca encontraría, pensaba Louise. De repente la Abeja se sentiría culpable por todo, culpable de vivir, después de la muerte de Elena, culpable desde los cinco años de que una niña, al cruzar una calle justo después de la Abeja, fuera atropellada por un camión, las pequeñas muertes como las grandes irían acumulándose en la conciencia aturdida de la Abeja como trapos viejos en un desván, pensaba Louise, hasta el desbordamiento de múltiples líneas negras, de carreras de arañas sobre el papel blanco, hasta que pudiera dibujar ese desbordamiento de todas las capas de negrura que la habitaban. La aparición de Manfred, antes de que se demoliera la casa de la Abeja, el adagio de Chopin que tocaba Manfred entre las frías paredes de la casa pronto en ruinas, antes de que se fuera a otra gira de conciertos, dejando una nota a la Abeja sobre el piano cerrado, mi querida Christie, Marie-Christine, querida Abeja, tengo que irme de nuevo, esta vez es a España, le mando un beso, mi pequeña y querida esposa, amiga, le hablaré de mi nueva novia a mi vuelta, viene de China donde me han invitado a menudo a dar mis conciertos, pero sea buena, querida mía, le mando un beso muy tierno, su Manfred, la Abeja vio en esa llegada casi una partida, y es que era como un gato volador, decía la Abeja de Manfred, una premonición de que su madre, su querida Elena, la visitaba por fin en esa alegoría musical que representaba Manfred, de que por fin podía dibujar y pintar en colores y desterrar el apagado color negro. Era aquella época, pensaba Louise, en que Polydor trabajaba de día en una librería, y ya no en la fábrica, estudiaba de noche en la universidad,

discutía con sus profesores de filosofía, a menudo excuras que habían colgado los hábitos tras la deserción de la Iglesia cuando empezaron a soplar los vientos revolucionarios, esos curas casados o que ahora tenían amantes no toleraban bien los debates con Polydor ni sus proezas intelectuales que consideraban tardías, porque no era más que una obrerilla de esas que pretendía acceder a la inteligencia de los filósofos, ellos todos varones, porque la filosofía en su sofisticación emérita solo podía ser objeto de elección elitista de los hombres, de hecho, y así se lo preguntaban a Polydor, ¿dónde estaban las mujeres filósofas? Pero Polydor, con todo lo ingenua que era, con esa juventud tanto tiempo privada de conocimientos, podía nombrarlas y defenderlas, a esas mujeres filósofas que para existir tuvieron que expresarse, formar parte de la cristiandad masculina, que, como Vivaldi para escribir su música sagrada, para trascender mejor con ella, tuvieron que vivir en un convento, ser las prisioneras de Dios, así le sucedió a Hildegarda de Bingen, decía Polydor, ella solo pudo manifestarse con todo su genio en un retiro cristiano, un convento donde pudiera realizarse en paz. Puede que no la hubieran reconocido hasta muy tarde, en los albores del siglo XXI, porque durante mucho tiempo esa sacrificada de Dios no esperó ningún homenaje, decía Polydor. La filósofa precoz, al menos prematura para su siglo, elogió, como hiciera Juan de la Cruz, la luz procedente de Dios antes que la menos clemente y demasiado parcial, sectaria de la religión, y ¿no era esotérica su poesía de tendencia filosófica, en su glorificación a Dios? Ese Dios servía de pedestal y de roca de donde se elevaba un cántico de amor, decía Polydor a los curas que no la escuchaban. En aquel tiempo, antes de que la casa de la Abeja fuera destruida por el ayuntamiento, nosotras escuchábamos a Polydor hablar de filosofía, de su lucha para ser admitida en la universidad, nosotras okupábamos el salón de la casa de la Abeja, fumando sin parar nuestros cigarrillos, cuando caíamos muertas de cansancio una a una como las flores cuyas corolas se marchitan, la Abeja se tumbaba boca arriba, con Rosemonde en el cuello o en el pelo, en el sofá, debajo de la manta con la que se envolvía Gérard hasta ayer, en las raras noches que pasaba en la casa,

se solía llamar para las urgencias a los médicos jóvenes así que Lali tenía que marcharse de repente, antes de que amaneciera, por encima del sofá, la luz tamizada de la lámpara alumbraba la cara dormida de la Abeja, Lali, antes de bajar corriendo la escalera en medio de la fría noche, de los árboles llenos de escarcha y del frío húmedo de su coche que habría que extraer del hielo con pala, se detuvo un instante delante de la Abeja que tenía esa suerte de poder dormir, pensaba Lali, de pie junto a la Abeja, Lali tenía la impresión de estar viendo dormir a un niño, aunque solo tuviera unos años más que la Abeja, sus amigas, las chicas de la pandilla, con excepción de René, le parecían todas muy jóvenes, sin madurar en su interior como ella, Lali, ya demasiado madura, pensaba Lali de sí misma, era su pasado en una Europa madurada a golpes, asaltada, ensombrecida por demasiados acontecimientos asesinos, era, ella no podía decirlo ni expresarlo, pero mirar cómo dormía la Abeja, era para Lali comprender que ella no pertenecía a esta nueva América, ni podía tener esa inocencia de la Abeja, puede que fuera ella quien despertara esa inocencia dormida, aunque odiaba a los cazadores, a los que mataban en otoño a los animales inocentes, Lali era, ella, sí, una cazadora templada, un joven lobo dirigiendo su mirada hacia esa niña durmiente, bajo la curva de las pestañas, de las cejas, donde se disimulaba la mirada golosa, y bajo la manta, ahí estaba, casi como una ofrenda, un cuerpo que reclamaba placer, al menos caricias suaves que lo despertarían a sobresaltos vivos y regocijos, llamada de urgencia, igual Lali tenía tiempo de, rápido, se inclinaba sobre la Abeja dormida, algo que Rosemonde no aprobaba, rehusando apartarse, y maullando un poco, Lali, se acercaba más, con la pelliza militar sobre los hombros, nadie podría darse cuenta pues era muy hábil en los juegos del amor, con qué velocidad despojó a la Abeja del pijama, sin despertarla, como si se le apareciera en sueños, con su lengua abría los labios de la Abeja que aún conservaban ese gusto almibarado de los cigarrillos, sus besos eran rápidos, no, no le daría tiempo, Rosemonde seguía sin aprobar aquello, y sus ojos amarillos se oscurecían de estrías negras, quién era esa persona, aunque familiar, a menudo presente en la casa, que venía a molestarlas en pleno sueño, la

hora más divina para Rosemonde y que no le gustaba compartir con nadie, no, había que rechazar a Lali aunque estuviera siempre allí, ella levantaba suavemente la nuca de la Abeja como si estuviera con uno de sus enfermos y quisiera relajarlo, como si dijera, tengo que ponerle una inyección pero no será nada, la Abeja tendría más tarde el recuerdo de haber soñado con Lali y su pelliza militar cubriéndola, de algo que parecía más que un sueño pues todo era tan agradable que habría alcanzado, sin moverse demasiado ni despertarse, una relajación completa de los sentidos, un estremecimiento finalmente más relajante que su propia relajación, la Abeja pensó en lo bueno de aquello pero también en que Lali la olvidaría enseguida, tratándola mañana con su dulce frialdad, su distancia, no carente de afecto, el joven lobo se iría a otra parte a cazar, sin devorar a su presa, o apenas, pensaba la Abeja, una se puede esperar cualquier cosa en esta vida, diría más tarde la Abeja a Louise, pero para la Abeja que había visto la muerte de cerca con su madre, esa muerte que se la arrebató, los momentos de breve sensualidad que robaba Lali aquí y allá, junto a sus amigas o con otras personas cuando salía sola por todos los bares de la ciudad, esos momentos tan poco calculados eran de alguna manera el preludio destinado a distraerla de lo que llegaría después en las salas de urgencias del hospital donde estaría junto a los moribundos u ocupándose de los enfermos graves, Lali, pensaba la Abeja, encarnaba esa contradicción a la que había que acostumbrarse, que la vida y la muerte se entremezclaban, se unían continuamente y sin que fuéramos conscientes, de otro modo, ¿cómo soportaríamos ese pensamiento? La alegría, el placer cuando no la felicidad, moderaban el siniestro aspecto de esa confirmación, que la Muerte con su guadaña, su cínica sonrisa de esqueleto estaba siempre junto a nosotros, como un hada maléfica haciéndonos creer que éramos felices. ¿No era el amor, explicaba la Abeja a Louise, el más hermoso de los consuelos frente a la paradoja de que nuestras vidas tenían un fin? Deja a ese marido frívolo tuyo, Louise, y ven a vivir conmigo, decía la Abeja, René no cambiará nunca, Louise contestaba que ella amaba a René, que le gustaba su complejidad, su unicidad, sin imaginarse en esa unicidad que concedía

a René que pronto muy pronto en la escena del mundo aparecerían los transgéneros reclamando sus derechos, proclamándolos, y que René estaría entre ellos como un soldado, un capitán en la proa del navío. La Abeja decía a Louise que incluso si su madre era una gran música, sin duda siempre supo que no había mucha esperanza, desde los quince años, Vivaldi estudiaba para cura pero nada más ordenarse solo pensó en componer música, la madre de la Abeja se casó pronto, tuvo varios hijos, no compuso música más que para el coro de la iglesia, partituras para órgano, piano, para las voces del coro, en ese contexto no pudo crecer, ni con profesores, ni con conciertos frente al público, lo que el joven violinista Vivaldi pudo hacer en su día, su mundo fue cerrándose poco a poco, decía la Abeja. Pero los compositores hombres no tuvieron la vida más fácil, no, decía la Abeja, le parecía estar oyendo la voz de su madre, Elena, contándole el fracaso de sus amigos músicos compositores, la guerra, el exilio, el alcoholismo que segaba tantas vidas, decía Elena a su hija, y un pequeño Mozart podía morir en esos campos de batalla del espíritu, aunque fuera por un tiempo un cometa en nuestro cielo, el sol sobre los terrenos lluviosos, la luz que ilumina el día. La Abeja había escuchado muchas veces esos relatos, más valía que la Abeja fuera pintora, que aprendiera a dibujar, Elena le repetía que había poco porvenir para una mujer compositora. Pero, pensaba la Abeja, lo que parecía verdad cuando su madre era joven ya no lo era ahora y, sin saberlo, Elena, la madre de la Abeja, formó a otra generación para la resistencia. De todas formas, la Abeja no podía olvidar los amargos discursos de Elena, nuestra tierra, por ingratitud o por ignorancia de la belleza, decía la madre de la Abeja, es incapaz de acoger a músicos prodigio, no podrán sobrevivir a nuestro olvido, a nuestra cruel indiferencia, sí, un pequeño Mozart podía nacer, un pequeño Rajmáninov, sus propios padres serían músicos que educarían a su hijo muy pronto, como su padre, el pequeño prodigio compondría sus primeros estudios musicales a los once años, con qué arrobo los padres del pequeño Mozart, del pequeño Rajmáninov escucharían por la noche la primera composición del niño al piano, tiene solo cinco años, oh, esas notas en medio de la noche, una noche de invierno

demasiado larga y poblada de pesadillas de una guerra mundial que se avecina, para los padres, pero el pequeño al piano aún no sabe nada, así se le verá en los periódicos, con la pluma en la mano, escribiendo, componiendo sus primeros estudios, hijo fenómeno y sin embargo ya maldito, decía Elena a la Abeja, emocionados, los padres del pequeño prodigio escuchan esas improvisaciones tan luminosas, a los cinco años el joven músico da su primer concierto en público, deslumbra, seduce, lo ensalzan, será un gran solista, lo mandan a estudiar a París, estudiará armonía, composición con prestigiosos maestros, el niño es una maravilla anonadante, un músico milagroso, si lo comparan con Mozart a su edad, él dirá, Mozart es mucho más grande de lo que yo seré jamás, porque solo él, ese pequeño, conoce el desierto de su soledad, ya lo acecha la aprensión del porvenir, pero la dicha de estar en París se ve interrumpida por una guerra que estalla bajo un cielo cada vez más oscuro, hay que huir, volver al país, saber que en adelante nadie lo entenderá, en su nueva evolución de niño prodigio que se hace adulto, el niño, a su vuelta, intenta proseguir la carrera de concertista, con catorce años, el adolescente termina la composición de un concierto para piano y orquesta, la crítica no para de ensalzarlo, no obstante llega la desgracia, su público se cansa de él, no será el sucesor de Mozart ni de Rajmáninov, no, tras un triunfo en Europa como solista, llega la caída, de repente la crítica y el público ignoran al compositor pianista y, desesperado, el músico intenta ganarse de nuevo a su público mediante conciertos sobrehumanos de duración infinita, dicen que se prostituye, lo castigan con el silencio, el olvido, morirá olvidado, tal era el relato de la madre de la Abeja, los pequeños Mozart, los pequeños Rajmáninov morían, y ellos eran hombres, qué sería de ella, Elena, mujer compositora, más le valdría resignarse al matrimonio, y yo nací de esa decepción, decía la Abeja, pero una decepción hecha de una esperanza de éxito, decía la Abeja a Louise, no he perdido a mi madre en vano, ella será yo, yo seré ella, decía la Abeja, Louise pensaba que el carácter de la Abeja no era de los que aceptan la amargura y menos aún la resignación. Llegaría el renacimiento, brotarían fuerzas nuevas. Y Clara Schumann, decía la Abeja, al quedarse viuda y con

siete hijos, siguió escribiendo, componiendo, dirigía el conservatorio de Fráncfort, no quiso parar, y entró en el panteón de las mujeres que han revolucionado el arte de la composición musical, decía la Abeja, hacía tiempo que habían llegado el renacimiento y las fuerzas nuevas, ay, mucho tiempo, pero por qué no se hablaba nunca de ellas, de esas mujeres, tampoco de sus creaciones, de sus proezas, por qué, se preguntaba la Abeja, las habían olvidado, y sin embargo todo el mundo se acordaba de él, del marido de Clara, de su desesperación suicida expresándose ya en sus obras sublimes, porque puede que fuera un ángel que solo había descendido a la tierra para sufrir, y Clara amó a aquel hombre angelical porque era la belleza misma de la música extenuándose hasta la desmesura, el exceso de un romanticismo dolorido provocador de desórdenes mentales, delirios desgarradores, y de aquel marido internado muy pronto, encerrado en su tormento mental, Clara supo entender el ardiente genio y la soledad, pero en sus múltiples composiciones, a menudo interrumpidas por sus obligaciones familiares, Clara quiso decir como en un suspiro, escuchadme, yo también existo, esta es la música que yo compongo, esta es mi ejecución de la música, soy una pianista virtuosa, compositora, profesora, soy, existo, no me ignoréis. Clara compuso un concierto para piano en ese torbellino de gritos de hijos, de trabajos sucios y penosos, en esa lóbrega atmósfera en que la mantenía la demencia de su marido, exigiéndole sin parar que se quedara junto a él, aunque ella se negaba a ser la sirvienta de la locura, a pesar de amar tanto a su marido, no era necesario, no, así decía la Abeja, mi madre, Elena, compuso un concierto para piano, con sus hijos junto a ella, llorando, chillando, nadie escuchó aquel concierto, no tuvo tiempo de terminarlo al concebir rápidamente una criatura que moriría con ella, qué tristeza, decía la Abeja, lo que vino después fue aún peor, mi padre que siempre se había portado bien con nosotros cayó en una violencia inesperada, parecía pasivo, al principio, dejó de salir de casa, no iba a trabajar, era violinista en una orquesta y acabaron echándolo, nosotros vivíamos con el miedo de que manifestara aquella feroz violencia contra nosotros, al acostarnos por la noche lo hacíamos atemorizados, se sabe que hay

padres aparentemente normales, amantes de sus hijos, que afectados por un shock a menudo interior, tan profundo que resulta imposible analizar la causa, se vuelven contra sus hijos y se ensañan con ellos como quien lo hace con un árbol hasta derribarlo, desfogándose de manera indecible, olvidan que son sus hijos, esos padres vengadores movidos por una violencia extrema, una vehemencia primitiva, y yo temblaba al ir a la cama por la noche, temblaba por mí y por mis hermanos y hermanas, por temor a despertarnos de pronto con el cañón de la escopeta apuntando a nuestras sienes, o a ver surgir a nuestro padre en el cuarto con un hacha. No sucedió nada de todo eso, hospitalizaron a mi padre antes de que la depresión lo matara, creo que mi madre Elena seguía con nosotros, apartando esa espada que pendía sobre nuestras cabezas hasta unos confines donde toda violencia quedaba apaciguada, solo su música y lo que ella significó para mí, la dulzura, iban a perdurar, decía la Abeja a Louise, nada más cierto, pensaba Louise, porque la Abeja era un ser jubiloso, cuya alegría de vivir nos parecía a todas inalterable. Siempre, ya tarde por la noche, Polydor conversaba con la Abeja, había mujeres filósofas, decía Polydor, aunque sus profesores pusieran obstáculos, obstáculos a su saber, a su identidad, era terrible, decía Polydor a la Abeja, sentirse tan poco querida y apreciada, y prorrumpía en sollozos delante de su carajillo, poco a poco Doudouline retiraba la taza de café de la mano de Polydor, no, no sigas tomando eso, es demasiado fuerte y me tendrás despierta toda la noche, pero si casi está amaneciendo, decía Polydor, y tengo que estudiar, ven a dormir conmigo, decía Doudouline, me voy de gira dentro de una semana con mamá, te echaré de menos, decía Doudouline acogiendo a Polydor en su regazo, cariño, no llores, así es la vida de una actriz, tengo que salir de viaje a menudo, pero es que llevas una temporada que estás todo el tiempo de gira con tu madre, se quejaba Polydor, y yo duermo sola, ¿cuándo volverás esta vez? Doudouline rodeaba con sus brazos los hombros de Polydor y la llevaba hasta la cama, Polydor, tranquilízate, sabes que te quiero, de momento mamá confía en mí, pero no creo que dure mucho, ya conoces a la Gran Sophie, lo caprichosa que es, un día me aprecia y al día siguiente me

hace dudar de mí, una auténtica tragedia, dijo Doudouline como si estuviera en el teatro, con la voz temblorosa, sois las dos muy parecidas, dijo Polydor, salvo que la que tiene más talento eres tú, eres imaginativa y divertida, la Gran Sophie es demasiado clásica, los susurros celosos de Polydor continuaban hasta que se hacía de día, sentada a lo indio junto al piano de Manfred, en pijama, cuándo volvería Manfred, pensaba la Abeja, cuándo escucharía el adagio de Chopin, cuándo, cuándo, la Abeja sonreía pensando en la visita de Lali, y es que unos días después de la aventura soñada la Abeja había vuelto a ver a Lali, de visita para saludar brevemente a las chicas, Lali fue a presentar a las amigas su nueva conquista, era una conquista doble porque Lali llegó a la casa con una mujer joven recién divorciada y su hijo pequeño que Lali llevaba en brazos, la Abeja pensaba en aquello y sonreía, tenía su gracia ver lo absolutamente seductora que resultaba Lali en su papel de segunda madre, de repente la Abeja cambió de humor y se puso triste al pensar que Lali dejaría a esa mujer encantadora, como a todas las demás, solo era otra incursión más del lobo en el redil, sí, pasarían unas noches y luego desaparecería. La joven madre divorciada parecía estar viviendo un momento de felicidad, ya no estaba sola, y ¿quién sabe si no había encontrado en Lali a la verdadera compañera de su vida? Cuando todo era tan solo un espejismo, pensaba la Abeja. Pero acaso no era indispensable, se preguntaba la Abeja, que Lali fuera en tantas existencias grises la revelación de la sensualidad, del placer, que estuviera ahí, de pronto, aproximándose a ti, recordándote que tienes un cuerpo, acaso no era como la visión de un paisaje que te sosiega, como cuando de repente calmas la sed en el agua de un río, pensaba la Abeja, acaso no hay que beber de la fuente de toda carne consintiente, conmoverse al sentir el animal que llevamos dentro, porque ante todo somos animales, pensaba la Abeja, aunque no poseamos nada de su nobleza, y tampoco seamos bondadosos como pueden llegar a serlo ellos, la Abeja retenía esos momentos vividos con Lali, a pesar de que a veces creyera haberlos soñado en repetidas ocasiones, acuérdate, no te olvides de nada como en aquel tiempo en que, siendo ella muy pequeña, cuando sus padres la

obligaban a dormir la siesta, tenía la certeza, al mantener los ojos abiertos, de que había conocido otras vidas antes de esta, lamentando no poder recordarlas, solo a través de imágenes difusas, deshilvanadas, había tenido otros padres que no discutían, otros hermanos y hermanas, vivían en otro sitio, en Escocia, y el lugar era más cómodo que esta casa, tenían campos por donde corrían los caballos, sirvientes en la casa, y antes de que la siesta la venciera y se le cerraran los párpados, la Abeja pensaba, no te olvides, recuerda dónde estás ahora porque podrías olvidarlo, y casi inmediatamente se desvanecían las vidas de otros tiempos y esa imagen que se repetía a menudo, un pájaro azul con la cabeza echada hacia atrás en la copa de un abeto de Navidad, ¿dónde era aquello y cuándo había visto esa imagen? Elena, su madre, la despertaba, era en esta existencia y en ninguna otra en la que su madre la vestía con su ropa de invierno diciéndole, ven a mis brazos, iremos a cantar tú y yo al coro de la iglesia porque hoy es Navidad, querrás escuchar mi cantata, a que sí, querrás que cante para ti, la Abeja pensaba y escuchaba la voz de su madre, tengo que acordarme, no puedo olvidarme, y de pronto, después de esa reminiscencia de Lali, la Abeja creía oír la voz de su madre cuando cantaba para despertarla de la siesta, de esas largas siestas de los días de invierno, diciéndose ahora como antaño, no debo olvidar, no debo olvidarme de nada. Ni de Lali ni de Doudouline ni de Polydor ni de Louise ni de Gérard 2 ni del primer Gérard, no, no olvidarse de nada. Y emergían en la superficie de ese río de la memoria muchos restos inútiles como maderos flotando en el agua, pero de pronto ese rostro de Gemma corriendo detrás de ella, jugando a ese juego, a atravesar la calle, el bulevar, entre los camiones grandes, cruzan, corren, no tienen miedo, un juego tan peligroso este del cruce como el otro en los raíles, a ver quién corría más por los raíles antes de ver el humo de la locomotora, antes de que llegara el tren, era un juego imprudente, delicioso de puro arriesgado para la temeraria Abeja a quien llamaban por entonces Marie-Christine o Christie, la que acababa de empezar a escribir en la escuela y que dibujaba tan bien, en sus cuadernos, como había aprendido a hablar y escribir casi al nacer, tenía más tiempo que

el resto del alumnado para dibujar, pasear después de clase por el bulevar con Gemma, Gemma a la que llevaba por todas partes, y si aquí cruzaran hasta la línea naranja, y si se atrevieran a desobedecer, qué opinas, Gemma, dame la mano, vamos, veo camiones grandes acercándose, decía Gemma, la niña dócil pero un poco miedosa, dame la mano, vamos, seguro que no nos atropellan, eh, Gemma, no pueden, se nos ve de lejos, Gemma, ella, sabía que la noche llegaba enseguida, que la noche estaba casi ahí ya, las luces de la noche parecían agazapadas en la sombra de las cinco o puede que fueran las cuatro, no se podía saber, se oye el ruido de camiones grandes, decía Gemma a Christie que aún no se llamaba la Abeja, seguro que Gemma oía todos aquellos ruidos, te digo que me des la mano, cruzamos el bulevar juntas hasta la línea naranja, y Gemma, que seguía reticente, decía, mamá me ha dicho, mamá me ha dicho, venga, vamos, agárrame la mano, decía Christie la temeraria, la más audaz para los juegos, y luego salían, una carrera de unos segundos, decía Christie, hasta alcanzar la línea naranja pegada a la acera, y upa, lo habían conseguido, de repente Christie que casi había atravesado con la lengua afuera la calle o puede que fuese el bulevar por donde paseaba mucha gente, en coche, a pie, con los pies metidos en sus botines blancos rozando el suelo como si estuviera bailando en la calle, Gemma también llevaba unos botines blancos, por los que asomaban unos calcetines también blancos porque todo se iba a volver muy blanco aquel día, Christie se preguntó por qué Gemma ya no le cogía la mano al llegar a la línea naranja tan pegada a la acera, Christie que un día se llamaría la Abeja, llamó varias veces, gritó el nombre de Gemma, Gemma, y solo oía el odioso ruido de los camiones que circulaban por la calzada, era el bulevar u otra calle cualquiera, qué hora podía ser, la madre de Christie tenía estudiantes de sus clases de piano aquel día, y quizá desde esa calle pudieran oírse las notas de la lección de piano que eran todas iguales, todo iba a volverse muy blanco, el cielo, la calle, las luces pálidas de los coches, puede que hubiera algo de bruma, una niebla tenue cuando Christie quiso mirar dónde estaba Gemma que se había soltado de su mano, que ni siquiera gritó, no, cuando, más valía olvidarlo todo, pensaba la Abeja, un día

completamente blanco, y esa cosa inerte que era Gemma, la mancha de los botines blancos en la calle, la temeridad de la Abeja, sí, si aquel día blanco hubo aquel drama blanco, con los calcetines, los botines de Gemma bajo las ruedas de un camión, es porque la Abeja era culpable, culpable por su temeridad, culpable de todo, no, a veces más vale olvidarlo todo, decía la Abeja a Louise, pues de otra manera, te das cuenta, no podríamos ni respirar, y qué diría Louise, acariciándole la mejilla, no, tú no eres culpable de nada, de nada, ni de Gemma ni de Elena, no, de nada, decía Louise. También hubo días, noches de tinieblas blancas, pensaba Louise al acordarse de Johnie que antes de conocer a la pandilla y de escribir sobre Safo se llamaba Vanessa, Vanessa Laflamme, su hermana mayor Émilie la llamaba Vanessa Petite Flamme, Vanessa Pequeña Llama, mi llama, a los padres ingenieros de Johnie, antes Vanessa, y de Émilie, que solo tenían dos hijas, les gustaba viajar en verano con sus niñas, fue durante una estancia en Grecia, un verano de sol y de mármol blanco, explicó Johnie a Louise, éramos tan libres y dichosas, mi hermana y yo, ella era mayor de edad y yo todavía no, mi hermana alquiló una habitación en un hotel distinto del que estábamos con nuestros padres, en esa habitación recibía a chicos, a veces a hombres, Émilie me decía, tienes que aprender a hacer el amor con los chicos, es estupendo, el cuerpo estalla en oleadas líquidas durante el orgasmo, tienes que aprender, y Johnie antes Vanessa decía a su hermana, no me interesa, Émilie, no quiero, Émilie, y Émilie, que era la chica más sexi que Johnie haya conocido jamás decía, lo entenderás más adelante, si no tienes ganas ahora, más tarde, no te resistirás, porque las mujeres lo saben, ese momento, ese instante es un momento de eternidad, es el éxtasis y no podrás resistirte, hermanita, Émilie contaba a Johnie cómo había hecho el amor en una gruta con un estudiante de arqueología, el recuerdo de aquella escena marcó a Johnie, hacer el amor aplastada dentro de una gruta de piedra o de granito debía de ser opresivo, en unos subterráneos helados, hasta en verano, había dicho Johnie, oh, yo tendría miedo, dijo Johnie a Émilie, Émilie desde que era mayor de edad daba saltitos de impaciencia, escapando a toda autoridad

parental, ella decía a Johnie, escucha, vosotros volveréis a casa, tú, papá y mamá, yo quiero celebrar mi libertad, sin retenerme, sin nada que pueda impedirme vivir como quiera, voy a viajar sola todo el verano, en autostop, volveré a casa en otoño, no me olvidarás, te escribiré, no volveré con la familia de las vacaciones de verano, esta vez, dijo Émilie a Johnie, te contaré mis aventuras a la vuelta, porque con una chica haciendo autostop sola las aventuras desfilarán una tras otra, a la vuelta tuvo breves noticias de Émilie, estaba en el macizo del Jura, haciendo autostop, aquello era precioso, los bosques negros por la noche, dormía en cualquier lado, nunca en un hotel, no, se negaba, era una chica mayor de edad y libre, repetía Émilie, dormía en casa de la gente, en cualquier parte, no decía nada de las incomodidades, se había encontrado con un estudiante marroquí, luego aparentemente estaba ya en Marruecos, cruzó en barco, en un carguero, con hombres únicamente en aquel carguero que la condujo a Casablanca donde llegó sola en plena noche, los bosques negros en el Jura, con el sol fundiéndose sobre los hombros, siempre en bikini bajo la falda, en sandalias, se bañaba desnuda en todas las playas, había adelgazado pero no era nada, los bosques negros del Jura, el bosque por la noche, su llegada sola a Marruecos, había dado el poco dinero que le quedaba a un pequeño mendigo en las calles de Tánger, seguro que papá podía enviarle, papá podía, seguro, pronto les mandaría una dirección más estable, luego silencio, dejó de escribir, estaba a punto de salir para Marsella pero nada, ninguna dirección, libertad total, luego nada más, Johnie solo conservaba el recuerdo de la habitación totalmente blanca, en Grecia, dónde era, tan cerca de una playa, aquel mármol blanco, el calor, la belleza del arte griego, decía su hermana, seré arqueóloga para viajar mejor, decía Émilie a Johnie, mi pequeña Vanessa, mi llama, mi amor, verás, los hombres, verás, ya te lo digo, un momento de eternidad imprimiéndose en la carne, no te resistirás, después de ese éxtasis, qué más se puede sentir, dímelo, más vale darse cuenta de que no se puede sentir otra cosa, Émilie dejó de escribir, el silencio se extendía en torno a Johnie, ni una palabra, nada, un recuerdo solamente de tinieblas blancas e imborrables, la habitación, el hotel

blanco, el cielo azul, estaban todos en Grecia, un verano sin fin, sin palabras, después de la partida de Émilie en autostop, sola, sola, Émilie daría la vuelta al mundo, sería, haría, Émilie a la que no volveríamos a ver, después de tantas gestiones de los padres, no, nunca la encontrarían, dónde estará, preguntó Johnie a Louise, seguiría viva, seguiría siendo mayor de edad y sexi tentando al diablo, dónde estará Émilie, preguntaba Johnie a Louise, era uno de los misterios de la eternidad muda, siempre muda y sorda a nuestras súplicas, a nuestras peticiones reiteradas, los padres de Johnie antes Vanessa exigieron una investigación pero nada, siempre el silencio, la madre de Émilie, de Johnie esperó a su hija, durante meses, años, el cuarto de Émilie la esperó, con su ropa de antaño, la misma radio junto a su cama, e incluso sus muñecas de cuando era pequeña, el oso de peluche, todos esperaban, aquellos objetos, el retorno de Émilie, pero ni una palabra, nada, decía Johnie, luego de repente en la familia no se volvió a hablar de Émilie, su vuelta era segura, pero cuándo, era una muchacha libre bien educada por sus padres, es decir razonable, volvería, pero más valía no mentarlo más, simplemente esperar, hace falta bastante paciencia con los hijos rebeldes, decía el padre de Johnie, pero por qué rebelarse cuando se tiene todo, preguntaba él, por qué, qué le faltaba pues, escribió varias veces a Émilie, pase lo que pase o haya pasado lo que haya pasado, vuelve, querida Émilie, nunca obtuvo respuesta, porque te queremos, querida Émilie, pase lo que pase o haya pasado lo que haya pasado, las palabras languidecían, impotentes, en los corazones, decía Johnie a Louise, no se hablaba de la sexualidad de Émilie, de sus excesos, puesto que los padres de Johnie no sabían nada, como su hija era todavía virgen lo más temible era la violación de la joven, parecían ver solo en Émilie a esa cría un poco nerviosa, exaltada, sobre todo muy guapa, seguro que seguía teniendo los mismos ojos, la misma cara, en la mirada se sentía una agitación, un tumulto, dijo el padre de Johnie, no prestamos atención, qué le sucedía que nosotros fuimos incapaces de ver, Johnie no se imaginaba a su hermana asesinada en un bosque, entre árboles, no, en el Jura o en otro sitio, no, la veía viva, quizá desafiando las leyes, quién sabe, hasta puede que en

la cárcel por haber retado a un policía, alterado el orden público, la delincuente etérea siempre huía hacia delante, intacta, intocable, con la ayuda de la astrología Johnie se puso a buscarla, seguía persistiendo ese signo oscuro, sombrío, taciturno y tenaz de capricornio que pesaba sobre la fecha de nacimiento de Émilie, por qué, quizá era una anomalía, los astros parecían serle adversos, como si estuvieran mal ubicados, piezas de un puzle inverosímil, oh, qué significaba aquello, en sus sueños, Émilie se le aparecía a Johnie diciéndole, no me busques, siempre estoy a tu lado, mi llamita querida, antes te amaba como si fueras mi bebé, cuando te caías de la bicicleta te curaba las rodillas, acaso no lo recuerdas, Johnie en esos sueños contestaba a su hermana que no, no se acordaba, pero de nuestra estancia en Grecia sí me acuerdo, qué hacías con aquellos chicos, me dejabas sola en la playa para encerrarte con ellos, mamá te había dicho que me cuidaras, era la misma desaparición de Émilie, en el sueño como en la vida, de repente era inalcanzable, inaccesible, pero las palabras perduraban para Johnie, acaso no dijo en ese sueño, al superar los límites de la tierra me he convertido en una vagabunda hacia el cielo, o quizá no dijera eso, sino que como la ruta era tan larga, se había extraviado, pero que Johnie no la olvidara porque, aunque no lo pensaran, ella llevaba mucho tiempo volviendo, luego Johnie dejó de contarle cosas de Émilie a Louise, quizá para preservarla intacta, hablaría más tarde, no sabía cuándo, siempre mirando su carta astral, puede que un día los astros revelaran a Johnie en qué región del globo, del universo se escondía Émilie, a Johnie le pareció, cuando murió Gérard, que no era sino una segunda desaparición, que como Émilie, Gérard simplemente se había escapado sin irse tan lejos, echaba de menos el largo cuerpo flaco de Gérard como si un ensamblaje con su propio cuerpo se hubiera deshecho, decía la Abeja, cuándo acabaréis de crecer de una vez, chicas, yo me he quedado bajita, y era cierto, pensaba Louise, eran tan altas las dos, y siempre tan cercanas, se las veía constantemente juntas por todas partes antes de que Gérard sucumbiera a las drogas y se apartara de las chicas de la pandilla, Johnie echaba de menos ese cuerpo físico de Gérard, era verdad pero, ¿no era también verdad que

su alma cuyo secreto era insondable acompañaba a Johnie a todas partes? Luego Émilie y Gérard desfilaban en los sueños de Johnie, cuando soñaba despierta y también cuando dormía profundamente, o bien igual era que Johnie tenía ese don de comunicarse con los muertos que para ella eran seres vivos, o puede que la muerte no existiera, que no fuera sino una pasarela, un oasis, hacia las ciudades de todas las transformaciones, metamorfosis y renacimientos prolongados, hacia todos los reinicios. Émilie podría haber decidido irse a vivir a la India, a un monasterio, después de su vida de pecadora bohemia, en cuanto a Gérard, que se había evadido del cementerio en la montaña, ¿estaría ejercitándose para correr como cada mañana con sus zapatos de plástico rojo? Aunque los trabajos en astrología avanzaban para Johnie, aunque recibía a clientes en su despacho, que se volvían cada vez más entusiastas, Johnie mantenía la calma, no le gustaba sentirse avasallada, Louise pensaba que pronto se perfilaría una profesión para ella, unos estudios en psicología, consejo que parecía haberle dictado Émilie en sueños, para que un día fuera, le había dicho Émilie también en sueños, la doctora que cura los espíritus perturbados, porque nada hay más perturbador que vivir, había añadido Émilie. Era la misión que confiaba Émilie a su hermana, a la que seguía llamando mi Llama, mi Pequeña Llama. Johnie que ya no vivía con las chicas de la pandilla, que sentía cierto desdén por las ruinas que okupaban las chicas, Johnie vivía en su fortaleza, era un modesto apartamento con muchas escaleras resguardadas por una pared de ladrillo en la que Johnie colgaba algunos de los dibujos más negros de la Abeja y, pendiendo de un grueso clavo, su bicicleta. Como Émilie, ella era libre en su residencia solitaria. Johnie sabía intuitivamente, cuando alguien entraba en su casa, si las ondas eran buenas o malas, si esas ondas de sus clientes no le gustaban, abría de par en par las ventanas del piso, incluso en invierno. La Abeja en esos días de decadencia en que, según explicaba, no sucedía nada, dibujaba, pintaba en grandes lienzos, diciéndose que el Gran Amor llegaría a ella como la lluvia a un desierto sediento. No podía ser Louise que no se cansaba de su viejo marido René, aunque le resultara enternecedor pensar en Louise, seguro que

era muy efusiva, cariñosa, tan ágil a pesar de su altura, y quizá muy apasionada, porque ya estaba harta de la frialdad distante de Lali, necesitaba pasión, audacia sensual, un entendimiento perfecto entre los cuerpos. La Abeja pensaba en esos días pasados diciéndose, no debo olvidarme de nada, no, no debo olvidarme de aquellas horas serenas, cuando nadó en las aguas del Atlántico, ni de aquel cielo tan azul, sin nubes por encima del mar, en una pequeña ciudad de una gran tolerancia que permitía que los excluidos se encontraran, las chicas a las que les gustaban las chicas, los chicos a los que les gustaban los chicos, bajo aquel cielo azul que parecía no cambiar nunca y nos fundíamos con aquellas olas azules, ella había nadado con Louise, tan cerca de ese cuerpo majestuoso que se movía en el agua verdosa, ahora era tan solo un recuerdo, pensaba la Abeja, después de la natación, jugábamos al tenis, por la noche nos reuníamos alrededor de esa barra de bar bajo un techo de paja donde Gérard servía sus cócteles, vestida con aquel pantaloncito blanco corto, sus pechos como guisantes bajo su camisola escotada, era una época de diversión, de placer, en la que Gérard se iluminaba, la estación más hermosa, pensaba la Abeja, cuando Gérard se te acercaba, como un poco humedecida por el agua del mar, con las gotas de sudor cayéndole por las mejillas, por fin se la veía saludable, decía la Abeja a Louise, o nos lo parecía, entonces no pensábamos en la epidemia de sida que se anunciaba, estábamos exultantes de vida, de proyectos, en la molicie de aquellos días, decía la Abeja, todas relajadas, lo que asomaba por el horizonte no lo veíamos, puede que fuéramos demasiado jóvenes para pensar en desgracias, siempre decíamos, mañana ya se verá, las reflexiones serias, eso para mañana, la conciencia, la dejamos para mañana, quizá yo era así, decía la Abeja a Louise, despreocupada, entregada a mis placeres, reconfortándome con estas palabras, tienes un cuerpo, Christie, Marie-Christine, no lo olvides. Aquellos días en el salón lleno de humo de la Abeja, cuando no había ni día ni noche, la Abeja fumaba tanto que Doudouline le dijo, ten cuidado, estás tan aureolada por el humo de tus cigarrillos, Abeja, que podrías arder, yo no fumo, no es bueno para la voz de una actriz, decía Doudouline, siempre como si estuviera en un

escenario, tú solo dejas de fumar cuando duermes, decía Doudouline a la Abeja y, pensaba Louise, era verdad que el cigarrillo era un objeto sagrado para la Abeja, por mucho que les fastidiara a Rosemonde, y también a las chicas, a pesar de que algunas de ellas también fumaban de la mañana a la noche, la Abeja, según decía ella, no podía levantarse por la mañana sin echar mano inmediatamente al delgado paquete de cigarrillos, como acariciándolo con la mirada, fumar, chicas, decía ella, era vivir por triplicado, como si el aroma de aquel humo fuera polvo de oro en aquel apartamento en ruinas. Se diría que para la Abeja emanaba del humo de sus cigarrillos una luz, aunque fuera tenue, cuando en realidad era más bien una neblina aquel humo oloroso que iba espesándose en torno a la Abeja. Lo más importante era el tabaco y también el amor, decía la Abeja, aunque en aquel momento había penuria de amor, la Abeja, algo celosa entonces, decía a la pareja Doudouline-Polydor, no tendremos siempre esa gracia en la gimnasia amorosa, no siempre seremos tan elásticas en nuestros abrazos, hasta vosotras, chicas, tampoco vosotras seréis siempre tan ágiles, dignas de una contemplación estética, no, como todo el mundo acabaremos viejas y luego nos moriremos, yo de momento me veo demasiado rellenita, le cortaba Doudouline, una actriz tiene que tener el talle fino, me lo ha dicho la Gran Sophie, es el chocolate, replicaba la Abeja, el chocolate, el vino, ya estamos cambiando, decía la Abeja, en poco tiempo, pensad en eso, como todo el mundo nos haremos viejas y luego nos moriremos, así que más vale gozar de la vida, del amor desde ahora, y más nos vale recordar que estamos vivas hoy, no mañana, hoy. Polydor y Doudouline escuchaban irritadas ese discurso de la Abeja sobre lo efímero de nuestra existencia, tenían unas jornadas demasiado ocupadas, los ensayos de Doudouline, el trabajo en la librería por el día y los estudios por la noche de Polydor, como le decía pomposamente Doudouline a la Abeja, nos vemos solo por la noche a la luz de las velas en la bañera, y encima es para ensayar, cuando Polydor me hace memorizar mis réplicas, a que esto no es vida, preguntaba Doudouline en tono dramático, la bañera estaba pegada a la cocina, separada del salón por una cortina, era una bañera antigua con cuatro patas de yeso

desgastado, Doudouline se metía en la bañera cual sirena en la espuma de las aguas, con el texto en la mano, Polydor se sentaba en un taburete junto a la bañera y empezaba la lectura: si sigue usted amándome me sentiré ultrajada, leía Polydor, me sentiré ultrajada si sigue usted amándome, repetía mecánicamente Doudouline, pues a la luz de las velas, en el agua caliente de la bañera, dormitaba con los ojos abiertos, que no, mujer, te has equivocado o es que te has quedado dormida, decía Polydor, venga, otra vez, si sigue usted amándome me ultrajaré, vamos, otra vez, decía Doudouline con voz de sueño, cuando pienso que mamá ha rechazado tantos papeles con el pretexto de que era demasiado joven, hasta el de Fedra, qué vanidad, mi querida madre, a mí me gustaría hacer de Fedra pero en una adaptación moderna, te imaginas, con un montón de música electrónica, una Fedra nueva, mucho más relajada, Doudouline cerraba los ojos, Polydor la despertaba con palabras inspiradas, sí, decía Polydor a Doudouline, despierta, tengo una idea, sabes que siempre se me ocurren ideas después de tomarme el carajillo de la noche, escucha, tú, Doudouline, hija de la Gran Sophie, por qué no escribes tú una comedia musical donde hablarías de nosotras, de Gérard, de nosotras, las chicas de la pandilla, sería brillante, muy vivo, Gérard, nosotras, tú, nuestra historia, como una fábula, con dramas, sonrisas, gritos, cantos, lamentos, una música electrónica para derribar paredes durante toda la obra, por qué nunca se te ha ocurrido, Doudouline, Doudouline se despertaba inmediatamente, alarmada, y mamá qué, una comedia musical sobre nosotras, las chicas aparte, las chicas de la pandilla, hay que decirlo todo, una comedia musical escrita por su hija lesbiana, para mi pobre madre sería tal escándalo que se moriría, exclamaba Doudouline, levantándose de la bañera y esperando según el ritual a que Polydor le tendiera la bata, estás loca, cariño, mamá, aunque esté orgullosa de mí, se moriría de pena. Eso es algo que está pendiente desde hace mucho tiempo, decía Polydor, acalorada, sí, desde hace mucho tiempo, y solo tú puedes hacerlo, Doudouline, o prefieres por fidelidad a Sophie que nos quedemos para siempre en los subterráneos de la invisibilidad, sí, siempre igual de invisibles y secretas, así quieres

vivir conmigo, sin concederte el derecho a cogerme la mano en la calle, y menos aún darme un beso, Louise oía cómo resonaban las palabras de Polydor en la casa, era una época de rebelión y de indignación calmada, Doudouline protestaba, mamá me deja hacer teatro con ella, es ya un regalo que no me esperaba, hay que ir más despacio, Polydor, las revoluciones no se hacen en un día, y menos aún una revolución sexual, tranquilízate, mi Polydor, ven a dormir, ya hablaremos más tarde, admito que tu idea es atractiva, añadía Doudouline, pensativa. ¿Y qué sucedió conmigo que olvidas?, preguntó René a Louise a la vez que sentía clavada en él la mirada autoritaria de Olga, resultaba desagradable que le vigilaran a uno así, confinado en una habitación, en una cama, qué corbata debo elegir para tu camisa de seda, oh, René, qué elegante vas a estar, decía Louise, la de la niña desnuda en un columpio, dijo René, de repente se sentía enérgico, un poco alocado, era una sensación que rara vez tenía, lástima que, a la vez que lo vestía con su mejor ropa, Louise se mostrara tan distante, no, será la corbata rosa, dijo Louise, aunque sea la que elegías para tus salidas con Nathalie, más vale reconciliar el pasado y el presente, así es como se evoluciona, decía Louise a René, de nuevo se ponía a pensar en Johnie, hoy doctora Vanessa, en esa luz relampagueante bajo el cielo blanco, en las paredes blancas, las casas blancas, cuando Johnie buscaba a su hermana en Grecia, sola, podía oír el ruido de sus pasos en el silencio de las ciudades, Johnie repitiéndose, puede que esté aquí, tras ese árbol, quizá esté aquí, detrás de esa puerta de madera, me ha parecido oír su respiración, o su voz llamándome, Johnie, Johnie, hola, qué tal, hay demasiada luz aquí, verdad, me ciega y no puedo verte, Louise pensaba en esa frase que obsesionaba a Doudouline, cuando Sophie le decía, es una sorpresa tal cuando una madre trae al mundo un hijo que no es el suyo, no el que esperaba ella, por lo menos, la Gran Sophie seguramente se refería a ella, a Doudouline, ella era entonces el hijo intruso, la Gran Sophie, con tacto, disminuía los tintes prejuiciosos de la frase subrayando que Doudouline era única, era su cielito, además le faltó poco para nacer en un escenario de teatro, lo que habría sido dañino para su madre pero un acontecimiento único, también, y

además la Gran Sophie no perdía la esperanza de que un día su hija tuviera un marido, no se podía vivir sin un hombre, cariño, date cuenta, los necesitamos, reparan todo lo que se estropea en una casa, en una palabra, sin un hombre en su vida, Doudouline, con nombre de pila Anne-Sophie, por si se le había olvidado, sería muy desgraciada, el amor o el supuesto amor que sentía Doudouline por Polydor era un capricho, nada más, se le pasaría, como un catarro, decía la Gran Sophie. Pensaba en su madre, en ese marido previsor que Doudouline nunca tendría, su madre la despreciaba hasta ese punto, Doudouline calmaba su ira en el agua jabonosa de la bañera, en la pandilla era bien sabido que la bañera, separada de la cocina por una cortina, era el lugar de la meditación y de los desencantos, hasta Louise se metía dentro para tranquilizarse tras las riñas por celos con René, en cuanto a Polydor, ella prefería que la bañera estuviera vacía, se metía toda vestida, botas incluidas, el capuchón de su abrigo azul marino aún cubriéndole la cabeza, sabiendo que Doudouline no tardaría en reñirle, porque una vez más había bebido demasiado en los bares esa noche.

Eran los tiempos del salón lleno de humo de la Abeja, cuando no había ni día ni noche, cuando las chicas volvían tarde, cuando Polydor esperaba formar una pareja estable con Doudouline, llamada Anne-Sophie por su madre, pero para Polydor era Doudouline, una chica maravillosamente carnal, que adoraba todos los placeres, era en aquel tiempo cuando Polydor dormía toda vestida en la bañera, pensaba Louise mientras vestía a René. Por qué existe el final del deseo, pensaba René, bajo los dedos de Louise que le ajustaba la corbata rosa sobre la camisa de seda, por qué Nathalie dejó de desearme, yo seguía siendo el mismo, salvo que ya me había gastado para ella, para ella y para mí, seamos justos, hasta el último céntimo de mi herencia, por qué ya no le parecía deseable, según Nathalie, esa era la razón de que me dejara, que ya no me deseaba, cómo podía ser así cuando la víspera gemía de pasión en mis brazos, eh, ¿cómo explicar eso? El fin del deseo, el deseo no puede dejar de existir, pensaba René, pues es el alma de la vida, se desea al nacer, se desea un poco menos al morir. Se desea, se desea porque se aspira a que papá y mamá lo quieran a uno, se desea, se desea porque se ama, se desea, se desea, y luego ya nada. ¿Cómo explicas tú el fin del deseo?, preguntó René a Louise, Louise pareció dudar y dijo con firmeza, sucede de repente, no sientes nada más, te vas secando, el deseo se va haciendo cada vez más frío hasta que desaparece. Lo que dices es terrible, contestó René, es un estado de desesperanza que nunca he conocido. Y cómo te repones, preguntó René, deseando a otra persona, dijo escuetamente Louise, tan aburrido como eso, gírate que te vuelva el cuello de la camisa, en esto de las corbatas hay que ser perfecto, es lo que me decías, René, perfecto. René pensaba en su militancia de antaño, quizá eso también fuera el final de un deseo, que solo militara desde su cama ahora, se acordó del día en que llevó a las chicas a ver al alcalde de la ciudad, en visita solemne, militante, sí, a esas jovencitas, Gérard 2, Polydor, a Doudouline no porque, según dijo, rehusaba unirse al grupo para no importunar a su madre con su audacia, sí, esas chicas que se sonrojaban de puro tímidas, qué falso pudor, pensaba René, solo íbamos a pedir derechos legítimos, el derecho al matrimonio, la igualdad salarial entre hombres

y mujeres, mendigar tan poco, con mi antílope a mi lado, ella más aventurera que las demás, mi Louise, el alcalde nos recibió en la sala de las recepciones especiales, la de las solicitudes, los recursos de súplica, así fue, era un bonito día de invierno, y me dijo amablemente, su secretaria estaba de pie junto a él, toda erguida, qué se le ofrece en este bonito día de sol, porque miren por la ventana las ramas nevadas que brillan al sol, qué se le ofrece pues, señor, solo puedo dedicarle una hora, tengo asuntos pendientes en la ciudad, así que le dije lo que llevábamos décadas esperando, justicia, señor alcalde, para mis compañeras y para mí, y esas bobas, que militaban por primera vez, las juveniles Gérard 2, Polydor, poniéndose coloradas, oh, Louise, mi fiel Louise, siempre tan orgullosa de mí, cogiéndome del brazo, sí, el derecho al matrimonio, dijo Louise, el derecho a la igualdad salarial, dijo Louise, él me llamaba señor y no entendía, siendo yo un hombre, qué hacía allí hablándole del matrimonio entre mujeres o entre hombres, para él era algo insólito, me pidió varias veces que me explicara mejor, felicitándome por ser un ardiente defensor de aquellas damas, defiendo también el derecho de los hombres al matrimonio entre ellos y a la adopción de niños, dije a aquel hombre cerril, de repente el alcalde dijo a su secretaria, aunque sean solo las doce, que nos sirvan unos cócteles, así se relajará todo el mundo en este bonito día de invierno, pero me temo que las dos jovencitas son menores, dijo la secretaria, qué va, qué va, dijo el alcalde, haga lo que le digo, entonces, harta de toda aquella imbecilidad burocrática, me acerqué al alcalde, creo que lo impresionaba mi vestimenta, señor alcalde, le dije, con todo respeto, recuerde, quizá sea usted demasiado joven, pero seguro que lee la prensa, que conoce un poco la historia de nuestras costumbres, es usted una persona instruida, no solemos elegir como alcalde a cualquiera, recuerde que en esta ciudad donde fue elegido alcalde hace unos años, no hace tanto tiempo, los homosexuales, hombres o mujeres, que se reunían en un café, un bar, ya fuera aquí en su bonita ciudad o en Nueva York o en Chicago, se metía a la gente en la cárcel, se les privaba de su trabajo, recuerde, señor alcalde, no hace tanto tiempo, de hecho aún sigue fresco en mi memoria, le dije, tengo

una memoria colectiva del mal, de la tiranía, de la opresión en todas sus formas, señor, me interrumpió el alcalde, ya ha dicho usted bastante, entiendo, no diga más, mire, mis sirvientes llegan con los cócteles, a su salud, dijo el alcalde, y no se olvide de firmar en mi libro de oro, puede, señor, añadir sus comentarios, esté seguro de que lo tendré en cuenta en mi agenda del día, voy a contactar con mis amigos abogados, no están muy acostumbrados a este tipo de solicitudes, pero veremos qué se puede hacer, les explicaré todo, porque hay que adaptarse a los nuevos tiempos, verdad, dicho lo cual, fin de la reunión, me aguarda mi chófer, me esperan en la ciudad, que tengan un buen día, usted y las señoritas, señor, no duden en venir de nuevo a vernos, estamos aquí para acogerlos, así concluyó aquella visita al alcalde, pensaba René, sin que se cambiaran las leyes, porque el alcalde tenía un almuerzo de trabajo en la ciudad, como decía él. Así que nuestras acciones militantes eran a menudo vanas, absurdas. Nadie quería escucharnos. Louise pensaba en Doudouline que se levantó una mañana cantando con esa voz suya de mezzosoprano, sí, habría una comedia musical, una ópera rock o un cántico barroco a varias voces, pues como dice Polydor, lo haré, yo seré la creadora, sí, sí, Louise, mientras anudaba la corbata rosa de René sobre la blanca camisa de seda, Louise pensaba en esa especie de hechizo que sentían todas en el salón de la Abeja cuando Doudouline se levantaba cantando, el principio será así, cantaba ella, con Gérard merodeando por las calles después de esnifar su coca, imagen penosa pero que ennobleceremos con una música rock tierna, el paisaje del fondo será verde noche, porque se notará la presencia del bosque, muy cerca, o de una reserva india acechante, necesitamos una música un poco como la de Janis Joplin, me oís, chicas, Gérard es un personaje lánguido y languideciente, una fantasma cálido en medio de un aire glacial, y que tiembla, la voz, escuchadme bien, tiene que languidecer hasta el summum del vértigo y la fiebre, las chicas escuchaban la voz de Doudouline que traspasaba las grietas del techo y ascendía hacia el cielo gris, con los gorriones revoloteando por encima de montones de nieve, volar, cantar, no hay nada más sublime, si un día comenzaba así en el salón de la Abeja, respirando las cenizas

frías de los cigarrillos, en ese confort de la voz vibrante, voladora, de Doudouline, quería decir que acabaría bien, Doudouline vería hoy a su amiga Mimi que tocaría al piano el relato de imágenes que le transmitiría Doudouline con su voz, sus palabras, qué transparente parecía todo en aquellas mañanas para unas chicas que odiaban la llegada de la mañana con su sosa y cruda luz. Polydor pedía a Doudouline que no se olvidara de nada, Gérard amó a Johnie, esos dos largos tallos en el salón de la Abeja, Johnie decía, no, Gérard amaba la coca por encima de todo, únicamente la coca, hubo una sola noche de abandono, una sola, decía Johnie, fue cool y breve, Johnie pudo sentir los rizos de Gérard sobre sus mejillas, sus largas piernas contra las de ella, y Gérard murmuró al oído de Johnie, a veces, sí, me da miedo amar, a ti, es distinto, durante aquella noche demasiado breve, Gérard confesó por fragmentos cosas a Johnie, que había vivido un momento de terror una noche, sola, sentada en medio de una calle desierta, preguntándose quién era, dónde vivía, si existía realmente, la circulación de los coches la hizo reaccionar, se levantó, caminó hasta la casa de la Abeja, cómo consiguió llegar, no se acordaba, sí, Gérard tenía miedo al enclaustramiento del amor, decía Johnie, y yo sabía mientras la besaba que me resultaría imposible estar siempre alerta, que huiría de toda protección, lo sabía, sí, decía Johnie, y yo no quería una relación dolorosa, no, quizá no apoyé lo suficiente a Gérard, por esa razón, dejándola que retomara la ruta desviada de su destino, la coca, la heroína, yo sabía que aquello acabaría por matarla, decía Johnie, yo no quería un amor malsano, no, decía Johnie, y Gérard no me escuchaba, tampoco escuchaba a nadie, yo sabía, sí, que frecuentaba a gente poco recomendable, sabía, sí, decía Johnie, que todo aquello tendría una final macabro, Polydor preguntaba a Doudouline, cómo puedes traducir en música la historia de Gérard que no es una historia, y que nosotras vivimos todas en secreto en una casa en ruinas, eh, cómo, Doudouline, ¿cómo puedes producir tu ópera rock, tu música punk con unas chicas como nosotras de las que nadie conoce la historia? No hay secretos cuando se quiere contar la belleza, sí, la belleza de las chicas, la belleza del amor, decía Doudouline, pero, ¿qué

dirá la Gran Sophie, mi pobre mamá que no pierde la esperanza de encontrarme un marido? Qué dirá, pensaba Doudouline. Mamá, a la que quiero tanto, pero sabré afrontarlo, sí, decía Doudouline a las chicas de la pandilla, sabré afrontarlo, pobre mamá, lo que le deseo es un amante joven que le abra la mente, así entendería que en la vida no escogemos, solo somos, y nos sometemos. Pero mamá dice que ya es demasiado madura para los amantes. Y que una mujer madura, por encantadora y distinguida que sea, no les interesa. Luego Doudouline revelaba que el dúo de dos cantantes sería sublime para esa escena en la noche de Johnie y Gérard, todo muy púdico, oh, con una ternura a flor de piel, decía Doudouline, los arrebatos de protección de Johnie, la incandescencia de Gérard. Doudouline oía la melodía de las voces reunidas, el hechizo se exhala por el universo entero, decía Doudouline, con el perfume de las flores de la primavera, hacia el cielo azul del verano, Doudouline vivía intensamente, revivía, así es cuando se está en plena creación, decía ella. Pero en aquella época en que no había ni día ni noche, en el salón lleno de humo de la Abeja, Gérard 2, que se parecía cada vez más a nuestro primer Gérard, pensaba Louise, con su peto vaquero y ese aire desarreglado, su pelo no era rizado natural como el de Gérard, pero Gérard 2 se lo rizaba mojándolo con agua fría, se pintaba las mejillas y los labios del mismo rosa albaricoque que se le ponía a Gérard 1 en su cara morena cuando Gérard se ruborizaba o se sentía intimidada, lo que no sucedía todos los días, Gérard 2 podía levantarse de un mal humor que parecía cuestionar la exaltación de Doudouline, que se estaba metiendo de lleno en su proyecto musical, que sí se realizaría, pero mucho más tarde, Gérard 2 se tomaba el café de la mañana, con Rosemonde en las rodillas, los ojos medio cerrados, de pronto entonaba su discurso, eh, chicas, eh, tú, Doudouline, dime si vas a contar en tu comedia musical cómo nos besamos, nos abrazamos, si vas a hablar de la casta ternura o casi entre Gérard y Johnie, una sola noche, y sacaba el tema de la droga, dime si vas a explicar lo que era para nosotras aquello, cuando las esperábamos a menudo hasta el amanecer, yo temía sobre todo la cárcel para Gérard y qué vergüenza para nosotras, para ella, Gérard, para sus padres que la adoraban, yo

pensaba en eso, sí, decía Gérard 2, dime si vas a contar, Doudouline, que vivimos siempre clandestinamente, y hasta por la noche en los bares, somos clandestinas, si vas a contar que ya llevamos así demasiado tiempo, amamos y vivimos como todo el mundo, decía Doudouline, cómo puedes ser tan pragmática, yo diría más bien con los pies en la tierra, Gérard 2 antes Thérèse, somos como todas las personas de la tierra, nos gusta la noche, es lo que nos diferencia de las demás, cómo puedes hablar de escondite y de retiro cuando me subo a un escenario cada noche con mamá, no, exageras, Gérard 2, y no te vuelvas tan pesimista como el primer Gérard, sería catastrófico. Pero Gérard 2 seguía con más brío aún, desde que habéis apagado el televisor, desde la desaparición de Gérard, ella os lo echaría en cara, no os enteráis del balance de la guerra de Vietnam, porque hasta las guerras tienen balances, estrategias de contabilidad, todos esos muertos, en un bando como en otro, Johnie dice que nos enteraremos de todo dentro de diez, quince años, no sabéis nada de nada, no tenéis perdón, sin hablar de que vivís en una casa que es como una caverna, llena de secretos, las guerras siguen, ¿así queréis vivir, chicas, así, bajo la ley del silencio, del secretismo, eh? Se oía la voz de Polydor, la gente está dividida, no quieren esas guerras, esas invasiones de Asia, no las aceptan, y nosotras tampoco, decía Polydor, pero Gérard sangraba por dentro, a veces me digo que murió por eso, eso mata, créeme, eso mata, todas esas guerras, quiero decir, que acabaron matando a nuestro Gérard. Doudouline decía, como si Gérard 2 la hubiera insultado, escucha, Gérard, si nos escondemos, es porque nadie ahí afuera quiere saber nada de nosotras, ¿entiendes? Nos prohíben el acceso a la sociedad de los otros porque no nos aceptan, ¿está claro, Gérard? Vivimos en el interior porque no podemos hacer otra cosa, ni siquiera Lali puede decir a sus compañeros de trabajo quién es. Ni Louise a sus profesores de la universidad que ya la desprecian solo por su coeficiente intelectual superior. ¿Qué sería de ella si lo supieran todo? Si vivimos en la noche, decía Doudouline, y el tono de su voz seguía siendo cantarín, lírico, mira, Gérard, es porque la noche es nuestro refugio y para nosotras un lugar seguro, a menos que los policías

hicieran una batida para buscarnos por los bares, revólver en mano, pero eso no sucederá, porque la jefa del local tiene conexiones con la mafia, sí, se las arregla para evitar a las chicas una violencia que sería inútil, sobre todo porque ninguna de nosotras sabe cómo usar un arma. Louise les recordaba a las chicas que fue René quien las inició en el pacifismo, en las manifestaciones en la calle, contra la guerra, las guerras, esta acabará en el deshonor, predecía Johnie con su voz sosegada, Johnie que odiaba la desmesura en todo, que desdeñaba las discusiones entre las chicas de la pandilla, había que ser cool y capaz de controlar el desorden de las emociones, decía, sí, en el deshonor, predijo Johnie, pero le sucederá otra guerra que sembrará la devastación, el balance de los muertos será inverosímil, sí, predijo Johnie, veo todo eso en los astros, habrá diluvios de fuego sobre la ciudad de Bagdad y los niños se despertarán en medio de la noche por los estallidos de las bombas, miles de personas morirán de hambre en los campos de refugiados, luego Johnie, de repente afligida, se negaba a decir más, como si contuviera el llanto, sí, diluvios de fuego, murmuraba, las chicas la escuchaban asustadas, saldremos a la calle, nos manifestaremos por la paz, dijo Polydor, solo salimos de aquí para manifestarnos en la calle, repetía Polydor, ya ves, Gérard 2, que somos valientes, temerarias, de qué hablas cuando dices que nos escondemos, eh, te lo explico una vez más, dijo Gérard 2, piensa en Louise y Lali que tienen que vivir mintiendo, sin confesar jamás nada de su vida personal, Lali que es la entrega personificada con sus pacientes, no podemos seguir viviendo así, chicas, no, no podemos, estamos en la resistencia, dijo Polydor, con nosotras cambiarán las leyes, ya veréis, chicas. Louise pensaba en René que nunca había dudado en estar en primera línea, que siempre lo estaría. Cuándo acabarás de mimarme al vestirme, dijo René, voy a cogerle gusto, yo, viejo encamado, eh, Louise, me olvidan aquí a pesar de los inestimables cuidados de mi querida Olga, voy a decirte la verdad, Louise, echo de menos a las mías, a vosotras, las chicas, es duro, unos pies, unas piernas que me duelen, unos ojos que lo ven todo doble, aunque oiga perfectamente la gran música de las voces, cada día, diciéndome, quizá esto sea ya el paraíso,

puede que reciban con elegancia y bondad a los transgéneros, si no, devolvedme a la tierra, dime, Louise, dónde está Lali, vendrá a la fiesta o no, ahora ya solo vive para sus jóvenes sidosos inconscientes, ella que antes vivía de amor y agua fresca, cuántas pasiones podía vivir a la vez, siempre acelerada, corriendo hasta la extenuación tras el sexo, sobre todo el sexo rápido, Lali hirió muchos corazones, contestaba Louise a René, aunque la queramos mucho, tú y Lali actuáis como chicos, dos chicos cómplices, dijo Louise, así es la vida, dijo René, no podemos ser tan delicados como tú, Lali y yo hemos sufrido muchas adversidades, Lali siempre ha sido valiente, iba por la calle cogiendo a su amiga de la mano, si dejaba a una amante en el aeropuerto, la besaba íntimamente, nada la asustaba de verdad aparte de sus compañeros médicos del hospital, no, nada la asustaba, a mi Lali ejemplar, decía René en tono nostálgico, recordando la estoica figura de Lali en los bares, viendo aquella vieja alma desencantada de Lali en un cuerpo de joven andrógino, a Lali tan misteriosa con esa frialdad gruñona suya, en su carrera hacia el deseo, echo de menos a Lali, dijo René suspirando, y a ti también a veces, Louise, cuando te olvidas de venir a leerme, oh, la vejez no es nada divertida, seguro que la ha inventado el diablo. Louise escuchaba el discreto lamento de René, porque René, a pesar de todos sus achaques, se quejaba poco, pensaba Louise, Louise pensaba en Doudouline, en lo que predijo Johnie con esa sabiduría profética suya, mientras fumaban sus cigarrillos matinales en el salón de la Abeja, sí, iremos a ver tu comedia musical, la historia de Gérard y de todas nosotras, pero será más tarde, mucho más tarde, hasta entonces, ponte manos a la obra, Doudouline, no pierdas el tiempo deambulando por los bares, por qué esperar, contestaba Doudouline, los hombres expresan creaciones que hablan de ellos, de los prejuicios que tienen que soportar, por qué nosotras vamos siempre por detrás y siempre con retraso, preguntaba Doudouline, Johnie contestaba que seguía sin entenderse a Safo hoy en día, siglos después, en cuanto a Doudouline, había que admitir que el mundo iba retrasado, que nunca acababa de estar preparado para deshacerse de sus crueldades, el teatro de la Gran Sophie acogería bien y con éxito la puesta en escena un poco

escandalosa para ella, de Doudouline, pero había que admitirlo, el mundo no estaba preparado para una provocación así, solo las personas llamadas normales, sin equívoco en cuanto a su orientación sexual, tenían derecho al amor, a la pasión, pensad en Romeo y Julieta, eso era lo legítimo, lo aprobado, pero si Doudouline en vez de Romeo y Julieta mostraba el amor de una pareja como Gérard y Johnie, era vergonzoso, más valía no hablar de ello, aún menos cantarlo en un escenario, pero Johnie veía en los astros metamorfosis sociales y políticas que serían más justas con Doudouline, las chicas escuchaban la voz serena de Johnie, sabiendo que Johnie iba a marcharse pronto a estudiar al extranjero, a París o a Viena, su destino era singular, diferente, pues sus padres ingenieros le permitían todas las libertades, ella se liberaría enseguida gracias a la sofisticación mientras las chicas seguirían arrastrándose noche y día en el salón de la Abeja, pensaba Louise, Johnie decía a Louise que estudiaría a Jung, el estudio de los sueños en psicología sería su materia, también ella creía en ese elemento positivo de la neurosis, se diría que seguía buscando obstinadamente a Émilie, investigando el origen de esa neurosis de Émilie que la había empujado a huir en Grecia, y si resulta que Émilie había sido inquieta y neurótica desde su infancia, como sucede a menudo, decía Johnie, pero ninguno, nadie se había dado cuenta pues el dolor de existir, profundamente arraigado, podía disimularse con una actitud en apariencia convencional, Émilie había sido una niña alegre, afectuosa con sus padres de la que no se supo nada hasta el día mismo de su fuga, decía Johnie, y quizá era igual para mucha gente. No sabíamos nada de nadie. Johnie decía a Louise que nuestros sueños eran portadores de realidades a menudo más reales que nuestra verdadera vida, Johnie confesó a Louise que se comunicaba así con su hermana Émilie, a veces su hermana se le acercaba, se sentaba a los pies de la cama preguntándole si no quería que Émilie viniera a buscarla, y Johnie decía, no, no quiero, su hermana le decía entonces tocándole el hombro con la mano, hermanita, ya lo sabes, esto es solo el principio de tu lucha, no debes ignorar que la tierra está sufriendo, pero siempre a la espera de un mundo más bello, es el eterno retorno, esa fue mi

búsqueda, decía Émilie, de pronto ya no estaba ahí y parecía observar a Johnie desde el techo de su cuarto, hasta pronto, tesoro mío, mi Pequeña Llama, decía ella, y Johnie veía ese relámpago luminoso como cuando iba buscando por las calles blancas, entre las casas blancas, con el mar blanqueado por un sol estridente, como cuando buscaba a su hermana en Grecia, o por todas partes. Durante mucho tiempo Johnie creyó que su hermana debería haber tenido un funeral digno, que tendría que haber vuelto junto a la familia con sus restos mortales, vestidos con su vaquero y la camisa de flores que llevaba aquel día, luego entendió cuán vano era aquel proyecto, pues su hermana vivía una vida imperecedera, sin abandonarla nunca a ella. Ese era su descubrimiento, decía Johnie a Louise, Émilie seguía viva. No se sabía dónde estaba, pero seguía viva. Quizá sus padres compartieran esa creencia pues en su habitación lo habían dejado todo intacto, como si estuviera a punto de volver de viaje. Luego una noche llegó Alexis, cuyo nombre verdadero era Catherine, la Abeja a la que llamaban así porque velaba por su enjambre, era la Abeja, Reina Madre, Reina del Enjambre, pensaba Louise, controlando a su alrededor a todas sus zumbadoras abejas, la Abeja presentó a Alexis a la pandilla diciendo, tratadla bien, la he encontrado junto a un bar donde no la dejaban entrar, miradla, solo tiene dieciséis años y la han repudiado de la casa de sus padres, así que no tiene problemas legales pero repudiada, eso sí, no se sabe por qué, su padre es juez, su hermano está en la cárcel por homicidio voluntario, ella escribe poesía y solo quiere una mesa donde escribir, le voy a prestar mi cuarto y yo dormiré en el sofá con Rosemonde, Alexis estaba visiblemente abatida, su pelo era azul y verde, lo llevaba sujeto en unas trenzas delante de la cara, sus ojos, cuando se podían ver, eran de un azul líquido, más claros que los de la Abeja, aquella noche llevaba una maleta en la mano de la que parecía no separarse nunca, como decía la Abeja Alexis vivía solo para la poesía, podía recitar de memoria a Rimbaud, Lautréamont, Verlaine, se paseaba por todas partes con su maleta, que contenía toda su obra poética, escribía desde los once años, según sus padres que la pusieron de patitas en la calle, sus escritos eran blasfemos, ¿qué era ella para

esos fervientes católicos, sino un alma condenada? Cuidad bien de este pequeño fenómeno, decía la Abeja, de momento es asexuada, no prefiere ni los chicos ni las chicas, será más apacible para su escritura, dejadla que escriba en paz, acaso hay un deseo más inocente que ese, eh, y sin embargo en la vida cuesta muy caro a los que escriben, pensad, chicas, en los que mueren, en Rusia, en China, unos infames dirigentes políticos matan a los poetas y la poesía. ¿Cómo se puede asesinar deliberadamente a la poesía?, decía la Abeja. Alexis escribía noche y día sin ocuparse de la pandilla de las chicas. Era su pasión y su alimento, pensaba Louise. Solo la Abeja parecía ser su amiga. Del rostro lleno de erupciones de Alexis irían desapareciendo poco a poco los granos, se desharía del eccema que lo cubría entero cada vez que tenía un brote, el dolor parecía encarnizarse con ella, mientras escribía, aunque resistía valientemente, posando de vez en cuando su mirada muy dulce en la Abeja diciéndole, gracias, gracias, eso era todo, hablaba poco. Ten cuidado de no cargar con desdichas ajenas, decía la Abeja, eh, Alexis, si tu padre juez es un monstruo, no es culpa tuya, si tu hermano está en la cárcel por homicidio voluntario, tampoco es culpa tuya, un día me hablarás de ti, durante mucho tiempo me sentí culpable, confesaba la Abeja, Gemma, mi pequeña Gemma, atropellada en la calle, mi madre Elena tan guapa, no, Louise me lo ha dicho, no era yo la que traía desgracias. Era Dios, con toda su maldad, me ha dicho Louise. Pero Dios no existe, decía con voz queda Alexis, muy arisca, tras la máscara de sus granos y su pelo, no, por esa razón me echaron mis padres, leyeron mis poemas donde he escrito que Dios no existe, que es una farsa para aprovecharse de nuestra miseria. Una farsa, una comedia burlesca, Dios, como he escrito, decía Alexis. Oh, qué violenta eres bajo esa apariencia angelical y herida tuya, decía la Abeja, encantada de poder despertar en Alexis una sana violencia capaz de curarla, quizá, me gusta que seas tan rebelde, vamos a entendernos bien, tú y yo. La Abeja y Alexis conversaban así hasta bien entrada la noche, pensaba Louise, aunque la Abeja no dejaba de fumar, Alexis no fumaba, no consumía nada. El denso humo de la casa no parecía molestarla mientras repetía a la Abeja que Dios era la mayor mentira

que podía existir, una impostura. Sabía que su hermano era el mal, y que ella era el bien, algo que no había escogido, y que él tampoco había escogido, pues no teníamos apoyo en la defensa de nuestro pensamiento, no más que contra la nada, todo se nos imponía a la fuerza al nacer, el bien, el mal, todas las desgracias de los hombres. Su hermano quedó marcado por ese pensamiento de la nada que lo precipitó al asesinato, no sintió nada al atropellar con su primer coche, el primer día que lo conducía, a una niña en su triciclo, acabó con ella, decía él en el juicio, porque sentía odio hacia todos los seres humanos, simplemente se vengó con una niñita inocente, su abogado le recomendó que se declarara no culpable, pero él se negó, Alexis creía al mismo tiempo que como su padre el juez condenó a hombres y mujeres a la horca hacía veinte años, Alexis y su hermano pagarían por aquellos crímenes. ¿Acaso no venían de una estirpe maldita? Y qué pasó conmigo, preguntaba René a Louise, con esa sonrisa picarona suya de antaño, te acuerdas, antílope mío, de cuando te abofeteé, fue en la playa, en el Atlántico, Lali estaba de permiso por unos días, cosa excepcional, hicimos una apuesta, cuál de nosotras bebería más cerveza, yo pude beber dieciséis, y Lali diecisiete, yo perdí el control, aún me arrepiento, tú estabas tumbada en la playa un poco demasiado cerca de tu linda amiga la Abeja, deseo que te arrepientas hasta el final de tus días, René, porque es una vergüenza pegar a una mujer, te lo repito, Louise, no pude controlarme, fue un gesto, cómo decirlo, irresistible, parece que esté viendo vuestras caritas, ibais a besaros, estábamos hablando, dijo Louise, te condujiste una vez más como un hombre malo, grosero y celoso, dijo Louise, una vergüenza, sí, una vergüenza, diría incluso una deshonra, no, dijo René, fue más bien una prueba de que te amaba, los amantes se vuelven enseguida celosos, posesivos, ya lo sabes, no me culpes. Louise escuchaba a René, se acordaba de la bofetada, preguntándose por qué luego acabó perdonándole ese gesto. Fue una torta suave, decía René, evité darte en esa nariz digna del perfil de Cleopatra, no, lo recuerdo bien, fue una bofetada muy ligera, una caricia un poco enérgica, eso fue todo. Luego René se entristeció, sintiendo que aquella época de enfados, celos y

perfidias no pudiera volver, los tiempos de los abrazos en las playas, del sol en la piel, de las pasiones ardientes en invierno, de las locuras de sus borracheras, es cierto, como decía Louise, que aquellas locuras eran a menudo rabiosas, y por qué era así, mi querido René, voy a decírtelo, porque te ponías de alcohol hasta el culo, como se dice vulgarmente, entonces te estallaban los nervios, o unos sentimientos libidinosos de viejo verde, había que salir huyendo, decía Louise, sonriendo afectuosamente a René, René suspiraba vestido con su bonito traje de gala que ya, ya era cosa del pasado, pero vamos hacia el futuro, esta noche, dijo Louise, qué chaquetón te gusta más para salir, este de tweed te iría bien, René sentía la mirada persistente de Olga fija en él, escrutándolo, por qué me mira así, pensaba René, me encuentra ridículo, verá que estoy vivo, que puedo levantarme de la cama, sentarme, al principio, me cuesta mucho, pero tengo que ser paciente, yo, mis piernas brincaban por todas partes, cómo lograr moverlas de nuevo con gracia, tengo que gustar a Louise, tranquilizarla cuando nada es tranquilizador, lo más triste es no poder militar de nuevo, quién sabe, nunca se sabe, una vez más, por qué no, pensaba René, fuera, pensaba, las primeras hojas de la primavera se agitaban al viento, empezaba a oírse el canto de los pájaros, puede que Comtesse saliera de su refugio de invierno, pronto la oirían arañando la puerta, Louise, mientras vestía a René, pensaba en aquella llegada de Alexis que alteró toda la casa, en aquel salón lleno de humo de la Abeja, cuando Doudouline dijo en tono de reproche a la Abeja, eh, Christie, no puedes dejar tu cama a una persona que no conoces, eh, Abeja, esa chica es menor de edad, no podemos tener a menores bajo nuestro techo, vosotras erais todas menores, replicaba la Abeja, cuando vinimos a okupar esta casa, salvo Johnie, éramos huérfanas de padres y de casas, así empezó todo para la pandilla, por amistad, reinaba la confianza, yo no, dijo Doudouline, su voz seguía siendo teatral, yo no, yo aún convivía como mi querida mamá, tú vivías en su camerino, dijo la Abeja, la seguías a todas partes, ella estaba harta, demasiado ocupada por el teatro, luego conociste a Polydor y tu madre dijo, ya basta, tesoros míos, id con la música a otra parte, así fue como se creció

la pandilla, en acogida, en confianza, sí, no tendrás prejuicios contra Alexis porque no es como nosotras, ¿verdad? Es triste, dijo Doudouline, es una chica demasiado triste, es una nota de desolación en nuestro alegre grupo, tuvimos a Gérard, se reía mucho, ni siquiera sabíamos que estaba triste, decía Doudouline, pero Alexis, su tristeza es cargante, decía Doudouline, oh, malditos prejuicios, decía la Abeja, yo protegeré a Alexis, no se irá de esta casa hasta que no lo decida ella, hasta que pueda escribir en paz, no tendrás los mismos prejuicios que tu madre, la Gran Sophie, verdad, Doudouline, preguntaba la Abeja a Doudouline desorientada, dónde está el mal cuando un poeta escribe noche y día, y encima como en el siglo XVII, con pluma, con un tintero, eh, ¿qué puedes reprochar a Alexis, Doudouline? Tiene que curarse el eccema de las manos, de los brazos, es horrible, un peso físico para las demás, tiene que, la Abeja le dio la espalda a Doudouline y se fue corriendo al patio para no oírla más, pronto dejarían de llevar botas, las noches serían estrelladas, los días más largos, la Abeja protegería a Alexis, la acusación más grave de Doudouline consistía en decir que no podían albergar a la hija de unos grandes burgueses, y sobre todo de un juez, acaso no estamos todas contra la pequeña o la gran burguesía, dijo Doudouline, y la Abeja pisoteaba con sus botas la tierra mojada, prejuicios, no son más que prejuicios, es una vergüenza, se lo diré a Doudouline, una vergüenza. Pero, pensaba Louise, se acercaba el día en que Doudouline leería los poemas de Alexis en un escenario de teatro, y ese día, lo haría llorando. La atmósfera de la casa se volvió laboriosa, Alexis escribía en la mesa, era más bien un pequeño pupitre de escuela que le había prestado la Abeja, muy aplicada, con la cara oculta por el pelo, Alexis escribía, escribía, Doudouline escribió en la pizarra de la cocina el título de su comedia musical, había varios que la inspiraban, Doudouline escribió la lista con tiza blanca *Gérard en la noche*, *Gérard y*, *Gérard y sus amigas*, *Gérard Gérard, dónde estás*, *Gérard mi Gérard*, *Gérard, fiera es la noche*, *Gérard y su noche*, *La noche de Gérard*, *Gérard incendiada*, *Gérard, oh, Gérard*, *Fin de una chispa*, *Gérard vuelve Gérard*, la Abeja abordaba el color en sus grandes telas, varias capas de un desierto de nieve amontonándose bajo un cielo sombrío e inmóvil, y ese

encanto del color naranja sobre el manto de nieve, qué sol era aquel, el de la vida o un sol moribundo petrificado, las líneas, signos, puntos negros, no, no volverían, decía la Abeja, triunfal era el color naranja casi rojo escarlata ante el que la Abeja se había mostrado tan reticente, Louise estaba terminando su ensayo sobre las mujeres y el cáncer, recopilando de las mujeres enfermas de cáncer testimonios sobrecogedores, Louise tuvo un sueño que le pareció premonitorio, nadaba en las aguas grises de un lago rodeado de colinas de arena, el cielo era gris, era un paisaje sin pájaros ni árboles, a lo lejos brillaba en aquel panorama gris una pantalla, la de un ordenador de letras grises, una mujer médico hablaba en la pantalla, a nado, Louise fue acercándose a la pantalla que se erigía entre el cielo y el agua, estaba convencida de que podría oír de la mujer médico las palabras de su curación, y el mensaje que pronunciaba aquella mujer sí era el de su curación, una mujer que parecía hablar a todas las mujeres, con un discurso que iba escribiéndose a medida que lo pronunciaba en la pantalla negra del ordenador, a nado Louise se acercó a una de las colinas, esa colina tenía la forma de un pecho y en ese sueño Louise vio todos los pechos extirpados de las mujeres que habían pasado por un cáncer, esa colina de arena era un símbolo sacrificial de todas las inmolaciones y extirpaciones, extrañamente, Louise se sintió de repente relajada mientras nadaba en aquel lago, y pudo llegar hasta el arenal, como un remanso de paz. En el salón de la Abeja igual de lleno de humo y de olor a cenizas frías que de costumbre, Alexis escribía en su pupitre de colegiala, pero salía unas horas por la tarde para ir a escribir también sola a la gran biblioteca de la universidad. Allí parecía estudiar, leer, traducir poemas griegos y latinos, como había aprendido en la escuela, en el colegio privado que odiaba, cuando volvía a la casa, con la cara cansada bajo sus trenzas, con su maleta de poemas de la que no se separaba nunca en la mano, la Abeja le servía una de esas sopas suyas diciéndole, Alexis, tu cuerpo existe, no lo olvides. Y solo tenemos uno y una sola vida muy efímera, así que hay que comer, Alexis. Alexis asombraba a la Abeja con sus palabras, acaso sabía la Abeja que Paul Verlaine solo vivió cincuenta y un años, que su

fallecimiento se debió a una asfixia por sofocación, él que cantó a la libertad de vivir, acaso sabía la Abeja que cincuenta y un años era una fecha límite demasiado breve para un poeta, toda fecha límite era demasiado breve, decía Alexis, y por qué lo tildaron de decadente, qué manía con poner siempre calificativos, y así disminuirlos, reducirlos, no era ni decadente ni simbolista, decía Alexis, solo era un poeta condicionado por una fecha límite de cincuenta y un años, y un poeta incomprendido por los modernos porque en su claridad cristalina, su sencillez, se habría dicho que carecía de toda pretensión literaria. Lo que sucedería más adelante en el destino de Alexis era inimaginable para las chicas de la pandilla, Johnie predijo, según los astros, que Alexis seguiría una vía distinta de la que parecía haber escogido, solo podía percibirse en ella esa esencia de una búsqueda de la poesía pura, pero su destino contrariaría sus deseos, sus aspiraciones, por el momento era una niña inspirada cuyos poemas aparecían publicados secretamente en revistas de vanguardia, ¿no era eso todo lo que se sabía de Alexis? Pero poco a poco Alexis se volvió menos salvaje con las chicas de la pandilla, aunque no permitía que nadie leyera sus poemas, Doudouline intentó amansarla pidiéndole que recitara uno de sus poemas, Alexis, conmovida por la bondadosa petición, recitó con voz apagada, de la fuente negra, opaca de la nada de donde broto, luego se calló bruscamente como si estuviera a punto de echarse a llorar, demasiado triste, dijo Doudouline, oh, realmente demasiado triste, Doudouline enseguida pasó a temas más frívolos, ese velamen que eran los cabellos de Alexis la fascinaba, a que me dejarás que te peine, dijo Doudouline, toda pimpante, no sé si sabes que fue lo primero que aprendí en el teatro con mamá, cómo peinarme, cómo peinar a las actrices, en sus camerinos, es todo un arte, sabes, y tú, si llevaras raya al medio en tu cabellera demasiado abundante, te parecerías a una figura de Botticelli, sí, *El nacimiento de Venus*, con tu aire místico, una cabeza del Renacimiento, sí, y todas las noches en el teatro yo peinaba a las actrices que interpretarían grandes papeles, y mamá me decía, así es como desarrollarás, hija mía, tu sentido estético, Alexis escuchaba aquella voz dramática de Doudouline que parecía

gustarle, no, no aceptaría que nadie le tocara el pelo, pero al escuchar a Doudouline se acordaba de las tardes desde la infancia con sus padres en el teatro, y en las salas de concierto, ¿acaso no frecuentaban todos los espacios elitistas con sus hijos? ¿No eran ellos los más instruidos, los mejor educados? Y ¿por qué era así cuando Polydor, ella, trabajaba en una fábrica desde los quince años y no iba nunca a los conciertos ni al teatro? El chófer que llevaba a Alexis y a su hermano Louis al colegio privado, mientras el resto de los niños avanzaban en medio de la gruesa capa de nieve hacia su escuela, desafiando tormentas y frío. Era eso, nacer de manera distinta, nacer del privilegio, pensaba Alexis, era eso, el mal. Aparte de los conciertos y los teatros, Alexis y su hermano Louis veían poco a sus padres, tenían una niñera, para ellos. Alexis reflexionaba, escuchaba, lo que podía decir a las chicas, es que habían trasladado a su hermano a una prisión de máxima seguridad, muy lejos, en Calgary, porque provocaba motines y desórdenes, como detenido su caso iba empeorando, un criminal, pensaba Alexis, por qué es un criminal mi hermano, Alexis se acordaba del niño que fue, con su bonito uniforme del colegio de los ricos, enseguida esa especie de compresión por una vestimenta semejante a la de los adultos, en esos chicos embutidos en sus rígidas camisas blancas bajo una corbata roja almidonada, parecían hombrecillos cuando tenían apenas once años. Así, en aquella rigidez, Louis podía compararse con su padre, con el torso henchido. Alexis pensaba que ella no debería estar en esta tierra, que no se lo merecía. Y de repente florecía el eccema por todas partes, como una mala hierba, en sus brazos, sus manos, sobre todo en las manos, era insoportable y ese picor tan doloroso, cerraba los ojos, escribía en su pupitre, había peores desgracias que la que vivía ella a diario, pensaba Alexis, sí, y escribía la continuación del poema, de la fuente negra, opaca de la nada de donde broto, de la fuente negra, hace un día precioso fuera, salid, chicas, decía la Abeja, por fin es primavera, la Abeja tenía en la mano una carta de Manfred, estaría de vuelta unos días antes del verano para celebrar bajo las lilas su boda y el bautizo de su primer hijo, quizá tuviera dos, por qué no celebrar, eh, ambas cosas a la vez, escribió a la Abeja, una boda, un bautizo, una esposa nueva y

un nuevo bebé, es la perfección, a que sí, mi querida Christie, ya le he hablado de mi mujer música, Yang, estoy concluyendo, mi querida Abeja de un enjambre tan vivo, mi gira de conciertos por China, luego iré a la India, qué hermoso e inmenso es nuestro universo, la música será siempre nuestro júbilo, nuestra dicha, le envío un beso, mi querida pequeña esposa primera, su Manfred, y René dijo de pronto a Louise, sabes qué, lo peor en la vida es estar en manos de los demás, me horroriza la dependencia, dijo René, cuando me vistes para una fiesta, es un placer, he elegido a Olga porque me distraía de mis pensamientos sombríos, hay que saber pertenecerse a uno mismo, la gente está esperando ese momento de debilidad tuyo para apoderarse de ti, es la naturaleza humana, ay, siempre dije a las mujeres a las que amaba, resistíos a esos que quieren poseeros, sed libres, Louise miraba a Olga, cómo podía distraerlo, si solo hablaba de la venta de los muebles de la casa, de beneficios, quizá eso distrajera a René, con esa candidez suya, la de sus amores fáciles, acaso entendía René que la estaban engañando, que no aceptaban su género aparte, que sería considerado siempre un excluido de la sociedad, le gustara o no, Olga era un falso bálsamo, y sería o no verdad que era rusa, eso a su vez era incierto, pensaba Louise, René se reconfortaba con ilusiones, con mentiras, pues todo era mentira, hasta su masculinidad en un cuerpo femenino, pensaba Louise. Y Louise rememoraba de nuevo ese sueño donde nadaba en aquel lago sedativo hacia la imagen aumentada entre el cielo y el lago de un ordenador desde donde le hablaba una mujer médico indicándole la vía de curación, se pronunciaban las palabras, pero eran mudas, puede que aquella mujer médico fuera la doctora haitiana que trató a Louise, y la presencia del ordenador en el sueño quizá fuera la profecía poetizada de que Louise poseería pronto un ordenador que sería para ella el don más majestuoso que hubiera recibido nunca, pues ya era hora de tener una visión global del mundo, todos deberían tener ese derecho, sin cortapisas, el ordenador serviría también para despertar las conciencias, pensaba Louise, y ese despertar estimularía posiblemente acciones benéficas. El mundo se volvería más ilustrado y mejor, pensaba Louise, ¿o iría más lejos en sus corrupciones? René

pensaba que supondría un gran regocijo volver a ver aunque fuera en sueños, más delicioso aún que en la realidad, a todas sus amantes y conquistas, sin que fuera una estampa obscena, solo un regocijo, esas mujeres solteras o casadas, ellas, con sus caprichos y sus fantasías, eres un hombre de verdad o no, René, qué enigmático es eso que eres tú, puedes hacerme el amor de otra forma que los hombres, o de las dos maneras a la vez, hasta qué punto puedes hacerme gozar de otro modo, René, lástima, pensaba René, que todos esos cuerpos se hubieran desvanecido, que no se pudiera retomar ningún gesto, con ellos, probablemente todas aquellas mujeres se habrían casado, pensaba René, emparejándose con hombres como los demás, el erotismo esperado supuso una decepción antes de ser olvidado, René no fue más que un error de juventud, ni siquiera un recuerdo que cautivara los sentidos, la carne estaba muerta, solo quedaban la familia, los hijos, la existencia en su expresión más primaria, pensaba René. Louise pensaba en el salón lleno de humo de la Abeja, cuando Johnie descubrió en un diario de su hermana Émilie, sí, era apenas creíble. Nunca nadie se enteró de que Émilie era una entusiasta de las drogas alucinógenas, nosotras estábamos en ese periodo de experimentos psicodélicos avanzados, con el doctor y escritor Timothy Leary, Émilie había escrito que admiraba mucho al psicólogo, subrayando en su diario que aprobaba las palabras del poeta Ginsberg según el cual Timothy Leary, el profesor, había renovado la conciencia americana, varios poemas de Émilie estaban escritos con letra grande, inspirados por su consumo de drogas alucinógenas, uno de los poemas era una afirmación, yo soy YO ESPERO, yo, en toda mi belleza, mi esplendor, yo soy yo, también estaba escrito que un amigo de Émilie, un joven americano, había saltado de la planta dieciséis de un hotel para evitar que lo enviaran a la guerra, así, le había dicho a Émilie, no haré daño a nadie, Émilie había escrito en su diario, mi amigo se ha ido sobre las alas de los ángeles, en su cabeza una sola gota de sangre, llevaba ese día una camisa blanca, inmaculada, se ha ido ahí donde quería estar, mi amigo, y las palabras seguían escritas, yo también me iré de esa manera, sin avisar, sin una palabra, pero después de pensarlo bien, decía Johnie, a

ella la tentó más el viaje, la huida, la fuga hacia lo desconocido, así era pues, decía Johnie, como había conocido ese flujo de imágenes distorsionadas de las que hablaban, esos colores que eran los de una radiación casi mortal, esas inmediaciones de la nada cuando todo se apaga, el color y la esperanza, decía Johnie, así mi hermana vivió tales experiencias y yo no sabía nada, yo seré yo en todo mi esplendor, no me detengáis, había escrito, iré hacia las alturas como a la cúspide de los templos mexicanos, iré, seré, Johnie leía esas páginas de los cuadernos, con los ojos brillantes de lágrimas, pero de lágrimas secas que no caían, el amigo soldado sería el novio de Émilie, había escrito Émilie unos días antes del suicidio de su amigo, por qué esa decisión de la muerte cuando habría podido exiliarse como objetor de conciencia, por qué, se preguntaba Émilie, se amaban, serían los arqueólogos de un porvenir sin límites, por qué esa decisión última en una mañana soleada, el rito de la camisa blanca, del vaquero blanco ajustado, él había concebido todos los ritos, echándose a volar hacia el cielo azul, el plácido firmamento, con los ojos abiertos, quizá Émilie quiso seguirlo, arriesgarlo todo por amor, cuánto misterio en una pequeña historia humana, decía Johnie, y el joven había escrito a Émilie, escucha, soy pacifista, ya lo sabes, Émilie, mis camaradas pacifistas se han exhibido en llamas frente al Pentágono, se han quemado vivos, yo estoy con ellos, en la resistencia a toda guerra, queridísima Émilie, tendrás ese recuerdo de un humo sagrado ascendiendo hacia el cielo, te mando un beso y te amaré siempre, allá donde esté quizá siempre como me gustaría junto a ti, diciéndote, amor mío, pase lo que pase, ama la vida, ama la vida, Johnie leía los cuadernos de Émilie, la opinión pública estaba horrorizada por esas inmolaciones de jóvenes, había escrito Émilie, pero solo ellos sabían que sus sacrificios no eran en vano, ardían al mismo tiempo que los monjes delante de sus templos, en un torbellino de llamas similar, ellos sabían que esas inmolaciones eran altruistas, no suicidas sino altruistas, nunca tendrían que sufrir los tormentos de un karma después de esas nupcias con la muerte, Émilie había leído tanto, escrito tanto, decía Johnie, era un monólogo insensato consigo misma, adónde iría así, ¿qué viento de tempestad o

de ciclón la arrastraría? Y René decía a Louise refunfuñando, durante esa convalecencia en un moridero, oía las risas de las enfermeras, preguntándome si se burlaban de mí, habéis visto a ese señor que es una señora, a que es divertido, qué cosas se ven aquí, eh, se me acercaban, dijo René, oh, vaya mortificación, diciendo, el señor se ha tomado ya el remedio, o bien, buenos días, abuela, cómo estamos esta mañana, veamos si todo va bien con su orina, la tensión demasiado alta, abuela, vamos, qué le pasa, por qué está tan pensativa, tan abatida, por qué, abuela, me humillaban como a todas las mujeres, decía René a Louise, compartía su injusto destino, yo ya no era René con un pasado mundano, seductor, no, tan solo era una mujer rechazada, maldita, una mota de polvo insignificante, tuve que volver a casa, si no habrían acabado con mi dignidad, mi orgullo, habrían acabado conmigo a fuerza de negligencia, de falta de consideración, oh, Louise, prométeme que nunca más me dejarás en esas sucias manos, tú estás con nosotras, estás conmigo, dijo Louise, qué zapatos prefieres, los que compraste a un precio desorbitado en Italia o los otros, pero mira, casi es temporada de sandalias, René, han vuelto las golondrinas y los arrendajos azules a tu jardín, seguro que Comtesse los oye, dijo René, tiene un oído muy fino, parece que estoy viendo esas orejas suyas negras, aterciopeladas, que se erizaban con esos sonidos embriagadores, está saliendo poco a poco de su refugio de invierno, guiña los ojos a la luz del sol, se estira, recobra sus andares felinos, respira el olor de la primavera aún frío, se dice, no, aún no, voy a esperar a que haga calor de verdad, todavía hace mucho frío para una gata peregrina y friolera, eso es lo que piensa, mi Comtesse, dijo René, sobre todo está dudosa, no le gusta la tibieza de las hojas porque todo es demasiado húmedo para sus patas, para el almohadillado de debajo de sus patas, ella sabe que estoy esperándola, luego René dijo, melancólico, cuando militaba, nosotros, los militantes, éramos de todas las edades, de todas las razas y colores, éramos los contestatarios de todos los países, qué unión, la nuestra, contra la violencia policial, no nos imaginábamos, yo era tan joven entonces, que acabaríamos derrotados y apaleados, nuestra insolencia y nuestra indignación nos impedían tener miedo, el miedo

llegaba después, cuando estábamos tumbados en el asfalto, arrastrados por los pies hacia los estridentes coches de la policía, el pelo se nos quedaba enganchado a las hojas, a la basura de las calles, qué parejas de chicas más bonitas veía yo, unas valientes que serían detenidas esa misma tarde, encarceladas, cuántos insultos las esperaban, también veía a veteranos de la resistencia, antiguos militantes que serían maltratados, les patearían los riñones, pobres viejos, y viendo todo aquello, yo me decía, tiene la humanidad un porvenir, tiene la humanidad un porvenir, yo no creía en Dios ni en los hombres, por qué todos esos golpes cuando nuestras manifestaciones eran pacifistas y tranquilas, cuando algunos de nosotros decían, hay que salvar el universo, qué nos queda para hacerlo sino la desobediencia civil, pasivamente, dejar de estar con ellos, era como un himno que se elevaba al cielo, nuestras voces se mezclaban, nuestros gritos, nuestros quejidos, yo me decía, esta es la más hermosa de las reuniones por la paz en el mundo, el fin de la intolerancia, oh, creencias ingenuas de la juventud, ideales que se verían enseguida contrariados, destruidos, el corazón se llena de repente de amargura, de arrepentimientos, no, René, no hay que arrepentirse de nada, dijo Louise, toda experiencia es positiva, te lo aseguro, si hay mujeres jóvenes, hombres jóvenes que se casan hoy, es gracias a ti, que se casen todos, dijo René, alegremente, que se amen, qué mal hay en amar, acaso no es la única salvaguarda contra el odio, Louise escuchaba a René, el canto de su exuberancia que el tiempo no había alterado, mañana militaría en la guerra pacífica igual que antaño entre sus compañeros y compañeras de lucha, Louise volvía a ver en su mente otro sueño, durante aquel periodo de anticipación del cáncer, penetraba sola en un bosque donde la esperaba una mesa adornada con un mantel blanco, como para una comida donde ella sería la única invitada, en la mesa estaba colocado un plato de color negro pringoso, de pronto, bajo el efecto de la luna entre los árboles frondosos, el plato blanqueaba, se iluminaba con una blancura diáfana, Louise pensaba durante el sueño, debe de ser el signo anunciador de que saldré victoriosa, de que el negro del plato y lo que contiene de presciencia será neutralizado por una luz resplandeciente,

le había contado el sueño a Johnie que le dijo, compasiva, lo que vives sin tu pelo, con esa delgadez cadavérica, es una maldición terrible como lo es para todos los enfermos de cáncer, pero sabemos lo fea que es la enfermedad, lo degenerada, asesina de toda persona sana, la luz llegará y tú saldrás de ese bosque de los muertos y de los sepultados, como una valiente, Louise, saldrás, aunque fuera invierno, Louise iba a nadar a las piscinas vaporosas de la ciudad, esquiaba en la montaña, caminaba durante largas horas, manteniendo así a su cuerpo a distancia de todos los males, le infundía fuerzas gracias a su vigor, no veía a René, le habría gustado no ver a nadie porque los tratamientos la dejaban muy disminuida, pero en el salón de la Abeja, los seres resplandecientes de vida a su alrededor la reanimaban lentamente, Alexis se pasaba el día escribiendo, el sonido de su pluma sobre la página blanca, el zumbido de las palabras de las chicas, las delicadas atenciones de la Abeja, estaba ahí, a pesar del frío y el invierno, la luminosidad de sus días que ella denominaba, asustada, sus días de prórroga, cómo podía vivirse así a los veinte años una condena física, adónde iba así, con el alma y el cuerpo tan desfigurados, René le envió un mensaje, a través de los delirios de sus pasiones con otras mujeres, cariño, mi antílope, te amo aún más, la Abeja le ponía en la frente compresas frías, podrías ser el amor de mi vida, decía ella, las tórtolas Doudouline y Polydor, y Gérard 2 antes llamada Thérèse, todas estaban ahí, apoyándola, queriéndola sin que ella estuviera lo bastante bien como para responder a la bondad de su ternura, el cuerpo parecía resbalarse solo, sin el consentimiento de Louise, hacía el desmoronamiento de sus murallas, la respiración de Louise se apagaba, su corazón latía demasiado rápido, o demasiado lento, ya no sabía bien, lo que sentía era que ya no era ella la que vivía en ese cuerpo, sino una sospechosa, roedora presencia dotada de siniestras crueldades, eso la dejaba abatida y también el hecho de encontrarse de repente sin defensas, frente a un peligro desconocido, las chicas volvían a casa con los esquís, los patines, fumaban como habían fumado siempre, sin parar, salían al bar por la noche, charlaban tumbadas en la alfombra con Rosemonde que ronroneaba y maullaba entre ellas, hablaban hasta

el amanecer de amor y de filosofía, todo lo que era tan normal por lo familiar para las chicas de la pandilla había dejado de serlo para Louise, que se preguntaba, pero cómo hacer para amar menos la vida, cómo hacer, ellas están vivas, yo ya no, me ha alcanzado una mina, aquí estoy completamente distinta y conmocionada, no, ya nada es normal, incluso el sonido jovial de las risas de las chicas de la pandilla la ahogaba de pena, no había que reírse más, no había que amar más ni escoger, todo tendría que volverse silencioso de terror, como si el cuerpo de Louise fuera el descubrimiento de una ciudad en ruinas tras un bombardeo y se tuviera que respetar ese silencio de la deflagración, de la derrota, luego Louise pensaba que su cuerpo había vivido momentos deliciosos, a veces entre los brazos de René, y también, menos frecuente, allí, con las chicas de la pandilla cuando nadaba en el Atlántico con la Abeja o Gérard, Johnie o Polydor, sus ataques de risa, sus conversaciones, cuando hablaban de sus esperanzas de futuro, todas estaban sumergidas en una revolución de la existencia, del pensamiento que transformaría el mundo, lo humanizaría, donde por fin habría más justicia, adiós a la indiferencia, la intolerancia, el odio, adiós, con qué armas contaban para llevar a cabo esa revolución, pensaba Louise, sus cuerpos sensuales y bellos, que no era poco, eran esos tallos de amor que no se doblegarían, pensaba Louise, que un viento podía barrer, eran tenaces y febriles pero tan jóvenes e incompletas, la madurez que nadie quería, toda racionalidad conveniente, que tampoco quería ninguna de ellas acabarían cambiándolas hacia el culto de una vida más convencional, respetable por fin, en consonancia con las leyes, porque para sobrevivir hay que estar conforme y ser conformista, pensaba Louise. Con las primeras fragancias de la primavera, las chicas sacarían sus bicicletas de los cobertizos, de los garajes, Johnie descolgaría la suya del grueso clavo de su pared de ladrillo, bordearían el río bajo el vuelo de las gaviotas, el cielo ya no estaría oscuro y amenazante con sus nieves y sus rayos, sería el caprichoso cielo de la primavera, a menudo variable, pero haría buen tiempo y más calor, pensaba Louise que no saldría con las demás, languidecería agotada en el salón de la Abeja, pensando en Gérard, *Gérard, oh, Gérard* sería el

título de la comedia musical que escribiría Doudouline, ya estaba dictando ella con su voz la música a su pianista Mimi en el teatro de la Gran Sophie, indulgente con su hija, Sophie había dicho, puedes ensayar tu canto aquí pero ojo, no rompas paredes ni ventanas con esa voz tuya tan aguda, ni molestes a mis actores que se estudian el guion en sus camerinos, querida, mi querida Anne-Sophie, porque la madre de Doudouline se negaba a llamarla con ese apodo tan tierno, Doudouline, mamá, repetía Doudouline, no me llamo Anne-Sophie, solo hay una Gran Sophie en este teatro y eres tú, le tengo apego a mi nombre de Doudouline, ni hablar, ni hablar, decía la Gran Sophie, todo eso no son más que niñerías, y tu apego a Polydor lo mismo, no es más que una amistad amorosa que se ha deformado, se os pasará a las dos cuando encontréis a los hombres de vuestras vidas, nunca se nos pasará, mamá querida, contestaba Doudouline, la pianista Mimi, tocando el piano con ardor decía a Doudouline, pero es que *Gérard, oh, Gérard* no es una comedia musical, Doudouline, es un drama de nuestro tiempo, así triunfaban sin que se dieran cuenta la primavera y la vida, pensaba Louise, qué decía pues Gérard junto a Johnie bajo los lánguidos efectos de la droga, pensamos que se trataba de divagaciones pero de eso nada, pensaba Louise, ella se quejaba de que se hubiera derramado demasiada sangre mientras los colegiales crecían, los estudiantes volvían a la universidad, mientras que los grandes duelos de los asesinatos nos perseguían a todos, decía ella, el de John Kennedy y pronto, bajo la luz de junio, el de Robert Kennedy, que a su vez se había visto precedido en la luz más tenue del mes de abril de 1968, en un balcón del ayuntamiento de Memphis, por el asesinato, el crimen fatal del pastor Martin Luther King, era demasiado, decía Gérard, no podíamos asumir tanta sangre derramada en tan pocos años, horas, y ella veía que las cosas iban a seguir así, Gérard decía que todos esos grandes duelos habían impregnado sus carnes, que sentía la sangre y la carroña, hubo confusión en los juegos infantiles, a menudo imágenes espantosas les penetraban la piel, veían un vestido rosa manchado de sangre, rosas rojas más rojas aún cayendo del vestido, un hombre inclinó solemnemente la cabeza, la dejó caer sobre el asiento de un

coche o el hombro de su mujer, qué veían, qué entreveían pues, la cabeza tenía que descansar porque el cráneo estaba abierto, al sol era una herida en carne viva, también se oyeron gritos, jadeos, oh, pero qué sucedía, así hablaba Gérard, pensaba Louise, el gran orador negro dejó de hablar, se veía por el agujero de su boca que ya no podía hablar, una bala le había atravesado la garganta, qué sucedía pues para que de repente lo hubieran ahogado en medio de un discurso, de un mensaje que nadie oiría, se acabó el tiempo, sí, hubo un error, pensaba Louise, Gérard no desvariaba en un frío delirio, con fulgurantes frases en apariencia desprovistas de todo sentido, Gérard tuvo valor para decir lo que veía y sentía, sus visiones de crímenes y de asesinatos eran demasiado reales, pensaba Louise. En aquellos tiempos de malestar para Louise, durante aquella extraña e irreconocible estación en que su cuerpo se le escapaba, Alexis iba a visitar a su hermano a la cárcel, iba en tren, con la maleta repleta de sus poemas escritos a mano, el eccema brotándole en la cara, en los brazos, en las manos, con una comezón intolerable, pero se le veía poco la cara tras las trenzas, el zigzag de su pelo, recordaba Louise, y entonces su hermano que ella sabía culpable de asesinato, el asesinato de una niña de cinco años, la acogía en la sala de visitas de la cárcel con los brazos abiertos, diciendo, oh, mi hermanita querida, solo te quiero a ti en el mundo, pero no tienes que atormentarte por mí, no me gusta que sufras por mí, mientras Louis hablaba a su hermana, acariciándole tiernamente el rostro, Alexis pensaba, ¿es él, mi hermano adorado, el acusado de homicidio voluntario? Alexis le llevaba los libros que a él le apetecía leer debido a su pasión por la lectura, decía, aunque haya causado un motín para distraerme de mi aburrimiento, el tedio me está matando aquí, estos cerdos quieren enviarme a una prisión de alta seguridad, Louis era un lector fetichista del filósofo Nietzsche a quien consideraba su mentor, explicaba a Alexis la declaración que conducía a la nada, ese descubrimiento del gigante filósofo, que Dios estaba muerto, por fin, decía Louis, un filósofo innovador que era un artista de la verdad, un buscador de oro en el corazón humano, ese corazón envidioso, pretencioso de los hombres, ni bueno ni malo, sobre todo mediocre, y

la envidia es sin duda su más siniestro defecto, decía Louis, refiriéndose a la obra de Nietzsche, por fin saber decir que Dios está muerto, decía Louis, y obedecer a sus instintos sin moderación, aunque fueran pérfidos o malvados, de qué sirve pues vivir según las normas, decía Louis, hay que echar abajo esas normas, ver lo que hay más allá, esa es la fuerza de las mentes superiores, el filósofo lo ha escrito bien claro, a que sí, Alexis, te acuerdas, tú venías a mi cuarto y yo te prestaba mis libros, mamá decía que tú eras demasiado pequeña, que no debías saber todo aquello, que mis lecturas de niño eran las de un adulto, mamá quería mantenernos en la hipocresía de los cristianos, porque con ellos todo es hipocresía, y querían impedirnos leer libros prohibidos, mi padre ahorcaba a hombres y mujeres, con ellos todo era falso, tú y yo lo sabíamos, Alexis, Alexis volvía perturbada de aquellas visitas, se ponía enseguida a escribir otra vez en su pupitre de colegiala, al mismo tiempo le parecía justo que el filósofo, mentor de su hermano, condenara la hipocresía de los cristianos, la de sus padres, la asombrosa hipocresía de su padre juez, sobre todo, sí, pensaba Alexis, mi hermano tiene razón, pero Nietzsche no era el hombre brutal que describía su hermano, era más bien un hombre frágil, tan incomprendido como el poeta Verlaine y que nunca se curó de sus depresiones morales, quizá como Verlaine, pensaba Alexis, seguía siendo ahora tan incomprendido como en su época, quizá nunca se le perdonara su gran grito: Dios ha muerto, porque es lo que nadie quería escuchar, pensaba Alexis. Alexis confesaba a la Abeja que aquellos días de primavera, como iba a menudo a la biblioteca universitaria, había hecho un amigo, un estudiante inglés, Dave, un apasionado del filósofo Immanuel Kant, con quien le gustaba intercambiar ideas, Dave, al contrario que su hermano Louis, creía en la vivacidad de un idealismo por el que el alma podía aspirar a la trascendencia, a la espiritualidad activa, creía en todo lo que era bueno y puro, decía Alexis, como Alexis, él había roto con una familia adinerada, decía él, esnob y de un pomposo egocentrismo, solo tenía un sueño, ir a vivir a una granja a Irlanda donde criaría carneros, por la lana, jamás por la carne, no, era vegetariano, a Dave le habría gustado, más adelante, claro, no ahora, casarse con Alexis, partir con

ella para realizar esa aventura, a que era maravilloso, decía él, hacer planes así, Alexis fue sensible a la voz de muchacho alto y protector, a esa mano grande del joven sobre su hombro, pero le contestó, no, nunca podría separarse de su hermano, su deber era ir a visitarlo a la cárcel, y Dave replicó, oh, puedo esperar, pero te lo aseguro, Alexis, allá seríamos felices. Polydor picaba a Alexis, eh, Alexis, siempre estás hablando de filósofos, de poetas que son hombres, las mujeres son grandes poetas, grandes filósofas, cómo puedes olvidarlo, Alexis, Alexis respondía con humildad, porque yo no estoy tan adelantada como tú, Polydor, parecía, a cada observación de las chicas, y a fuerza de dudar, que no tendría fuerzas para replicar. Polydor rechazaba esas reticencias de Alexis diciendo, tengo libros de la librería donde trabajo, te los prestaré, ya verás, será para ti todo un universo nuevo, ya verás, Alexis, Alexis inclinaba su pesada cabeza cargada con sus cabellos, soy una mujer que escribe, decía a Polydor, desde que nací solo pienso en eso, en escribir, y sin embargo no me gusta nada de lo que escribo, no, no me gusta nada. Polydor miraba a Alexis, tan vulnerable, pensando, pobre pajarillo, pobre reyezuelo caído del nido, Dios mío, ¿qué será de ella? No podíamos saber, Alexis era una chica tan reservada, pensaba Polydor. Alexis recibía cartas muy perturbadoras de su hermano, lo respetaban en la cárcel, escribía, porque era hijo de un juez, pero los demás presos mientras tanto eran maltratados, humillados, les pegaban, los encadenaban, ellos eran pobres, no eran nada, solo unas cifras en unos uniformes, Louis los incitaba a la revuelta, al desorden, a los motines, diciéndoles, rebelaos, defended vuestro honor, arrojad a las paredes de vuestras celdas orines y excrementos, si no nunca llegaréis a ser hombres libres, os tratan con violencia, tratadlos de la misma manera, Alexis escribía a su hermano que aminorara su ira vengadora, ya no sabía ni cómo escribirle, hablarle, hasta el día en que le confesó, hermanita, no me guardes rencor por no habértelo dicho antes, pero pronto desapareceré, nuestros padres están informados, una leucemia fulminante está a punto de acabar conmigo, adiós, mi ángel querido, adiós, espero no haber venido al mundo solo para hacerte desgraciada, a veces podría parecer que sí, estoy convencido de que debo morir

porque cargo con las faltas de mi padre, algo que solo me concierne a mí, pues, adiós, mi tierna hermana, Alexis reaccionó dolorida ante la noticia, se encerró en el cuarto de la Abeja, con dos sillas una encima de otra a modo de barricada contra la puerta, las chicas de la pandilla velaban alrededor, preocupadas, la Abeja le deslizaba notas por debajo de la puerta, hola, Alexis, di si tienes hambre, o sed, estoy aquí, estamos todas aquí, como sabes, esos mensajes, Alexis los leía pensando en su hermano cuando pasaba furtivas notas entre los barrotes de las celdas de sus amigos prisioneros, rebelaos, no permitáis que os castiguen, pronto, pensaba ella, no tendría más hermanos, su imagen estallaría en pedazos, él, el invencible que parecía tan fuerte, ella oía la voz de Dave. Salían juntos de la biblioteca de la universidad, caminaban juntos envueltos en el viento tibio de la primavera, una granja, unos carneros, en Irlanda, junto al mar, decía él, con su voz cálida susurrando al oído de Alexis, la belleza nos pertenecerá, ya los estoy viendo, los corderos, las ovejas, bajando por las colinas, los valles, y la luz de la tarde, tan hermosa sobre el mar, Alexis ya no tendría padres, ni hermano, tantas persecuciones parecían enviadas del cielo contra ella, o bien es el crimen cometido por su hermano Louis lo que la había envenenado poco a poco, había capturado su cuerpo con esas lianas mórbidas de la leucemia, un golpe inexorable del Dios remoto, más que remoto, ausente, muerto, era algo archisabido, pensaba Alexis, del otro lado de la barricada de esa habitación de la Abeja, las chicas de la pandilla llamaban, se preocupaban, eh, Alexis, estamos aquí para ti, sabes, estamos todas aquí, eh, Alexis, Doudouline cantó una de las melodías de su comedia musical, *Gérard, oh, Gérard*, su voz estaba coloreada de una nostalgia schubertiana que conmovió a Alexis en su confinamiento, sentada en la cama de la Abeja, le vino su hermano a la mente, cuando era pequeño, ella lo paseaba en un cochecito y él gritaba, mamá, mamá, más tarde, jugaban al tenis los dos, era en el jardín de la casa que parecía un parque por lo grande que era, estaba todo vestido de blanco a la luz de esos veranos breves, y ella lo veía bailando del otro lado de la red, un mechón de su cabello le ensombrecía la frente, estaba todo sudoroso y se reía, la criada salió de

detrás de la vidriera del emparrado y dijo, es la hora de la merienda, niños, venid, y sobre todo no entréis dentro de casa, podríais molestar a vuestros padres, de pronto haría más fresco bajo los árboles y Alexis tiritaría bajo su camisola blanca, papá iría al tribunal hoy, era el día de las resoluciones judiciales, el día de las condenas a muerte, e ingirió una gran comida, mucho café, y la madre de Alexis y Louis dijo a su marido, no lo olvides nunca un poco de conmiseración, no lo olvides nunca, aunque él no la escuchaba jamás, y los niños jugaban fuera, sobre todo que no los vieran, en esos días de resoluciones, de determinación fatal, y Louis decía a su hermana, lanzando su raqueta al aire, has pensado, hermanita, el daño que tiene que hacer esa soga de la horca alrededor del cuello, piensas en eso alguna vez o no, yo pienso en ello todo el tiempo, ahorcar a un ladrón porque es un ladrón, acaso es una buena decisión, no, es malvado, decía Louis, un día nuestro padre las pagará todas juntas, mientras cantaba, Doudouline veía a Gérard corriendo por las playas del Atlántico, podía respirar su olor a sal y agua, ver sus pechos planos bajo los tirantes del bikini, eran los buenos tiempos de Gérard y no había que olvidar nada, ni sus pestañas rizadas ni sus largas piernas al sol, cuántas risas cuánta alegría, pensaba Doudouline mientras cantaba, Gérard pareció de pronto, por el canto de Doudouline, concreta, corriendo siempre por una playa al amanecer, Alexis escuchaba esa voz melodiosa de Doudouline, una voz que invitaba a la conciliación, mientras pensaba que no podía separarse de su hermano porque sería como una extracción de su carne, pero puede que hubiera llegado la hora de alejarse definitivamente de él, llevarlo solo en el recuerdo, sin todo su peso, grácilmente, al salir del cuarto, liberada de repente, diría a la Abeja, las landas verdes de Connemara, es algo muy bello, los animales en el campo, en reposo, bajo la lluvia, esos muros de piedra junto al mar, se casaría con Dave, como se había comportado con demasiada candidez, ingenuidad, estaba esperando un hijo de él, tendrían una granja para la cría de corderos, de carneros, de las colinas bajaban las ovejas, se diría que descifraba la clave de uno de sus poemas, todos esos poemas reunidos y frondosos atados con cordeles en su maleta, esa maleta pegada a su cadera, con la

que se marcharía, Doudouline volvió a su obsesión por la pesada cabellera de Alexis, exclamaba que peinaría a Alexis para su matrimonio, sí, serás *El nacimiento de Venus*, Alexis, Louise se acordaba también de Gérard corriendo al amanecer por las playas del Atlántico, durante aquellos esplendorosos veranos bajo una acariciante, ondeante luz, cuando aún vivía ella en casa de sus padres, Gérard que entonces se llamaba Géraldine pero que no tardaría en convertirse en Gérard, porque tenía un gran empeño en llevar un nombre masculino, vivió un primer amor con Mercedes, de la que hablaba poco, antes de caer en las drogas y la desesperación de la toxicomanía, una temporada de pureza, de salud que borró de su mente a partir de su nueva dependencia de la cocaína, de la heroína, el recuerdo de Mercedes que quiso protegerla estaba destruido, fracturado, probablemente porque la amó muchísimo, Mercedes, ella fue el primer deslumbramiento de sus sentidos, la primera confianza, el primer sueño contra el hombro de una mujer, Mercedes, diez años mayor que Gérard y la primogénita de una familia de siete hijos de la que ella era la cabeza de familia, pues el padre era un padre abusivo de su mujer y sus hijos, un alcohólico, Mercedes tenía siempre miedo de que violara a sus hermanas pequeñas, Esperanza y Paciencia, llevado por la violencia de sus delirios, Mercedes, joven trabajadora social y socióloga, amó a Gérard con un amor tan maternal como sensual, aconsejándole que dejara de buscar a su madre, que eso solo sería para ella causa de pena, decepción y desolación, puesto que había sido adoptada por unos padres tan bondadosos como caritativos, Mercedes decía, unos cristianos de verdad, porque era creyente como su madre española y siempre se escandalizaba al ver que los seres humanos sufrían tanto en esta tierra, recogiendo en las noches de mucho frío a jóvenes drogados que llevaba al hospital y salvando a unos pocos de entre ellos, ella puso en guardia a Gérard contra las drogas, y esa atracción por los sueños que notaba en Gérard, siempre rezaré por ti, pequeña alma, decía ella, como si hubiera presentido ese lento deslizamiento de Gérard hacia una noche de la que no se sale, y quizá, pensaba Louise, Mercedes seguía rezando ahora por esa pequeña alma extraviada de Gérard, Gérard que huía de los presentimientos y

las profecías de Mercedes, diciéndose, es demasiado piadosa para mí, no es una amante, es una santa, cómo puede quererme, a mí, tu madre te abandonó en el orfanato, más vale que te olvides, decía Mercedes, Gérard notaba ese hueco, ese vacío vertiginoso, tenía que volver a ver a esa madre, pensando siempre en esos bebés africanos abandonados en sus cunas de barrotes en el orfanato, diciéndose, el color de mi piel es oscuro hasta en invierno, puede que fueran mis hermanos, y de repente formaban todos una misma familia y los tormentos de Gérard no la bloqueaban ya, tendrían que encontrarse los unos a los otros, pero dónde estaban, dónde estaba su madre, por qué desdicha decidió su suerte, Mercedes decía, a veces más vale olvidar, mi dulce Gérard, más vale olvidar, qué sería de nosotros si no, de todos nosotros, si nos detuviéramos a pensar en la desgracia, no podríamos ni desarrollarnos, ni crecer, ni amar, Mercedes sintió esa repentina distancia, Gérard decía cosas extrañas, que la sensualidad podía cansar, lo que parecía una ofensa a Mercedes que la adoraba, que ningún sentimiento amoroso podía ser duradero, que toda pasión era vana, de pronto se iba, se alejaba la niña amada de Mercedes, ciertamente, decía Gérard, siempre serían amigas, pensaba Louise, siempre cercanas, pero Gérard que tanto menospreció a los jóvenes que se drogaban por la noche, con la aguja clavada en el brazo, pinchándose en antros junto a las basuras, ella, la altiva, de repente cedió a esos juegos que podían costarle la vida, Mercedes dijo después a Louise, hay que entender ese drama de la soledad que sufría Gérard, esa búsqueda de su madre perdida a la que no conseguía encontrar, Mercedes, pensaba Louise, era toda ella mansedumbre y perdón para con Gérard que se comportó tan mal con ella, a mí me daba miedo, explicaba Mercedes, presentía la catástrofe, pero quizá es culpa mía, no la salvé, no la rescaté, porque me provocaba demasiado dolor, es lo que decía Mercedes, toda compasión, esa cualidad o ese defecto que en ella era una especie de rectitud moral, de bondad neutra, con un ligero desapego. Mercedes veía en sueños a Gérard, veía que se derrumbaban los muros en llamas a su lado, petrificada, sin poder levantarse cuando los demás estaban ya fuera, en la noche invernal, podía oír sus pasos en la escalera de

incendios, cuando tumbada en el suelo sus pies y sus piernas ya no le servían de nada porque estaba helada, las altas oleadas de humo no tardarían en asfixiarla, Mercedes se despertaba, jadeante, con el corazón encogido, Dios mío, pensaba ella, las llamas no la alcanzaron, no tuvo tiempo de sufrir, fue el humo, todo aquel humo que la asfixiaría, mi pequeña alma en pleno extravío, por qué huiste de mí, ¿por qué no te conservé junto a mí? Gérard dejó a Mercedes afligida, esa chica única, pensaba Louise, Mercedes que sentía compasión hasta por su padre borracho, porque era un hombre devorado por la nostalgia, por el pesar de haber abandonado su país, era un exiliado, decía Mercedes, los abuelos y los padres de Mercedes huyeron con poco equipaje, con lo puesto y poco más, decía Mercedes, de la guerra y el fascismo, pobres migrantes yendo de un país a otro en busca de un remanso de paz.

Gérard vivió un primer amor dichoso, sereno, pensaba Louise, que, torpemente, destruyó, cuando Mercedes, con esa fe ardiente que compartía con su madre, esa fe inquebrantable, terca pero que para ella era radiante, algo que podía leerse en su rostro satisfecho, pensaba Louise, cuando Mercedes decía a las chicas de la pandilla que la ausencia de Gérard no era más que la ilusión de una partida, que Mercedes encontraría a Gérard en otra vida que, esta vez, le ahorraría toda prueba, pues sería una vida celestial eterna, como si Mercedes hubiera observado en Gérard y sus errores una ascensión de Gérard al cielo, porque veía en ella ante todo a una pequeña mártir. En aquella época del salón lleno de humo de la Abeja, cuando volvía tarde de sus salidas nocturnas, demasiado tarde para conducir hasta la casa lejos en el campo, Lali venía a dormir a casa, se tumbaba en el diván de la Abeja, durmiendo como un lirón, y cuando llegaba la hora de las urgencias, se levantaba, toda erguida, dejando de lado la bañera junto a la cocina, o en sus proximidades, Lali se despabilaba bajo el agua del grifo de la cocina, para acabar saliendo toda temblorosa envuelta en su pelliza militar, hacia el exterior tan helado como los árboles de la calle bajo la escarcha. Ella decía a Louise, dile a René, *my Brother,* que iré a verlo cuando tenga menos amantes, tú, Louise, demasiado sufrir por él, *he has to change,* lo sabes bien, Louise, *that you are his real love*, las palabras de Lali, mientras abría la puerta a un cerco de carámbanos, no tranquilizaban a Louise, al revés, era como si Lali confirmara a Louise que estaba enamorada del hombre más libertino, el más indigno de ser amado, y que debía avergonzarse por sus sentimientos malgastados. Sí, era un auténtico despilfarro, pensaba Louise, tanta abundancia de amor perdido. La Abeja recuperó su habitación, su cama, echando en falta a Alexis, había un hueco en el colchón, ahí donde había dormido ella, tú serás la madrina de mi hijo, le había dicho Alexis al marcharse, la Abeja respiraba el olor de Alexis, ese tan penetrante de su cabello, cuando se acostaba por la noche bajo la manta, Alexis había escrito el principio de un poema que la Abeja encontró en un sobre colocado sobre la almohada, o un misterioso mensaje, mi querida Abeja, que nuestra generación sea sincera, sin rencores y sin miedos, pues mañana

tendremos el deber de salvar a quienes vengan tras nosotros, era como todos los mensajes y poemas de Alexis, pensaba la Abeja, un sorprendente, inquietante también, hechizo de Alexis, era como tener a un duende o un hada en la casa, pensaba la Abeja, los poetas no se parecen a nadie, y la Abeja volvía a ver a Alexis que escribía asiduamente en su pupitre, junto a la chimenea, o que, cuando iba a la biblioteca, guardaba pegada a ella su maleta de poemas, los poetas son enigmas, pensaba la Abeja, miel para nuestros días amargos, sol en la noche, pero de pronto la Abeja se acordaba de que Alexis le dijo que Dave era un hombre maravilloso, y que había adoptado su ideología de un mundo transformado por la naturaleza, pero que no albergaba por él ningún sentimiento, quizá fuera la desgracia de su hermano lo que la había vuelto tan árida, no podía saberlo, pero le parecía que el hombre con quien se casaría iba a ser siempre para ella un desconocido, como ella iba a ser para él una extraña. Entonces ¿qué sería de Alexis, en la vasta Irlanda?, pensaba la Abeja. Louise decía a la Abeja que la juventud y la inocencia de Alexis le serían favorables pues cargaba con una tragedia que no era la suya y además esa renovación de la huida a Irlanda curaría a Alexis. La Abeja escribió a Manfred que estaba de gira en la India, diciéndole que en primavera, los perfumes de las lilas en el patio embriagaban su corazón, sobre todo su cabeza, y que había llegado la hora de buscar el gran amor, Manfred le anunció el nacimiento de su primer bebé, decía que habría muchos más y que todos serían músicos como los célebres hijos de Bach y que sería hermosísima esa música por la noche en familia, se sentía dichoso, escribía, y pronto llegaría a celebrar al patio donde se abrían las flores malvas de las lilas su matrimonio con su novia música, y el nacimiento de su primer hijo, felicidad pura, mi querida Christie, querida Abeja a quien tanto debo, exultante de vida, la Abeja se puso a salir todas las noches por los bares. Un amor resplandecía para ella en la noche, mientras las chicas bailaban unas contra otras en el aturdimiento de la música alocada. La primavera era la estación de los deseos, el verano a menudo la de la decepción de los deseos, decía la Abeja. Ella se acordaría más tarde de cómo conoció a Geneviève, y que le pareció

vivir una lenta pasión sin saber muy bien si estaba apasionada, pues lo primero que sintió por Geneviève fue admiración, Geneviève no era solo una estudiante brillante, pues ya ejercía la profesión de arquitecta. En una zona más silenciosa del bar, donde se podía escuchar aún una música de vals, Geneviève exponía sus ideas a Louise que le explicaba que quería construirse una casa, ah, romper por fin con René, dijo Louise a Geneviève, vivir de forma autónoma, no verlo más, no volver a verlo nunca más, diseños, planos para una casita, piensa en ti ante todo, olvídate de las amigas, debes ser independiente, vivir sola, decía Geneviève, te ayudaré, la Abeja admiró los ojos medio verdes medio azules bajo las gruesas gafas de Geneviève, su aspecto de chicazo con el pelo tan cuidado de reflejos rubios, su sofisticación no exenta de coquetería, pensaba la Abeja, y también que fuera tan leal en sus consejos profesionales a Louise. Entiéndeme, Geneviève, decía Louise, así podría terminar la tesis sin estar siempre alterada, perturbada por las infidelidades de René, ser una persona sana, normal, llevaría una vida doméstica normal, tendría un perro, un gato, vivir como todo el mundo, vaya, decía Louise, encontrarme a mí misma, conozco a chicas que son buenas carpinteras, podríamos trabajar todas juntas, decía Louise, rejuvenecida de golpe, porque una pasión nefasta puede ser tan nociva como el cáncer, hay que huir de ella, a que sí, preguntaba Louise a Geneviève, sí, desde luego, contestaba Geneviève, convencida de que Louise nunca dejaría a René. Era una relación irreversible, diría Geneviève más tarde. La Abeja se preocupó al ver que no abrigaba ningún deseo por Geneviève a pesar de sentirse muy seducida por ella. Sin duda era el invierno, que la había invadido con sus placas de frío, pensó la Abeja. El invierno, la nieve, el frío y el recuerdo aún conmocionado de la marcha de Johnie para ir a estudiar a París y a Viena, gracias a unas becas. El salón de la Abeja acabaría desierto. En cuanto a Alexis, olvidaría sin duda a la Abeja entre sus corderos, en las verdes colinas irlandesas. La Abeja se sintió devastada, las chicas iban descolgándose del árbol de sus múltiples amistades y afectos alrededor de la Abeja, ni siquiera Louise, postrada en su casita, volvería más al salón de la Abeja en busca de un poco de calor. Tendría una pequeña

estufa que calentaría la casa en invierno, un perro que se sentaría en sus rodillas y un gato de ojos amarillos que borraría la tierna imagen de Rosemonde a la que en otro tiempo tanto amó. Por supuesto, Polydor y Doudouline, Gérard 2 seguirían ahí, poniendo mantequilla a sus tostadas cada mañana, Polydor y Gérard 2 con sus carajillos, por la tarde, por la noche, pero sin Louise, ¿cómo soportaría la Abeja la tristeza de no verla más? Me apetece mucho ver tus cuadros, decía Geneviève a la Abeja al oído, me han dicho que son preciosos, Louise, tu amiga, me lo ha dicho, y las otras chicas también, la Abeja fingió modestia, la duda, la profundidad de su falta de deseo le vino como un viento frío a la cara, sí, es por culpa de Gérard, de Johnie, esa chica burguesa que puede permitirse ir a estudiar al extranjero, no, no hay que pensar así, quiero a Johnie, pronto dejará de llamarse Johnie para ser la doctora Vanessa Laflamme, especialista en las neurosis más complejas, porque ella cree que la neurosis, la deformación mental, la alucinación pueden conducir al arte y nada de todo eso es cierto, pensaba la Abeja. Sí, me encantaría ver tus cuadros, sobre todo el último, inspirado por Gérard, es el más impactante, me ha dicho Louise, decía Geneviève a la Abeja absorta en sus pensamientos. De pronto la Abeja tuvo miedo de Geneviève, no, no podía amarla, no la amaría, esa atracción de una noche en un bar era un error, la fidelidad de la Abeja solo concernía a las chicas de la pandilla, la casa de las okupas, su pasado común con Gérard, todo lo que las unía tan sólidamente en el salón lleno de humo de la Abeja, esa casa en ruinas abierta a Manfred, Alexis, el oasis de poetas y artistas donde Doudouline escribía la música para su comedia musical inspirada por Gérard, *Gérard, oh, Gérard*, esa chica, Geneviève, una mujer de carrera ya, una arquitecta, no podía alterar así a la Abeja, ya empezaba a pesarle la autoridad de Geneviève, haremos esto y lo otro, te invito a ver mi estudio todo nuevo, las paredes acogerán ahí tu magnífico cuadro, y se acordaba Louise, la Abeja tenía miedo sobre todo de depender de la riqueza de Geneviève, de todo acto de generosidad que sería para ella una humillación. Mientras la Abeja se sumía en la duda y la vacilación, diciéndose, es culpa mía, no tenía que haber ido a un

bar una noche de luna llena, es archisabido lo que me sucede siempre las noches de luna llena, la divagación total de los sentidos, una locura, no, no debería haberlo hecho, mientras tanto, Polydor y Gérard 2 vestida con el peto vaquero del primer Gérard, ambas iban a poner flores al lugar de descanso de Gérard en la montaña, Gérard 2 era la jardinera de ese prado florido donde se posaba el cardenal escarlata, los gorriones también volaban en círculo, los arrendajos azules, Polydor y Gérard 2 depositaban cada día regalos en lo que ahora era un lindo jardín bajo el que Gérard se había quedado falsamente dormida, decía Gérard 2, Doudouline acudía a cantar sus melodías, Alexis había llevado un poema, oh, querido Gérard, el infinito está contigo, y todas las olas de los océanos y los mares, que tu frágil embarcación no se pierda, Gérard, en esta primavera luminosa y en ocasiones húmeda de lluvia, a Gérard la visitaban a diario. Mercedes iba a rezar de rodillas, lo cual habría irritado a Gérard sin fe ni ley, decía Polydor, pero como la tierra necesita sol, unas oraciones de una piadosa amante no harían ningún daño a Gérard, decía Polydor, su descanso entre las hierbas y las flores resultaría menos atormentado. Polydor vio algunas veces, siempre tan discreta y conmovedora, a la dama de negro que se inclinaba sobre la tumba de Gérard y rezaba, bajo un velo. ¿Era ella, la madre de Gérard?, pensaba Polydor, oh, qué pena que se hayan reencontrado tan tarde, qué pena, pensaba Polydor. Louise ya no soñaba con pertenecer a René sino con ser propietaria de una casa en el campo junto al río, con pertenecerse a sí misma, también. De modo que así es como me olvidas, dijo de pronto René en la penumbra de su lujoso apartamento, donde tras la ventana caían gruesos copos de nieve, sí, aquí estoy embutido en mi ropa chic de otros tiempos, se ve que ya no soy el seductor que era antaño, eh, mi Louise, ¿qué opinas tú? Louise sonrió sin responder, luego oyó la voz de Olga que decía con su acento irritado, la señora sigue igual de guapo que siempre, aunque no lo conociera antes, fue una época de desgracias, prosiguió, cuando hubo la caía del muro de Berlín, unas chicas con pelo rubio mal lavado, jovencísimas, parecían salir de las grutas, de las cavernas pidiendo de comer a los hombres, a los fuertes, a los poderosos, sumidas en la

miseria aquello era lo que las atraía, querían casarse todas con ellos, porque se morían de hambre, de abandono, y los hombres les decían groseramente, eh, chicas, sois todas unas putas que solo buscáis arruinar a nuestros hombres funcionarios, todas, eso es lo que sois, y ellas se subían a las rodillas de los hombres para que las vieran, las admiraran, las contemplaran, era una estampa muy triste, dijo Olga, míseras, con los harapos a cuestas, el pelo sucio, tenían tanta hambre y nadie se compadecía de ellas, dijo Olga, no, nadie se compadecía de ellas. René escuchó a Olga, diciéndose que quizá hablaba por primera vez de sí misma, fuera verdad o mentira lo que contaba Olga, René sintió conmiseración, se apiadó de aquellas criaturas que Olga describía tan bien, las veía como pequeñas ratas hambrientas saliendo de las grietas del muro de piedra, de las grutas negras donde habían permanecido durante mucho tiempo sometidas y agazapadas, por el hambre, el abandono, el rechazo, era el ejército de las chicas que tienen hambre, hambre de hombres y hambre de pan, hambre de morirse, decía Olga, qué pasó con ellas, preguntó René, el tono de su voz era cariñoso, sí, qué pasó con esas amigas tuyas, oh, no son mis amigas, señora René, dijo Olga, se hablaba mucho de ellas, de su salvajismo, de su frialdad cuando atacaban a un hombre y lo escogían como presa. Era eso, la caza de una presa. Necesitaban sobrevivir, señora René, estaban empeñadas únicamente en eso. Varias murieron de tuberculosis, no había nadie para curarlas, otras de sífilis, una enfermedad terrible, dijo Olga, las mujeres y los niños serán siempre los primeros en sufrir, dijo Olga, Olga juntó sus manos como para rezar, y ruego por ellos, sí, ruego por ellos, dijo Olga. René se entristeció pensando en esas chicas que había descrito Olga, podría haber hecho más, ella, militar más tiempo, ir a la cárcel como esas otras a las que los policías arrastraban de los pies y asfixiaron con su gas tóxico, una vida no bastaba para expresar la indignación, la ira. Se había divertido demasiado, ella no era más que una hedonista, una perezosa, una eterna romántica, y quién era ahora él, un hombre impotente vestido elegantemente, un hombre sin amante, Louise parecía leer sus pensamientos desilusionados, escucha, René, dijo ella a su viejo amigo, has hecho, y

bien, todo lo que debías hacer, dijo Louise, más que bien, sí, Dios, en su sabiduría, te invitará sin duda a un paraíso donde te esperarán todas las mujeres que has amado, y muchas otras también, yo solo quiero volver a encontrarme con mis animales, Vénus y los otros, dijo René, nada más, ninguna mujer que venga a molestarme. No te rías de mí, jirafa mía, sabes que puedo ser malo. Se volvió a escuchar la voz susurrante de Olga lamentándose, señora René, se lo digo yo, fue un espectáculo muy feo, al caer el muro de Berlín, aquellas chicas rubias que querían devorar a los hombres, los hombres y su dinero, alimentarse de ellos, morderlos, a menudo les mordían la mano, en sus súplicas, y ellos las desdeñaban con sus risas vulgares gritando, putas, putas. Por supuesto, eran altos funcionarios, no se dejaban comer por aquellas chicas, más bien las insultaban. Las mujeres son dignas de lástima, añadía Olga mientras que René decía, los hombres también, mi querida Olga, los hombres también son dignos de lástima. Olga dijo en un suspiro, pero señor René, usted no es un hombre, lo sabe usted tan bien como yo, usted no es más que una mujer, señor René, las enfermeras, durante su convalecencia, no pararon de decírselo, nosotras, las mujeres, somos todas dignas de lástima, bien lo sabe usted. Mientras peinaba a René, separándole los cabellos por una raya, esa raya que era también el signo de la discreta masculinización de Lali, y es que René y Lali se parecían mucho en el peinado, Louise veía de nuevo en aquel salón lleno de humo de la Abeja a Geneviève, la nueva amante de la Abeja, Geneviève, a quien la Abeja tardó tanto en querer, intentando adaptarse, porque como Lali ella tenía que levantarse pronto para ir a su estudio de arquitectura, al recorrido nocturno de la Abeja, ese recorrido de los bares, por la noche, la noche de los retornos a la casa cuando charlaban bebiendo un carajillo con Gérard 2 y Polydor, a menudo hasta el amanecer, cuando de pronto Geneviève, agotada debido a todos aquellos excesos, exclamaba, escucha, Christie, mi Abeja, ya no puedo más, yo soy una mujer disciplinada, cómo podéis vivir así, vosotras, las chicas de la pandilla, sin dormir jamás, cómo podéis, luego Geneviève se iba en su coche, la Abeja nunca había visto un coche tan bonito, era un descapotable blanco del que enseguida

Geneviève abría la capota al cielo azul, al viento y la lluvia, cuántos y qué prometedores paseos, pensó la Abeja, la Abeja repentinamente melancólica, lo que mitigaba su alegría de amar, sentía que su enjambre no estuviera tan lleno como en otro tiempo, sí, pensaba, se van todas, se quedará vacío, esto, su enjambre zumbador y sublime, ahora las chicas de la pandilla iban escapándose de ella, Louise para construir su casa, Lali porque pasaba cada vez más horas en el hospital, en cuanto a Geneviève, parecía vivir más en su estudio que en su apartamento de puro trabajadora que era y porque se preocupaba mucho por su carrera, además de persistir en la vía ecologista que había escogido para sus proyectos arquitectónicos, pensaba la Abeja, ¿no era ese abandono repentino del enjambre como el del pasado, cuando la partida de su madre interrumpió las largas vacaciones de verano y navidad en la casa de sus abuelos, donde la Abeja vivió una infancia idílica? El abuelo quería ser actor pero como heredó una granja reunió a su alrededor a su numerosa y amplia familia, era una casa, un enjambre familiar donde se cantaba, donde las hermanas de la madre de la Abeja, todas músicas, tocaban todos los instrumentos, oh, qué felicidad aquellos veranos e inviernos de alegría constante, de júbilo cuando la Abeja, los primos las primas sus madres, todos se levantaban con el canto del gallo, y gallos y gallinas había por todas partes, pensaba la Abeja, un ave en libertad le seguía los pasos a la Abeja, ella dormía por la tarde en el campo, entre las vacas, cuánto le gustaba, aquel sueño, qué perfumado estaba el aire, e incluso desde por la mañana cuando la abuela decía, levantaos, niños, tengo crepes con pasas para vosotros, los tíos bebían demasiado, pero las cosas eran así, el abuelo había construido una gran biblioteca de madera, con vigas por donde corrían los ratones y las ardillas al alba, ríos, torrentes corrían justo al lado, era una zona mágica, pensaba la Abeja y de ahí su necesidad de una casa que fuera un enjambre, incluso cuando las chicas la okupaban, era necesaria cierta comodidad, el zumbido de las voces, por la tarde, por la noche, la Abeja se sintió más dividida, más desgarrada aún, pensaba Louise, cuando recibió noticias de Alexis, de su granja irlandesa, Alexis decía estar pasando por un embarazo difícil,

no, nunca tendría que haber abandonado el salón de la Abeja, el pupitre junto a la chimenea, porque ya no tenía fuerzas para escribir debido a las náuseas e incluso a una especie de depresión que la paralizaba ahora frente a la palabra escrita, no, nunca debió abandonar el cuarto de la Abeja, ni esa vida monástica de la escritura, veía cómo engordaba su vientre mientras ella se marchitaba y su marido volvía tarde de los pubs, él que había sido un amante delicado y cariñoso la brutalizaba haciendo el amor, lo perdí todo con la muerte de mi hermano, escribía Alexis a la Abeja, todo, sí, pero lo más doloroso para mí, escribía Alexis, es que vivo aquí junto a mi marido que ya no es el mismo, he visto en nuestro jardín a una ternera atada a una estaca con una cuerda, no tenía más que unos meses, la pobre, y no podía saber a qué la destinaba mi marido, tiraba de la cuerda como para jugar, saltaba sobre sus patas, corrí hacia Dave gritando, no puedes llevarla al matadero, no puedes hacer eso, habías dicho que aquí se preservaría toda vida animal, y él protestó diciendo que sus padres lo habían desheredado perdiendo así toda su fortuna por no casarse con la esposa muy rica elegida para él según su clase social, y que no teníamos elección, dijo, y entonces sentí como brotaba dentro de mí el odio, odiaba a ese hombre, a ese asesino, me engañó con sus palabras, siento mucho, mi querida Abeja, escribirte cosas tan tristes, tan desdichadas, a esa pequeña ternera la quería como a mi futuro hijo, la vi crecer a mi lado, y qué será mañana del resto de los animales de nuestra granja, cuando conocí a Dave era vegetariano, y ahora lleva a los animales al matadero cada día, no, Abeja, nunca debería haberos abandonado a todas, a las chicas, veo con horror cómo crece mi vientre, es el hijo de ese hombre traidor lo que voy a traer al mundo, me avergüenzo y tengo miedo por él, querida Abeja, amiga mía, también siento cierto sosiego cuando desciendo las colinas por la tarde, por esas laderas por donde corren los borregos, las ovejas, los corderillos, bajo el vuelo de los pájaros puedo contemplar el mar al atardecer, oh, ahí junto a las aguas benevolentes podría encontrar la iluminación de la escritura, la grandeza de las palabras cedidas a los poetas, es como si de pronto me sintiera arrebatada por la magnificencia de los paisajes, desde lo alto de

las rocas, muchachos borrachos se lanzan a esas olas a menudo estridentes de un mar que cambia a cada instante, gritan, ríen, oigo la caída de sus cuerpos y luego cómo resurgen por encima de las olas, se sienten invencibles, quizá tengan razón, suben cada vez más arriba por las rocas a la luz de los rayos malvas del sol que avanzan hacia la noche, y desde lo alto de esas rocas gigantescas se tiran directamente a las olas, otras tardes, me subo al jeep de mi marido, me voy, me escapo, conduzco largo rato por la costa, junto al mar, el viento, la lluvia sientan bien, ya no quiero entonces ni la casa ni la monotonía del matrimonio, ya no quiero todo eso, no quiero ya la pareja en la que la mujer se apaga, y aquí estoy, tan preñada, qué hacer, si tú supieras, tú, Abeja, que entiendes todos los humores de los demás, lo deprimida que estoy, tomo algunos medicamentos contra esta pesadumbre de la mente, del cuerpo, pero he de ser prudente a causa del bebé, porque a pesar de todo quizá me salve de mis pensamientos tan tristes, pienso también en mi hermano a quien nadie puede redimir, cuántos remordimientos debió de sufrir sin siquiera confesárselo y fue el remordimiento el que penetró en él para matarlo, como mató él, y de golpe ya no podía defenderse, pues sus carnes vivas se vieron atacadas, así es como explico su fulminante desaparición en unas semanas apenas, la Abeja leía esas palabras de Alexis que la apenaban, a la vez que se deleitaba de repente por la presencia de Geneviève con la que se encontraba en su apartamento por la noche, Geneviève que dibujaba a menudo hasta muy tarde en su mesa de trabajo, el sol y el aire tienen que entrar en todas las casas que quiero construir, sí, hasta el sol de nuestros inviernos puede caldear nuestras casas invernadero, a que es toda una innovación hacer que penetre así la naturaleza en nuestras casas futuras, qué opinas, Abeja, a la Abeja le habría gustado decir, me quitas a Louise, sí, estás a punto de quitarme a mi Louise, aunque siempre haya sido la posesión de nuestro terrible René, a pesar de todo venía a verme a menudo, yo era su amiga, su confidente, y ahora vivirá sola con un perro, un gato, sin mí, ah, y agrandar el enjambre es eso, tiene que ser un enjambre abierto, me acostumbraré, pensaba la Abeja, porque si Geneviève la besaba, la acariciaba toda la noche con una

lentitud estudiada, puede que la Abeja se consolara, quién sabe, poco a poco, pensaba ella. En aquel tiempo, pensaba Louise, Doudouline y sus músicos pidieron prestada la sala de teatro de la Gran Sophie para bailar, cantar, elaborar los detalles artísticos de la comedia musical de Doudouline, *Gérard, oh, Gérard*, la Gran Sophie consintió en prestársela con una condición, dijo ella a Doudouline, que Doudouline se casara pronto con un hombre, la Gran Sophie declaraba a todo el mundo que había encontrado un marido para Doudouline, escucha, hija mía, es un hombre apuesto, un actor de los que te gustan, de hombros anchos, voz de tenor, una virilidad conquistadora, oyes, hija mía, tienes que acabar con esa relación más que ambigua con Polydor que es una chica, no un chico, te lo recuerdo, estoy harta de veros abrazadas y cogiéndoos de la mano como si fuerais novios, en fin, esas cosas no se hacen, necesitas un hombre, uno de verdad, y casarte cuanto antes, Doudouline, escuchaba a su madre, se encogía de hombros, ya sabes, mamá querida, que solo me casaré con Polydor, decía Doudouline a su madre, oh, qué deshonra para una madre, se quejaba la Gran Sophie porque siempre estaba en el teatro, nunca dejaba de actuar, con su voz in crescendo, sabes que padezco del corazón, Anne-Sophie, hija mía, y que esto me matará, ¿quieres que se muera tu madre? Doudouline añadía con calma, tienes una salud de hierro, mamá querida, qué cuento es ese, serás correcta y educada y la suegra de Polydor, pienses lo que pienses, mamá querida. La Gran Sophie se enjugaba sus falsas lágrimas, los tiempos cambian demasiado de prisa, decía ella de pronto, nunca me acostumbraré, mi hija que quiere ser la esposa de otra chica, el progreso va demasiado rápido, si aún no soy cardiaca, seguro que acabo siéndolo, es un sufrimiento demasiado grande para una madre. Y esas personas con las que sales, Doudouline, la Gran Sophie seguía emperrada, esa Lali, ese René, qué son exactamente, de qué sexo, ¿son hombres o mujeres? Esos juegos están bien de adolescentes pero una vez que crecéis, la verdad, no sé qué pensar. Lali es una chica andrógina, mamá, y René un hombre en el cuerpo de una mujer, ¿está claro, mamá querida? ¿Cuándo me dejarás en paz, mamá querida? Nunca, respondía con firmeza la Gran Sophie, nunca, porque para una

madre es una cuestión de honor que su hija se case, en una palabra, que actúe normalmente. Louise recibía en la pantalla de su primer ordenador unas misivas de color blanco y verde sobre fondo negro, de Johnie en su Maison des Étudiants en París, Johnie estudiaba, estudiaba, no aspiraba a tener ninguna relación femenina, tenía que ser cool pero al mismo tiempo muy reservada, concentrando solo sus pensamientos en sacar adelante sus estudios, escribía, aunque admiraba el valor de los chicazos, jóvenes travestidas que solo salían por la noche para avanzar con paso ligero hacia los clubes privados, los bares secretos, reservados, era un periodo de secreto de la homosexualidad de las mujeres, escribía Johnie, todo era tabú, pero a esas chicas tan valientes podía admirarlas por la noche, observarlas desde un café que cerraba tarde, iban tan bien vestidas con sus trajes masculinos, tan distintas, solitarias, bordeaban el Sena, hacia qué santuario de una sexualidad clandestina avanzaban, quién las esperaba allí, se preguntaba Johnie, pronto me llamaré doctora Vanessa y ya no seré la misma, escribía Johnie a Louise, quizá deberé mentir en mi profesión, también yo, como tantas otras. No, tú no mentirás, le escribía Louise, no, siempre serás nuestra Johnie, porque no hay que mentir jamás sobre lo que somos, escribía Louise. Me integro en un grupo de estudiantes, me vuelvo impersonal, escribía Johnie a Louise, es que quiero ser cool, inaccesible, no, que no se sepa quién soy, aparte de una extranjera más entre otros extranjeros. Visito muchos museos y me intereso por la locura de los pintores, la neurosis productiva de efectos alucinados en sus obras, escribía Johnie, mi hermana Émilie era o no tuvo tiempo de expresarlo, una de esas artistas alucinadas cuyas obras se han visto desviadas hacia la destrucción de sí mismas, y ellos eran iguales, quizá, escribía Johnie a Louise, pienso en Van Gogh cortándose la oreja, delirante bajo un cielo de pájaros negros persiguiéndolo, pero a través de esa abolición de sí mismos, han creado obras vivas que van más allá de la marca de la locura, sin la revelación de los cuadros de Rubens, Van Gogh nunca se habría dado cuenta de que era pintor, que sería el autor de más de dos mil cien obras, no, porque quería ser predicador, predicador loco, ya manifestaba un desequilibrio religioso,

pero al tiempo que pintaba con esa rudeza que le conocemos, rudeza y refinamiento, entraba en el manicomio y salía de él, cedía a arrebatos de demencia lo mismo que a ataques de lucidez febril, nunca se habla de esas horas alternativas perdidas para siempre entre los alienados, al fondo de un corredor, o en una habitación con barrotes, pintando, dibujando durante esos días, esas noches de extravío, Louise leía los mensajes de Johnie pensando en su soledad, en esa distancia suya cuando frecuentaba a sus amigas, a sus amantes de las que tan poco sabían las chicas de la pandilla, su amor por Gérard fue protector, vigilante, casi casto, sus largas siluetas se fundían para el sueño de la noche, les gustaba dormir juntas, a menudo, decía Johnie a Louise, nada más, era un reposo dulce, decía Johnie, antes de que Gérard se viera atrapada por los estupefacientes, antes de aquel descenso y aquella huida, decía Johnie, Johnie decía a Louise que ella no podía amar de forma fácil, o tal vez era que su deseo de distancia era más fuerte que el gusto carnal de besar, de acariciar, Johnie no entendía que su hermana Émilie se sintiera siempre tan seducida por los hombres, que se hubiera entregado tanto a ellos y que hubiera sentido un placer incansable, que fuera siempre así y en todas partes, Johnie fue testigo de tantos momentos de embriaguez sensual de Émilie durante aquella estancia en Grecia, el último en que su hermana permaneció a su lado, azuzando a Johnie, su hermanita, su Pequeña Llama apenas encendida, para que amara el cuerpo de los hombres, aún no amo el cuerpo de nadie, contestaba Johnie, preservándose de todo libertinaje, ella tan cool, Émilie lo exacerbaba todo con esa sensualidad suya tan despierta, con su necesidad de sexo, e irritada, Émilie preguntaba a Johnie, ¿a quién pertenecerás, pues? A nadie, decía Johnie, o bien hará falta que la persona a la que ame sepa inspirarme un deseo muy ardiente, pero ¿nacería algún día el ardor de un deseo así?, pensaba Johnie. Y así era como veía Louise ese perfil distante y bello, con su indiferencia, su juvenil nobleza, de Johnie, sola en un café observando el desfile de las chicas travestidas, por la noche, o caminando no muy lejos de ellas en la calle, bajo la lluvia, era una lluvia fina, la de un cielo gris, quizá una de entre ellas evocaría la

partida de Émilie en plena noche, sería por un gesto de la nuca, del cuello, o por la impudicia de una mirada, y luego la procesión de los cuerpos se difuminaría en una neblina rosa, como si Johnie hubiera soñado con esas noches, en su ciudad natal, cuando salían todas contentas, alegres, las chicas de la pandilla hacia esos mismos bares, esos mismos clubes, de una popularidad menos hermética, menos cerrada, aunque la Gran Sophie dijera a Doudouline, palabra de honor, no subiría ninguna de esas escaleras que conducen a esos lugares donde se fuma, donde se bebe hasta las tres de la mañana, donde chicas de buena familia como tú, Doudouline, bailan el vals unas con otras, no, no lo entenderé nunca, decía la Gran Sophie a Doudouline, ofendida al ver que su madre se atrevía a hablarle así, en ese tono decepcionado y tan poco conciliador. Mamá querida, más valdría que no me dijeras nada antes que repetir semejantes tonterías, mamá querida, mejor harías en callarte, contestaba Doudouline. Johnie escribía a Louise que había terminado la lectura del diario de su hermana, son unos cuadernos perturbadores, una lamentable maraña, puede ser, pero de una riqueza literaria altamente evocadora, Émilie se empeñaba en apuntar cada una de sus experiencias, nacida en un estrecho medio de la pequeña burguesía, escribía Johnie a Louise, deseaba descubrir una humanidad distinta y heterogénea, en busca de un humanismo nuevo, para aprender ruso se fue en tren con unos estudiantes rusos, dormía con ellos en unas literas incómodas, compartía la vodka y el samovar durante las paradas de un viejo tren en estaciones donde el frío era siberiano, ávida de las bellezas del universo, según escribía ella, las buscaba por todas partes, rechazando cualquier tipo de comodidad, de prudencia, incluso de consuelo. No se sabía cómo sobrevivía, sus padres no se ponían ya en contacto con ella para enviarle dinero, tampoco podía saberse cuán extrema fue su soledad y su privación durante las derivas de un país a otro, sola y sin apoyo, escribía Johnie a Louise. Louise pensaba en su casita en la que penetrarían el aire y el sol junto al río, delante de la casa habría un césped todo verde en verano, un perro jugando fuera, un gato en la ventana, Louise daba clase por la noche después de las suyas, pronto sería autónoma, había que impedir

cualquier recaída del cáncer, cuando vivir podía ser agotador, sobre todo porque seguía viendo a René, a menudo tarde por la noche, durante lo que René denominaba, arrogante, sus momentos libres, cómo salir de esa relación, cortarla, pensaba Louise, era una unión inextricable, Johnie aconsejó a Louise que la Abeja siguiera vigilando a Alexis, una mala disposición planetaria parecía acorralar a Alexis, un planeta enemigo que le haría mucho daño, las indagaciones astrológicas de Johnie probarían pronto todo eso, escribía Johnie a Louise, resultaba agobiante estar en un mundo donde se agitaban, incesantes en su hostilidad, los conflictos bélicos, las revueltas, los asesinatos de los individuos incluso en plena calle, escribía Johnie a Louise, en realidad, donde quiera que nos halláramos, siempre nos encontrábamos en estado de guerra. René oía el ruido sordo del cepillo, del peine en sus cabellos que separaba Louise, tú y Lali, decía Louise, burlona, tú y Lali y vuestras distinciones particulares, esa raya en el pelo, tú y tus corbatas, cómo no fijarse en vosotros, eh, René, sin embargo a Lali le gusta la discreción, a ti, René, algo menos, René ya no escuchaba la voz de Louise, solo ese ruido sordo del trazado de sus cabellos, cerca del cráneo, de repente sintió ella toda su vulnerabilidad física, esa debilidad en los brazos, en las piernas, aunque Louise le hubiera calzado sus zapatos italianos más elegantes, se preguntaba si tendría bastante valor para levantarse, caminar, estos actos ayer tan sencillos para ella, Louise no debía enterarse de lo que sentía, no, toda confesión de desfallecimiento sería denigrante, René no le contaría su pesadilla de esa noche, de hecho las personas viejas hablaban demasiado, chocheaban, no tenía que ser igual que ellas, pensaba René, al menos en su apariencia René haría siempre un esfuerzo por seguir siendo joven, el viejo René, el indestructible, aunque fuera falso, quizá el mal sueño fuera el aviso de una desgracia, una fatalidad cercana, ¿o quién sabe si de la hora varias veces retrasada de la rendición de René? Se decía pasar a otra parte, pero pasar adónde, y por qué sinuosos senderos, se decía, ha pasado a mejor vida, pero qué vida era esa, y dónde estaba la invisible pasarela por la que se accedía, las pesadillas, los malos sueños de René, desde hacía cierto tiempo, eran seguramente

imágenes de los fragmentos de un paso ya emprendido, se despertaba sobresaltada de un sueño profundo, sin saber si era por la tarde o por la noche, sus ojos no podían abrirse, estaban recubiertos de una placa negra derretida que se pegaba a los párpados de René, René solo podía comparar esas placas con los relojes derretidos de Dalí, acaso era la fundición de los días bien contados de René, finalmente ella levantaba esas placas para constatar que se encontraba en su casa, en su cama o en un sillón, entre sus objetos familiares, pero no había nadie, ni Olga ni Louise, en medio de ese silencio aterrador abría ella los ojos, y en ese instante, René pensaba que solo era un hombre, después de todo, que las pesadillas podían pesar, atormentar, René pensaba que esas placas derretidas podían ser el símbolo de la losa de la tumba cubriendo sus ojos, todo su cuerpo, y que pronto llegaría el final de su existencia, qué sucede, preguntaba Louise, qué sucede, nada, dijo René, piensas en serio que las chicas de la pandilla vendrán a esta fiesta por un viejo, siempre me han visto como un marido malvado, sabes perfectamente que te queremos todas, dijo Louise con impaciencia, tú eres nuestro René, menos mal que solo hemos tenido uno como tú, dijo Louise sonriente, hasta Lali vendrá de su lejana provincia, pero quizá llegue algo tarde, Mercedes también vendrá, si puede dejar sola a su madre, porque ahora se ocupa de su madre y de sus hermanas, en su casa grande, toda su vida la habrá dedicado a ocuparse de los demás, aunque nunca se recuperara de la pérdida de Gérard, pero Gérard 2 también le gusta, dice que es el retorno del primer Gérard, pero con buena salud, trabajando siempre fuera, verano e invierno, en el embellecimiento del cementerio, un segundo Gérard, pletórico de salud, de vida. Sois todas jóvenes aún, dijo, celoso, René, a mi edad, ya no se renace como tu segundo Gérard, entre sus plantas y sus flores, ya sea en el cementerio donde descansa el primer Gérard o en la restauración de nuestros paisajes, no, solo se desliza uno, pero René se contuvo de decir las últimas palabras, a mi edad hay que ser más sensato, dijo ella en voz baja. Lo que Johnie no escribía a Louise es que, por muy reservada que fuera y muy distante que pareciera, Johnie podía quedar deslumbrada, sí, vivir los breves deslumbramientos que se asemejaban

a los shocks del amor. Fue en un salón de actos de una universidad alemana, entre otros estudiantes de élite, Johnie que entonces se llamaba Vanessa, la estudiante Vanessa Laflamme, leía su artículo sobre ese caos de la locura, quizá de alguna neurosis obsesiva como Van Gogh pensando en el corte de la oreja y en el vuelo rasante de los cuervos sobre la llanura, acaso el pensamiento de la oreja cercenada no lo dominaba todo con, como redención artística, había escrito Johnie, el autorretrato que haría Van Gogh de sí mismo herido y con una venda blanca cubriéndole la oreja, como si hubiera sido el artífice de la resurrección de la oreja bajo la venda, ese milagro de su arte, aquí, ese milagro del arte reconciliaba al hombre con su locura, mientras leía su texto con vacilación contenida, se sentía presa del miedo, asustada ante el pensamiento de una tímida confrontación con su público estudiantil cuando vio los ojos de la estudiante Heinrich puestos en ella, Heinrich tenía una amiga, o una amante, sentada no muy lejos, erguida en su silla, Johnie sintió de inmediato la vigilancia de otra mujer, ella que odiaba toda idea de posesión, cuando los ojos color oro de Heinrich se clavaron en los suyos, Johnie percibió ante ella toda una nube dorada en el salón de actos, se perdía una como en la mirada dorada de Lali, en ese resplandor de Lali, de su aparición en invierno, con ese color rosa de sus mejillas, su pelo corto, se habría dicho que coronada de migas de oro bajo la nieve, Heinrich le diría a Johnie cuánto le había gustado escucharla, puede que fuera ese tono cantarín de la voz de Johnie lo que la dejó fascinada, caminaba junto a ella, tocándole la mano, el hombro, con su amiga malhumorada detrás, Johnie se escaparía en el primer autobús, el primer tren para París, pero, mientras duró ese deslumbramiento tan gozoso, se dio cuenta de su disponibilidad en tierras extranjeras pues Heinrich, por su libertad de mente y el ardor de su mirada, le confirmó esa agradable paz de los amores compartidos de lejos, exuberantes, apasionados pero sin sujeciones. Johnie sabía que no le pesaría recordar a Heinrich en ese salón de actos, ubicada como un sol por un breve instante, rememoraría ese rostro de Heinrich a menudo, como si Heinrich le tendiera la mano, y se repetiría, durante todos sus estudios, el amor

está por todas partes y recorre el mundo. Pero esa mirada de Heinrich o su sonrisa inesperada, en ese salón de actos de una universidad, pensaba Johnie, nacía quizá más allá de la tierra, como un arcoíris tras la tormenta, en un cielo bajo, quién sabe si su hermana de más allá de la tierra no venía a visitarla, acaso no le diría Émilie, sí Pequeña Llama, el amor está por todas partes, tú eres quien debe cogerlo al vuelo y reconfortarte gracias a él, Llamita sin fuego. Pero en el salón lleno de humo de la Abeja, las noches seguían siendo largas, se prolongaban en charlas sin fin, Geneviève iba al estudio de la Abeja, bostezando de cansancio, expresando su admiración por los cuadros de la Abeja que ella quería comprar todos, es tan hermoso, un chorro de luz, mi despacho es nuevo, mis paredes están blancas y vacías aún, necesito estos cuadros, algunos son de una blancura y una grandeza majestuosas, sí, todo ese desierto de nieve y de pronto ese rayo púrpura en el horizonte, Geneviève, emocionada, repetía las palabras de Louise, sí, Christie, o Marie-Christine como te llamas de verdad, tú serás la pintora de nuestra generación, la Abeja, en lugar de alegrarse, escuchaba esos elogios con cierto malestar, dibujaba, primero los dibujos con tinta china, sus cuadernos estaban llenos, había hecho miles de esbozos, todos de un hermetismo del que solo ella poseía la clave, aparecía luego, glorioso, fascinante, el color, en cuadros de gran tamaño, pero la Abeja nunca pensó que sus dibujos, sus cuadros, cuyos cimientos, cuya base en bruto estaba tan enraizada en su historia, como su propio corazón o su propio hígado, fueran dignos de ser comprados, y aún menos vendidos. Ya verás, uno de esos dibujos de una complejidad hipnótica estará un día en un museo, decía Geneviève con un tono de certeza absoluta, y la Abeja pensaba, mis dibujos desde la infancia, mis cuadros habitados por el caprichoso fantasma de Gérard que va y viene, que no se decide a partir, como si ella estuviera rodando a mi alrededor, en mi estudio, no, son mis únicos bienes, no poseo nada más. No puedo vender lo que he tomado prestado, pues, ¿no es verdad que el talento es un préstamo de las divinas estrellas? Geneviève repetía despertándose poco a poco, diciéndose que se acercaba la hora de ir al despacho, sí, quedaría radiante, en mis

paredes, un chorro de luz. La Abeja pensó de pronto en Alexis, en su maleta de poemas, nunca Alexis, con toda su pureza y todo su salvajismo, habría permitido que se compraran o se pusieran en venta sus poemas, aunque ella también llevaba mucho tiempo escribiendo, la maleta que contenía sus poemas era cada vez más pesada. Johnie ha predicho ya que uno de tus dibujos estará en un museo, decía Geneviève, hay que creer en la profecía de los astros, decía Geneviève, quitándose las gruesas gafas para lanzar a la Abeja una mirada enamorada, ay, estoy tan cansada, suspiraba ella de repente, vosotras, las chicas, me preocupa que durmáis todas tan poco. Para gozar de buena salud hay que dormir. ¿Cómo ser disciplinado si no se duerme, eh? Sí, el trazado del peine, del cepillo emitía un ruido sordo sobre el cráneo de René, después de la pesadilla, pensaba René, creo que percibí un color amarillo pálido, casi diáfano, a veces las mujeres llevaban vestidos de ese amarillo claro en verano, ese color amarillo transparente, evanescente, podía uno sentir el estremecimiento de sus cuerpos bajo ese ondulante color amarillo, sucedía a menudo al sol, durante un paseo, tras el robo de un abrazo enseguida consentido, ellas me decían, pero René, quién es usted, pues, un galán de los pies a la cabeza, a que sí, reverencia tanto a las mujeres con sus cumplidos que ninguna se le resiste, le prometo que me veré con usted en el hotel a las cinco, para el cóctel, antes de que mi marido llegue a casa a cenar, pero créame, René, solo será un aventura porque soy una mujer razonable y sobre todo muy fiel a un marido que no lo es, son las jovencitas las que despiertan sus apetitos, me descuida, por eso iré a verlo a usted, de todas formas, René, es usted un seductor, no sé qué desprende, pero me atrae a su manera, René recordaba esas confesiones de las mujeres conquistadas, a la hora del cóctel en hoteles de lujo, a menudo bastaba con subir a la habitación con ellas, pero René suspendía esos deliciosos instantes, lo que le importaba entonces en sus ensoñadoras convicciones, era sobre todo hacer creer en el amor, que el amor existía bajo todas sus formas, como si ella fuera o él fuera un mercader de esperanzas, repartiendo así el sueño y el deseo, ella realzaba su precaria masculinidad, aunque él fuera consciente de que aquella

masculinidad tendida a las mujeres cual objeto mágico era también un sueño. Pero la vida era demasiado corta para no soñar, pensaba René. Seguían soñando, esos pobres ancianos de los morideros en sus sillas de ruedas empujadas por los sombríos pasillos de los hospitales, no, ya no soñaban, pensaba René, ella se acordaba de una mujer que aún conservaba algo de su antigua belleza, diciéndole, con los huesos que me crujen, mi delgadez raquítica, soy como esos pollos que llevan al matadero, míreme, no queda nada de lo que fui yo en estos huesos, en estos pechos flácidos, la indecencia de morir, señor, es un tema tabú, a que sí, el color amarillo, pensaba René, el de los vestidos de las mujeres en verano, en un tiempo de esplendor desaparecido para siempre, lavaba la fealdad de los morideros, donde hasta el recuerdo de la belleza había sido asesinado. Fue en aquella Casa de Convalecencia donde René oyó a una enfermera decirle, con su dosier en la mano, aquí tenemos la prueba de que usted no es un hombre, su verdadero nombre es Germaine Cécile, señora, está usted en el pabellón de las mujeres, aquí, no en el de los hombres. Germaine o Cécile, insultado, René llamó inmediatamente a Louise a su teléfono móvil, que acudiera en su ayuda para no ver nunca más aquel lugar. Si el infierno existía, era aquí, diría a Louise. Pero René pensaba que él era o había sido un militante siempre unido a una vasta comunidad de militantes transexuales, estuvieran en Rusia o en China, él seguía luchando con ellos por sus derechos, cuando ellos, en China, en Rusia, luchaban por sus vidas. Decían, con mucho valor, golpeados y acuciados por los guardias penitenciarios, la lucha por nuestros derechos merece la pena. Ese combate contra la crueldad estaba para ellos tan solo en sus comienzos. El elegante sastre chino tenía que esconderse para verse con sus clientes, su belleza, la sedosa calidad de la ropa que llevaba atraían enseguida la atención del enemigo, del censor, de esos hombres vulgares con los que se cruzaba en bicicleta o a pie en esas callejuelas de aire tóxico que emponzoñaba las ciudades, por llevar el cabello por los hombros, sabía que llamaba la atención y que era juzgado, con su largo abrigo negro cuyo corte había diseñado él, cómo hacer para huir para siempre, para exiliarse, pero ni siquiera ese exilio le estaba

permitido, pensaba René, ciertamente tenía amigos en la clandestinidad, pero a veces eso no bastaba para salir de esa miseria cuando también sus amigos se veían amenazados con la cárcel y el castigo. Y sin embargo todos decían, pensaba René, que la lucha merecía la pena. ¿Será verdad que tenga que haber tantas injusticias, y así sacrificar a la juventud?, pensaba René. Cuidado con ese peine que surca mi viejo cráneo, dijo de pronto René a Louise, justamente estaba pensando que tenías un pelo bonito, René, de verdad, nunca envejecerás, es ese guiño tuyo, creo, lo he observado muchas veces, esa forma tuya de guiñar el ojo izquierdo, a veces se diría que sigues siendo un crío, digo bien, no un hombre, un crío, dijo Louise posando la mano sobre la cabeza de René. Me reconfortas como hacías antes, dijo René, por qué bendición del cielo me tropecé un día contigo en mi camino, mi antílope, yo te miraba de arriba abajo, diciéndome que eras demasiado alta para mí, que no haríamos buena pareja, me equivoqué por vanidoso, entonces yo era todo vanidad, dijo René, la vanidad viril no tiene fin. Como tú bien sabes. Luego René parecía preocupado, sabes, Louise, yo tenía un amigo en China, pienso a menudo en él, diciéndome, qué habrá sido de él, estará libre o tras los barrotes de una prisión, o bien lo asesinaron por sorpresa al levantarse una mañana, hay asesinos a los que les gusta pillarte por sorpresa, que no notas cuando se te acercan por la espalda, eso es lo que más temía él, que lo asesinaran sin previo aviso. En las cárceles, hay un agujero en el suelo de tierra con el fin de que la sangre fluya por ahí. La sangre del asesinado por sorpresa. Louise interrumpió los tristes pensamientos de René, haría falta un poco de maquillaje, dijo Louise, estás demasiado pálido, es el lúgubre invierno, dijo René, nada hay más pálido que la nieve y el frío, dijo René, pero pensaba en el maquillaje del amigo chino, que solo por maquillarse se arriesgaba a sufrir un castigo. El amigo chino no podía ni maquillarse ni travestirse según las leyes de su imaginario, no, nada le estaba permitido, René sentía como se le encogía de tristeza el corazón, era igual que cuando no dormía de noche por temor a que se detuvieran los latidos de su corazón. De repente dejaba de oírlos, o bien se diría que unas piedras le oprimían el

pecho. Esa sensación de ahogo disminuía cuando Olga abría súbitamente la ventana de la habitación diciendo, escuche este viento, señor René, es igual de frío aquí que en Moscú. Piense en todos los que carecen de casa donde calentarse y dormir por la noche, decía Olga con voz sermoneadora, tienen que dormir en las estaciones y en las calles bajo los árboles, como en Moscú, los encuentran por la mañana, muertos. Ha pensado en eso usted, señor René, usted que tiene de todo, incluso unos sillones Luis XV y Luis XVI, ¿no sería buena idea venderlos de una vez? Cállese, exclamó René, deje de pensar solo en el beneficio, Olga, el dinero es la cosa más degradante que existe, ¿no le da vergüenza? Mis queridos sillones, mis sillones queridos, los últimos bienes de mi época de prosperidad con Nathalie. Para recibir a las chicas de la pandilla, te sentarás en tu bonito sillón, dijo Louise, como antes, cuando recibías a tus amantes, volveremos a la grandeza de antaño, dijo Louise con irónica convicción. En esa época yo creía poseer el poder de los reyes, dijo René burlándose de sí mismo. Habría que decir a Olga, mi querida Louise, que los sillones son falsos, que no tienen ningún valor, hasta la tapicería está desgastada. Los compré de rebajas. Ya te imaginas que Louise XV o Louise XVI no pueden vivir aquí, pero dulce es la ilusión que mece el corazón de los hombres, qué opinas, Louise escuchaba distraídamente a René, pensaba en Alexis, en esa inmensidad del paisaje irlandés donde se perdía ella, de pronto solo eran pequeños seres en miniatura, Alexis, su marido Dave y el bebé en el vientre de Alexis, se diría que nadie podía socorrer a Alexis en sus inevitables desdichas, ni siquiera el niño que iba a nacer, aún menos la Abeja, desde tan lejos. Louise se preguntaba si el nacimiento del niño de Alexis sustituiría otra vida que se fuera, no, nada era sustituible ni justificable, no se podía justificar la muerte por la renovación de los nacimientos, como decía René, cada persona al partir se desvanecía en la negrura eterna, aunque a veces había dicho a Louise que la muerte no existía, que era un mito para aterrorizar a los hombres, se nacía vivo, decía él, para sufrir quizá el declive de las apariencias, pero todo lo que vivía era un ser en perpetuo movimiento de una vida a otra, en un encadenamiento de todas las fuerzas humanas hacia la cumbre de la

inmortalidad, en una palabra, éramos alpinistas ascendiendo por todos los picos en busca de un tesoro que acabaríamos por alcanzar. Sobre todo, no imaginemos nada siniestro, decía René mientras Louise le empolvaba la nariz y las mejillas. Sin embargo, resultaba inquietante imaginar a Alexis circulando en su jeep, con el feto dormido en su vientre, o bien despierto ya, preguntándose por qué su madre circulaba tan rápido y adónde iban así por las pendientes como por las colinas, por encima del mar y sus altas olas grises tumultuosas aplastándose contra las rocas con el grito de las gaviotas de fondo, y Alexis le decía a su hijo, no temas nada, mi pequeño, mamá sabe conducir en medio de la tempestad, porque en la tempestad, ángel mío, he vivido siempre, a veces ella le hablaba de su hermano Louis, diciéndole, acaso no eres tú el hilo de continuidad de su vida cuando su hilo ha sido cortado por las tijeras del gran maestre de la nada, al hablar así a su hijo, ella pensaba en los poemas que escribiría, estaba escribiendo poemas mientras le hablaba con una dulzura nerviosa, ella estaría ahí para él, le decía, incluso si sus padres habían sido desheredados, Dave y yo ahora somos huérfanos, y solo viviremos contigo de los productos de nuestra granja. Alexis salía sola por la noche bajo la lluvia, caminaba descalza en el mar, el ramillete de sus cabellos en zigzag ondeaba al viento, su vientre se hinchaba poco a poco, en su mente volvía a ver a su hermano en una última visita a una cárcel de alta seguridad, ella quería besarlo a través de los barrotes, le hablaba al teléfono separada de él, Louis, decía ella, Louis, y de repente se callaba, respetuosa por ese sufrimiento inmutable, pertinaz, obstinado, que se desprendía de él, hasta pronto, decía ella, volveré, sí, muy pronto. Y cuando volviera, él ya no estaría allí, su cuerpo estaría cubierto por una sábana negra. Le dirían, ha llegado usted demasiado tarde. Pero él no era más que un asesino, sabe usted, ¿por qué amarlo tanto? Ella diría, también era mi hermano. Alexis preguntaba a la Abeja por qué se hablaba tan poco de lo que sentían las madres en el parto, cuando sin duda era el acontecimiento más difícil de soportar de sus vidas. Las familias se alegraban por una llegada al mundo sin pensar en el dolor de la madre después del nacimiento, cuando de pronto se hacía el vacío en el cuerpo desollado,

vencido y a menudo despreciado por el hombre. Era de risa que aquella grave desolación se llamara en el argot médico «tristeza posparto» cuando para una mujer esa depresión la ponía en peligro. A la Abeja no le gusta que Alexis tuviera unos pensamientos tan tristes, era un mal presagio cuando tendría que sentirse feliz, Alexis, escribía la Abeja, ya verás, todo cambiará a mejor en cuanto nazca Louis-Jean, porque así es como quería llamar Alexis a su hijo, Louis-Jean, Jean como Juan, el discípulo bienamado de Cristo, Jean, en nombre del amor, escribía la Abeja a Alexis que se enfadó por que se mentara el nombre de Jesús, acaso no sabes, Christie, amiga mía, Abeja, cuánto odio todas las religiones, la Abeja se puso a esperar el nacimiento de Louis-Jean como si fuera ella la madre en ciernes, como si tuviera entre sus dedos, igual que una brizna de hierba agitándose al viento, la esperanza de una prolongación de la belleza en la tierra. En qué piensas, preguntaba Louise a René que hizo una señal nerviosa con la cabeza y no contestó, pues René se acordaba una vez más de aquellos veranos sin fin, en su piso, entre sus bonitos sillones, que de repente estaban invadidos por sus animales, cuando Nathalie ya no estaba ahí, tras huir con un hombre del brazo, eso era brutal y feroz, pensaba René, yo estaba sola, las chicas de la pandilla habían huido a Cape Cod, abandonada, miraba a mi alrededor, yo ya no era ni tan joven ni tan encantador, me decía, por eso me dejó Nathalie, a mí que le ofrecía todo, hasta lo que no tenía para mí mismo, esa ilusión de poder me embriagaba, y de pronto me quedé sin apetito ni sed, se oía reír a los vecinos en sus piscinas, maldita alegría, me decía yo, todos parecen burlarse de mí, pero ellos, esas familias, ese vecindario se preocupaba bien poco por mi persona y mi aflicción, era verano, yo me preguntaba si había sido más cruel para mí perder a mi perro Saturne por su avanzada edad, o bien que Nathalie se fuera sin decirme adiós, todo mi pesar se concentraba en mi perro, Nathalie se disolvería en la bruma de sus mentiras, le gustaban mucho los hombres, decía ella, pero René era un hombre o no, la ambigüedad saltaba demasiado a los ojos, puestas a elegir más valía escoger a un hombre viril, con todo lo que ello comportaba, a que sí, decía Nathalie, René seguía oyendo el tono melodioso de su voz, en el

monólogo de la mentira, del engaño, no, por quien más lloró René fue por su perro Saturne, diciéndose, Saturne tenía una mirada de verdad, con la que me trasmitió, para mi sufrimiento, que se sabía condenada, Saturne, mi perro, ay, cuánto dolor, vuelvo a ver sus pupilas húmedas sin súplica pues estaba resignada como cualquier animal a quien se le avecina la ejecución, comió unas pocas galletas de la mano de René, mi querido perro, pensaba René, sí, la imagen embustera de Nathalie no tardaría en disolverse mientras que esa mirada inalterable de Saturne seguía penetrando en el alma de René, removiendo una enorme pena que nada apaciguaría, pues ella tuvo que aceptar que Saturne muriera. Y seguía siendo culpa suya, esa especie de decisión capital, puesto que el animal no podía defenderse de un veredicto así que le separaba brutalmente del mundo de los humanos. Todo era un error, pensó René, en nuestra conducta hacia los animales. Pero René amó tanto a Saturne, oh, más que a Nathalie, estaba claro. Entre perros y gatos, Saturne compartió la almohada de René, su cama, sus sillones de hombre rico, Saturne fue su reina, cuando en realidad Nathalie, René lo constataba demasiado tarde, Nathalie poseía un alma servil. Los animales de los mataderos y todos los que habían sido heridos y abatidos, desde el inocente cordero al noble caballo, todos, pensaba René, tendrían derecho a un paraíso superior al de los hombres, pues la ralea humana no merecía nada, los limbos quizá, que serían de un tedio inconmensurable, y quién quería hastiarse toda una eternidad, o la nada igual de aburrida, cuando se verían alabados, mimados, en ese paraíso ascendente todos los animales de la tierra, sin olvidar a los pájaros, ya con los ángeles volando por encima de nosotros, unos ángeles en miniatura, hasta el águila voraz saltando sobre su presa, hasta el león encarnizándose con la cebra, entre todos ellos, lo que no podía hacerse entre los hombres se decidiría como un acto de paz, un decreto de pacificación eterna, mientras nosotros, hasta en el infierno, seguiríamos matándonos unos a otros. Allá arriba en las blancas nubes habitaba Saturne, con una dignidad perfecta, bastaba con pensar en ella, en su mirada tan franca, desvalida y pura, y René se echaba a llorar. Lo que no sentía ella pensando en Nathalie, como se repetía a él

mismo, esa mujer traidora solo me inspira rabia, sí, solo eso, rabia. Pero en esos veranos de una melancolía exacerbada, mientras los vecinos nadaban gritando de alegría en sus piscinas, René, a la que Nathalie había dejado de desear de golpe, se sintió tan indeseable que acabó buscando todos los pretextos para infravalorar su cuerpo. Hasta su bañera, que ahora que era ella pobre, René juzgaba de un lujo ridículo, esa bañera que Nathalie deseó diciendo, será como bañarse en un estanque en el interior de tu casa, René, oh, qué bien estaremos los dos solos, hasta esa bañera parecía empujar a René fuera de sus aguas espumosas, perfumadas a la lavanda. Solo el calor tórrido de aquellos interminables veranos, cuando se aireaba el piso con las ventanas abiertas, podía incitar a René a tomar un baño. Y qué descubría, acaso se descomponía por ausencia de deseo, había perdido un diente, aquí, y allá una uña en uno de los dedos del pie, y se producía la lenta alteración de un cuerpo que en su día fue bello, sobre todo útil, imperioso en sus deseos pronto satisfechos. Esa cosilla amarilla flotando en las aguas perfumadas, qué era, sí, una uña, y de dónde salía, René se palpaba, incrédulo, de repente tenía la mortalidad a flor de piel. No, sin Nathalie dejó de ser el mismo, fue el principio despiadado de su decadencia. Morir bien, pensaba, porque si se muere antes de tiempo, por lo menos ya será cosa hecha. De pronto René pensó en Louise, cuando se iba ella de viaje, lejos de él e inaccesible, precisamente cuando más necesitaba él tenerla a su lado, acariciándole el pelo, reconfortándole con sus palabras tan amables como irritadas. Amaba a Louise, pero tan mal, se reprochó él de golpe. Salía de la bañera sacudiéndose, diciéndose, no solamente me he quedado sin dinero sino que, además, al separarse Nathalie de mí, me ha convertido en un viejo. Envuelto en su batín, otro objeto lujoso para complacer a Nathalie, se fue a la cama como si de repente tuviera fiebre y un irreparable dolor, aunque nada de todo eso fuera verdad, solo era, pensaba él, el efecto de su complacencia, la de un pobre hombre al que una mujer cruel había maltratado. Ellos seguían gritando en sus piscinas, viva el verano, ah, amigos míos, viva el verano, lástima que sea tan corto, pero viva el verano, amigos míos. Callaos todos, pensaba

René, jóvenes alborotadores, no quiero oíros más, callaos todos. En una palabra, me ponéis rabioso, porque todo me pone rabioso, pues solo resiento eso, rabia pura, llegará un día en que vosotros también perderéis los dientes, el pelo, las uñas pintadas de todos los colores. Qué sucede, preguntó Louise, estás muy taciturno, René, estaba pensando en esos veranos horribles cuando no estabais aquí, las chicas de la pandilla, y sobre todo tú, te echaba de menos mucho entonces. Pero René no dijo nada, su pensamiento erraba, solitario. Luego, de repente, se animó, sabes, Louise, anoche soñé que Lali venía a vivir cerca de aquí, a unas calles de aquí, me decía que estaba harta de esos jóvenes sidosos que se negaban a ponerse preservativos, esa imprudencia la abrumaba, ¿por qué tenía que trabajar tanto para ellos si se negaban a escucharla? Sabemos, dijo René, que la juventud es así, no escucha a nadie. Pero a Lali no le gustaba nada esa acumulación voluntaria de muertos precoces. Tendría que haberse jubilado, pero decía que los médicos no pueden obrar así, que tienen el deber de estar siempre alerta. Lali rehusaba envejecer, así de simple, dijo Louise con tono prosaico, y tiene razón. Pues bien, en mi sueño, dijo René, animado de repente, Lali venía a vivir a mi barrio y me decía, yo seré tu médico de cabecera, eso es lo que me decía ella, y al despertarme Olga dijo que me había oído cantar. Yo cantaba como en otro tiempo, al piano, balbuceando mis palabras de amor a las mujeres sentadas junto a mí, mis canciones de antes, y todas ellas me decían, sigue cantando, René, es tan romántico, sabes, Louise, que puede perderse la vida al piano, con ese romanticismo adulador, así transcurrían como gotas esas horas de mi existencia tan ocupada por el sueño. Así es como vive su vida cada uno, dijo Louise, tienes razón. De hecho, puedo asegurarte que Lali vendrá de su ciudad remota y que un día estará junto a ti. Como todas nosotras, las chicas de la pandilla, sabes que estaremos siempre a tu lado. No me creo nada, dijo René, quién quiere frecuentar a un viejo que no tiene un céntimo, malhumorado y gruñón, antaño, sí, habría sido comprensible y hasta legítimo, pero ahora, ah, ahora, dijo René, bueno, sí quiero que Lali se me aparezca en sueños, Little Brother, dijo René suspirando, pero ¿dónde se ha metido el

tiempo?

TERCERA PARTE

DUELOS Y RENACIMIENTOS

René oyó cómo descorchaba Louise el champán en la cocina. Era un sonido festivo, Louise exclamó, aquí llegan algunas de las chicas, oigo sus pasos por la escalera, las chicas aparecieron en el umbral del elegante salón de René, Olga las observaba con mirada desconfiada como si dijera, pero qué hacen estas aquí, es mi casa, la casa de la señora René y mía, quién viene a perturbar así nuestra paz, aquí llegan Doudouline y Polydor, dijo Louise orgullosa, se casaron y ha sido gracias a tu militancia, René, sí, cuando luchabas por nuestro derecho al matrimonio, frente al alcalde, y después en Nueva York, en San Francisco, tú, el gran militante, este es el resultado de tus esfuerzos, querido, unas chicas raras, pensaba Olga, qué vienen a hacer aquí, ya Olga sentía celos ante la posibilidad de que la señora René pudiera andar, ella que no salía nunca de su cama, con Louise sujetándola del brazo derecho, hasta el sillón Luis XV o puede que fuera el Luis XVI, un sillón majestuoso en el que la había sentado Louise como si René fuera un personaje regio, tan bien vestido con su indumentaria del pasado y tan bien calzada con sus zapatos de marca italiana, que Olga ya no la reconocía, era insoportable ver así a la señora René, pensaba Olga, la paciente de Olga, su enferma al borde de la agonía, de pronto tan viva, con un brillo burlón en los ojos. Y Gérard 2, nuestra florista y paisajista, dijo Louise, acompañando a cada una de las chicas hasta el amplio sofá. René las miraba una por una pensando que de repente ella se sentía ligeramente mejor, al menos me siento a gusto en su compañía, pensaba René, y además han conservado todas ese aspecto juvenil suyo que me encanta. No debo olvidar que podría ser su padre, o su abuelo, a mi edad y tullido, a pesar de que Louise me haya peinado y vestido tan bien, debo de parecerles un carcamal. Pero René veía que las chicas lo miraban con una simpatía afectuosa, casi con

ternura. Paisajista, mi buen Gérard, entonces y quizá también ahora, la que, en verano como en invierno, llenaba de rosas rojas la tumba de Gérard, te pareces a él, dijo René, pero más sano, con tus mejillas sonrosadas, se ve que te pasas el día al aire libre. Es lo que me gusta, dijo Gérard 2, hay que embellecerlo todo, que nunca triunfe la fealdad, dijo Gérard con aplomo. Tú lo sabes bien, dijo Gérard, te gusta el arte, te gusta todo lo que es bello. Y vosotras, chicas, preguntó René a Doudouline y Polydor, qué habéis hecho todo este tiempo, a veces he oído hablar de vosotras, en la televisión, en los periódicos, Doudouline y su comedia musical, *Gérard, oh, Gérard*, y tú, Polydor, ahora eres dueña de una librería, sí, es la librería donde puede ir la gente a entrar en calor en invierno, con un carajillo, la he llamado *L'ivresse de lire*, la embriaguez de leer, o bien *Les Libres ivresses*, la libre embriaguez, y vienen muchos lectores. Es sin duda por el café con coñac, dijo René, la gente nunca lee lo suficiente. Luego ella repitió nunca lo suficiente, como para atenuar el orgullo de Polydor propietaria de una librería. Era una profesión de la que René se sentía particularmente envidiosa, pero ¿acaso no tenía envidia de cada una de esas chicas que habían hecho algo más que soñar en sus vidas?, pensaba él. Doudouline y Polydor se cogían de la mano como si las intimidara René, experta en mujeres de todas las clases sociales, era portentosa, desde luego, quién había vivido tantas aventuras como René, Doudouline con su mirada azul acariciaba a veces a Polydor, casadas, por fin casadas, pensaba ella, pero de esa celebración del matrimonio de dos personas del mismo sexo, lo que más la conmovía era lo de su madre, la Gran Sophie que, de pronto, como san Pablo de quien se dice que fue un gran pecador, se había convertido. Ella quería estar ahí, en el jardín de la Abeja, en verano, haciéndoles los honores a las novias, madre testigo entre los pliegues del vestido de la novia, su hija Doudouline, Anne-Sophie, no podía creer que las chicas fueran a casarse en vaqueros, y para colmo el de Polydor tiene unos rotos en las rodillas, había que reconocer que los vaqueros estaban limpios, aparte de las flores en el pelo, se diría que se casaban todos los días, que no se trataba de una ceremonia excepcional, porque de hecho había poca ceremonia, aparte del

intercambio de un beso que la Gran Sophie grabó con su teléfono. Dijo incluso, besaos otra vez que pueda hacer una foto más para tu padre, Doudouline. Porque sabes cuánto te adora tu padre y siempre ha dicho que eras la más espabilada de la familia, como si yo no existiera. La Gran Sophie se mostró como una madre arrepentida, con lágrimas en los ojos y todo, diciendo a Doudouline, te pido perdón, no lo entendía, pero ahora lo entiendo, es amor y solo amor, después de todo, y el amor es de todas y todos. Sed felices, hijas mías, soy vuestra mamaíta, siempre hace falta una. De todas formas, Doudouline, admite que me has dado muchos quebraderos de cabeza desde tu pubertad, cuando tu padre y yo, trabajando en el teatro día y noche, os dejábamos al cuidado de una niñera, porque siempre habéis tenido niñeras, tu hermano y tú, y los dos, tu hermano y tú, os enamorabais siempre de las niñeras, cuando aún no teníais edad de amar. Os mimaban demasiado, os sentaban en sus rodillas, os acariciaban. Sí, mamá, todo eso es verdad, respondió Doudouline, no nos atrevíamos a decírtelo, pero estábamos enamorados de nuestras niñeras. Y de repente al crecer nos las volvimos a encontrar, más tarde, una se hizo directora de un teatro experimental y fue mi primer amor. La Gran Sophie replicó, seria, y no te daba vergüenza, no, con dieciséis años apenas, enamorarte de una mujer que me hacía la competencia con su teatro y que casi tenía mi edad, Anne-Sophie, te lo repito, tu precocidad sexual, igual que la de tu hermano que, menos mal, está casado hoy con una mujer, tu hermano diseñador de decorados de teatro, siempre tan inspirado porque tu padre le enseñó todo lo que sabe, sí, esa precocidad que no fue ejemplar sino chocante, me ha molestado siempre, así que estoy contenta de que por fin hayas sentado la cabeza y te hayas casado con Polydor, ya no podrás saltarte las reglas como hacías antes con tus niñeras. Porque eso no es legal, el amor a los dieciséis años, sobre todo con una mujer que me hacía la competencia con su teatro experimental, créeme, Doudouline, me estabas volviendo loca. Bueno, ya estoy tranquila, os bendigo, mis hijas queridas. La Gran Sophie, en aquel memorable día de la boda en el patio de la casa de la Abeja, se arrojó a los brazos de Doudouline luego a los brazos de Polydor en un

nuevo estado de alegría y reconciliación. Una podía convertirse a cualquier edad, decía ella, y francamente hablando, nunca creyó que Doudouline pudiera casarse algún día con un hombre, no, nunca. Así que Polydor era la mejor solución en esas circunstancias bastante especiales, añadió. Por fin mamá me quiere tal como soy, pensaba Doudouline removiendo las puntas de sus rubios cabellos, ya no eran rubios como el trigo, como antes, no, ahora iba a la peluquería. Era espantoso tener cerca de sesenta años. Cómo había podido sucederle algo así, pero el mismo René lo decía, chicas, pensad en eso, os conocí cuando teníais apenas veinte años, erais unas crías, y llegaréis a los sesenta, y eso os conducirá por otros derroteros, al terreno de vuestra frágil mortalidad latente, no hablemos de los setenta ni de los ochenta, pasemos directamente a los noventa e incluso a los noventa y tres, en mi caso, René, tendréis que manteneros en pie como hombres, os lo digo yo, pues la sociedad os condena a la degeneración total y tiende únicamente a deshacerse de vosotras. No somos hombres como tú, René, dijo Polydor. Entonces aprended a escuchar solo vuestras fuerzas, dijo René, antes que la voz de quienes os desprecian. La voz imperiosa de René resonaba en la habitación. Olga pensaba en esos abrigos de invierno de las chicas que había tenido que colgar en el vestíbulo y en esas botas rezumando nieve y agua en su suelo recién fregado. Estaba deseando verse de nuevo con la señora René, sola, dependiente, le habría gustado verla más débil aún, no solo incapaz de levantarse y de caminar sino inmóvil para siempre apoyada en esas almohadas y poniéndole ella la gran música de la mañana. Pero de repente todo cambiaba aquí, la señora René se encontraba demasiado bien, como si volviera a ser joven, y prodigando consejos a sus discípulas. Ya no era el señor de Olga, ella pertenecía más a todas esas chicas, auténticas extrañas para Olga. Y ahora se veía por la ventana del salón que seguía nevando, como en Moscú. Que no dejaría de nevar. En un caluroso arrebato de admiración, Doudouline elogió a su madre, pensad en mamá, la Gran Sophie, dirige su teatro, pone en escena a jóvenes autores e incentiva la innovación, no deja de viajar con sus producciones, sus actores, sus técnicos, oh, divina mamá que no

envejecerá nunca porque es una artista como tantos otros, dura como una roca. Y además es una mujer, añadió Polydor con su voz rota de tanto fumar. No se conoce bien la capacidad intelectual y física de las mujeres, dijo Polydor, o bien los hombres han renegado siempre de ella. Yo conozco bien a los hombres, dijo René, los frecuentaba mucho en mi piano bar mientras sus mujeres flirteaban conmigo, me mareaban con su palabrería melosa, provocadora, sí, los conozco bien, a menudo son débiles y están celosos de sus mujeres. Por eso imponen fidelidad las religiones, para no incomodar a esos pobres hombres tan susceptibles, los entiendo, soy como ellos, dijo René. Claro que no, claro que no, intervino Louise, debo deciros, amigas mías, que la Abeja estará enseguida con todas nosotras, oigo sus pasos por la escalera, no la pinchéis, sobre todo tú, René, como hiciste tantas veces en otro tiempo, cuando nuestra amistad te molestaba, viejo celoso, que eres un viejo celoso, controlando tan poco ese temperamento ardiente tuyo, sí, sed cariñosas con la Abeja que llegará sola, porque acaba de perder a Geneviève, la mujer a la que ha amado, y con la que se casó hace apenas unos meses, la boda con toda su alegría se vio seguida por la muerte repentina debido a un cáncer fulminante. Doudouline dijo en voz baja a Polydor, con todo el tiempo que llevo diciéndote que dejes de fumar, un día me dejarás viuda, si sigues así, no ves cómo ha terminado la cosa para nuestra querida Geneviève, es que no lo ves, Polydor, que acababa de salir fuera para fumar, cogió de nuevo la mano de Doudouline y la puso sobre sus rodillas con aire contrariado. Aquí, en nuestra casa, está prohibido fumar, dijo Olga con tono dominante. Bueno, tampoco hay que pasarse de buenos, dijo René, un pequeño cigarrillo de vez en cuando no mata a nadie, la voz de Olga volvió a imponerse, señora René, si está usted tan enferma es porque ha fumado mucho, mucho más de lo razonable, diría yo. Así es, en los bares, mientras cantaba, me ofrecían cigarrillos aromatizados o whisky, cogía ambas cosas, dijo René, pero eso no es una razón para morir. De hecho no es normal que una vida se termine, nunca nos rebelaremos lo suficiente contra eso. René suspiró, pobre Geneviève, me caía bien, sabía cómo construir casas ecológicas, le gustaba tanto la luz del cielo,

la presencia de los árboles, el canto de los pájaros cerca. Era una arquitecta maravillosa, una artista, y pensad en eso, chicas, ella fue la que os sacó de esas casas que se caían a trozos, caserones húmedos y en ruinas, para diseñar para cada una de vosotras unos apartamentos soleados, y hasta una casa de campo que compartía con vosotras y la Abeja. Tenía que terminarse de una vez esa época vuestra de okupas, más que el cigarrillo y el whisky, la humedad de aquellas paredes iba a acabar con vosotras. Eso es cierto, dijo Polydor triste, la queríamos tanto, la Abeja la engañaba a veces, esa Abeja y sus irresistibles ganas de conocerlo todo, de vivirlo todo, dijo Polydor, se encontró con Gabriela en México durante una exposición de sus dibujos en San Miguel, y Geneviève estuvo esperando a que volviera tres años, dijo Polydor muy seria. Es así, por desgracia, dijo René, siempre engañamos un poco, cómo hacer si no, vivimos en un mundo de deseos, de atracciones, ay, dijo René, pero Polydor replicó con firmeza, pienso que hay que ser fiel a la persona que se ama. Mientras Polydor pronunciaba esas palabras, se acordaba de la prostituta que la acogió en su coche durante aquella noche suya de perdición después de los bares, noche de la que nunca habló a Doudouline, porque parecía algo similar a una infidelidad sentimental, con esa prostituta que podría haber sido la madre con la que Gérard soñaba en sus fantasías, Polydor se acordaba del calor del abrigo de pieles bajo el que la digna prostituta no llevaba ninguna ropa, una braga de seda enganchada a un liguero negro quizá, eso era todo, un perfume vulgar emanaba del coche, pero Polydor seguía sintiendo gratitud porque evitó que la violaran tres vagabundos que luego se quedarían dormidos envueltos en sus sucios abrigos contra la pared de un banco, un edificio que a pesar de todo los protegía del frío, de la nieve. Al decirle, entra en mi coche, chica extraviada, esos hombres están borrachos y quieren violarte, yo estoy esperando a algún hombre como cada noche, pero el frío los aleja de mi coche, dónde vives, voy a acompañarte a casa, es tarde, sabes, está casi amaneciendo. En cuanto a mí, un hombre a estas horas, yo no vendrá ninguno, se han vuelto con sus mujeres o sus amantes. Qué hacías con esos granujas degenerados contra el muro, intentabas dormir porque habías bebido

demasiado, a que sí, no te fíes, en esta ciudad hay granujas peligrosos, y sobre todo están puestos de coca hasta arriba, así que no le tienen miedo a nada. Luego Polydor volvió a coger la mano de Doudouline y la apretó más fuerte, diciéndose que no podía juzgar a nadie. Sí, sed cariñosas con la Abeja, repitió Louise, nuestra amiga está pasando un mal trago, ha perdido a Geneviève y, poco después del nacimiento de su hijo, a Alexis, un drama completamente involuntario para Alexis que había tomado demasiada medicación contra la depresión que le recetó negligentemente su médico, es una vergüenza, nuestra pequeña Alexis. Abajo, la Abeja ponía un pie en un peldaño, luego en otro, despacio. Le parecía haberse quedado sin aliento desde la desaparición de Geneviève, ¿sería porque el último aliento de Geneviève en una cama de hospital se había llevado el suyo? No dormía, respiraba mal. La vida sería en adelante un infierno, ya lo era, a la alegría de una boda bien celebrada le siguió una neumonía fatídica y luego esa cosa innombrable, la muerte. Louise lo describió bien en su ensayo, *Las mujeres y el cáncer*, esa terrible crueldad que se encarnizaba con tantas mujeres, cáncer de pecho o cáncer que devoraba un pulmón, o todas las formas de cáncer, se diría que esa gangrena iba a arrebatar tantas vidas jóvenes, como la de Geneviève, en plena juventud todavía, en plena realización de sí misma. Hubo los excesos de su juventud, las noches despiertas, los bares, el alcohol a raudales, los lugares donde bailaban todas juntas cada noche, cuando la Abeja decía a Geneviève, por qué trabajar tanto, intenta levantarte tarde una mañana, descansar perezosamente como hago yo, no, Geneviève iba a su ritmo, trabajaba demasiado y nunca cedía a la pereza. La Abeja oía la charla incesante, su murmullo, mientras se apoyaba en la rampa, completamente perdida y sin fuerzas de repente. Qué sería de ella entre las chicas de la pandilla, ahora que era tan desgraciada, en adelante estaría siempre sola, hasta en la casa del campo que tendría que vender. Oh, esos desgarradores recuerdos de Geneviève nadando en el lago, bajo el severo perfil casi negro de las montañas. En cuanto a Alexis, la pena empezaba a solidificarse, fue hace tiempo, Louis-Jean había crecido en Irlanda junto a su padre sin saber cómo perdió la vida su madre porque

se hablaba poco de Alexis en aquella casa, en aquella granja irlandesa. La Abeja recordaba a Alexis en su casa, por la noche, con la maleta de poemas en la mano. Nuestras amigas también son a veces nuestras hijas, pensaba la Abeja, así perdí a Alexis, como si fuera mi hija elegida. La Abeja pensaba que nunca más podría sonreír o reír como antes, con las chicas de la pandilla, como si Geneviève le hubiera prohibido que se relajara, cuando le dijo en el momento del adiós, no olvides que, si eres feliz, yo lo seré contigo. De pronto la Abeja vio a Louise bajando las escaleras hacia ella para llevarla al salón. Te sentará bien ver a las chicas, dijo Louise estrechando a la Abeja en sus brazos, sabes cuánto te queremos todas, Christie. Enfrentada a Olga que adoptaba aires de anfitriona, algo que la Abeja veía como una impostura en casa de René, la Abeja se negó a quitarse las botas de cowboy y la chaqueta de imitación de cuero que llevaba encima de un grueso jersey de lana blanco. Las chicas la vieron entrar en el salón como si se tratara de su entrada en el salón lleno de humo de otros tiempos, siempre vestida de la misma manera y con ese idéntico aspecto de paje con su flequillo sobre la frente y el destello de sus ojos debajo del pelo. No hay que dejar ver la pena, pensaba la Abeja, que pueda sonreírles a todas, así es la vida, de estar viva a no ser nada. Su corazón se sentía oprimido, pero la Abeja dio un beso a cada una de las chicas y a René con el mismo ardor, sentándose a los pies de Doudouline como si estuviera en su salón muchos años antes. Doudouline dijo, poniendo una mano sobre la cabeza de la Abeja, he leído el poema de Alexis, Fuente negra de donde broto, río de una nada absoluta, sí, he leído el poema de Alexis en el escenario del teatro de mamá, y no podía dejar de llorar. Una lágrima corría por la mejilla de Doudouline. Alexis debería estar aquí con nosotras, dijo Polydor, es fácil, se deshacen de las mujeres deprimidas después del nacimiento de su hijo dándoles pastillas, como si fueran máquinas de engendrar y parir, cuando para cada una de ellas es una experiencia traumática, sí, es demasiado injusto, dijo Polydor. Sí, la echamos mucho de menos en esta reunión, dijo Doudouline. Le habría gustado tanto estar con nosotras. Dave me escribió que Alexis iba a menudo con su jeep hasta

el acantilado, con su hijo, tan cerca del océano, que le dio pánico y llevó a la madre y al hijo a la casa, dijo la Abeja, su psiquiatra no se ocupaba bien de Alexis, le recetaba una medicación demasiado fuerte y peligrosa, sí, lo sé todo, Dave me escribió a menudo, dijo la Abeja, como dijo él mismo, fue la muerte de una joven madre por falta de seguimiento médico. Eso fue. Gérard 2 escuchaba, Doudouline y Polydor eran una pareja casada, Gérard 2 pensaba que incluso si era algo tarde, le gustaría tener una compañera, se acuesta una por la noche, ahí está, se levanta una por la mañana, ahí sigue, y su presencia caldea el ambiente que siempre está frío, en invierno, incluso dentro de la casa. Gérard 2 pensaba en Mercedes que fue el primer amor de Gérard entonces tan imperfecta, perturbadora y queriendo mal a Mercedes porque le atraían demasiado los estupefacientes. Qué desdichada elección la de Gérard 1, cuando Mercedes era la más generosa de todas las jóvenes que Gérard hubiera conocido y la que compartiría más sus desdichas. Qué era de Mercedes, pensaba Gérard 2, su despacho de socióloga estaba siempre abierto, trabajaba incluso por la noche, recogiendo a adolescentes deplorables a quienes ofrecía agujas limpias a la vez que los llevaba al centro de rehabilitación, en su coche donde estaba escrito Urgencias nocturnas. Gérard 2, al respirar el aire del exterior mientras fumaba un cigarrillo, se imaginó un jardín en el patio de René, cuando desaparecieran los montones de nieve, sería precioso plantar aquí y allá lilas blancas, lilas malvas, e incluso hacer un huerto, con tomates, zanahorias y hierbas aromáticas. Porque a Gérard 2 le parecía que René tenía que alimentarse mejor. La Abeja, sentada contra las rodillas de Doudouline en la alfombra oriental, otra locura de René, como si estuviera en el salón lleno de humo de antaño, en la casa de las okupas, la Abeja pensaba que perder a Geneviève, perder a la persona que se ama, era como quedar desposeída de una mano, de un brazo, pues realmente el cuerpo se sentía huérfano de uno de sus miembros. Era algo que no se podía entender si no se había vivido. Luego la Abeja pensaba en las deliciosas comidas dominicales con Geneviève, en el campo, en su casa junto al lago, el domingo era el único día en que Geneviève no trabajaba, cuando las chicas de la

pandilla se juntaban con ellas, el olor a rosbif, la Abeja, glotona, sentía aún hoy el aroma, pues para Geneviève la preparación de una comida era una celebración de las amigas. Pronto en esas tardes calurosas incluso en el campo, las chicas bajarían hasta el lago por un sendero, un camino frondoso bajo los árboles donde les picarían las moscas y los mosquitos, en medio de un olor a abeto y a hojas aplastadas por sus pies descalzos. Se zambullirían en el lago desde donde Geneviève oiría sus risas, o saldrían en canoa, en barca, tan lejos que Geneviève ya no las vería desde la terraza. No valdría de nada decirles que fueran prudentes, que de repente las corrientes podrían convertirse en olas, Geneviève sabía que las chicas no la escucharían. Así transcurrían los veranos, en medio de ese calor jubiloso, etéreo de los más hermosos días bajo el sol embriagador hasta la llegada de las grandes aves migratorias del otoño. No se sabía cuál era la dolencia de Geneviève puesto que no hablaba, aunque ante la Abeja se atrevía a dar muestras de cansancio. Puede estar alguien tan cansado siendo tan joven, pensaba la Abeja, mientras Geneviève se encerraba en su trabajo como en su silencio, abriendo en la mesa de la cocina los planos de sus diseños. La Abeja pensaba que en esa época anterior ella no quería verse domada ni domesticada por nadie, ni por Geneviève que soñaba con buscarle un refugio seguro, ni por nadie, decía ella, la Abeja era una artista libre, su madre muerta tan pronto se lo había dicho, Christie, hija mía, no me imites, ves que pertenezco a tu padre, no hay que pertenecer a nadie, tus experiencias serán las tuyas, no las de los demás. Durante los apagados y grises inviernos, aunque se sintiera amada por la paciente Geneviève que ni siquiera le pedía vivir con ella, cómo se llamaba aquello, decía la Abeja, un amor que no se encerraba en sí mismo, un amor cuya abertura sería vasta como la tierra, repleta de imágenes de fuga, pensaba hoy la Abeja, sobre todo para reprimir sus pensamientos egoístas. Era invierno cuando la Abeja decidió ir a estudiar pintura a México. Vete, será una enseñanza importante para ti, en tu búsqueda de colores nuevos, le dijo Geneviève, como si en su clarividencia Geneviève se hubiera dado cuenta de los deseos ocultos de la Abeja más allá de la atracción de su arte, había sin duda alguien

esperando a la Abeja, una mujer, una profesora de dibujo y el embrujo de los colores mexicanos, tan cálidos y tórridos, no se habría redoblado de no ser porque el corazón de la Abeja, predispuesto ya, encontró por encima de todo otro amor, Geneviève sabía todo aquello, o lo presentía, diciéndose que esa certeza que ella predecía de su pareja futura, domada y domesticada como no quería la Abeja, la conduciría hacia un hogar que aún no existía. O eso quería pensar Geneviève que era una persona estable, porque lo quisiera o no, Geneviève creía en esa estabilidad de la pareja. La enseñanza de la profesora Gabriela consistía en despertar a la Abeja a los colores y a la sinrazón estética de Frida Kahlo que ya cautivaba a la Abeja, dejarse seducir por la arisca Gabriela, por qué no, pensaba la Abeja en su fascinación por la aventura. Aquí ella solo obedecía a sus instintos, como habría hecho su madre artista si hubiera tenido derecho a la libertad. La Abeja había huido de la monótona blancura del invierno a favor de un paraíso de colores leonados que le parecían eternos. Todo era color, verdes exuberantes, puertas rosas, más allá de la puerta florecía un jardín y en el jardín un prado, un estanque donde iban a beber los colibrís. Todo era esplendor dibujado por la mano de un maestro, los muralistas pintaban sus ciudades, Gabriela, con una mano sobre el hombro de la Abeja, le decía que Kahlo había pintado autorretratos, que eran más retratos de su ciudad que de sí misma, porque imperaba por todas partes la voluptuosidad de los colores. Grácil con su suéter negro, el pelo con raya en medio como una colegiala, los arcos de sus cejas uniéndose por encima de sus ojos negros como si hubiera tomado prestada la máscara de un águila, y esas cejas indomables y arqueadas estarían en cada uno de los autorretratos donde Frida, la niña que pintaba, se realzaba con los colores y el porte de una reina, Frida trazaba con sus pinceles una alta silueta cuya cabeza era un nido de pájaros o un jardín de margaritas blancas y moradas, las arañas, las serpientes, toda la jungla habría podido alojarse allí pues la cabeza de Frida simbolizaba toda una danza folclórica, tanto por sus colores como por su movimiento. Sentada en el salón burgués de René, bajo la mirada por momentos severa de ese viejo señor que era René, aunque

seguía siendo seductor, pensaba la Abeja, era sorprendente que la Abeja sintiera una emoción tan profunda cuando se imaginaba los colores de México, y bajo todos esos colores, la cara de Gabriela confundiéndose con los cabellos en tirabuzones o pirámides sujetos con lazos verdes, con ramilletes de flores, de Frida Kahlo, olvidando de golpe que estaba de luto por su amiga y amante más querida, Geneviève. Pensaba entonces que nada tenía sentido en nuestras vidas. Quizá bajo nuestras apariencias razonables estábamos todos locos de atar. Te alegras de estar de vuelta, Abeja, preguntaba René, sí, de reencontrarte con la pandilla de las chicas, preguntaba René, no digas nada, sé lo que es eso, yo, las aventuras lejos, perdonables o no, hay que vivirlas, ¿qué habría hecho yo de no encontrar a Louise, mi pequeña esposa demasiado grande a mi vuelta, eh? Louise corría ya a la puerta a recibir a Johnie que ahora se llamaba doctora Vanessa Laflamme, René dijo riéndose, qué ignorante puedo llegar a ser yo, que solo vivo de amor y agua fresca, es así, no me preocupo por instruirme y de repente ahí estáis todas, como Louise, doctoras en filosofía. Doctorados por aquí y por allá, además de dominar un arte, como la Abeja, chicas, ¿qué queréis que se aprenda tocando el piano en un piano bar, eh? Se aprende a amar, algo que está prohibido, dijo Polydor a René, se aprende a cantar y a reír cuando todo es triste, incluidas las mujeres con las que te veías en otro tiempo, dijo Polydor, porque, dónde están ahora, solo Dios lo sabe, dijo René, y tampoco a Él le interesa saberlo. Polydor pensaba que René nunca confesaría su decepción o incluso el dolor que lo tenía encamado, ella siempre desviaba la conversación a la broma, la risa, o bien se callaba, lacónica, cerrando un ojo con un guiño malicioso. Johnie tocó con sus largos dedos enguantados el hombro de la Abeja, ya lo sabes, estamos contigo en este mal momento, murmuró ella, Olga observaba a Johnie, no, ella no tenía el aspecto bohemio del resto de las chicas, parecía pensar, era más distinguida, infinitamente larga, aparte de la Abeja, demasiado menuda, el resto de aquellas chicas eran todas demasiado altas, pensaba Olga que era de un tamaño modesto, a veces se diría que son chicos, esa a la que llamaban Gérard 2, pensaba Olga perdida en medio del grupo, Olga era del mismo tamaño que la

señora René, ahora realzada por sus zapatos nuevos de marca italiana, la señora René podía parecer más alta, pero era solo una ilusión, su sillón antiguo era alto y por eso ella ocupaba de repente mucho sitio, pensaba Olga que seguía imaginándola tumbada en su cama, Olga saludó a Johnie llamándola señora, la Abeja pensó que seguía siendo la misma Johnie de siempre con largas pestañas sobre unos ojos turquesa, pero ya no llevaba el pelo por los hombros como antes, no, su peinado estaba muy cuidado, aunque no fuera regular del todo, con un mechón de color que le caía por la frente, a veces el mechón era malva, o blanco, o de un rosa oscuro, ese signo de irregularidad, de discreta rebelión, traía a la memoria de la Abeja aquel antiguo personaje de Johnie que veía siempre de pie junto a Gérard, las dos chicas a punto de salir al final de la tarde cuando ya era de noche fuera, y la Abeja dudando si salir con ellas, es que formaban un dúo tan perfecto, pensaba la Abeja, de pie la una pegada a la otra, dos estatuas de mármol por las que, no obstante, corría una sangre bien real pero que no podía verse bajo su rígida apariencia. Y tu amiga, preguntaba Gérard 2, vendrá aquí a reunirse contigo, Johnie contestó con voz intimidada al verse rodeada por tantos amigos de pronto, no vivimos en el mismo país, Alizia y yo, es una poeta, una ensayista, una feminista de calidad excepcional, ya veréis, nos reuniremos dentro de un mes durante las vacaciones de Navidad de sus estudiantes en San Diego. Johnie habló con una voz apenas audible y todas la escucharon, hasta Olga que no entendía nada de lo que decía Johnie. Johnie bajó la vista, sus párpados eran grandes y la Abeja se fijó en todas esas pestañas, eso también era igual que en el primer Gérard, qué bien lo que hacía la lejana, cariñosa pero distante Johnie, pensaba la Abeja, eso de vivir amores lejanos, en secreto. Con los labios apretados, Johnie pensaba en ese desorden de su vida, en esos amores lejanos. En lo que había querido conocer de experiencia en experiencia, y en lo que había perdido de candor e inocencia. Concentrada en su secreto, pensaba que las chicas no podían imaginarse cuánto, siempre, por todas partes, había buscado ella el rastro de su hermana Émilie, que si hoy era doctora en psicología era para entender mejor a Émilie, sus fugas, sus

peligrosas evasiones. Johnie pensaba que debía desentrañar ese misterio de los meandros de la mente de Émilie, que todas las cabezas contenían meandros igual de complejos pero permanecían en estado larvario, o bien pasivos e inertes, Émilie derribó la puerta prohibida. No se va al otro lado de la vida cuando se está vivo. La Abeja pensaba en la antigua Johnie, la que iba a salir, siempre de pie pegada a Gérard, la nieve bajo la luna brillaría en la noche, a Johnie no le gustaba volver tarde a casa porque le dedicaba mucho tiempo a los estudios pero saldría a pesar de todo, sobre todo si la finalidad era vigilar a Gérard, evitarle las malas compañías con las que se cruzaba por la noche, así, con Gérard de pie junto a ella, vigilante y amistosa, no, las malas compañías no se acercarían. La Abeja se acordaba de sus horas de vigilancia, también, en los parques, al acecho de la sombra de Gérard que parecía correr tan rápido, de un árbol a otro, hacia su cebo. Era casi la sombra de un hada o de una liebre cuyos pasos se hundían en la nieve. Era una época salvaje, pensaba la Abeja, la temporada aquella de Gérard. Una amiga en otro lugar, una amiga lejana, qué maravilla, dijo René a Johnie, los abrazos en los aeropuertos, las miradas intercambiadas en cuanto se sale de entre la multitud, reencuentros perpetuos, eso hace que dure la pasión, dijo René. Johnie escuchaba, no decía nada. Aunque no posea tus dones de astróloga, dijo René, puedo predecirte que viviréis pronto cerca la una de la otra, quizá no en la misma casa, pero sí en la misma ciudad, y que incluso más adelante cuando vuestra pasión se apague, no os separaréis porque un mismo instinto cerebral os une, dijo René, una misma necesidad de saber, de definir, Johnie sonrió prudentemente al escuchar esas palabras de René, pues le pareció que René había desvelado lo que era tan cerebral en ella, lejos del humanismo de Louise, o de su altruismo, era cierto que su mente, como la mente de Alizia, era altiva, investigadora comprensiva pero altiva, Johnie como Alizia, ambas tenían miedo de la mediocridad intelectual, de la atracción vana que podía adoptar el deseo, Johnie se reprochaba ahora que durante toda su prolongada estancia en Europa nunca quisiera besar a una mujer, diciéndose que no poseía el arte de besar y de acariciar, sus largos

dedos, su boca, sus labios finos, se diría que por algún indecible desdén, todo la alejaba de la carne de las demás, como si en el paso por varias vidas anteriores ya hubiera tocado y penetrado esos cuerpos. Sin embargo, en su humanización de sí misma, sobre todo mientras vivió en el exilio, se forzó a amar, a desear cuerpos que no deseaba, como procedía de la clase burguesa de sus padres, conocía a pocas mujeres, aparte de las chicas de la pandilla, que fueran de otra clase social. De pronto en los cafés, en los bares, fingiendo interés por la música de los bares nocturnos, se lanzó a la búsqueda de esos cuerpos que sabía que no podría amar, porque en esas aventuras en los bajos fondos nada podría compararse, estaba segura, con lo que sintió en su deslumbramiento en un salón de actos, ante el rostro, el cuerpo de Heinrich, la vivacidad de su inteligencia, la altura de pensamiento que enseguida le adivinó. Era humillante recordar, y más aún haberlo vivido, esos momentos en el humilde apartamento de una mujer, haber estado en esa cama donde la mujer trabajadora le decía, pero, querida, qué ha venido a hacer usted a mi casa, el amor, sí, pero es porque te aburres, sabes perfectamente que no podrías vivir conmigo, en este trastero, necesitabas un momento de placer, ni siquiera eso, lo noto, no podrías acostumbrarse a mi medio, a la miseria de donde vengo, y que sigue pegada a nosotras aunque intentemos ascender socialmente, yo nunca podría confiar en ti. Llamo un taxi y me despediré ahora mismo. Las palabras golpearon a Johnie, aquella mujer tenía razón, su esfuerzo por captar el enigma de las clases sociales era solo curiosidad intelectual, su corazón nunca tomaría parte en ello. Aprendió junto a mujeres diversas y de diversas nacionalidades cómo gustar sexualmente. Lo que ni siquiera era algo natural en ella. Heinrich, su inteligencia, el intercambio de sus correos sobre el arte y aquello a lo que volvían siempre, el apremio del genio Van Gogh por mutilarse la oreja, esa era la verdadera inquietud de Johnie, pero como Heinrich no estaba libre, tuvo que renunciar a ella. Aunque a veces al abrir un libro Johnie percibiera, con el corazón encogido, la foto de Heinrich, su resplandeciente sonrisa que parecía decirle, lánzate a la vida, amiga mía, porque tu vida no ha hecho más que empezar, y yo, joven

europea, tengo la impresión de haber vivido ya demasiado. Si Lali no había podido escapar al pasado de sus padres, si en su mirada asomaba a veces una ira irreprimible, en la mirada de Heinrich, pensaba Johnie, había solo conocimiento de la desgracia enseguida olvidada para vivir con alegría. Johnie se sentía feliz por haber encontrado en Alizia un alma que se parecía a la suya, que podía alterarse con tanta facilidad. La Abeja pensó de repente en su padre. Se había convertido en un desconocido desde el fallecimiento de su mujer, rompió el violín, se negaba a ir a trabajar a la orquesta, la pena tan pesada con la que cargaba se volvía contra él para envenenarlo, su padre amenazaba a los hijos con llevarlos al reformatorio, la Abeja cogió la única escopeta de la casa, que era más bien un adorno que no contenía balas, y dijo a su padre, si nos mandas a un reformatorio, te mato. Su padre palideció de pánico, la Abeja recordaba ese sentimiento de inútil poder que experimentó en aquel momento, ella que adoraba a su padre y que de pronto lo aterrorizó hasta ese punto. Sin embargo, no era ningún juego el fantasma del reformatorio, cuando se era un niño inocente, que su padre enarbolara ese fantasma era la mayor de las crueldades, y su padre no era cruel, sin duda aquello venía directamente de Dios, pensó la Abeja entonces, a sus trece años. Aquel pensamiento de la Abeja, sentada a los pies de Doudouline como si siguiera en su salón lleno de humo de antaño, se mezclaba con los maravillosos colores de México, de las puertas de madera pintadas de rosa, de verde, y de pronto ella estaba en la calle y una mujer muy maquillada pasaba delante de ella, llevando bajo el brazo un pequeño ataúd de niño. El ataúd estaba vacío, la mujer avanzaba por la calle de las puertas rosas, de los jardines tras las puertas recién pintadas, adónde iba así, pensó la Abeja, a qué ceremonia, con su pequeña tumba bajo el brazo. La Abeja vio cómo corrían unas lágrimas sobre el maquillaje, y que la mujer las dejaba correr. Era un día en que hacía tanto calor, no venía ningún viento de las montañas, la Abeja quiso seguir a la mujer con intención de consolarla, pero un instante después desapareció entre la circulación de los coches. De repente, la Abeja se vio a sí misma llevando el féretro de Geneviève bajo el brazo, y gritando, socorro, socorro, luego oyó la

voz de Doudouline como procedente del cielo, Doudouline cantaba *Gérard, oh, Gérard*, y Polydor cantaba con ella, es hermoso y fresco, dijo René, luego pareció encerrarse en sí mismo, con aire huraño. Seguro que tienes una canción menos triste, dijo de pronto René, me acuerdo de tu «Hoy lo dejo», la pasaban en la televisión, era una de tus primeras canciones en escena, y cómo me reía escuchándola. Un día la canté en uno de los bares donde tocaba el piano, el título de la canción, René, dijo Doudouline, era «Hoy recaigo», y René vio cómo se formaba en su mente la imagen diáfana de un grupo de mujeres acercándose a su piano, con una copa en la mano, luego la imagen se oscureció y se apagó como la llama de una vela. Hay que saber conservar para siempre los recuerdos más queridos, dijo René, tu voz, Doudouline, me transporta muy lejos, aunque siempre nos preguntemos si es verdad lo que hemos vivido. René recaía en sus reflexiones taciturnas, mientras que Louise le ponía una mano sobre la cabeza, escucha, René, estamos aquí para celebrar una fiesta, la Abeja, absorta en sus pensamientos dirigía su mirada interior hacia los colores de México, las puertas rosas, los jardines verdes, por todas partes un derramamiento de colores, como le había enseñado Gabriela para sus cuadros. Era un orgullo, un discreto honor que los cuadros de la Abeja pudieran venderse en México. A Johnie le parecía estar oyendo esa vocecilla, por la noche, Gérard contándole sus obscenas aventuras, por qué no la zarandeó diciéndole, Gérard, despierta, no te da vergüenza tu comportamiento, Gérard, esas confidencias a Johnie, yo quería la coca gratis porque no tenía un céntimo esa noche, y con el sufrimiento agudo que me provoca el mono, les dije, eran dos camellos de veinte años, puedo pagar con mi cuerpo, a los dos, por turnos, e hicieron lo que les dio la gana, yo sobre todo quería esnifar la coca para no sentir nada, luego me vi las manchas de sangre en los muslos, en las piernas, el olor a semen, me lavé todo en los aseos de un bar, pensé que iba a desmayarme, pero pude levantarme, solo sentía los efectos de la coca, nada más, ellos salieron corriendo, uno de los dos camellos me dijo, gracias, gracias, guapa, ha sido mi primera vez, ahora soy un hombre, gracias, guapa, vuelve mañana a la misma hora si quieres, solo eran dos críos probando

el sexo, el mío, dijo Gérard, era por la noche, al oído de Johnie, por la noche esas confidencias teñidas de horror, pensaba Johnie, por qué no riñó, zarandeó a Gérard diciéndole, eso es una vergüenza, hasta dónde quieres caer, al lado, Gérard, Gérard se quedaba dormida, aletargada en esa indiferencia dorada de la cocaína como si estuviera en un coma extático, de tan cerca, bajo los reflejos de la lámpara, Johnie veía el aleteo de las fosas nasales de Gérard, el pliegue de su boca que se distendía. Ay, qué bien estoy, suspiraba ella, ay, qué bien, mi Johnie, entonces es cierto que te han concedido esa beca para estudiar en Europa y que te vas a ir, pero qué será de mí sin ti, mi Johnie, Johnie pensaba, aquello fue seguramente el preludio o la continuación de Émilie, Gérard, en ese vacío cósmico, Gérard, tan lejos de nosotras, de repente. Una generación que iba a perderse y a perdernos. Luego Johnie se acordó de esa época en que era astróloga, recibiendo a los clientes en su consulta, aunque su consulta fuera la misma en su ascendente profesión, y su bicicleta siguiera colgada de un clavo en una pared de ladrillo, y hubiera que subir muchas escaleras para llegar adonde estaba ella, de repente allí estaba ella, doblando su largo talle para acercarse a ti, como si fuera la adolescente larguirucha de antes, sí, un día llegó esa clienta, una estudiante muy guapa preguntando a Johnie, ve usted un porvenir para mí, y salió la carta del diablo, qué futuro ve para mí, ninguno, quiso decirle Johnie, pero permaneció en silencio, no dijo nada, solo veo un suicidio por sobredosis o un asesinato en la calle, no se atreve a decírmelo, seguro, dijo la estudiante, sé por qué, lo ha adivinado todo, sabe ya todo sobre mí, no, no presiento nada, eso es todo, dijo Johnie, sí, pero ha salido la carta del diablo, dijo la estudiante, la carta del diablo. Y es la verdad, ya no soy estudiante, trabajo en la calle, no había otra solución, no se atrevía a decírmelo, pero lo ha adivinado todo, a que sí, Johnie dijo, dedíquese a estudiar, tendrá un porvenir brillante, se lo prometo. Y la estudiante se puso a gritar, acaso no comprende que no tengo otra opción, Johnie se acordaba de haberla visto diez años después, en la calle, la joven esperaba a alguien fumando, un cigarrillo tras otro, ya no era la exquisita visitante de su consulta, tenía la cara destrozada, ya, tan

pronto, Johnie pensó, Dios no nos ama, a nosotras, las mujeres, Dios nos odia, estuvo a punto de echarse a llorar de compasión pero tenía que olvidar aquella cara, la mano temblorosa que sostenía los cigarrillos, Johnie dio un respingo al oír la voz de Doudouline que exclamaba, mamá está en la escalera, distingo su paso rápido, lleva las botas rojas de tacón de aguja, oh, pobre mamá por esas pistas de patinaje que son las calles, y apareció la Gran Sophie calzada con sus botas rojas satinadas, encaramada a sus tacones de aguja como si fuera verano, decía Doudouline, la bufanda que llevaba al cuello parecía una boa de plumas, Doudouline miraba a su madre como si estuviera en un escenario, la Gran Sophie declamaba sus alabanzas a René, querido René, decía la Gran Sophie, sabe usted que siempre he admirado su militancia, su valor en Nueva York mientras les tiraban ladrillos a la cabeza y los arrastraban por los pies hasta la cárcel, ay, qué grandeza en su defensa de los derechos de mi hija, Doudouline por fin casada con la persona a la que ama, Polydor, sea cual sea su orientación sexual, lo admiro, querido René, soy un hombre con corazón de mujer, dijo René, o bien lo contrario, una mujer en busca de su cuerpo de hombre perdido en alguna parte en la naturaleza, René sonreía a la Gran Sophie, cómplice y lacónico, bienvenida a nuestra gran reunión, dijo René a Sophie, la Gran Sophie pensaba que René envejecía como un hombre solitario, un solterón, pero no reseco pues aún conservaba intacta su vanidad masculina, ella, la Gran Sophie, y en ello radicaba su superioridad, aún no había alcanzado la edad venerable de René, podría decirse una edad fatídica, pensaba ella, a menos que se hiciera centenaria, a los ochenta y ocho años, seguía dirigiendo a sus actores en escena, escribía, producía, viajaba, los artistas, los escritores, pensaba ella, eran de una especie interplanetaria, como le decía Doudouline, la Gran Sophie era un planeta rodando en pleno cielo, un cometa, un sol lanzando sus rayos a todas partes, mirad a mi mamaíta, no cambia, a que es adorable, pero las botas rojas, los tacones de aguja, mamá querida, es peligroso, vas a tropezar y romperte la crisma, mamá querida, y también romperás el corazón de tu hija, mamá querida. La Gran Sophie volvía a la carga, fogosa, René, como verá me he

arrepentido y ahora quiero a mi hija, no la tolero como hacía antes, ahora la quiero. Su padre me ha convencido de que la ame diciendo, amémoslos a todos como son, es más sencillo. He escogido la sencillez, querido René, y también usted, hombre o mujer, antes no entendía nada. Mamá, ya basta, dijo Doudouline, ya has hablado bastante, mamá querida. Si sigues así podrías cometer una falta de tacto. Ya basta, mamá. Pero la Gran Sophie no callaba, su exuberancia, sus botas rojas, la Gran Sophie invadió la estancia, su voz bastante elevada cantaba, zureaba, estamos en el teatro, pensaba Doudouline, mientras que la Abeja volvía a ver en su mente a la mujer mexicana llevando una tumba de niño bajo el brazo, avanzaba, figura sublime, entre los coches, como si fuera ciega, la Abeja corría tras ella, la perdía, en medio de aquel calor, Gabriela la cogía de la mano, vamos a visitar a mis amigos pintores, decía ella, quizá nos presten la casa para una noche, porque era como en los tiempos del salón lleno de humo de la Abeja, la Abeja seguía de okupa, un día en casa de unos artistas millonarios, al día siguiente en un cabaña de un pintor pobre, así vivía Gabriela, directora de una galería, era la bohemia aventurera de otros tiempos, bajo un cielo abrasador, sin el frío, la nieve, las noches ventosas a la salida de los bares, el cuerpo repentinamente transido por el frío y por una soledad gélida, intolerable malestar de quienes se encuentran bruscamente solos después de una noche de ebriedad. Junto a Gabriela, era o un delirante bienestar o la noche en la hamaca de un jardín cuando cantaba el ruiseñor durante toda la noche. Ella pintaba sin parar las puertas rosas, los senderos rosas de los jardines, escribía a Geneviève, ya vuelvo, voy a volver porque te echo de menos, y recordaba el rostro de Geneviève cuando se despidieron en el aeropuerto, con una tormenta causando estragos fuera, Geneviève llevaba un sombrero de imitación de piel, parecía conejo, una especie de gorro con orejeras que le colgaban pegadas a sus mejillas, ella se movía mucho, impaciente por separarse, sin un adiós, sabes que volveré enseguida, decía la Abeja, culpable, ya lo sabes, Geneviève, me conoces, Geneviève se callaba, volvió a su coche con la capota cerrada en invierno, ese cielo de nieve arremolinándose era implacable,

pensaba la Abeja, la Abeja murmuraba, sabes que te quiero, Geneviève, que solo te quiero a ti. Pero era demasiado tarde. Geneviève había huido hacia la tempestad, hacia el coche de capota cerrada, hacia el cielo bajo e implacable. Se oyó de nuevo la melodiosa voz de Doudouline elogiando a la Gran Sophie, chicas, os lo comunico ahora, mamá ha recibido el premio a la mejor actriz del año, y también el premio a la mejor directora de escena del año, la Gran Sophie dijo humildemente que era verdad, que acababa de enterarse de la noticia, las chicas aplaudieron todas a una, bravo Sophie, estamos muy orgullosas de ti, decían, me vais a sacar los colores, dijo la Gran Sophie, hubo un tiempo en mi juventud en que podía interpretar el papel de Fröken Julie, la señorita Julia, desde lo alto de mi crueldad yo podía domar, humillar a un hombre y sabía que ese papel era diabólico, sin embargo, sin quererlo, me adherí a la pasión violenta de Julia, me apliqué tanto en aprenderme el papel que me perdía en su devoradora locura, heme aquí más tarde, tras el paso de los años, metida en la creación de su puesta en escena, dirigiendo a una joven señorita Julia, qué extraño es todo, suspiraba la Gran Sophie, ese paso del tiempo, sí, la Gran Sophie reflexionaba, Gérard 2 volvió a escaparse por la puerta del salón, cigarrillo en mano, qué pena, pensaba ella, que ya no se pueda fumar en las casas, que haya que salir a pelarse de frío fuera, un poco más y acabarán prohibiendo que se fume en la calle, sí, qué mundo decadente, pensaba Gérard 2, la Gran Sophie, de repente toda seria, reflexionaba de pie, muy cerca de Polydor y Doudouline a las que parecía proteger con una nueva benevolencia, la Gran Sophie tuvo de repente una idea, sí, Doudouline, si retomáramos la comedia musical *Gérard, oh, Gérard* con otro final, sí, sin que ella tuviera que morir por la coca, qué dirías de una neblina transparente en la que se la vería alejándose poco a poco, pero mamá, no sería la verdad, dijo Doudouline, sería teatro falso, en la calle, apoyada contra la pared, Gérard 2 intentaba encenderse el cigarrillo bajo una nevada, no es justo, pensaba Gérard, no se puede exigir a los fumadores que dejen de fumar, no se puede, no, pero saliendo de su coche cubierto de nieve en el que estaba escrito Urgencias nocturnas apareció Mercedes que echó a

correr hacia Gérard 2, sigues fumando, dijo Mercedes a Gérard 2 quitándole el cigarrillo que tiró a la nieve sucia, cómo puedes hacer algo así cuando acabamos de perder a Geneviève, Gérard pensaba que Mercedes, al trabajar de noche para rescatar algún resto de la juventud toxicómana que dormía por la noche en medio del frío, entre dos puertas de garaje, a menudo en lugares siniestros, Mercedes que normalmente era tan agradable, estaba enfadada y extenuada esa noche, pero nada más tirar el cigarrillo en la nieve, Mercedes dio un beso consolador en los labios de Gérard 2, acuérdate, dijo Mercedes, Gérard creyó que ella iba a echarse a llorar ante ese recuerdo, acuérdate de que yo fui la primera en reconocer lo que ya no era Gérard en la morgue, acuérdate, dijo Mercedes, pero te miro, bella y exuberante, sin esa delgadez que le sentaba tan mal a nuestro primer Gérard, y me digo que tú eres Gérard salvada, dijo Mercedes, de repente exhibía una amplia sonrisa, Gérard 2 veía sus dientes muy blancos, sí, hubo como un milagro de tu alma a la suya, cuando se piensa en alguien todos los días como hiciste tú, con flores diarias en su tumba, tal propósito de amor, sí, que Gérard se despertó para revivir en ti, diciéndose que se había equivocado, por qué no, preguntaba Mercedes a Gérard 2 con voz apremiante, pues hacía cada vez más frío, no sé nada de esa transmisión de las almas entre sí, dijo Gérard 2, lo que sucede en la eternidad ya no pasa aquí, pero sí siento que Gérard amaba la vida, no la muerte, esa vida, puede que me la haya donado con el fin de que a partir de ese momento yo ya no sienta ni tristeza ni pesar, dijo Gérard 2, subamos a casa de René, a su salón calentito, dijo Mercedes, maldito sea el invierno, dijo Mercedes, no sé cuántas momias me encontraré mañana, el invierno mata a mis víctimas por los pies, las manos, literalmente, no sé si podría saberse cuántos jóvenes mueren de frío cada noche, ni si el mundo lo sabe, porque de otra manera se vería empañado por la vergüenza de los agonizantes en el frío, ellos que solo pedían satisfacer una necesidad, ¿la de pincharse? Subamos, dijo Gérard 2 cogiendo del brazo a Mercedes que llevaba un abrigo pesado, vayamos a ver a René, esta noche René es un príncipe, dijo Gérard, sigue con esos prontos suyos de malhumor, como siempre, se diría

realmente que no ha cambiado nada, Mercedes escuchaba a Gérard 2 emocionada, a la vez que subía las escaleras besaba a Gérard 2 en las mejillas, ahora riendo, pues la vida las había reunido por fin, quizá fuera verdad que el primer Gérard revivía en el segundo, puede que fuera una razón para albergar esperanza, para seguir creyendo, para amar, en su apacible sofisticación, siempre un poco diferente de las demás, Johnie pensaba en la estudiante, era más bien una verdadera delincuente, que vino a verla a su consulta, le escuchaba hablar de sexo, sin poder creer lo que oía, la chica guapa que parecía normal decía cuánta sed de sexo tenía, de estar con un hombre, noche y día, era una disposición del cuerpo, una gratuidad, quizá nada más, por eso la calle en vez de los estudios, es perfecto para mí, Johnie no se atrevía a preguntarle dónde vivía y si tenía padres, pero nunca había oído semejantes afirmaciones de boca de una chica joven, ella para quien la eclosión de las pasiones sexuales existía tan poco, había dicho a menudo a Alizia que ella amaba antes que nada con su cerebro, su mente, era una naturaleza cerebral, y esa chica que soltaba a bocajarro su pasión por el sexo, todo aquello era sucio, un hombre estaba ahí solo para rodearla con sus brazos, para mimarla, lejos de la realidad, de la verdadera vida, pero qué era la verdadera vida, pensaba Johnie, un hombre, era necesario, sí, para esa chica, día y noche, una envoltura de seguridad para su cuerpo, decía, me gusta el placer, podemos convertirlo en una eternidad personal, podemos ahogarnos en él si queremos, quién lo prohíbe, cada una de nosotras es dueña de decidir su vida, solo vale lo que puede valer, un tiempo de abandono, el cuerpo extraviándose en manos extrañas, en sexos ajenos, decía la verdadera delincuente, y a veces entre sus pacientes acudía un joven de diecisiete años cuya arrogancia la repugnaba, era un enfermo grave que sufría de prolongadas lagunas mentales en el hospital psiquiátrico, pero su arrogancia era como el núcleo de una piedra contra la que se golpeaba Johnie, había que apiadarse de todos, pues tanto los hombres como las mujeres eran dignos de compasión, pensaba Johnie, pero esa arrogancia o insolencia de los hombres muy jóvenes la fustigaba, entonces hacía como en la temporada en que era astróloga de éxito,

aquella época remota, el pasado, Gérard aún vivía, ella abría las ventanas de su piso de par en par, hasta en invierno, con el fin de alejar las malas vibraciones, las vibraciones rebeldes, sentía que Alizia viviera tan lejos, hoy habría sido una jornada espléndida para salir con raquetas a la montaña, para olvidar las locuras malsanas o los errores de los hombres, de las mujeres, de todos, en ese jardín tan estrecho, sumamente frágil, de sus vidas, y lo que cada uno podía producir en esa tierra sin cultivar. Había gente que no vivía, que esperaba tiempos mejores para vivir cuando en realidad ese tiempo de color rosa nunca llegaría. Johnie oyó la voz de Doudouline a través del tumulto de sus pensamientos, mamá, decía Doudouline, lo que quizá haría falta sería un tercer acto, habría un retorno de Gérard en una barca surcando las olas por la noche, en medio de la luz difusa de la luna sobre el agua, a veces ella se iba a nadar lejos por la tarde, en el océano, siempre sabíamos que volvería, oíamos su risa cristalina, mamá si me prestaras una vez más el escenario de tu teatro podría componer ese tercer acto, el retorno de Gérard, solo imágenes y sonidos oceánicos alegres, el retorno de Gérard sobre las aguas, Doudouline volvía a cantar *Gérard, oh, Gérard*, Gérard 2, Mercedes entraron a toda velocidad en el elegante salón de René con sus botas, sus abrigos chorreando nieve, Olga dijo, mi salón, mis alfombras, mi suelo de la cocina recién encerado, señora René, están acabando con todo mi trabajo, y René dijo, no, no, tranquilícese, mi querida Olga, haga como nosotros, beba un poco de champán, René tenía su copa en la mano, las miraba a todas con su aire señorial pensando, tengo que hablarles y que no olviden nunca mis palabras, militad, chicas, salid del ombliguismo de vuestras satisfactorias relaciones de pareja, id a la calle, partid, este será mi sermón de la montaña, tendrán que escucharme, pensaba René, soy un cabeza de familia sin familia, un señor que ya no gobierna nada, salvo sus ensoñaciones, pero ellas tienen que escucharme, les diré todo en un momento, cómo hay que conducirse, sí, si no queremos perder nuestros derechos, ella hizo una señal a Louise que sirvió un poco más de champán, ese líquido espumoso hacedor de éxtasis que era el champán, pensaba René, bueno, ellas siguen siendo guapas, felices, un poco de

maquillaje para Johnie pero apenas nada, sigue viéndose distinguida, en cuanto a la Abeja, está sufriendo, pero se curará, su apetito de vivir es demasiado grande, por desgracia vivimos y morimos, querida Geneviève, vivimos y morimos, y hasta yo que no quiero saber nada, voy pereciendo, hoy un poco menos que ayer, lo olvido, Olga dijo de repente a Louise, sabe, yo nací en Moscú como el poeta Pushkin, pero no el mismo año ni a la misma hora, y no paraba de nevar, como aquí, y Louise dijo a Olga, señora, es un gran honor haber llegado al mundo en la ciudad donde nació Pushkin, y Olga dijo, no sé, señora, porque éramos tan pobres, se decía de nosotros en el pueblo, van a acabar comiéndose a los hijos, son tan pobres, eso era antes de que llegáramos a Moscú, antes de la debacle, Polydor exclamó de pronto, pero dónde está Lali, René dijo, ya lo sabéis, chicas, Lali llega siempre tarde, incluso antes, en urgencias, llegaba tarde, no conseguía salir a tiempo del salón de la Abeja, parecía dormir de pie de puro cansada que estaba, y eran sus conquistas las que la cansaban así, sí, sus conquistas de joven lobo hambriento, dijo René, y la Abeja se sonrojó pensando en Lali acercándose a ella en el sofá, bajo la manta, la Abeja fingiendo dormir con Rosemonde caliente alrededor de su cuello mientras que Lali la besaba lentamente, como si fuera un juego, pero quizá solo fuera eso, un juego, pensaba la Abeja, la Abeja caminaba con Gabriela por las calles de México, fue después de un cóctel en una galería donde se homenajeaba a un joven pintor que Gabriela acababa de descubrir, en medio de la alegría del final de un día, cuando el cielo es aún rosa, recordaba la Abeja, y miles de transeúntes andaban a grandes pasos junto a ellas dos, parecía que iban a perderse en medio de la muchedumbre, no encontrarse más, iban a la universidad, decía Gabriela a una señora india, el eco de la música ensordecedora se dejaba oír ya, y hubo ese episodio, los pies de la Abeja cruzando, tocándolo casi, un perro muerto, pero por qué no enterrarlo, preguntó la Abeja a Gabriela, ese pobre perro muerto en la acera, y todos esos pies en sus bonitos zapatos de cuero pisándolo, qué indiferencia, qué crueldad, dijo la Abeja, y Gabriela respondió, México es la tierra de los muertos como también es la de los vivos, está en nuestro arte, lo

expresamos por todas partes, deja a ese perro que descanse, nuestros pies no lo molestan, está dormido, se ha marchado como todos los muertos hacia las tierras antiguas, las tierras de arena donde sopla el viento, la Abeja corría, caminaba rápidamente detrás de Gabriela, la tierra de los vivos, la tierra de los muertos, pensaba ella, e iban a despedazar los despojos del perro con sus pies, con sus botas, aplastar despiadadamente su vientre, la piel de sus orejas, qué inexplicable desgracia, la Abeja no podía resignarse, cuántos perros, hombres, niños a los que se pisaba despiadadamente cada día, la fiesta indígena era la vida, ven, sígueme, decía Gabriela, ven a bailar con mis amigos una danza en un gran círculo, la Abeja se aturdía bailando con Gabriela, y los unos y los otros, bailarines desconocidos, formaban un corro embriagado y loco, es lo que le parecía mientras bailaba así, siguiendo la cadencia de un ritmo funerario con sus pies, pisotear al pobre perro hasta que no quedara nada en la acera, o en la calzada, solo una mancha de pellejo, como se ve después del paso de un coche, pegadas ahí en el cemento, las huellas de alas, de patas, de pájaros que han volado demasiado bajo. Pero ya llegaba Lali con su pelliza militar, siempre tan larga, llevaba una gorra tan severa como su abrigo, y René le abrió los brazos desde su sillón gritando, aquí llega Little Brother desde sus lejanas ciudades anglófonas, ¿cómo han hecho los aviones para volar con este tiempo? Louise dijo a las chicas que guardaran sus teléfonos, esos ruidos, esos resplandores de los teléfonos no paraban, hacedlos callar, dijo Louise, no veis a René todos los días. René añadió que quizá la vieran por última vez, reía mientras decía eso, que pronto llegaría el momento propicio de lo que se denominaba la última hora. Las chicas de la pandilla se reían con René, porque había que reírse de la muerte que no era una cosa real, aunque hubieran llorado en el funeral de Geneviève, unas semanas antes. Doudouline dijo que tendría que llamar por teléfono a su pianista Mimi, esa idea le gustaba, habría un tercer acto para *Gérard, oh, Gérard*. De pie junto a René, como un soldado erguido bajo su gorra, Lali anunció a René que pronto se mudaría a unas calles de su casa, así René tendría a su médico personal visitándolo varios días por semana. Me mimas demasiado, me mimas,

Little Brother, dijo René, exuberante. René atrajo a Olga hacia sí diciéndole, tranquilizándola con un guiño, por supuesto, usted seguirá conmigo, no se irá. Sin usted, Olga, no puedo escuchar mi gran música de la mañana. Es cierto, señora René, pienso mucho en su alegría cuando se despierta. Y es la verdad, no puede vivir sin mí, sin la música que le pongo. No, no puedo vivir sin usted, Olga, dijo René, con la misma exuberancia. En la pareja, pensaba Johnie mientras acariciaba la fotografía de Alizia bajo el cristal de la pantalla del teléfono, en nuestra pareja, se necesita la reconstrucción y la creación, así es como nos amaremos mejor, pero a Johnie también le gustaba la soledad, otra fuente de creación, pero más aislada, ella se levantaba pronto para aprender a tocar el violín, pintar sus cuadros, aunque solo se tratara de un cuadrado de luz, trabajaba durante horas, escribir sus artículos sobre el arte y la sinrazón, este sobre la rabia de Goya contra una sociedad inquisidora, la Iglesia del terror, y cualquier otra institución de terror, lo volvería a empezar varias veces, o bien leería el libro autobiográfico de Alizia sobre el compromiso de su feminismo, en esta época no hacía más que huir de casas en llamas, California ardía, ardía, y cuándo vendría Johnie a reunirse con ella, Alizia escribía a Johnie que tenía una misión concreta en la ciudad, la de salvar la tierra, la tierra en llamas, la tierra que quemaban los hombres por sus negligencias criminales, la apatía de los gobiernos que tanto padecía la juventud, a través de sus clases en la universidad, Alizia despertaba a una juventud ya muy despierta pero impotente frente a los desastres que conllevaban el cambio climático, el abandono de las leyes para la protección, la inercia de los responsables, la inercia, la maldita inercia de los gobernantes dispuestos a sacrificar a futuras generaciones enteras por su comodidad. Johnie pensaba en esas manadas de ciervos, de lobos, en su huida bajo los árboles en llamas, esa naturaleza que los había protegido, alimentado antaño, ya no los protegía, eran expulsados de sus refugios, el ave, la gran rapaz veía su plumaje, sus alas bajo una lluvia de brasas, la tierra ardía, la tierra ardía, escribía Alizia a Johnie. Johnie pensaba que si pintaba ese cuadrado de luz, esa brecha soleada que coronaba el techo de su apartamento, si aprendía a

tocar mejor el violín, a leer mejor un libro, si cuidaba bien de sus pacientes tan numerosos en su consulta, cada mañana, sí, así contribuiría aunque fuera mínimamente a salvar este mundo ya condenado y condenándose cada día más. Lali informó a las chicas que quería descansar, y sobre todo vivir más cerca de René, velando mejor por ella. Louise se fijó en su sonrisa más radiante, menos triste que en otro tiempo, en sus mejillas más redondeadas, aparte de eso, seguía siendo la Lali de siempre, austera y disciplinada, *you are good, my Little Brother*, gritaba René desde su sillón, y traerás a tus perros en una de tus visitas, echo tanto de menos a Saturne, y Comtesse que sigue sin volver, dijo René en tono quejumbroso. Cuándo volveré a ver a Alizia, pensaba Johnie, y le parecía estar contemplando los bosques en llamas, la gente huyendo en sus coches antes de que prendieran fuego bajo las cenizas, cada una, cada uno partía al exilio, mientras los árboles despojados de sus flores, de sus hojas se plegaban bajo la estela del fuego, de pronto esqueléticos, como si los hubieran sumergido en esa tinta negra del fuego, en medio de un nuevo paisaje incendiado y torturado. La cara de Alizia, los bucles de su cabello parecían atravesar la espesura de las nubes, como antaño el rostro de Heinrich cuando Johnie se alejó de ella. Alizia se comprometió con sus estudiantes, por todas partes la guiaba su compromiso político, Johnie pensaba que esa distancia que se estiraba con su larga cinta de ausencia se convertía para ambas en un suplicio. Pero no podían reencontrarse cuando el universo estaba en llamas, cuando el agua había dejado de abrevar la tierra. René seguía mirando a Lali con arrobo, qué regalo si volviera, que felicidad, sí. La Abeja se sentía cubierta por sus lutos como por un velo negro, eran Alexis, Geneviève, la atrocidad de esos momentos de pérdida no podía expresarse, demasiado dolor, opresión, silencio. Como en la época en que okupaba con las chicas unas casas a punto de derrumbarse, la Abeja era siempre la madre del nido, el nido cuya paja, cuyas hierbas crujían alrededor, y ello a pesar de que Geneviève, la arquitecta innovadora, hubiera construido casas para cada una de ellas, al menos diseñó el sorprendente y luminoso proyecto ecológico de esas casas, aunque las okupas hubieran desertado ya del nido. La Abeja

tenía varios hijos y ahijados, si Doudouline y Polydor pensaban tener hijos, qué exaltación para la Gran Sophie que por fin sería abuela, la Abeja había adoptado a distancia a Louis-Jean, y a los hijos de Manfred, uno rubio castaño como Manfred, el segundo muy oriental como su madre, y ese era el sueño de la Abeja, tenerlos a todos cerca de ella, en esa residencia soleada diseñada por Geneviève, que vinieran todos un día a okupar aquel jardín de puertas rosas que era su casa, de donde todo el mundo se había ido, hasta Geneviève. Louis-Jean escribió a la Abeja que lo recordaba todo, antes de su nacimiento, cómo le gustaba a su madre conducir a toda velocidad y que se paraban en la punta de la roca, justo antes del mar. Su madre entonces le hablaba, él podía oír el rumor de las olas. ¿Debían detenerse aquí o ir más lejos? Louis-Jean oía su respiración acelerada, luego de repente Alexis decía, no, volvamos a casa, volvamos rápido y descendían por las pendientes y las colinas, y Louis-Jean se quedaba dormido. Louis-Jean se acordaba de su madre Alexis escribiendo poemas, llevándolo a caballo por las colinas desde donde se veían las ovejas, los corderos, bajo las nubes color malva de la tarde, Louis-Jean tenía un padre granjero, una madre que escribía libros pero tardaba en verlos publicados, puede que fuera por pudor o quizá para preservar su soledad feroz, se acordaba de Alexis, de que escribía a la Abeja cuando él estaba aún en su vientre y ella cantaba para él, de las ascensiones en jeep hasta las empinadas colinas, de la agitación de los guijarros, de las piedras bajo las ruedas, del miedo a no poder volver a bajar nunca más, sí, era de esos momentos de amor y también de terror de los que más se acordaba. La Gran Sophie pensaba en esa colosal comida que prepararía para las chicas, en su casa de campo, en Pascua, o bien les prestaría su casa de Florida, junto al mar, su generoso corazón se expandía en mil sueños donde adoraba a sus hijas, se preguntaba cómo organizar la agenda porque tenía ensayos diarios y nunca se tomaba vacaciones. Una sola vida, era demasiado breve, no se atrevía ni siquiera a imaginar que estaba haciéndose vieja, habría sido un pensamiento impúdico y complaciente, no se envejecía en la vida, no daba tiempo. Las actrices que no paraban de hablar de su edad la ponían nerviosa. Cuando se

está siempre activo, no se pierde ningún instante frívolo, pensaba ella. Y pisando fuerte por el suelo recién fregado por Olga con sus botas rojas satinadas, la Gran Sophie pensaba, hay que ser acción pura y nada más. René sabe mostrarnos cómo actuar, con una dignidad impaciente. Bravo, René. Johnie pensaba en ese cuadro que pintó hacía unas semanas, cuando estaba en California con Alizia, era un cuadro abstracto sobre su pareja haciendo el amor, solo ella conocía el secreto del lienzo, ella sola y Alizia, la ciudad estaba llena de humo, se diría que el humo reptaba bajo las puertas y las ventanas de las casas. Quién habría podido adivinar que había en el espacio gris de la tela dos personas que se amaban, el espacio gris era sin duda el espacio del humo rastrero, bajo las puertas, las ventanas, cuando las madres tenían que despertar a sus hijos diciendo que había que marcharse, dirigirse hacia los servicios de emergencia, justo cuando ellos dormitaban con sus animales domésticos en medio de un soberano calor que incubaba el fuego. En las caballerizas, también los caballos daban muestras de miedo y se oían sus gemidos. Los conejos, las aves rapaces, todos se despertaban para marcharse de allí cuando el humo, con su maloliente círculo azul negruzco, se hacía cada vez más denso a su alrededor. Los que no se fueran, decía la madre a sus hijos, morirían. Así que se levantaban, se vestían entre sollozos, la madre los metía uno a uno en su coche, el padre intentaba reunir a los caballos, no podían perecer. De pronto una hoja afilada, roja, cortaba el espacio gris del lienzo, había unas cuantas gotas de sangre ahí, suspendidas, quizá fuera la fragilidad del cuerpo femenino demasiado sensible después de hacer el amor, sobre todo esos días de la regla, o cuando venía, inesperada, la regla, pensaba Johnie, o puede que fuera el sentido secreto del cuadro, que el placer repentino se mezclara con la sangre menstrual cuando no se quería nada de todo aquello, solo el placer sobresaltando el cuerpo, liberándolo en todos sus excesos, ese cuadro seguía perturbando a Johnie por todo lo que suponía de grito inacabado, con el humo penetrando por el arco de las puertas, con la sangre menstrual haciendo su aparición en las sábanas a la vez que entraba así por debajo de la puerta un desastre cuyo curso no podía detenerse. En el elegante salón

de René, Johnie pensaba cuánto le gustaría besar a Alizia, era el mensaje que se enviaban de sus teléfonos, y Louise había dicho que no usaran sus teléfonos, aunque fueran en toda circunstancia los mejores mensajeros o portadores del amor terrenal, pensaba Johnie. Johnie pensaba en los tres ensayos que Louise había escrito sobre la mujer y el cáncer, pensaba en los estudiantes a quien Louise daba clases nocturnas, en las pocas horas por semana que pasaba Louise en la piscina, hasta en invierno, eso era sin duda una vida satisfactoria, incluso plenamente realizada, pensaba Johnie. En cuanto a Mercedes sentada junto a Gérard 2, mirando tiernamente al segundo y bien vivo Gérard, el altruismo de Mercedes era de sobra conocido, sus noches en el centro de rehabilitación junto a unos jóvenes que no la escuchaban, que volverían a la calle para pincharse, también se ocupaba de sus hermanas Esperanza y Paciencia, de su madre en su enorme casa, tanto altruismo intransigente tendría algún sentido, se preguntaba Johnie, ¿había que confrontarse siempre con lo más bajo y menos salvable del universo?, pensaba Johnie, ese mundo de la droga, el que escogiera en otro tiempo Gérard, ¿podía ser recuperado, salvado? Johnie huyó de ese contacto de Gérard con el infierno, seguía huyendo de todo aquello con Alizia, tan prudente, tan desdeñosa de toda corrupción, de toda depravación, porque escoger esnifar cocaína, pincharse heroína en el brazo, y esos brazos de Gérard siempre saturados de esas estrellas de su decadencia, pensaba Johnie, ¿no era una forma de depravación continua? Así fue como perdió Johnie a su hermana Émilie, sin duda en un breve momento de caída de Émilie iniciándose al LSD, y enajenando así su mente, pensaba Johnie. Estás muy callada, doctora Vanessa, porque aquí, delante de mí, solo hay chicas doctoras, Louise, Johnie, Lali, qué viejo ignorante estoy hecho, yo, chicas, decía René, pero puedo tocar las melodías más sentimentales en mi piano, ah, sí, podría todavía, solo me falta un poco de fuerza en los dedos, prepararé un suntuoso almuerzo para Pascua, decía la Gran Sophie, será una fiesta sin parangón en honor de mi hija Doudouline y de su comedia musical, Anne-Sophie, no te olvidarás, verdad, porque también tengo una noche de estreno, mamá, mamaíta, replicaba pensativa Doudouline, sabía que

las comidas de su madre eran deliciosas, que le encantaban a toda la tribu, hijos, actores, diseñadores, mamá, es demasiado para ti, siempre te pasas, soy así, es mi naturaleza, decía la Gran Sophie, vendrás con las chicas de la pandilla, verdad, luego se oyó a René gritando a Lali como en los viejos tiempos, eh, Little Brother, ¿sigues frecuentando los locales nocturnos? Lali esbozó una sonrisa misteriosa y desafiante y no contestó, luego dijo, te olvidas, René, de que trabajo en urgencias por la noche, aunque tenga ya unos años, lo mío siguen siendo las urgencias, es mi oficio. ¿Y cómo vas de amores?, preguntó René guiñándole uno de sus ojos entreabiertos, ¿eh, algún amor? Lali dijo no, solo las urgencias. No tengo tiempo para el amor. Lali se quitó la gorra llena de nieve y se la quedó en la mano, nosotros, los médicos de urgencias, dijo Lali, nosotros trabajar como soldados. Pero René pensaba que esa sonrisa enigmática un poco forzada de Lali no lo contaba todo, René veía como si fuera ahora a la diestra cazadora merodeando por los bares, cogiendo a una chica para bailar, sin duda luego la llevaba a su casa para olvidarla seguidamente, después, cuando le sonaba el reloj, se cambiaba deprisa para ir al hospital, con el tiempo justo para dar de comer a sus perros. Había que ir a atrapar el amor como si fuera el fruto maduro de un árbol, y además Lali no tenía otra elección, era especialista en urgencias, era, pensaba ella, la fatalidad de su vida, tenía que desahogarse y moverse rápido, como si desde el acontecimiento europeo familiar que decidiera su fuga, el derrumbamiento de la chimenea que mató a su joven hermano cayendo sobre él, no hubiera dejado de correr de un éxodo a otro. Pero aquí la esperaba otro hermano, René, y durante mucho tiempo le pareció ese hermano intacto de toda herida. Aunque Lali no hubiera conocido, como le decía su madre, las siniestras consecuencias de la guerra ni el sonido de los espantosos bombardeos sobre la ciudad, le parecía llevar consigo esos sonidos que habían mortificado a los suyos, la cara y la cabeza ensangrentadas de su hermano se iban con ella lejos de las tierras, de los continentes de desastres. Nunca lo olvidaría. En su derrumbamiento, la chimenea se cayó encima de todos ellos, pensaba Lali. Lali dijo riéndose que cuando viniera a visitar a René, más

adelante, le enseñaría a caminar de nuevo e incluso a hacer yoga, René exclamó oh, quieres matarme Little Brother, ojo, que soy de porcelana, yo, no de goma, pero René confesaba que un poco de ejercicio no le vendría mal. Eres un perezoso, dijo Lali, llevas años vagueando en la cama, dijo Lali. Eso es falso, doctora, dijo René, acaso no entiendes, Brother, que soy tan solo un viejo enfermo, fui un joven al que le encantaba disfrutar, que gustaba a las mujeres y hasta a mi piano, por desgracia se acabó, la vejez mezquina me ha aplastado de golpe. Bueno, hermano, que eso no te impida seguir gozando de la vida. Hay que ir poco a poco, muy poco a poco diría yo, incluso. Tú siempre has sido un perezoso, dijo Lali, despiadada. Olga miraba a Lali con admiración y temor, diciéndose que la señora René nunca más se quedaría sola con ella, puesto que tenía tantas amigas. Lali veía en Olga una figura trágica, un icono familiar de la prostitución, ¿cuántos años habría estado vendiéndose antes de encontrar a René, de refugiarse por fin en esa casa? Porque sin lugar a dudas la prostitución invisible a través de internet era su oficio. Pero Lali pensaba que también tenía que proteger a René, pues seguro que habría un precio que pagar, el precio de todas las posesiones de René, su piso, su piano, ¿y qué más? Lali pensaba que René no desconfiaba bastante de Olga, porque no solía desconfiar de nadie. René dijo a Lali, te acuerdas, Lali, cuando volvíamos a casa al amanecer, creo que conducía el coche en dirección equivocada, un día me dijiste, cuidado, René, hasta cuando estás borracho tienes que desconfiar de la policía, están por todas partes a estas horas de la madrugada. Tenías razón, dijo René, me sentía tan bien al volante, me decía que estábamos solas en el mundo, tú y yo, *Brother*. La ciudad estaba desierta, yo silbaba una canción, los dos bajo el hermoso cielo estival, eh, qué podíamos temer. Sí, estabas muy borracho ese día, dijo Lali, me preguntaba qué diría Louise al verte. Louise, ay, me rehuía en esa época, se encerraba en casa de la Abeja para estudiar. Johnie escuchaba a René mientras pensaba en los más bellos lugares del universo que había visitado con Alizia, acabarían todos consumidos por el fuego, la acampada cerca del Pacífico durmiendo en una tienda, los bosques recorridos en bicicleta, las excursiones al mar, todo acabaría

pereciendo por el fuego, desapareciendo en forma de humo. Alizia escribía a Johnie que se levantaba por la mañana y se acostaba por la noche en medio de una capa de humo, con el cielo color púrpura, contra el que volaban los pájaros que parecían ennegrecidos, calcinados como los campos, los bosques y las estructuras de los establos todavía en pie, cuando los caballos salvajes corrían por la llanura profiriendo dilatados gritos. Tal era el destino de los hombres, escribía Alizia, los hombres lo destruían todo por su indiferencia, el caos climático sería la próxima guerra, esa en la que aún no se distinguían los enemigos, en la que se disimulaban las batallas. Alizia escribía a Johnie que tenía miedo, estaba tan orgullosa de haber venido al mundo en un paraíso californiano prometedor de todas las evoluciones y revoluciones, una tierra preparada para un nuevo porvenir, escribía ella, y de repente las puertas de ese paraíso se cerraban por el fuego, el incendio de sus bosques más verdes y de sus animales salvajes más esplendorosos. Las otras generaciones, las que aún no habían nacido, sufrirían con más desesperación y privación el desencanto de haber perdido su herencia porque nosotros la saboteamos, un soplo de muerte pasaba sobre esas tierras devoradas, extinguidas por el fuego. Sería la próxima guerra donde seríamos vencidos, escribía Alizia a Johnie, cuando la tierra que hemos traicionado con nuestros residuos se volviera contra nosotros, con el mar, los mares, los océanos, y los huracanes y ciclones que se desencadenarían durante días y noches de espanto en los que no sabríamos adónde ir, pues no tendríamos ya ni casas ni hogares. Johnie escribió a Alizia, te acuerdas de nuestras acampadas junto al Pacífico, de las carreras de esquí náutico, de la claridad del cielo azul, de nuestras caras pegadas mientras leíamos juntas, en la tienda, yo sostenía la linterna, y cuando esquiamos juntas en los Alpes, qué felicidad ese recuerdo, y en la noche tu rostro contra el mío, y de repente nos reíamos de esa dulzura de compartir aquellos instantes, te acuerdas, verdad, preguntaba Johnie a Alizia, bajo sus abundantes cabellos con ese corte de paje, Johnie se fijó en que la Abeja seguía llevando el mismo peinado de siempre, que había cambiado muy poco, en cambio René le parecía más masculino, pero con una masculinidad

más matizada que antaño, la Abeja habría dicho que René era un tío como tantos otros, lo cual no era un cumplido, pues a la Abeja no le gustaban los brutos, y decía que René se comportaba como un bruto con Louise, hoy, hasta la Abeja tuvo que admitir que René había madurado, convirtiéndose en un hombre menos rudo y más elegante, parecía incluso hablar otro lenguaje que ya no era el de la posesión física, puesto que por fin amaba a Louise y ya no la dominaba, eso era lo que quizá siempre temiera inconscientemente la Abeja, que René fuera violento con Louise, sobre todo en aquella funesta época en que estaba enamorado de Nathalie, pensaba la Abeja. La Abeja se sintió de pronto desconsolada en medio de aquella alegre reunión donde oía las risas de la Gran Sophie y de Doudouline, sí, ellas trabajarían juntas en la comedia musical *Gérard, oh, Gérard*, un acto más sería más luminoso, se sintió desconsolada, diciéndose que ninguna de las chicas de la pandilla podía imaginar lo que significaría para ella la venta de la casa en las montañas, no se podía conservar lo que pertenecía ahora al reino de los muertos, ni siquiera podría volver allí en coche sin que se le cortara la respiración, pensaba ella, todo allá sería fantasmal, la canoa en la orilla, los remos, y esa fina silueta de Geneviève corriendo por el muelle antes de saltar al lago, con los brazos abiertos de par en par bajo el cielo sombrío como si acogiera las nubes, pues confiaba seriamente en su mejoría, más habría valido no albergar ninguna esperanza, pensaba la Abeja, pero era así, Geneviève no hablaba nunca del mal que la roía por dentro, hasta puede que lo negara, la barca estaría vacía, los remos abandonados en la playa de arena, la pálida silueta de Geneviève seguiría allí, y de repente la Abeja no la vería nunca más, como si los primeros reflejos de la luna se la hubieran tragado. Johnie escribiría al día siguiente a Alizia, le preguntaría si avanzaba en su autobiografía, Johnie nunca habría escrito tan francamente sobre sí misma y su paso a la homosexualidad, Alizia decía que en su caso nunca hubo paso, que era así de nacimiento y contaba sin freno sus amores femeninos, que empezaron durante la infancia, y Johnie pensaba, tiene valor, yo no podría, pero podría escribir o por lo menos intentar entender lo relajada que era mi hermana Émilie ante

toda forma de sexualidad, eso contaba tan poco para ella, pues para ella la parte esencial de sus sensaciones se situaba en el rechazo de todo límite, en la denuncia de todo convencionalismo. Johnie se sentía demasiado discreta para pensar en esas cuestiones. Johnie llevaba ese día en el salón de René una mochila minúscula de imitación de cuero, una bufanda buena, unos guantes de imitación de cuero, le gustaba estar seductora siempre de manera discreta, mientras que a Alizia le daba igual la ropa que llevaba, pero estaba orgullosa de su abundante cabellera de rizos naturales, y de su chaqueta vaquera, y en verano de su pantalón corto vaquero, cuando iba a todas partes en bicicleta. A menudo, cuando se reencontraban en el apartamento privado de Johnie, Johnie, después de recibir a sus pacientes durante toda la semana, bajaba la bicicleta de la pared de ladrillo, y se iban juntas a recorrer la orilla del río. Era tan dulce, pensaba Johnie. Ese lago, los paseos en barca un poco antes de la llegada del otoño, nos gustaban tanto, pensaba la Abeja, cuando Geneviève se atrevía a interrumpir por fin su trabajo, cuando consentía en divertirse, algo nada frecuente, pensaba la Abeja. Y esos radiantes paseos por agua no volverían más, solo eran migajas de reminiscencias en la memoria de la Abeja. A Geneviève le gustaba vivir bien, pensaba la Abeja, conducía rápido al volante de su descapotable blanco, le gustaban las buenas comidas, el buen vino, el coñac que tomaba por la noche con Polydor, en otro tiempo, en el salón lleno de humo de la Abeja, cuando, como Polydor, fumaba mucho, añadiendo un poco de hachís, cigarrillos de tabaco negro con la boquilla húmeda y oliendo a quemado que se pasaban humedeciéndola aún más con sus labios. Geneviève sabía olvidar, perdonar, acogió a la Abeja a su vuelta de México sin hacerle preguntas, o bien su amado rostro era una máscara, pensaba la Abeja, que no revelaba nada de lo que sentía, ni amenaza ni ira, solamente ese silencio un poco tenso de su llegada. Ella decía, mientras circulaban en coche, te he preparado la comida que más te gusta, ya verás. Feliz de volver a verte, cariño mío. Más despacio, decía la Abeja, sigues conduciendo igual de rápido, oh, Dios mío, soy así, Christie, ya lo sabes, soy una impaciente, la voz de Geneviève reconfortaba a la Abeja,

era la voz del ser amado, por fin había vuelto, ¿la Abeja cedería finalmente al amor tranquilo y domesticado?, se preguntaba ella mientras ponía una mano en la rodilla de Geneviève. Despreocupadamente apoyada en el hombro de Mercedes, Gérard pensaba, una se levanta por la mañana y hay alguien, una tiene ganas de dar un beso, una bonita cara está ahí sobre la almohada, que solo espera eso, una tiene ganas de estrechar a una mujer en sus brazos, está ahí, disponible. Qué más se puede pedir. Mercedes me llama ya su pequeño Gérard, a mí, una jardinera tan exuberante, arquitecta a mi manera de los paisajes tanto en verano como en invierno. Sí, soy su pequeño Gérard, una luz en el cielo negro. La Abeja se acordaba de haber contado uno de sus sueños, era un sueño o una pesadilla, o la transparencia de una verdad como llaman a menudo a nuestros sueños, ese sueño, ella se lo había contado a Johnie, en su sueño, la Abeja vio a Mozart en su tumba, que fue trasladado a una fosa común, sucedió poco tiempo después de su encuentro en México con la mujer muy maquillada cruzando la calle con un ataúd de niño bajo el brazo, la Abeja quería saber lo que había sentido Mozart en aquella tumba, en una fosa anónima, cuando entendió que no podría escribir ni componer su música, sin embargo su oído le recordaba en un perfecto eco musical todo lo que había escrito y compuesto, toda una vida, qué sintió, pues, en esa prisión, entre dos tablones, cuando resonaba una música que solo era un ardiente recuerdo, o más bien seguía siendo esa música que ardía en él, que lo consumía, iba a pedir a Dios unos cuadernos, unos cuadernos para escribir, componer, cuando la Abeja se despertó, con el corazón palpitante, qué significaba pues aquel sueño, preguntó la Abeja a Johnie que le explicó que Mozart bajo aquella lápida mortuoria era la madre de la Abeja, oyendo a la hora de su muerte toda la música de sus composiciones, y sobre todo las notas de un oratorio del que ella no había escrito más que el principio, o la obertura, una música que se vio trágicamente interrumpida, pero si la Abeja era la autora de aquel sueño, inconsciente autora en un sueño que traducía su historia a medida, es que ella era la continuidad de su madre, la madre muerta, la hija viva creando una obra, y quizá ese pensamiento, dijo Johnie, podía

guiar a la Abeja hacia el sosiego, la serenidad, la satisfacción. Era ese mechón rosa que se escapaba del cabello bien peinado de Johnie, rompiendo de repente el orden de su personalidad, lo que devolvía a la Abeja a ese sueño. Ese sueño se veía completado con un éxito, Gabriela escribía ese día a la Abeja en su tablet, hoy has vendido otro cuadro más de una de tus puertas verdes en mi galería, a que es una buena noticia, como siempre seré tu amiga, aunque esté tan lejos, quiero que conozcas una libertad financiera que pocos artistas conocen, algo a lo que sin embargo tendrían derecho sobradamente. No obstante, la Abeja se puso triste al leer esas frases cariñosas, vibrantes de Gabriela, le parecía respirar a través de las palabras electrónicas de Gabriela los aromas de un jardín donde, en una hamaca, había dormido junto a ella, y también el olor a limpio de su pelo, como si acabara de salir de su baño diario en el mar. Quizá hubieran bebido en un ataque de sed bajo el sol de mediodía, bajo un techo de paja, cuando el calor era abrasador, tequila antes de avanzar cogidas de la mano hacia el agua rutilante, que parecía tan caliente como el día mismo. De repente, al ver que Lali se levantaba para hablar al oído de René, la Abeja recordó que estaba en el salón burgués de René. Lali se agachaba, muy recta, hacia René, le decía, podrás quedarte con Olga, viejo seductor, no puedes vivir sin una mujer a tu lado, pero seré yo quien te bañe, no quiero que esa mujer se meta más en tu intimidad. Por qué, Lali, Olga se ocupa bien de mí, no es cosa suya, dijo severamente Lali, yo lavarte como en otro tiempo, cuando no querías salir de tu cama. Por culpa de otra mujer, de esa Nathalie. A René le parecía revivir al escuchar a Lali, eh, Little Brother, bienvenida a mi casa, hace tanto tiempo que no nos veíamos. René pensaba que a ella ya no le gustaba su cuerpo, hace poco tiempo aún ella tenía ese vientre liso, ese torso de muchacho, y de repente le parecía que su cuerpo se deformaba, incluso su sexo que en otro tiempo le gustaba, a la vez que sentía no haber escogido otro, pero eso será en otra vida, pensaba ella, el vientre, el sexo, el pecho, todo se contraía o se abultaba, había que admitirlo, era la mortificación, la hinchazón del tiempo, era solo eso, pero a René no le gustaba que Olga fuera testigo de esa decadencia, que René se viera así a merced de las

manos de Olga, de su mirada repentinamente invasora e impúdica, la señora sigue siendo guapa, decía Olga, con ese apuro abnegado suyo, señor, no me llame señora, Olga, me insulta, soy un hombre, imagine mi metamorfosis como le plazca. Yo, René, sé que soy un hombre. Y que nací en un cuerpo que se niega a acompañarme en esa verdad. Pertenezco a un cuerpo mentiroso, o que todos los días de mi vida ha mentido sobre lo que es. Con Lali, sería un descanso que me cuidara, me lavara, me perfumara. Bueno, cuando pueda venir. No sería todos los días puesto que proseguirá su trabajo en urgencias, pensaba René. Y Louise pensaba en Marie-Thérèse, era una de las mujeres a las que había entrevistado para su libro sobre el cáncer y las mujeres, era una joven mística que se preparaba para morir pues, decía Marie-Thérèse, había que aprender a hacerse mística si una abandonaba la vida a los treinta años, dejando tras de sí a un marido, dos niños pequeños, acaso había otra solución, decía Marie-Thérèse a Louise, y, sin embargo, recordaba Louise, le pareció que Marie-Thérèse era una mujer feliz, gracias a esa esperanza de algún divino consuelo. O quizá fuera la confesión última de su resignación puesto que no tenía elección, decía ella. Louise se sorprendía porque ella, aun cuando estuvo muy enferma, casi en el umbral de la muerte, nunca sintió esa llamada venida del interior. Al contrario, pensaba ella, solo pensaba en sus éxtasis amorosos con René, diciéndose que sería el final, que no los reviviría nunca más. Dios permanecía lejos, y aureolado de mensajes fríos, casi de una cínica frialdad. Es pues muy raro que esa gloria mística se le presentara a una enferma de cáncer, pensaba Louise. Como si se viera realzado en ese sillón antiguo, René miraba a todas las chicas, unas junto a otras, una tras otra, mientras que la Gran Sophie ponía una mano indulgente sobre su cabeza. Gérard miraba a René pensando, mira, seguro que René va a soltarnos un discurso, está a punto de sermonearnos como en otros tiempos, haría mejor en salir a fumar un cigarrillo, ah, y bueno, después de todo, estoy bien aquí, junto a Mercedes. Es una presencia muy agradable. Louise también se había fijado en esa expresión repentinamente profesoral en el rostro de René, qué ira a decirnos, qué querrá contarnos, pensaba Louise, y luego se

oyó la voz grave de René en la estancia, cuando fuera caían gruesos copos de nieve, cuando se extendía ya sobre los árboles la negrura de las cuatro de la tarde, la negrura, ese manto tenebroso de los días de invierno tan largos, entonces la Abeja pensaba en su cuadro de la puerta rosa, había pintado en la puerta una corona de hibiscos, un colibrí, y detrás de la corona dormía un perro difunto al que le habían pasado por encima pies y pasos, pero él no siente nada porque duerme el sueño de los justos, había dicho Gabriela, y los perfumes de su piel oscura ascendían hasta la nariz de la Abeja, con el recuerdo de la puerta rosa pintada por la Abeja, sus pobladas cejas eran las de Frida Kahlo, pero los ojos resplandecían, tan negros, tan claros, bajo el arco de las cejas, el arco poblado, infranqueable de las cejas, bajo la voz cálida hablando otra lengua, de repente todo ese verano todavía vivo que era Gabriela para la Abeja ya no lograba hacerla entrar en calor en su ropa de invierno, bajo el jersey, en ese piso donde se oía la voz de René, su voz tan parecida, de pronto, a la de un hombre. Amigas mías, decía René, pronto habrá una manifestación en Washington, en enero, dentro de unos días, quiero que continuéis la cadena, sí, que vayáis allí por mí porque, chicas, tenéis que dejar de miraros el ombligo, solas o de dos en dos, vuestros derechos están amenazados, millones de mujeres, de hombres, de niños, estarán con vosotras, tenéis que aliaros a todos ellos, a los manifestantes contra el Gran Destructor que se prepara para destruir a la humanidad y también los países, las ciudades, y los derechos que las pobres gentes han adquirido con tanto esfuerzo, lágrimas y penalidades. No puedo mezclarme con la muchedumbre, pensaba Johnie, pero he prometido a Alizia que estaría allí, junto a ella, ella no es como yo, ella milita desde que era joven, Johnie no podía imaginarse a ella misma, tan reservada, tan sofisticada, en medio del gentío gritando por sus derechos, pues el solo pensamiento de una muchedumbre la ponía mala. Sin embargo, sí, prometió a Alizia que estaría allí, junto a ella. Gérard quería salir del apartamento de René pero no lo hizo, pensativa, después de todo, puede que fuera verdad lo que decía René, que la cadena de la militancia tenía que consolidarse, pero ¿quién pondría flores a las

tumbas si ella se iba? ¿Quién regaría las flores, la fruta en los invernaderos? Además, tengo a mis pacientes, Alizia tiene que entender eso, y me necesitan, pensaba Johnie. Escuchadme, chicas, retomaba René con voz grave, pensad en las generaciones futuras, es una manifestación de mujeres la que afrontará la cobardía de un criminal, la que lo desafiará, pues es necesario que el Gran Destructor retroceda y desaparezca, decía René, no dejará más que cenizas y desastres a su alrededor, hay que promover los derechos de las mujeres, las mujeres como vosotras, las chicas de la pandilla y las demás con las que sois solidarias, la inmigración debe reformarse, vosotras sabéis todo eso, y Mercedes pensaba que ella era la responsable, desde la muerte de su padre alcohólico, de sus hermanas Esperanza y Paciencia, de su madre, ella las visitaba a diario en su enorme casa, se ocupaba de todo, no podría dejarlas nunca, su madre no lo entendería, y sobre todo para una manifestación política, sin embargo, pensaba Mercedes, René tenía razón, ese hombre podría ser nuestro fin, acaso podemos permitirnos una dictadura así, no podemos, no, el verdadero nombre de ese hombre es señor del fin del mundo, sí, eso es, pensaba Mercedes, y es verdad que puede hacer que muramos todas y todos. René se volvió de repente hacia Louise, tienes que convencerlas de que vayan a la manifestación contigo, tienes que hacerlo, Louise. Qué vamos a hacer, preguntaba Doudouline a Polydor. Los ensayos están a punto de empezar. La Gran Sophie dijo, René no se equivoca, y Johnie ha tenido unas visiones terribles en sueños, tenemos que ir a la manifestación, yo puedo llevar a algunas de las chicas en mi coche. Pero mamá, y qué pasará con los ensayos, podemos retrasarlos un día o dos, será la manifestación de mujeres más numerosa nunca vista, dijo la Gran Sophie, iremos, chicas, es el porvenir mañana o la muerte, dijo la Gran Sophie. Ella había hablado. Y todas las habían escuchado. La sala quedó en silencio. En la ventana, Olga no entendía bien a qué se refería la señora René, aparte de que golpeaban su conciencia palabras atronadoras, fin del mundo, hombre maldito, demagogo peligroso, abolición de derechos, Olga, con el corazón herido por esas intolerables palabras que le recordaban las guerras y los conflictos más brutales, miraba cómo caía la nieve.

Era el día de la manifestación en Washington y seguía nevando; o era aguanieve, pensaba René, o una lluvia fina, mientras caminaba de la cocina al salón y, como le decía Lali, agarrando el brazo de René con una tirantez precisa, hay que andar así cada día, decía Lali, y levantarse de la cama, dejar de vaguear, oh, no, y mientras hacía el enorme esfuerzo de caminar, un paso tras otro, René veía la increíble y vasta manifestación de mujeres llegadas de todas las partes del mundo, por las calles de Washington, para protestar, las unas con gorro de lana rosa, las otras avanzando con sus pancartas, y quizá Alizia la amiga de Johnie estaba entre esas mujeres subidas a las plataformas, gritando, esta vez hay que desafiar al Gran Destructor, defender los derechos de todas, de todos, y todas y cada una de las chicas de la pandilla estaban allí, en alguna parte, en los grupos difusos que avanzaban, la Abeja dijo que ella no podía hacer nada, porque estaba de luto, y la Gran Sophie le dijo, ya te llevo yo, pequeña, con Doudouline y Polydor, mi secretaria les comprará los billetes de avión a las demás, ahora estaban todas allá, pensaba René, con los ojos pegados al televisor, y René pensaba orgulloso, la cadena no se romperá, mi militancia se perpetuará, mira, Lali, esta manifestación es un gran éxito, a que sí, pero Lali no miraba la televisión, solo pensaba en René, al que sostenía del brazo, René que había dejado de ser un enfermo encamado, René que caminaba de la cocina al salón, René que revivía, a cada paso. Olga, en la ventana, exclamó de repente, señora René, Comtesse ha vuelto. Vieron a Comtesse entrando en la casa, sacudiéndose la nieve, le dije que volvería, dijo René, dispuesta a acoger a la gatita que se había extraviado en la nieve, se lo dije, Olga, que Comtesse volvería.

El testamento literario de Marie-Claire Blais, una de las grandes voces de la literatura canadiense, publicado poco antes de fallecer la autora.

Una novela tierna y comprometida con el activismo LGTBIQ+.

«Una autora cuya voz estremece los cimientos de la literatura actual, de la que, además, lleva décadas formando parte sin que nadie, en nuestra lengua, haya reparado en ella. Hasta ahora».

INÉS MARTÍN RODRIGO, *ABC*

René, un anciano transgénero que tocaba el piano en cabarets, pasa los

últimos momentos de su vida postrado en una cama bajo la estricta vigilancia de Olga, una enfermera con la que rememora días de militancia, y viejos amores y amistades.

Ahora, a sus noventa y tres años, echa la vista atrás para evocar tanta vida compartida y duramente conquistada: las revueltas de Stonewall, la represión policial, décadas de activismo por los derechos de la comunidad LGTBIQ+, los estragos de la irrupción del sida, que tantos amigos se llevó, los cuidados entre personas que comparten la marginación... ¿Adónde ha ido a parar tanto esfuerzo, si siguen oyéndose voces intolerantes que amenazan con derrumbarlo todo? René sabe que su lucha y la de sus amigas no ha cesado: lo que empezó en los años sesenta sigue en la era Trump.

Con una prosa arrolladora, sensible, poética y comprometida, Marie-Claire Blais coloca al lector ante la brutalidad y la hostilidad que históricamente han padecido las personas queer, pero entre tanto dolor consigue que sea inevitable vislumbrar destellos de belleza, amor y sensualidad que permiten celebrar la vida como una fiesta.

La crítica ha dicho:

«La titánica maestra de, a la vez, Margaret Atwood y Emmanuel Carrère».
Laura Fernández, *Babelia*

«Anuncia el amanecer de un nuevo día».
Le Devoir

«Marie-Claire Blais tiene una mirada hipermoderna que no ha envejecido. Posee una gran conciencia social. [...] Este libro es un resumen, una síntesis de su pensamiento, de su imaginario. Contiene también reflexiones cargadas de esperanza, especialmente sobre la muerte».
ICI Radio-Canada

«Póstuma. La emoción es fuerte. Uno no descubre las últimas palabras de una escritora sin cierta confusión. Se busca una palabra de ultratumba, un testamento literario. [...] Escribir para vencer al olvido, escribir para matar a la muerte. [...] Titán con dedos de pluma, Marie-Claire Blais hunde las manos en el universo que agita con fuerza y delicadeza».
L'Obs

Sobre *Sed*:

«La quebequesa tiene una prosa arremolinada que es, por así decirlo, una catarata de palabras capaz de aplastar al lector. [...] *Sed* es una novela desbordante en todos los sentidos. Y por eso conviene lanzar una recomendación: léanla, pero háganlo con la misma actitud que cuando entran en un museo».
Álvaro Colomer, *La Vanguardia*

«La inmensidad de la novela deja en el lector la sensación de estar nadando en mar abierto, sin apenas boyas que le sirvan de referencia. [...] Está bien nadar en una piscina climatizada, o en un lago artificial que apenas cubre, pero deberíamos perder el miedo a nadar en aguas más profundas».
Rebeca García Nieto, *Letras Libres*

Marie-Claire Blais Québec, Canadá, 1939 - Florida, Estados Unidos, 2021) fue una escritora canadiense, autora de más de treinta obras, incluyendo novela, poesía y teatro. Nominada al Nobel, es reconocida como una de las voces clave de la literatura francófona. Publicó su primera novela con veinte años y recibió la beca de la Fundación Guggenheim para escribir su segunda novela, galardonada con el premio Médicis. Desde entonces recibió una decena de premios literarios y le fueron concedidas la medalla del Orden de las Artes y las Letras de Francia y las del Orden Nacional de Canadá y de Quebec. En 1995 publicó la primera parte del ciclo Sed, un conjunto de diez novelas que cerró con la publicación de *Une réunión près de la mer* en 2018.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Título original: *Un coeur habité de mille voix*

Primera edición: febrero de 2023

© 2021, Les Éditions du Boréal
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Lydia Vázquez, por la traducción

Agradecemos el apoyo del Canada Council for the Arts

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Henrietta Harris

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4155-8

Compuesto en: La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

Índice

Un corazón habitado por mil voces

Primera parte. Los ángeles de la soledad

Segunda parte. Día

Tercera parte. Duelos y renacimientos

Sobre este libro

Sobre Marie-Claire Blais

Créditos